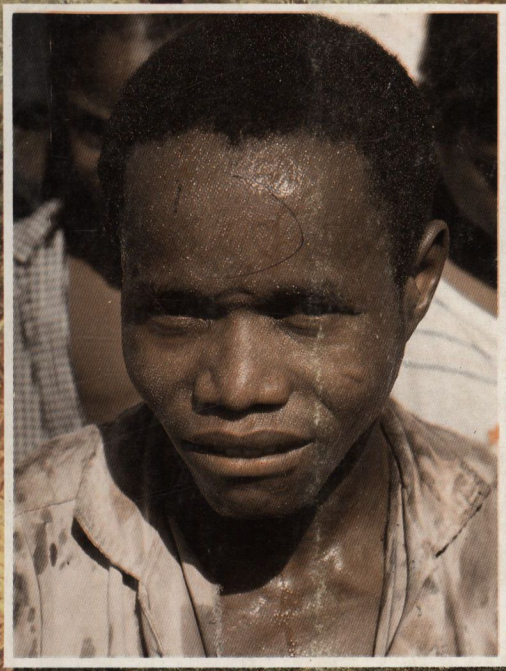


COLOMBIA

País de regiones

3



REGIÓN DEL ALTO MAGDALENA · REGIÓN SUROCCIDENTAL


cinep


COLCIENCIAS

**Esta publicación ha
sido realizada con la
colaboración financiera
de COLCIENCIAS,
entidad cuyo objetivo
es impulsar el
desarrollo científico y
tecnológico de
Colombia.**

EXHIBICION

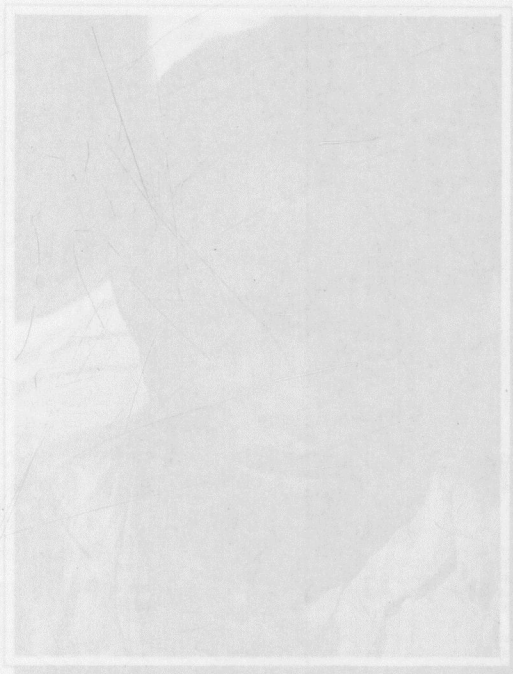
22

T. 3

COLOMBIA

País de regiones

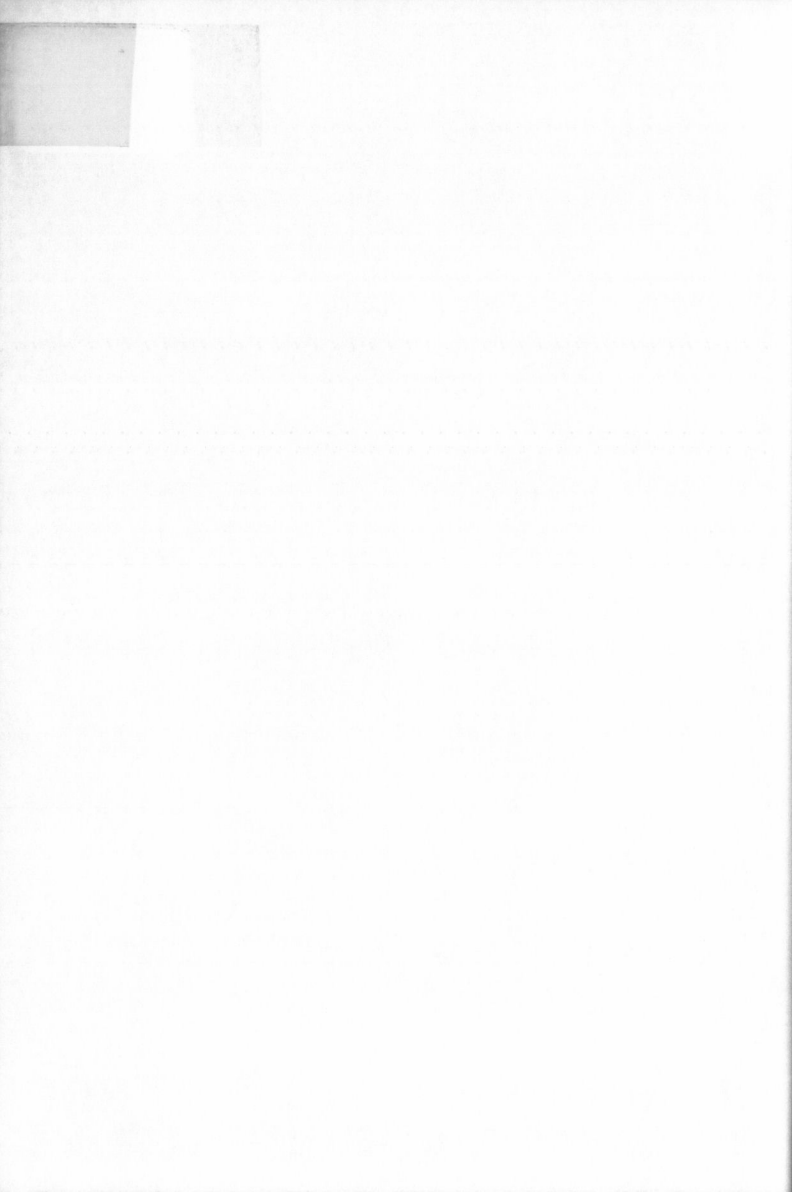
3



REGIÓN DEL ATO MAGDALENA - REGIÓN SUROCCIDENTAL

CS
cinep

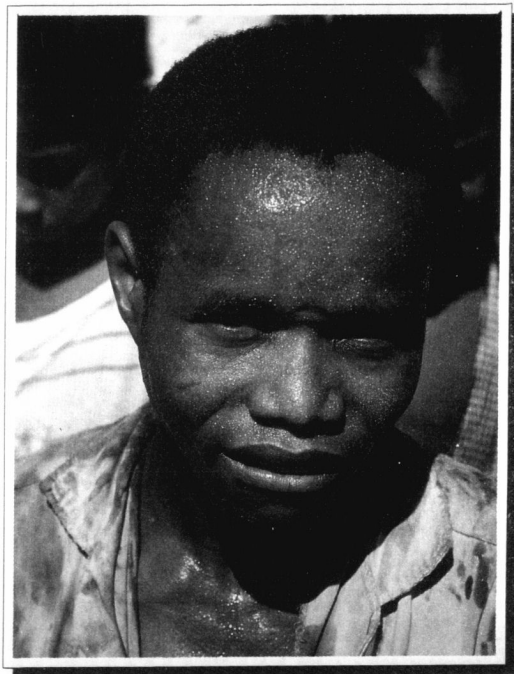

COLCIENCIAS



COLOMBIA

País de regiones

3



REGIÓN DEL ALTO MAGDALENA · REGIÓN SUROCCIDENTAL

CS
cinep


COLCIENCIAS

Esta publicación ha sido realizada con la colaboración financiera de COLCIENCIAS, entidad cuyo objetivo es impulsar el desarrollo científico y tecnológico de Colombia.

CINEP
918.861
C257

Centro de Investigación y educación popular. Cinep
Colombia país de regiones/ Centro de Investigación y Educación
Popular.-- Santafé de Bogotá: CINEP, COLCIENCIAS, 1998.

4 v. : II

Biblioteca tiene: V1. Región Noroccidental - Región Caribe --
V2. Región Santandereana - Región Cundiboyacense-- V3. Región Alto
Magdalena - Región Pacífica - Región Orinoquia - Región Amazonia.

ISBN: 958-644-056-7

1. GEOGRAFIA COLOMBIANA 2. COLOMBIA - DESARROLLO
ECONÓMICO Y SOCIAL 3. COLOMBIA - HISTORIA, SIGLO XVIII - XIX
4. COLOMBIA - GEOGRAFIA FÍSICA 5. COLOMBIA - GEOGRAFIA ECONÓMI-
CA 6. COLOMBIA - GEOGRAFÍA HUMANA. I. Aut. II. Tit. III. Mat. IV. Of. V. Top.



Cra. 5a. No. 33A-08
Santafé de Bogotá, Colombia
Marzo de 1998

Editor: Fabio Zambrano Pantoja

Coordinación Editorial: Helena Gardeazábal G.

Investigación gráfica original: Guillermo Vera

Diseño e investigación gráfica para esta edición: Marcela Otero

Fotografías de carátula: Desierto de La Tatacoa, Huila (Brando/Villegas editores)

Habitante del Valle del Cauca (Fototeca Cinep)

Fotografía e ilustraciones: Carlos Rojas Neira, Geografía pintoresca de Colombia,
América pintoresca, En busca de un país: la comisión corográfica, Historia de Medellín.

Mapas: Ramiro Zapata - El Colombiano

Composición, diagramación y artes: Cinep, Sandra P. Sánchez D.

Impresión: Ediciones Antropos Ltda

ISBN: 958-644-056-7

ISBN: 958-644-059-1 Vol. 3

Impreso en Colombia

TABLA DE CONTENIDO

PRESENTACIÓN	5
---------------------------	----------

REGIÓN DEL ALTO MAGDALENA	11
--	-----------

POBLAMIENTO: pueblos, caminos y ríos	13
--	----

ECONOMÍA: bonanzas, de tiempo en tiempo	45
---	----

POLÍTICA: vocación de libertades	77
--	----

CULTURA: presencias y ausencias	103
---------------------------------------	-----

REGIÓN SUROCCIDENTAL	125
-----------------------------------	------------

POBLAMIENTO: territorios humanos	127
--	-----

ECONOMÍA: artífices y artificios seculares	155
--	-----

POLÍTICA: cultura política: un claroscuro	183
---	-----

VIDA COTIDIANA: días hechos a mano	211
--	-----

CULTURA: memorias de por aquí	239
-------------------------------------	-----

TABLE OF CONTENTS

CHAPTER I. INTRODUCTION. 1

CHAPTER II. THE THEORY OF THE GROUP. 15

CHAPTER III. THE THEORY OF THE RING. 35

CHAPTER IV. THE THEORY OF THE FIELD. 55

CHAPTER V. THE THEORY OF THE VECTOR SPACE. 75

CHAPTER VI. THE THEORY OF THE LINEAR TRANSFORMATION. 95

CHAPTER VII. THE THEORY OF THE QUANTUM MECHANICS. 115

CHAPTER VIII. THE THEORY OF THE RELATIVITY. 135

CHAPTER IX. THE THEORY OF THE ATOM. 155

CHAPTER X. THE THEORY OF THE MOLECULE. 175

CHAPTER XI. THE THEORY OF THE SOLID. 195

PRESENTACIÓN

Es un lugar común el señalar que Colombia es un país de regiones, así como también que es un país de ciudades. Nada más cierto que las dos imágenes contenidas en estas frases, las cuales hacen referencia al profundo fraccionamiento y a la gran diversidad que han caracterizado tanto al territorio, como a su población y a su organización política, condiciones que aparecen, precisamente, en la persistencia de las diversas estructuras regionales. Como una contribución al conocimiento de estas sociedades regionales, el CINEP, con el apoyo de el periódico El Colombiano, organizó una amplia investigación con el propósito de estudiar los distintos procesos de formación de esta multiplicidad regional colombiana.

Para ello partimos de la idea de que cada sociedad, en sus distintos momentos históricos, va generando una creatividad espacial, es decir la creación de formas originales de organizar el espacio, creatividad que puede aparecer en la distribución de las gentes, de las infraestructuras, de producciones y de los flujos de todo tipo. Así, iniciamos nuestro trabajo bajo el criterio de que el espacio es un producto social, es una obra humana, y representa un modo de existencia de las sociedades. Como toda sociedad produce un espacio organizado bajo formas visibles y materiales, esta producción queda registrada bajo la forma de la valoración del paisaje, las infraestructuras, la vivienda, elementos que son resultado de la acción humana. Esto es más claro si tenemos en cuenta que el espacio es producido y organizado, y ésta organización es el resultado de un movimiento constante de transformación, de manera igual a la evolución de la sociedad que ocupa ese espacio.

Esta capacidad de generar la creación de un organización específica del espacio no se encuentra en autonomía con respecto a las condiciones sociales y económicas, causa fundamental de la utilización del espacio. El espacio geográfico no es independiente del medio. En razón de ello es que la construcción social del espacio refleja los intereses sociales y sus conflictos. Crear un espacio social es conceder lugares específicos para los diferentes grupos sociales, con fines de residencia, de prestigio y de actividad¹. Hay que tener presen-

1 Bernard Bret. "Reflexiones sobre la creatividad espacial en América Latina". En: *Cahiers des Ameriques latines*, No. 4, IHEAL, París, 1985, p. 81.

te que el espacio es producido por la sociedad y vivido por la sociedad que lo ha creado. En esta vivencia es definitiva la representación que la sociedad hace de su espacio, puesto que el espacio vivido no es igual para todos, ya que en ello influye la posición social y la cultura, es decir, según las experiencias de vida la percepción va cambiando. Concebir el espacio como un recipiente de fuerzas sociales exige el análisis de los actores. En efecto, en el espacio hay actores, es decir consumidores y productores del mismo. Al menos podemos enumerar los siguientes: el Estado, las distintas colectividades, las empresas y los individuos. Todos ellos actúan en un sistema complejo de interacciones en diferentes escalas: local, nacional e internacional. Los distintos actores son portadores de intereses divergentes, que se manifiestan en el espacio bajo la forma de tensiones y competencias por su uso. Las distintas fuerzas van construyendo sistemas que se entrecruzan y se superponen y desde el poder se van construyendo las jerarquías de sistemas, es decir las formas y las estructuras que ordenan el espacio de las sociedades.

Con este ejercicio queremos mostrar que las regiones, como espacios socialmente contruidos, no son inmutables, sino que cambian, creciendo o decreciendo según las distintas fuerzas que actúan en la larga duración. Porque la emergencia de un nuevo sistema es a costa de otro. En el espacio, acumulación y sustitución se presentan de manera simultánea. Si una región crece, otra verá mermada su participación en la economía nacional. Por lo tanto, en la toma de decisiones, es importante tener presente la fragilidad de las estructuras económicas y su referencia espacial, en particular las regiones.

Según el Diccionario de la Real Academia de la Lengua, una región es definida como: "*(del lat. regio). Porción del territorio determinada por caracteres étnicos o circunstancias especiales de clima, producción, topografía, administración, gobierno, etc. Cada una de las grandes divisiones territoriales de una nación, definida por características geográficas e histórico-sociales y que puede dividirse a su vez en provincias, departamentos, etc. Militar: cada una de las partes en que se divide un territorio nacional, a efectos de mando de las fuerzas terrestres en el mismo*". Esta entrada etimológica nos permite comenzar a aproximarnos a entender los distintos problemas que entraña el término de región.

En efecto, desde la geografía, en su preocupación por la descripción de la tierra, resulta indispensable para proceder a cualquier descripción dividir la superficie en áreas caracterizadas por la afinidad de sus rasgos geográficos más importantes y las cuales reciben el nombre de regiones. La palabra 'región' tiene pre-

cisamente su origen etimológico en las divisiones que practicaban los augures latinos al delimitar mediante "rectas" determinados sectores del cielo formados por grupos de estrellas. Acompañado de preocupaciones en cierta medida parecidas, el geógrafo, y luego otros estudiosos de los fenómenos que se suceden en el espacio terrestre, se han esforzado en dividir la superficie terrestre en sectores para proceder a su estudio y descripción. De manera inicial, hasta el siglo XVIII, se utilizaron como base territorial de estas descripciones los conjuntos territoriales históricos, políticos o simplemente administrativos, cualquiera que fuese el trazado de sus límites. Con posterioridad se intentó buscar una base más racional, y a fines del siglo XVIII se puso de moda la descripción según cuencas hidrográficas, metodología que dejó una impronta muy fuerte ya que algunas divisiones administrativas obedecen a esa creencia sobre el carácter definido de las cuencas hidrográficas como unidades regionales.

Luego, en el transcurso del siglo XIX, y como resultado de los avances presentados por la geografía francesa y a la escuela dirigida por Vidal de La Blanche, fueron descubiertas las íntimas relaciones existentes entre el hombre y el medio en que éste se desenvuelve, concepto básico de la Geografía moderna. Con ello el medio geográfico adquirió una categoría hasta entonces desconocida en la interpretación de los hechos de que se ocupa la geografía humana. Este medio no es más que el escenario o paisaje natural en que se desenvuelven las actividades humanas y está configurado esencialmente por el relieve, el clima y la vegetación. Las características de estos tres elementos y su distribución geográfica determinan sobre la superficie terrestre diversos tipos de medios o paisajes naturales.²

De esta manera, encontramos que la observación de las distintas unidades territoriales, ya sea que estén determinadas por el relieve, el clima y la vegetación constituyen una región natural, es decir, un sector de la Tierra en cuya configuración inicial el hombre apenas ha tenido ninguna intervención directa, puesto que se trata de un medio determinado por sus componentes físicos. El poblamiento ha introducido modificaciones a las características naturales, pero la tendencia general ha sido la de adaptación al medio, en procura de la obtención del máximo rendimiento. Sin embargo, en razón de que del concepto de "región natural" se derivan confusiones, existe la tendencia a designar por

2 Manuel de Terán, et. al. Geografía regional. Barcelona, Editorial Ariel, 1988, p. 12.

región fisiográfica o simplemente física estas áreas homogéneas de la superficie terrestre caracterizadas por su relieve, clima y vegetación.

A pesar de que la introducción del concepto de región natural supuso un gran avance en el campo de las ideas geográficas, con posterioridad se ha llegado a la conclusión de que no siempre el medio físico es el factor determinante de la región geográfica. Existen otros factores históricos, sociales, económicos y culturales que influyen de manera notoria. Además, también es cierto que de manera frecuente se encuentra que las regiones geográficas no son áreas homogéneas, como corresponde siempre a un determinado medio fisiográfico, sino que, de manera contraria, la heterogeneidad o la funcionalidad, es decir espacios formados por la asociación de varias unidades fisiográficas diferentes, es lo que se encuentra como elemento general.

Este es el caso de regiones como la que se encuentra en la Cordillera Oriental o en la Central, donde se combinan elementos de tierras altas con tierras bajas, generándose complementariedades ecológicas, situación que explica la formación de los intercambios entre distintos pisos térmicos. De esta manera, como resultado del contacto entre las distintas unidades o en sus inmediateces surgen los centros comerciales en donde se realiza el intercambio de bienes, y estos centros constituyen el nexo de unión de regiones físicamente muy diferentes, asociadas para formar una unidad administrativa, cultural, económica, es decir, integradas en una unidad por la acción humana. La verdadera región geográfica, al contrario de la región fisiográfica, es, pues, más una creación del hombre que del medio.³ De esta manera, podemos concluir que la región geográfica es una área de vida en común y exige un principio de organización social. También se señala la necesidad de un centro o ciudad coordinador de las actividades del grupo humano y de las relaciones existentes entre los habitantes de una misma región.

Estas visiones desde la geografía las podemos complementar con observaciones que desde la historia se han realizado para entender la conformación de las regiones. En efecto, encontramos que la formación de los espacios regionales se explica como un proceso que: "Pese a la historia oficial de cien años de centralismo institucionalizado y de vigencia de un régimen político fuertemente presidencialista, las regiones colombianas son algo más que espacios jurídicos

3 *Ibid.*

administrativos o referentes territoriales para la planeación del desarrollo; lo ha sido siempre y lo son ahora, realidades históricamente formadas, socialmente construidas, colectivamente vividas por sus pobladores y a veces también pensadas por sus dirigentes, por sus intelectuales que le imprimen un sentido político, una dirección y un horizonte de posibilidad a esa existencia histórica compartida mediante la formulación y puesta en ejecución de proyectos políticos y éticos-culturales que terminan definiendo los perfiles de un ethos regional perfectamente diferenciable".⁴

Con estos elementos conceptuales iniciamos la organización de un equipo de trabajo para dar cuenta de este reto. Para ello, consideramos conveniente organizar el trabajo con múltiples entradas analíticas como fueron los temas de poblamiento, economía, política, vida cotidiana y cultura. A su vez, el territorio colombiano se dividió en las regiones noroccidental, caribe, santandereana, cundiboyacense, alto Magdalena, suroccidental, Pacífico, Orinoquia y Amazonia. Lamentablemente, por consideraciones editoriales no fue posible dedicarle la misma extensión a todas las regiones, razón por la cual las tres últimas regiones arriba mencionadas recibieron un tratamiento resumido. Los treinta y siete fascículos resultantes, circularon con la edición dominal del periódico *El Colombiano*, de Medellín, desde el 9 de mayo de 1993 al 6 de febrero de 1994, y luego con el *Heraldo de Barranquilla*, durante 1994, con un cubrimiento de cerca de un millón de lectores.

Para la realización del trabajo investigativo se conformó un Comité Científico integrado por María Teresa Uribe del Iner de la Universidad de Antioquia, Guillermo Rodríguez de la Fundación Prosierra de Santa Marta, Armando Martínez del Departamento de Historia de la Universidad Industrial de Santander, Alonso Valencia del Departamento de Historia de la Universidad del Valle, Camilo Castellanos del CINEP, y Mauricio Archila, Jaime Arocha y Roberto Pineda de la Universidad Nacional. Cada uno de ellos tuvo el encargo de coordinar la investigación sobre las distintas regiones y de los respectivos equipos de trabajo conformados por sesenta y cinco personas, entre historiadores, geógrafos, economistas, antropólogos, musicólogos, literatos, sociólogos, entre otras disciplinas, lográndose así una mirada desde las regiones y desde las distintas profesiones, que visto el trabajo en conjunto semeja una gran matriz de múltiples entradas temáticas, científicas, temporales y territoriales que buscan

4 María Teresa Uribe. *La territorialidad de los conflictos en Antioquia*. Medellín, Gobernación de Antioquia, 1990, p. 10.

proporcionar un conocimiento de la multiplicidad regional colombiana. La dirección general de este trabajo estuvo bajo mi coordinación, labor que se benefició de la colaboración de Guillermo Vera en la investigación gráfica y de Luisa Navas en la edición. El diseño estuvo a cargo de Byron González y los mapas fueron elaborados por Ramiro Zapata, de El Colombiano. Posteriormente, Elias Gómez, de la carrera de Historia de la Universidad Nacional realizó el trabajo de actualización económica y demográfica.

La realización de esta obra no habría sido posible sin el auspicio del Banco de Occidente, el Banco Popular, la Compañía Suramericana de Seguros, Ecopetrol, La Caja Social y la Fundación Social y sus empresas. El apoyo institucional que nos otorgó el Director del CINEP, padre Francisco de Roux fue un aporte fundamental para poder realizar todo este trabajo de investigación, así como el aliento permanente que recibimos de la Dirección del periódico El Colombiano, a cargo de la señora Ana Mercedes Gómez, medio de comunicación que ha sido pionero en la defensa de la lectura de Colombia como un país de regiones.

Por último, queremos anotar que luego de la amplia difusión que recibió este trabajo bajo la modalidad de fascículos que acompañaban las ediciones dominicales de los diarios arriba señalados, estos materiales disfrutaron de una permanente demanda por un público muy diverso, situación que motivó a COLCIENCIAS a poyar su edición bajo el formato que hoy presentamos. Las directivas del CINEP, en especial su subdirector, Padre Fernán González, apoyaron decididamente esta tercera edición de la obra, labor que en el frente editorial ha estado a cargo de Helena Gardezabal. A todas las personas que han aportado al logro de esta obra, van nuestros agradecimientos. Todos ellos han colaborado, de distintas maneras, a enriquecer el conocimiento de la diversidad regional colombiana.

FABIO ZAMBRANO P.

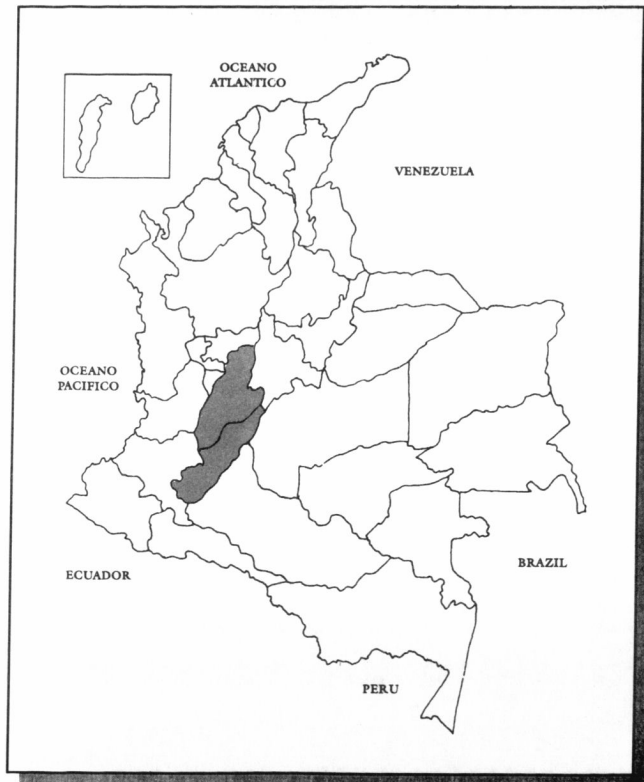
Editor

Profesor Titular Universidad Nacional.

Bogotá, marzo de 1998

V

REGIÓN DEL ALTO MAGDALENA



V

REGIÓN DEL ALTO MAGDALENA



Pueblos, caminos y ríos

Su poblamiento se remonta al esplendor de la cultura agustiniana. La región fue ocupada luego por pijaos, paeces, yalcones y andakíes. Se impuso el modelo de poblamiento colonial con ciudades, villas y pueblos de indios y mestizos. En el siglo XIX la división territorial cambia de acuerdo con el centralismo y el federalismo; surge el Estado Soberano del Tolima. En el XX fueron desagregados el Huila y el Tolima.

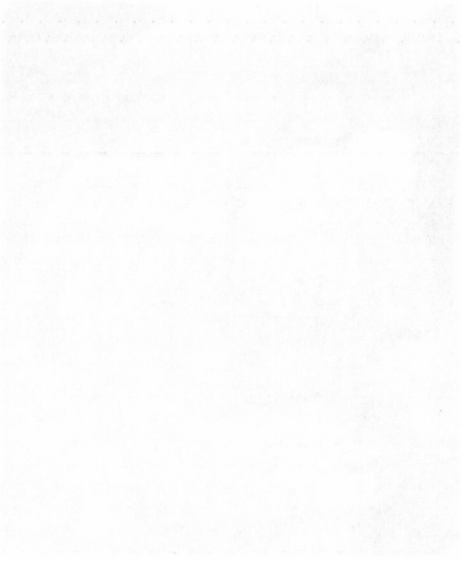


Águila con serpiente. Parque arqueológico de San Agustín.

Héctor Llanos: Profesor Departamento de Antropología, Universidad Nacional de Colombia. **Julio Flórez:** Profesor Departamento de Geografía, Universidad Nacional de Colombia. **Jorge Ruíz:** Antropólogo, investigador Instituto Huilense de Cultura.

Pueblos, caminos y ríos

El desarrollo de un sistema de caminos de tierra en un país como el nuestro, donde la agricultura es la actividad económica principal, es un problema de vital importancia. La construcción de caminos de tierra es una tarea compleja que requiere un estudio cuidadoso de las condiciones locales. Este estudio debe tener en cuenta no solo las características físicas del terreno, sino también las necesidades de la comunidad que lo habita. La construcción de caminos de tierra puede tener un impacto significativo en el desarrollo económico y social de una zona. Por lo tanto, es esencial que los planificadores y los ingenieros trabajen en estrecha colaboración con la comunidad para diseñar un sistema de caminos que sea sostenible y beneficioso a largo plazo.



REVISTA DE ECONOMÍA Y SOCIOLOGÍA

El espacio VALLES SECOS Y HÚMEDAS CORDILLERAS

Julio Enrique Flórez



La gran diversidad geográfica configura muchas subregiones naturales a la vez que permite caracterizar regiones culturales.

El Alto Magdalena corresponde a la cuenca hidrográfica del Alto Magdalena. Va del Macizo colombiano a Honda en sentido latitudinal, y en sentido longitudinal, de este a oeste, desde las cimas de la Cordillera Central hasta las de la Cordillera Oriental.

El río Magdalena —que nace en la laguna del mismo nombre a los $01^{\circ}56'$ de latitud norte y $76^{\circ}35'$ de longitud oeste de Greenwich—, drena la depresión entre las dos cordilleras en un recorrido de 591 kilómetros hasta Honda, el límite norte del Tolima.

El río Grande, jugó papel primordial en el poblamiento y el desarrollo económico y cultural no sólo en lo que otrora se llamó el Tolima Grande —lo que hoy son los departamentos del Tolima y del Huila—, sino en todo el centro del país. En la actualidad, es uno de los problemas ecológicos más agudos del país por su contaminación extrema, ya que recibe las aguas negras de la cuenca,

entre ellas la del río Bogotá, nauseabunda y abiótica cloaca que desemboca en el Magdalena al sur de Girardot.

LOS SUELOS

Geológicamente la región consta de tres grandes unidades:

La Cordillera Central, la más antigua de las tres, se formó en la era Primaria, hace aproximadamente 345 millones de años y está constituida por un *zócalo* formado por rocas *metamórficas* o *intrusivas*, sobre el que se yerguen los volcanes del Huila, Tolima, Ruiz, Santa Isabel, que sobrepasan los 5 mil metros de altitud y cuyos picos están coronados de nieves perpetuas.

En ella se han producido, desde remotas épocas, eventos volcánicos consistentes en la proyección de materiales *piroclásticos*, como ceniza, escorias, piedra pómez. El más reciente y dramático fue el de 1985, cuando el Ruiz expulsó miles de toneladas de materiales, los que junto con el aumento de agua proveniente de la fusión del casquete glaciar, generaron la terrorífica avalancha de fango y piedras calientes que en pocos minutos desapareció a Armero.

La Fosa del río Magdalena. El valle del río en esta región, está conformado por elementos sedimentarios volcanodetríticos que aparecen en los abanicos, como el de Ibagué, y por depósitos aluviales del cuaternario que forman un sistema de terrazas escalonadas.

La Cordillera Oriental, la más reciente, compuesta en lo fundamental por rocas *metamórficas* y *sedimentarias*, como *areniscas* y *arcillolitas* de las eras secundaria y terciaria.

El diverso origen geológico ha propiciado en la región gran variedad de minerales, como petróleo en el Huila y oro y plata en la Cordillera Central tolimense. Los problemas ecológicos también se hacen presentes: el impacto ambiental de la explotación petrolera es en extremo preocupante.

El valle se amplía en algunos sectores, en otros es angosto o inexistente. Por ejemplo, sobre la margen derecha desde Girardot hasta Honda, donde el río corre recostado a las estribaciones de la Cordillera Oriental. El mismo valle presenta terrenos ondulados, inclinados abanicos, suaves colinas, abruptos y aislados relieves como Lumbí, cerca a Honda, cerros como Hilarco en Coyaima, Pacandé en Natagaima, Bizcochuelo en Villavieja, el Cucharero en Yaguará, o relieves de curiosas formas como los Avechucos en Ortega.

LOS CLIMAS

La región posee todos los pisos térmicos, desde los gélidos nevados hasta las ardientes llanuras regadas por el Magdalena. En la región *plana*, la temperatura aumenta hacia el norte, es decir en el sentido creciente de la latitud pero igualmente en la medida en que disminuye la altitud.

Ejemplos: Garzón (828 m. alt.) 24.5°C, temperatura promedio; Yaguará (560 m. alt.) 26.2°C; Neiva (442 m. alt.) 26.9°C; Villavieja (384 m. alt.) 27.2°C; estaciones éstas del Huila. Natagaima, Tol., (326 m. alt.); 27.5°C. Girardot, C/ marca., (289 m. alt.) 27.7°C; Honda, Tol. (225 m. alt.) con 28°C.

En el Huila, la cabecera municipal a mayor altura sobre el nivel del mar es Isnos a 2.000 m. y 17°C. En el Tolima lo es Roncesvalles a 2.400 m. y 13.3°C. Ambas en la Cordillera Central. Las lluvias presentan fuertes contrastes de una región a otra. Varios enclaves *secos* se presentan en el valle del Magdalena, con lluvias inferiores a los 1.000 mm anuales; en el norte, de Honda a El Espinal, pero sobre estrechas fajas. Ejes: Guataquí, al norte de Girardot, 990 mm/año; Girardot, 968 mm/año.

Otro más al sur, de Colombia (Huila) y Alpujarra (Tol.) hasta cerca a Neiva, presenta bajos niveles de lluvia: Colombia, 930 mm/año; Alpujarra, 1.190 mm/año; Tello, 1030 mm/año. En esta franja seca, se encuentra un sector perteneciente al municipio de Villavieja, donde se han conjugado las condiciones climáticas desecadoras y sin duda la acción del hombre, dándole al paisaje características semidesérticas, con avanzados procesos erosivos, degradación de los suelos y vegetación pobre de tipo *xerofítica*, como la Tatacoa. Este *desierto*, de aproximadamente 330 kilómetros cuadrados es un yacimiento fosilífero de gran importancia para la paleontología.

En contraste, aparecen zonas bastante húmedas. Sirva de ejemplo la que recostada a la Cordillera Central recibe en Fresno 3.970 mm/año de lluvia (norte del Tolima). En general, la Cordillera Central es más lluviosa que la vertiente occidental de la Cordillera Oriental.

LOS RÍOS

La diferencia de lluvias es un factor determinante de la diversidad en la hidrografía de la región. Los ríos que desembocan sobre la margen derecha son pocos: Suaza, Cabrera, Cunday y nacen en la Cordillera Oriental. La vertiente

de la Cordillera Central da origen y nutre gran número de ríos que desembocan en la margen izquierda del río Magdalena: Páez, Saldaña, Coello, Recio, Lagunilla, Gualí, dándole a la región recursos hídricos de gran importancia socio-económica (energía, distritos de riego). Destacamos dos centrales hidroeléctricas: en el Huila, la de Betania sobre el río Magdalena que recibe igualmente las aguas del río Yaguará. En el Tolima, Hidroprado, en el municipio de Prado, que embalsa las aguas de los ríos Cunday y Prado; claves ambas en el despegue industrial regional.

OTRAS DIVERSIDADES

La gran diversidad geográfica configura muchas subregiones naturales a la vez que permite caracterizar regiones culturales en las que grupos humanos presentan rasgos propios en cuanto a su comportamiento social y en la manera de adaptarse al medio ambiente.

Esa adaptación siempre ha enfrentado al hombre y a la naturaleza, generando enormes trastornos ecológicos: tala, erosión y contaminación, entre otros. Y es que las relaciones hombre-entorno siempre han estado regidas por un brutal apetito de máxima rentabilidad, sin tener en cuenta el carácter no renovable de muchos recursos ni la fragilidad de los ecosistemas. Hay que subrayar que esa riqueza va a parar a pocas manos, acaparadoras de capitales y de recursos básicos como la tierra y el agua. Esto ha generado abierta oposición entre agricultura mecanizada, en tierras planas, fértiles e irrigables y agricultura campesina de subsistencia en las montañas y tierras consideradas marginales desde el punto de vista económico.

La moderna explotación agraria —ajena a la conservación—, destruyó los ricos bosques tropicales del valle del Magdalena, donde airoso crecían guayacanes, caracolies, diomates, ceibas, cumulaes, sustento de una rica fauna. A cambio dio paso a una ganadería extensiva y a una agricultura comercial (arroz, algodón o sorgo), que generan poco empleo y son voraces consumidoras de productos químicos. Muchos de estos insumos, prohibidos en EE.UU. y Europa, acaban la naturaleza y afectan también al hombre. En la región han aparecido fatales dolencias como mutaciones genéticas, afecciones de los pulmones y de la piel y abundancia de abortos por causas desconocidas.

Las diferencias geográficas han modelado personalidades culturales diversas. El *calentano* ligado afectivamente al río y a los espacios planos, antes bogas, vaqueros, pescadores, y ahora regadores de arroz y cogedores de algodón, que

conservan rasgos culturales propios, a pesar de la homogenización cultural a que están sometidos. El *cordilleruno*, adaptado al frío, a la humedad, a la ruda topografía, que vive de la caficultura y sigue siendo arriero.



DE LOS CHAMANES JAGUARES A LOS OPITAS

Héctor Llanos Vargas



De estos misteriosos artistas sólo nos quedan sus magníficas obras, vestigio de su complejo pensamiento simbólico.

LA CULTURA DE SAN AGUSTÍN TERRITORIALIDAD Y CHAMANISMO

En la historia del poblamiento prehispánico del Alto Magdalena sobresale la cultura milenaria de San Agustín que desarrolló un complejo pensamiento simbólico con una jerarquía social chamánica, apreciable en su modelo de ocupación cultural del territorio.

La excavación de sitios de vivienda pertenecientes a su período de auge (siglos I-VI DC.) es escasa. Sin embargo, la prospección permitiría afirmar que se localizaron alrededor o cercanas a los centros funerarios monumentales.

Estos centros (montículo artificial, tumba megalítica, templete, estatuas) están conformados por unidades asociadas a cementerios, lo que insinúa un parentesco entre el personaje principal sepultado en cada montículo y las personas enterradas en las demás tumbas. También existen cementerios sin construc-

nes monticulares talvez para miembros de unidades familiares con estatus diferente —menor rango.

Los centros funerarios monumentales tuvieron períodos de utilización diversa: unos, como las mesitas A y B del parque de San Agustín, con apenas dos y tres montículos, respectivamente, como si se tratara de los mausoleos de chamanes y sus correspondientes linajes, cuyo poder gobernó el territorio adyacente; otro, como el Alto de Los Idolos tiene mayor cantidad de unidades funerarias monticulares, lo que significa un período de mayor utilización —varios siglos— como si se tratara de una necrópolis, para sepultar a los jefes con poderes chamánicos que gobernaron el territorio de Isnos.

Los centros funerarios monumentales se localizan en sitios distantes entre sí y algunos de ellos fueron contemporáneos, como lo sustentan las fechas obtenidas en los montículos de Morelia, El Purutal y del Alto de Los Idolos (siglo VI DC.), lo que significa que durante el período de esplendor cultural hubo varios jefes chamánicos contemporáneos, dirigiendo sus respectivos territorios. Durante este período también se ocuparon territorios como el valle de Laboyos (Pitalito), Guacanas y San Francisco (Garzón), por parte de familias de agroalfareros que aprovecharon sus recursos naturales durante un período de corta duración y dependieron de alguno de los centros funerarios monumentales, pues no construyeron obras megalíticas en sus territorios.

Las observaciones anteriores llevan a proponer un modelo de ocupación territorial del período Clásico Regional (siglo I-VIII DC.), caracterizado por:

1. El manejo cultural del territorio, a partir de un pensamiento mágico que se plasmó en los centros funerarios megalíticos, en cementerios no monumentales y en el arte escultórico, principalmente.
2. El sur del Alto de Magdalena estuvo dividido en varios sectores que fueron el lugar de asiento de un conjunto de unidades familiares, al mando de un jefe con poderes chamánicos.
3. En algunos sectores la jefatura parece haber sido heredada por miembros de un mismo linaje.
4. No todos los jefes chamánicos tuvieron la misma importancia, algunos fueron de mayor rango como lo indica la monumentalidad de su tumba.

La diversidad de rangos chamánicos y por lo tanto de jerarquía territorial es un elemento que puede ayudar a explicar su dinámica cultural y los cambios históricos que se dieron entre siglo VII y VIII DC., la crisis de la cultura de San Agustín.

Esta dinámica cultural sufrió un impacto hacia el siglo VI DC. cuando se produjo un cambio en el clima regional, que empeoró al incrementarse la lluviosidad y bajar la temperatura.

El cambio de clima afectó de manera diferenciada los territorios al mando de jefes chamánicos. Los ubicados en las partes altas de las cordilleras, en valles encerrados —expuestos a una alta precipitación pluvial y temperaturas bajas—, posiblemente fueron abandonados al quedar con condiciones climáticas extremas poco propicias para la vida cotidiana. Este parece ser el caso de Morelia, en el valle del río Granates.

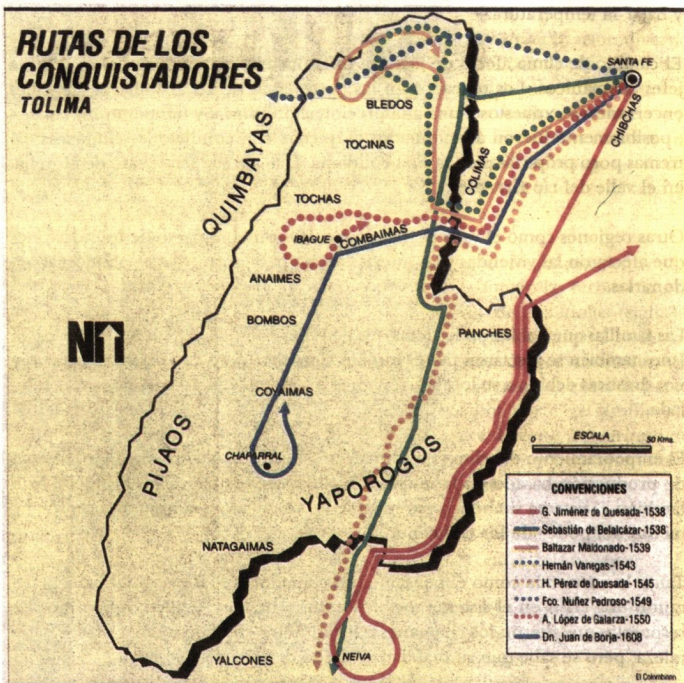
Otras regiones como el valle de Laboyos sufrieron el impacto de inundaciones que afectaron las viviendas y las huertas de sus habitantes, lo que obligó a abandonarlas.

Las familias que habitaron los lomeríos de valles como el de San Agustín y los de Isnos también se afectaron por el cambio climático, pero con consecuencias menos drásticas debido a su localización en el piso templado y a su topografía ondulada.

El empeoramiento del clima no sólo afectó la economía agrícola de un sistema de producción basado en la microverticalidad de los tres pisos térmicos, sino también el sistema simbólico estrechamente vinculado a la naturaleza, y fundamento del poder de los chamanes.

Tanto la economía como el pensamiento chamánico se desestabilizaron, generando una crisis en el sistema social y cultural de San Agustín. Ignoramos las respuestas que dieron los chamanes a los cambios climáticos de la madre naturaleza, pero se sabe que su realidad social se desintegró.

Este hecho histórico ha llevado a que los científicos hagan hipótesis explicativas, como supuestas migraciones hacia la región amazónica, que en la actualidad no están sustentadas. Lo cierto es que hacia el año 900 DC. el territorio agustiniano había sido ocupado por otra etnia, la de los yalcones.



AGRICULTORES Y GUERREROS



Derrotados pero no vencidos, los indios de la región resistieron la ocupación española.

Los primeros conquistadores llegaron por el año de 1530. Unos entraron por el sur del Macizo Colombiano, procedentes de Popayán, al mando del capitán Sebastián de Belalcázar. Otros por el norte, dirigidos por Gonzalo Jiménez de Quesada, venían de las frías tierras de la recién fundada Santafé de Bogotá (1538). Unos y otros se encontraron, en el Alto Magdalena, con diversas culturas indígenas: panches, sutagaos, pijaos, paeces, yalcones y andakíes, que parecen compartir una misma tradición étnica.

No todas estas culturas tuvieron el mismo nivel de complejidad social y política. Mientras los yalcones y paeces se organizaron en cacicazgos, los pijaos y panches no tuvieron una estructura de poder permanente. Los primeros se localizaron en valles de ríos afluentes del Magdalena, como La Plata, Quinchana, Granates, Guarapas, Suaza, Timaná, entre otros.

La jerarquía del cacicazgo se plasmó en poblados agrícolas, residencia del cacique y su linaje. Las demás familias habitaron el resto del valle, de manera dis-

persa, no muy distantes entre sí, en sitios donde hicieron terrazas artificiales para construir casas y sementeras.

Un poblado prehispánico fue el de Morelia que en su momento de auge estuvo conformado por unas 150 terrazas de habitación, comunicadas entre sí por una red de caminos. Un sistema de drenaje que controlaba las aguas lluvias evitando la inundación de los campos de cultivo. Este poblado se comunicaba con las viviendas dispersas y con otros cacicazgos por caminos que sirvieron para el intercambio de productos agrícolas de los tres pisos térmicos y de otros recursos naturales, como el oro y la sal.

Las familias indígenas de panches y pijaos, a diferencia de aquellos, localizaron sus viviendas en las tierras planas y cálidas, a orillas de quebradas y ríos, y sobre las cimas de las sierras de las cordilleras, que descienden abruptamente.

RUTAS DE MUERTE Y CAMINOS REALES

La respuesta que dieron las culturas indígenas a la invasión española fue unificada. Pijaos, paeces y yalcones se aliaron militarmente al compartir el significado de la guerra como un espacio ritual de la muerte. En él, los guerreros luchan por alcanzar un rango de prestigio y los señores principales por reforzar su poder con cabezas-trofeo, símbolos de terror.

La resistencia cultural indígena a lo largo del siglo XVI obligó a las autoridades españolas a organizar una guerra no de conquista sino de exterminio, sobre todo contra los pijaos. Al mando de ésta se colocó don Juan de Borja, primer presidente de capa y espada de la Real Audiencia de Santafé de Bogotá.

Los conquistadores desde un comienzo trazaron rutas de conquista para someter a los indígenas e imponer su modelo de poblamiento, sustentado en la fundación de villas y ciudades, con sus autoridades municipales, eclesiásticas, judiciales y militares, como es el caso de Timaná (1539, 1558), Ibagué (1550), La Plata (1550, 1651) y Neiva (1539, 1559, 1612).

Los territorios étnicos fueron reemplazados por gobernaciones, los cacicazgos por provincias, los poblados de caciques principales por villas y ciudades, las familias dispersas fueron reducidas a pueblos de adoctrinamiento, los chamanes suplantados por misioneros. La economía indígena, de carácter comunitario, fue sustituida por una economía privada de encomenderos, hacendados, mineros y comerciantes; los excedentes, antes redistribuidos por los caciques,

se transformaron en tributos para encomenderos, en el quinto real y en los diezmos eclesiásticos. Las tierras comunitarias y los cacicazgos se redujeron a resguardos y haciendas, estancias y ejidos. El oro y la plata perdieron su significado sagrado para convertirse en mercancías y dinero, fundamentos del sistema mercantilista y del poderío imperial de los monarcas españoles.

Hacia la segunda década del siglo XVII la guerra contra los pijaos produjo efectos desastrosos para estos y fortaleció el poblamiento hispánico. Las fundaciones coloniales no volverán a ser destruidas por pijaos, paeces y yalcones y los caminos reales quedarán despejados, permitiendo el desarrollo económico colonial. Ahora se comunicarán Quito y Popayán con Santafé de Bogotá por la ruta Guanacas-La Plata-Neiva y por la del Quindío, Cartago-Ibagué-Tocaima.

En el año de 1610, don Diego de Ospina y Medinilla se posesionó como primer gobernador de Neiva. Esta nueva gobernación, debido a lo acontecido en el siglo XVI, quedó bajo dos jurisdicciones: de la ciudad de Neiva hacia el norte —las provincias de Saldaña y Mariquita— en la de Santafé de Bogotá, y las tierras del sur del Huila que conformaron la provincia de Timaná, en la de Popayán.

La división del Alto Magdalena en Norte y Sur fue de gran trascendencia histórica como se aprecia en las pautas de poblamiento coloniales. Otra característica fue la fundación de pueblos para el adoctrinamiento de la población aborigen superviviente en tierras de resguardo, como fue el caso de los páez de Tierradentro.

LATIFUNDIOS Y PUEBLOS DE INDIOS Y MESTIZOS



Una jerarquizada red de ciudades, villas y pueblos dio forma al poblamiento durante la Colonia.

Como resultado de las guerras de conquista las autoridades españolas establecieron una jerarquía territorial. Al surgir las gobernaciones se creó la ciudad capital como sede del gobierno regional, que para el Alto Magdalena correspondió a Neiva, a partir de 1610. Su estructura social y política fue vertical, a manera de un feudo que perteneció a la familia de los Ospina durante el siglo XVII; la Compañía de Jesús fue otra entidad latifundista.

Después de Neiva siguieron en orden de importancia las villas o poblaciones cabeceras de provincias, como Timaná y Mariquita (1551), que tuvieron sus respectivas autoridades municipales y sedes de una parroquia con curato permanente; de estas villas dependieron las poblaciones menores o viceparroquias con capillas, que prestaron servicios a los resguardos indígenas y a la gente de servicio y arrendatarios de los hatos y haciendas.

En la ciudad de Neiva y en las demás villas residieron las familias de hacendados, encomenderos, comerciantes, mineros y artesanos. A diferencia de Santa-

fé de Bogotá, Popayán y Honda, Neiva no fue la sede de conventos y colegios; los miembros de las familias de la clase gobernante apenas sabían la doctrina y rudimentos de lectura y escritura; muchas familias de terratenientes fueron analfabetas. En Neiva sólo se fundó la primera escuela pública en el año 1808.

El territorio del norte del Tolima, a partir de la hoya del río Saldaña, dependió del corregimiento o provincia de la ciudad de Mariquita, fundada en 1551; región rica en yacimientos de oro y plata, cuya explotación la hizo próspera durante la Colonia. En 1571 tuvo sesenta españoles, de los cuales veinticinco eran encomenderos, treintiséis pueblos de indios y doscientos tributarios.

Otra villa importante fue Honda, llamada el Puerto de Mariquita sobre el río Magdalena, fundada en 1560. Por su localización se convirtió en el principal puerto del interior, a donde llegaban por el río Magdalena las mercancías de España, para luego distribuirse por los caminos reales a Santafé de Antioquia, Santafé de Bogotá, las gobernaciones de Neiva, Popayán y hasta Quito. También fue el puerto de embarque de las riquezas americanas hacia la metrópoli.

PUEBLOS PARA LA DOCTRINA

En último lugar de la jerarquía social y con una jurisdicción especial otorgada por la Real Corona, se encontraron los pueblos de doctrina fundados en tierras de resguardos indígenas, por parte de misioneros franciscanos y jesuitas.

Las regiones en las que la población indígena no fue arrasada fueron objeto de una política de adoctrinamiento. Se trata de las tierras de coyaimas y natagaimas en los llanos del Tolima y de yalcones al sur del actual departamento del Huila. Lo mismo que el territorio comprendido entre la desembocadura del río Páez al Magdalena y Tierradentro, ocupado por los paeces, que se otorgó inicialmente a los jesuitas, hasta el año de 1640 y posteriormente, a los misioneros franciscanos.

En esta región los indígenas lograron tierras de resguardo con su cabildo indígena: Hobo, el Paso, Nátaga, Iquira, El Retiro; en la región de Tierradentro o territorio Páez propiamente dicho, hubo un curato en Tálaga con anexos: Mesa de San Vicente de Huyla, San Fernando de Vitoncó, Santa Bárbara de Lame, Santa Rosa de Suin y San Antonio de las Chinas, de la Real Corona; también hubo curatos en Calderas, Toboymas, Pueblo Nuevo, San Andrés de La Plata, El Pital de Timaná y Toribío; Jambaló, Caldon, Paniquitá, Yaquivá e Inzá de Guanacas.

Aunque las familias indígenas continuaron viviendo dispersas, dedicadas a sus labores agrícolas, para la subsistencia y el pago de un tributo a la Real Corona, encomenderos y el diezmo al cura doctrinero, se vieron obligadas a participar del adoctrinamiento en la capilla, que pasó a ser el centro del caserío, con una población no mayor de 100 habitantes. En estos pueblos de indios no se permitió el asentamiento de blancos.

Estas doctrinas se mantuvieron sin mayores cambios a lo largo de los siglos XVII y XVIII. Hacia esta última centuria, algunas de ellas, terminaron pobladas por blancos, como es el caso de Hobo, seguramente por su cercanía a Neiva. A diferencia de otras, como Iquira que en 1791 contó con 30 indios, de los cuales 20 tributaron en oro, a la Real Corona.

Nátaga, que en 1783 tuvo 50 indios, se transformó en 1777, cuando se creó el santuario y la cofradía de la Virgen de las Mercedes, con una iglesia de bahareque (largo de $27^{1/2}$ varas, ancho 9 varas), con dos campanas pequeñas, tres altares de barro, una puerta de madera con su chapa, sacristía —caedizo sin puerta— e imagen de bulto de la Virgen con el niño, con sus respectivas coronas de plata. Desde entonces se convirtió en un centro de peregrinación popular. Los indígenas estuvieron obligados a participar del bautismo, óleo (confirmación), entierros, matrimonios, misa dominical, rezo del rosario y fiestas organizadas por las cofradías, en las que se mezclaron lo católico y lo aborígen, fandangos y chirimías, lo sagrado y lo profano.

PUEBLOS DE FRONTERA

El sector de la Cordillera Oriental, correspondiente a los departamentos de Tolima y Huila, por su localización geográfica, separa el valle alto del río Magdalena del inmenso territorio amazónico del Caquetá que, a su vez, limita por el norte, con la Orinoquía.

Los conquistadores desde un comienzo comprendieron las dificultades naturales de las tierras orientales de Colombia, por lo cual establecieron una frontera de colonización en la Cordillera Oriental, donde hicieron fundaciones con indígenas de la región y con *tamas* y *andakíes* traídos de las selvas del Caquetá, por parte de misioneros franciscanos, a quienes la Corona les otorgó para su adoctrinamiento, desde mediados del siglo XVII.

En la parte norte y dependiente de Neiva, se fundó el Espíritu Santo del Caguán, en 1590, con indígenas *dujos* y *tamas*, con el fin de establecer un punto

de avanzada hacia Santafé de Bogotá y los Llanos, objetivo que no se logró porque declinó hacia 1690, por su aislamiento, el clima y una epidemia de viruela.

Hacia el sur, dependiendo de Timaná, los padres agustinos fundaron el pueblo de Naranjal, por el año de 1690. Luego en 1716 se donaron tierras a indios tamas y dependió del curato de Timaná y La Jagua a donde también se trajeron tamas. Otra población importante para la expansión de la frontera misional franciscana fue la Ceja de los Andakíes o Acevedo, fundada hacia mediados del siglo XVII, en el valle del río Suaza.

PUEBLOS DE PASO

Con el inicio de las guerras de conquista hubo fundaciones o sitios que adquirieron gran importancia, por quedar localizados en puntos intermedios de los caminos reales que comunicaron la Gobernación de Popayán con el Nuevo Reino de Granada. Entre los principales están: La Plata (1550), Ibagué (1550), Coyaima (1540), Mariquita (1551) y Honda (1560).

Tanto La Plata como Ibagué se ubicaron en sitios estratégicos de las rutas comerciales entre el occidente y el oriente. Ambas rodeadas de sierras de las vertientes orientales de la Cordillera Central que descienden al valle alto del río Magdalena; la primera, en la ruta del camino real de Guanacas y la segunda, en la ruta del camino del Quindío. En ellas se hospedaban los comerciantes y cargueros antes de atreverse a subir la abrupta cordillera, con sus recuas de mulas cargadas de mercancías. Los que llegaban de Popayán y Cartago descansaban para luego continuar su viaje por las ardientes tierras de los llanos de Neiva y el Tolima hasta Honda o el sitio de Guataquí, por donde el camino ascendía a Tocaima, La Mesa y Santafé de Bogotá.

Desde un comienzo hasta tiempos modernos, La Plata e Ibagué han sido puntos de encuentro, frontera cultural, entre el occidente (Valle del Cauca) y el oriente (Valle del Magdalena), y el oriente antioqueño para el caso de Ibagué. Las poblaciones de Natagaima y Coyaima, sobre la margen izquierda del río Magdalena, con habitantes indígenas y mestizos, tuvieron importancia por estar en la ruta del camino que las comunicó con Honda, hacia el norte, y con Neiva o La Plata hacia el sur. Además de servir como punto de descanso a los viajeros, fueron productoras de tabaco, algodón, maíz, cerdos, gallinas y dulces, que abastecieron el mercado regional hasta Honda. Situación similar fue la del puerto de Purificación. A él llegaba el camino de Neiva, a partir de allí se

podía navegar hasta los rápidos de Honda o seguir la ruta terrestre a Santafé de Bogotá. Honda, como principal puerto del interior del país, adquirió gran importancia, lo que le permitió separarse de Mariquita en 1643. Allí residió un oficial real y juez de puerto que tuvo grandes atribuciones sobre el comercio colonial. Su importancia se mantuvo hasta el siglo XIX, cuando se fortaleció con la navegación a vapor por el río Magdalena. Su decaimiento empezó con la construcción de los ferrocarriles, hacia finales de esta centuria, sobre todo con la prolongación de la línea férrea La Dorada-Ambalema.

PUEBLOS DE MESTIZOS

Estas poblaciones surgieron tardíamente desde finales del siglo XVII y hacia el siglo XVIII, en regiones donde desapareció la población aborigen y surgió como resultado colonial, el mestizaje. Algunas tuvieron su inicio en la capilla de una hacienda que adquirió el rango de curato. Además de la capilla y la casa cural tuvieron una plaza rodeada de solares, que se asignaron a quienes quisieron poblarlos, como es el caso de Villavieja, Yaguará (1734), Carnicerías (1774) y Palermo (1774). Gigante, primero surgió como sitio o viceparroquia de La Honda hacia mediados del siglo XVIII y en 1771 ya tuvo cura propio. Hubo poblaciones como Garzón, que finalizando el siglo XVIII, tuvieron incremento demográfico, lo que les permitió transformarse en parroquias, a diferencia de otras como Timaná, que a pesar de haber sido importantes durante siglos anteriores, terminaron marginales, perdiendo su estatus económico, político y social.

En tierras del Tolima también se vivió situación similar hacia la segunda mitad del siglo XVIII, cuando se fundaron nuevas poblaciones, como consecuencia de un aumento de población y un auge agropecuario: Espinal (1760), Chaparral (1769), Alpujarra (1771), Guamo (1772), Ambalema (1776), Ataco (1778), Cunday (1794).

Este auge también ocurrió en la provincia de Neiva que en 1789 tuvo 15 poblaciones, 4 mil blancos, 1247 indios, 5 mil 703 mestizos y 450 esclavos negros, según Francisco Silvestre.

Los pueblos del Huila y el Tolima se vieron afectados por el terremoto de 1827 que destruyó varias iglesias y edificaciones, contribuyendo a su estado de post-ración económica en muchos de ellos y cambiando su fisonomía arquitectónica colonial.

El Tolima Grande en el siglo XIX EFÍMERAS BONANZAS QUE SÓLO DEJARON RECUERDOS

Jorge Ruiz



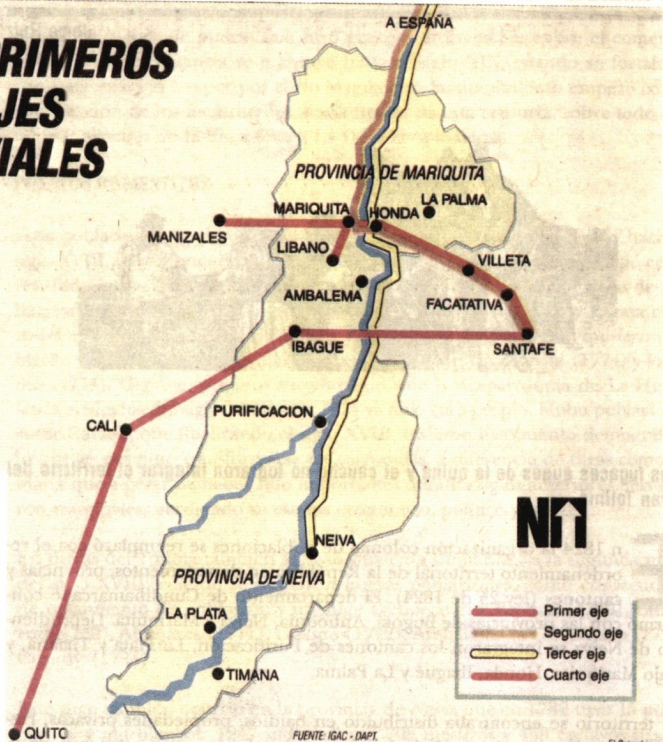
Los fugaces auges de la quina y el caucho no lograron integrar el territorio del Gran Tolima.

En 1824 la organización colonial de poblaciones se reemplazó con el reordenamiento territorial de la República en departamentos, provincias y cantones (ley 25 de 1824). El departamento de Cundinamarca se conformó con las provincias de Bogotá, Antioquia, Neiva y Mariquita. Dependiendo de Neiva se integraron los cantones de Purificación, La Plata y Timaná, y bajo Mariquita: Honda, Ibagué y La Palma.

El territorio se encontraba distribuido en baldíos, propiedades privadas, resguardos indígenas, tierras de la Iglesia y ejidos. En la nueva estructura de la población, las categorías de libres y esclavos, suplantaron a las castas.

La dinámica poblacional, para el territorio nacional, se aceleró a tasas superiores al 1%, característica de los censos anteriores a 1825. La población de la provincia de Mariquita, censo de 1848, fue de 89.640 habitantes (4.6% de la nacional), de los cuales 398 eran esclavos; la de Neiva, 93 mil 178 (4.8% de la nacional) libres, y 510 esclavos.

PRIMEROS EJES VIALES



Los poblados, caracterizados por su aislamiento, continuaron prestando servicios a las grandes haciendas ganaderas. Las casas, de bahareque, techo de paja y apariencia frágil se disponían a lado y lado y alrededor de la capilla, encerrando los cuatro costados de la plaza, desde la cual se trazan las calles. Las habitaciones a lo largo de las calles, a medida que se alejaban de la plaza, iban señalando una combinación de casas separadas y juntas.

OCUPACIÓN VS. ADMINISTRACIÓN

La pauta de poblamiento en 1821, definía claramente la ocupación de la zona plana, de tierra caliente, desde Honda hasta Neiva, involucrando directamente algunas poblaciones fundadas en la Colonia. Desde San Agustín hasta Honda, siguiendo las márgenes del río Magdalena, se localizaban las haciendas ganaderas, los resguardos indígenas y las propiedades de la Iglesia.

Hacia las cordilleras la ocupación era parcial y se confundían las tierras baldías con las privadas.

El principal medio de transporte continuó siendo el río Magdalena, en champanes de Neiva a Honda, y de ésta a la costa atlántica en buques a vapor. Estos puertos siguen facilitando la comunicación intra y extrarregional apoyados por los caminos coloniales.

El camino Tocaima-Ibagué-Páramo del Quindío y la influencia de la colonización antioqueña sobre la vertiente oriental de la Cordillera Central, jalonan una lenta y desarticulada delimitación regional, en tres zonas: la margen derecha del río Magdalena de Neiva a Honda; el sur del Alto Magdalena, San Agustín, Timaná y La Plata y la franja cordillerana entre Ibagué y el río la Miel.

Estas zonas se convirtieron en escenario de enfrentamientos entre latifundistas, colonos e indígenas por la legalización de la propiedad de la tierra, el derecho de las concesiones, la delimitación político-territorial y el contacto cultural.

EL FUGAZ TRÁFICO DE LA QUINA

La explotación y comercialización de la quina, entre 1850 y 1875, aceleró nuevos procesos de colonización, posibilitó la fundación de nuevos poblados y fortaleció algunos de los existentes desde la Conquista y la Colonia. Originó cinco frentes de colonización: sobre la franja occidental de la Cordillera Oriental, de

Icononzo a Alpujarra; de Colombia a Algeciras; de Gigante a Suaza; y el del Macizo colombiano, por la vertiente oriental de la Cordillera Central, de San Agustín a Santa María y de El Alto de la Churuca hasta el río Guarinó.

La migración antioqueña que durante la primera mitad de este siglo había colonizado las zonas de ladera, desde el río La Miel hasta Ibagué, restó importancia a la comercialización de la quina en ese sector. Entre 1845 y 1895 logra imponer sus relaciones sociales, basadas en la minería, el monocultivo, la cría de ganado y la extracción de maderas, en el área rural y en poblados como Santo Domingo (hoy Casabianca), Fresno, Soledad (hoy Herveo), Líbano, Villahermosa, Anaime, Santa Isabel y Briceño (hoy Anzoátegui). Inicialmente sostuvieron un intercambio comercial, poblacional y cultural con Sonson y Abejorral y después con Manizales.

La crisis de la quina desarticulará estas subregiones.

LOS CAMINOS DEL CAUCHO

Entre 1875 y 1905 a consecuencia de la explotación y comercialización cauchera y de los reductos de la producción quinera, el territorio se reconfiguró, demarcando las siguientes zonas:

Sobre la Cordillera Oriental. De las vegas de Cunday hasta Alpujarra y sin mayor importancia para la comercialización del caucho. Recibe una continua corriente migratoria de Cundinamarca y Boyacá y queda dependiendo del intercambio comercial y cultural del Guamo, Neiva y Cundinamarca.

El área comprendida entre Colombia y Algeciras, importante para la comercialización del caucho y dependiente de Neiva. La Compañía de Colombia fundada en 1863 por Jorge Child, Carlos Michelsen, Nazario Lorenzana y otros, con el fin de comercializar la quina, dejó una infraestructura que facilitó el transporte del caucho y una colonización dirigida y espontánea, a los Llanos de San Martín.

La zona comprendida entre Gigante y Acevedo recoge, entre otras, la experiencia de la compañía quinera Vargas-Cano, convertida en compañía cauchera Puerto Rico que sacó el producto de ese puerto y de San Vicente del Caquán por Gigante y Campoalegre. Por Guadalupe, Suaza y Acevedo se transportó el caucho del sur del Caquetá. Las compañías de los hermanos Calderón,

que se unieron a los peruanos Arana, y la de los hermanos Gutiérrez, de Acevedo, comercializaron el caucho de Florencia y el de las riberas de los ríos Ortegua y Caquetá.

MIGRACIONES Y AISLAMIENTO

Marcada por diferencias aún observables en el desarrollo económico y poblacional, la zona de ladera, margen izquierda del río Magdalena, fue marginada de los intercambios generados por los procesos caucheros. El intercambio generado por el caucho se dio fundamentalmente, entre las poblaciones ubicadas en la Cordillera Oriental y Neiva, y de ésta al comercio internacional por Honda, siguiendo en algunos casos, las viejas rutas de la ganadería.

El sur del alto Magdalena, principalmente San Agustín, Pitalito, Isnos, y La Plata, estrecha sus vínculos culturales y económicos con el Cauca y Nariño.

Caucanos y nariñenses sostienen flujos migratorios e implantan sus formas de trabajo y manifestaciones culturales, en este sector. Este hecho agudizó las contradicciones entre la gran propiedad de la hacienda ganadera y la producción agrícola de pancoger.

Es el caso de la hacienda Laboyos, cuando los herederos del General José Hilario López, se involucraron en el negocio de la quina por intermedio de la compañía Lorenzana o Durán, Angel López y Cia. Por las condiciones de movilidad de la frontera de extracción de la quina y la necesidad de transportarla hasta las agencias para su exportación, la hacienda Laboyos fue ocupada por peones, cargueros, destajeros y colonos. Al entrar en crisis la bonanza quínera y cauchera surgieron los coloniales litigios por la propiedad de los resguardos. Estos litigios alcanzaron formas de enfrentamiento "a fuego y machete" originando una migración, principalmente de indígenas, hacia la Bota caucana. Esta disposición de litigios y enfrentamientos, por la propiedad de la tierra, se resolvió en el siglo XX. La zona de La Plata logró mantener una decadente comunicación entre Santafé y Popayán. Se mantuvo el flujo y reflujo poblacional con la región de Tierradentro, dando acceso a los colonos campesinos e indígenas guambianos y paeces, del Cauca.

El camino Girardot-Ibagué-Calarcá, deslinda dos zonas, al sur y al norte de Ibagué. La del norte, aglutinada por la colonización antioqueña, llegó hasta el río Guarinó; fortaleció el flujo comercial con el occidente, el norte y el oriente del país, a través de Mariquita y Honda utilizando los caminos, la navegación por el

río Magdalena y los incipientes tramos del ferrocarril, como el de La Dorada hasta Ambalena. Un pequeño núcleo de la población indígena, el resguardo de Bocaneme, pudo mantenerse en una franja de tierra entre los ríos Medina y Sucio, afluentes del Gualí, en territorio de Mariquita y Fresno.

Chaparral se convirtió en el centro aglutinador del sector urbano y rural, de las zonas planas y de ladera, del sur de Ibagué. Su población se conformó básicamente con los descendientes de los grupos indígenas de Natagaima, Coyaima, Ortega y Purificación. Estrechó sus relaciones con Neiva. La zona plana, entre Honda y Neiva, siguió consagrada a la gran hacienda ganadera.

La comercialización de la quina, el caucho, y en menor proporción el anís, la influencia de los diferentes grupos de colonos, antioqueños, boyacenses, cundinamarqueses, caucanos y nariñenses, la apertura de nuevos caminos de colonización y sus vínculos interregionales, los intentos de implantar el ferrocarril como medio de transporte y las diferentes guerras civiles, propiciaron una intrincada red de intercambios poblacionales sobre las Cordilleras Oriental y Central y en algunas zonas planas entre Espinal y Honda.

La gran hacienda ganadera siguió dinamizando los procesos poblacionales del sur de Neiva, y de la parte plana del norte, hasta Honda. Los poblados integrados por la explotación de la quina y del caucho, con la decadencia de su comercio, volvieron a su inercial aislamiento. La zona de la colonización antioqueña, e Ibagué por su posición estratégica territorial, generaron una integración intra y extrarregional con base en los ejes viales urbanos entre Manizales-Líbanó-Mariquita-Bogotá y Bogotá - Girardot - Ibagué - Quindío.

EL EJE IBAGUÉ-NEIVA FOCO POBLACIONAL.

Entre 1857 y 1886 el territorio sufrió una serie de transformaciones administrativas que no correspondían con las pautas de poblamiento y con sus sistemas de integración subregional. Por ley, la región se dividió en los departamentos de Mariquita, Guamo, Neiva y Garzón. En 1861 el general Mosquera integró las viejas provincias de Mariquita y Neiva en el Estado Soberano del Tolima, convertido en departamento del Tolima, por la Constitución de 1886 que le conservó los límites territoriales.

Al finalizar el siglo se habían fundado 23 poblados, 13 en el actual departamento del Tolima y 10 en el Huila, con una relativa densidad demográfica e idénticas condiciones urbanísticas.

En Ibagué y Neiva se observaron cambios en la apariencia de las casas, por los materiales utilizados en las construcciones y por el uso de mercancías importadas, lujos ya observados en las haciendas ganaderas.

La tasa de crecimiento demográfico, entre 1843 y 1880, pasó de 0,9% a 1,5%, mientras que la nacional se mantuvo en 1,5%. La concentración de población en Neiva e Ibagué ayuda a explicar este fenómeno. La población de Ibagué pasó de 7.162 en 1851, a 10.346 en 1870 y se consideró una de las siete ciudades colombianas con mayor densidad; la de Neiva de 7.719 a 8.332.

EN BUSCA DE LA IDENTIDAD



El crecimiento de Neiva e Ibagué ha venido significando el decrecimiento de los pueblos de su zona de influencia.

Con base en la Constitución de 1886 y luego de las respuestas regionales en su contra, el Gran Tolima en un corto período de tiempo, sufre una serie de modificaciones territoriales en los límites departamentales que habían sido base de migraciones de antioqueños, cundinamarqueses, boyacenses, caucanos, nariñenses y en zonas de hacienda ganadera, bajo la cobertura de Neiva.

La ley 46 de 1905 creó el departamento del Huila cuyos límites, al parecer, fueron trazados por el obispo Esteban Rojas. El decreto ejecutivo 763 de 1907 cedió al departamento de Caldas la región comprendida entre el río Guarinó y el río La Miel.

RED VIAL Y MIGRACIONES

Huila y Tolima inician una articulación intra y extrarregional de manera continua y diferenciada, que se prolonga, en su fase preparatoria, por más de cincuenta años.

Neiva e Ibagué ratifican su posición de centros dinamizadores de las actividades políticas, económicas y sociales. Ellas, mal que bien, garantizan a sus territorios —directa o indirectamente—, la prestación de bienes y servicios como educación, salud, comercio, banca y medios de comunicación.

En este contexto regional se establece un sistema urbano regional caracterizado por los diferentes flujos entre los núcleos poblacionales urbanos y rurales, definido por las redes de transporte y el intercambio de gentes a causa de los conflictos partidistas.

Se origina un desalojo continuo de población del sector rural hacia los poblados, y de los poblados hacia los centros, acentuando los desequilibrios poblacionales. Es el caso de El Agrado, Altamira, Elías, Hobo, Alvarado, Alpujarra, Casabianca, Falan, Icononzo, Ortega y otros. Se modifica así la pauta de asentamiento, la presión ya no era externa, al interior de cada subregión se daban procesos poblacionales diferenciados por sus causas y rutas de migración. En 1930, la carretera Espinal-Ibagué-Cajamarca, el ferrocarril y puente en Girardot sobre el Magdalena, el incipiente eje vial Manizales - Mariquita - Honda-Bogotá, el monocultivo y el brote de la agricultura comercial en la zona plana, eran las condiciones suficientes para el desarrollo al norte de Ibagué.

Al sur de esta capital y en el Huila, se continuaba usando como vías principales de comunicación, el río Magdalena y el ferrocarril del Tolima hasta Neiva. El conflicto con el Perú (1932-1934) aceleró la construcción de la vía Neiva - Garzón - Guadalupe - Florencia y se concluyó el tramo Castilla-Neiva.

Siguiendo el viejo esquema de relación, hacia el valle del Magdalena en sentido sur-norte con la intervención de Pitalito, Garzón y La Plata, para converger en Neiva, en la década de los cincuenta se inicia la construcción de las vías Neiva-Laberinto-La Plata-Popayán, Garzón-Pital-La Plata y Garzón-Pitalito, que integran las zonas sur y occidente de Neiva a la dinámica regional del Huila.

Estas vías facilitan los procesos de migración al interior del departamento, y a departamentos vecinos, como ocurrió con las regiones de El Pato, Guayabero, Florencia, El Caguán y Bota caucana, colonizadas por huilenses y tolimeses desde 1930.

LÍMITES DE LA HACIENDA GANADERA

La propiedad terrateniente de la zona plana del Tolima se vio afectada desde la década de los treinta, creando otra pauta de asentamiento por

medio de invasiones a propiedades ya establecidas. Ahora no se buscaba legalizar únicamente las tierras baldías. Las antiguas propiedades de la Iglesia que habían pasado a particulares, y gran parte de las tierras de resguardo fueron invadidas.

Los ecos de las luchas agrarias resonaron nuevamente en las propiedades de las haciendas ganaderas del Huila, al finalizar la década de los cincuenta. Las invasiones de haciendas en los municipios de Neiva, Yaguará, Campoalegre, Palermo, Vilavieja, Hobo, Aipe, Baraya, Tello, Algeciras, Paicol, Rivera, Teruel, Tesalia, Garzón, Altamira y Pitalito se legalizaron, igual que las del Tolima, por las políticas agrarias derivadas de la ley 135 de 1961. Las empresas comunitarias del Huila y del Tolima agruparon parte de la población de municipios como Yaguará, Palermo, Villavieja, Alpujarra, Natagaima, Coyaima.

DEMOGRAFÍA REGIONAL

La dinámica poblacional que se había impuesto desde la segunda mitad del siglo pasado apoyada por las nuevas pautas de asentamiento, se observa con las pocas fundaciones de poblados y el florecimiento de inspecciones de policía, corregimientos, veredas y conjuntos de vivienda en carreteras y centros turísticos como Melgar, Betania, San Agustín, El Prado y Yaguará. Se erigieron 13 municipios, 9 en el Tolima y 4 en el Huila.

En la década del 50 la mayoría de localidades carecía de acueducto, alcantarillado, luz eléctrica y sus espacios conservaban las líneas originales. En esa época, una preocupación de las autoridades sanitarias era la costumbre generalizada de no usar zapatos.

En la década de los setenta, en el Huila por las regalías del petróleo y en el Tolima por el desarrollo agroindustrial, se profundizan los desequilibrios poblacionales y ocurren transformaciones significativas en el espacio urbano y rural.

Las ciudades y poblados adquieren líneas definidas por los barrios planificados, por las grandes edificaciones y amplias avenidas. Obras de ingeniería, como la represa de Betania, jalonan procesos poblacionales diferenciados. A Neiva le inflaron los índices de construcción y a Yaguará y al Hobo les expulsaron población.

En este contexto en el Tolima y Huila, centros como Ibagué, Neiva, Mariquita, Honda, Garzón y La Plata conservaron su importancia histórica, mientras otros

DINÁMICA DEMOGRÁFICA REGIONAL TASA DE POBLACIÓN

CIUDAD	Crec. Anual%		1964		1985		1993	
	38-51	51-64	Rural	Urbana	Rural	Urbana	Rural	Urbana
Neiva	30	45	13.904	75.886	18.180	180.396	20.744	257.606
Agrado	0,1	0,7	2.254	2.751	2.979	3.617	4.544	3.515
Altamira	37	13	2.543	1.302	943	1.847	860	2.043
Algeciras	64	11	10.124	3.778	12.627	6.814	12.804	9.208
Aipe	10	0,7	4.150	3.404	4.891	4.992	5.046	6.789
Campoalegre	27	16	6.484	9.768	8.208	16.785	8.098	20.659
Elias	-67	0,5	1.923	670	2.044	1.076	1.816	1.063
Gigante	22	22	11.753	4.594	15.128	6.837	12.720	8.919
Garzón	18	32	14.630	11.999	22.848	20.533	22.819	26.406
Guadalupe	16	26	5.932	2.303	8.625	3.190	9.017	4.025
Hobo	10	0,7	1.405	2.226	1.923	3.602	1.695	4.218
Iquira	15	0,6	1.753	1.850	5.364	2.030	4.698	3.489
La Plata	47	-	5.286	5.863	25.169	12.744	23.408	17.198
Pitalito	23	-	10.818	20.868	27.101	27.931	31.599	42.593
San Agustín	29	12	13.387	3.250	17.112	6.256	18.126	8.019
Yaguará	12	23	881	3.608	1.843	4.142	1.097	5.46
Ibagué	37	39	38.429	125.233	26.379	288.555	28.564	371.274
Alvarado	17	0,7	5.575	1.744	7.335	1.880	5.990	2.350
Alpujarra	0,9	13	5.575	1.744	4.764	1.652	3.659	1.669
Ambalema	11	0,2	3.053	5.438	3.114	5.394	2.144	5.997
Anzoátegui	10	18	8.670	2.273	8.845	1.894	9.097	1.978
Ataco	23	19	19.348	3.304	21.045	3.161	18.810	4.081
Cajamarca	27	0,9	10.759	6.188	11.631	7.694	12.551	8.468
Coyaima	17	0,5	16.403	1.721	24.633	2.856	23.953	3.163
Casablanca	0,6	0,5	6.215	2.037	5.951	1.594	5.788	1.611
Chaparral	16	0,6	26.560	13.261	28.657	19.715	23.842	22.924
Espinal	0,6	47	21.101	22.791	17.963	40.733	24.110	47.600
Falan	12	21	20.256	848	13.958	2.448	14.763	4.735
Flandes	0,0	38	4.511	12.015	4.376	18.417	3.620	21.086
Fresno	0,9	0,6	16.654	7.058	16.721	18.848	20.314	14.052
Icononzo	0,4	34	11.446	2.389	8.692	2.715	8.743	3.258
Honda	19	16	1.728	19.945	1.132	26.753	853	29.283
Libano	12	18	35.934	18.640	16.323	25.267	15.834	28.817
Mariquita	20	23	8.341	9.573	9.360	16.696	9.571	20.645
Melgar	0,5	27	5.108	3.385	5.016	11.747	4.986	19.528
Natagaima	0,3	11	10.731	8.372	10.800	9.279	15.224	9.228
Ortega	21	-24	17.210	4.450	30.348	5.038	30.303	6.118
Prado	20	0,6	5.495	1.817	7.599	2.821	6.946	3.611
Rioblanco	0,0	-34	9.771	1.689	24.785	2.369	28.441	3.862
Roncesvalles	0,0	-31	3.428	894	4.320	1.460	5.624	2.829
Villahermosa	0,4	-11	9.828	2.625	7.681	3.762	10.681	3.325

la pierden —Timaná, La Jagua, Ambalema—; entretanto adquieren nuevo realce Pitalito, Campoalegre, Chaparral y Melgar.

La población del Huila es de aproximadamente 811 mil 192 habitantes con una densidad de 40,57 habitantes por kilómetro cuadrado; dicha población se encuentra distribuida en un 52,89% en zonas urbanas y el 47,11% restantes en zonas rurales, sin embargo se presentan grandes desequilibrios en la distribución de la población tanto urbana como rural debido a la concentración de la población urbana en Neiva respecto al departamento y de las ciudades de Garzón, Pitalito y La Plata respecto a los municipios de su área de influencia.

La población del Tolima es de 1 millón 273 mil 519 habitantes; Ibagué concentra el 30% y el 77,2% de la actividad industrial, seguido de Espinal que concentra el 3% de la población y el 7,6% del comercio. Ibagué está por encima del 75% en calidad de vida, seguido por Espinal, Líbano, Honda y Melgar que alcanzan un 64%. Los ejes viales de los municipios del centro y del norte, vinculan al departamento con los centros nacionales del triángulo Bogotá-Cali-Medellín.

BIBLIOGRAFÍA

Atlas básico de Colombia, IGAC, Bogotá, 1989.

Colombia geográfica. Vol. XII No. 2, IGAC, Bogotá, 1986.

Díaz Jordán, Jenaro. *Proceso histórico de pueblos y parroquias de la Diócesis de Garzón*, Neiva, 1959.

Geografía económica de Colombia. Tolima, Contraloría General de la República, 1946.

Gómez Picón, Rafael. *Magdalena, río de Colombia*, Nuevo Mundo, 1950.

Llanos Vargas, Héctor. *Arqueología de San Agustín. Pautas de asentamiento en el cañón del río Granates. Saladoblanco*, Fundación de Investigaciones Arqueológicas nacionales del Banco de la república, Bogotá, 1988.

Plan de Desarrollo del Huila, Gobernación del Huila, Neiva, 1991.

Plan del Desarrollo del Tolima, Gobernación del Tolima, Ibagué, 1991.

Sampablo, Pedro Antonio. *San Agustín, del latifundio colonial al municipio republicano*, trabajo de grado presentado a la Facultad de Humanidades de la U. del Valle, inédito, Cali, 1998.

Salas, V., Reynel. *La guerra con el Perú. Participación y concepción popular en el Huila*, trabajo de grado presentado para optar el título de magister en historia socio-política de América Latina, U. Javerian, Inédito, Bogotá, 1988.

Bonanzas, de tiempo en tiempo

Se hace una descripción de los procesos productivos y comerciales en la diferentes zonas y períodos de la región. Distingue y relaciona actividades y lugares socialmente notables. Destaca los cambios en los patrones y agentes del desarrollo económico desde mediados del siglo XIX. Por último, muestra las diferencias entre las élites económicas y políticas, huilenses y tolimenses.

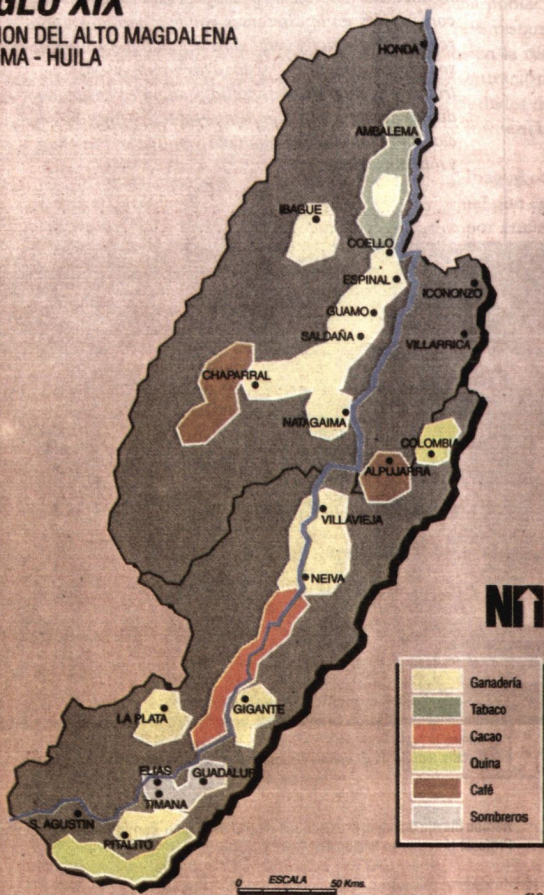


El camino del café.
Fotografía tomada de *El Tolima Geografía histórica y socioeconómica*. 1979

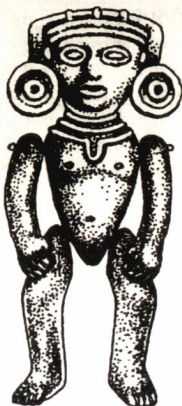
Hernán Clavijo Ocampo: Profesor Universidad del Tolima. **Bernardo Tovar Zambrano:** Profesor Universidad Nacional de Colombia.

PRINCIPALES ZONAS ECONÓMICAS SIGLO XIX

REGION DEL ALTO MAGDALENA
TOLIMA - HUILA



La economía colonial ORO, PLATA Y RESES



En un comienzo la economía se centró en la minería para dar paso a la hacienda ganadera y en menor medida agrícola

Cuentan los cronistas que las noticias sobre una provincia llamada Neiva en que los naturales labraban mucho oro, atrajo hacia esta región las inaugurales expediciones de Quesada y Belalcázar. Así, bajo el influjo de la quimera de El Dorado se efectuaron las primeras incursiones conquistadoras en la región del Alto Magdalena.

En 1544 una expedición fundó a Tocaima e inició la explotación de los placeres de Hervé, Sabandija y Venadillo. En el mismo año españoles procedentes de Santafé se apoderaron de los viejos lavaderos de oro que tenían los indígenas en Neiva. En 1550 mineros que venían de Popayán descubrieron las minas de plata de la vertiente oriental de la cordillera Central, y allí fundaron la Villa de San Sebastián de la Plata. Un año después, vecinos de Tocaima y de Santafé fundaron a San Sebastián de Mariquita, lo cual permitió la explotación de las minas de plata y de algunos veneros de oro, provocando el surgimiento de las minas de Las Lajas y Santa Agueda de Gualí.

En la década 1580-1590 se abrieron las minas de oro de veta de Ibagué. Prácticamente todos los ríos tributarios del Magdalena, entre Mariquita e Ibagué, fueron trabajados por pequeños mineros en las décadas finales del siglo XVI. En la primera parte del siglo XVII los placeres de Timaná y del río Saldaña fueron explotados también por pequeños mineros.

Acompañando aquellas expectativas mineras se producía la fundación de pueblos, el repartimiento de indios —origen de las encomiendas— y el reparto de tierras —solares y estancias. Empero, el asentamiento español en el Alto Magdalena se vio asediado durante todo el siglo XVI por los pijaos en el Tolima, y los yalcones, timanaes, paeces y andakíes en el Huila.

Al cabo de las sucesivas guerras contra los indígenas, siendo la última la *guerra de aniquilación* dirigida por el presidente Juan de Borja contra los pijaos (1606-1612), las actividades económicas del asentamiento español empezaron a cobrar una importancia notable. Dichas actividades correspondían a la continuación de los intentos mineros y al desarrollo de la ganadería.

PLATA, ORO Y VACAS

Luego de la guerra contra los pijaos ocurrió uno de los procesos económicos más importantes del siglo XVII en la Nueva Granada: la explotación de las ricas minas de plata de Mariquita.

Los tempranos y aislados éxitos muy pronto comprometieron los intereses de encomenderos de las ciudades de la región e inclusive de Remedios y de Santafé-Tunja, quienes, ante la decisión del presidente don Juan de Borja de enviar contingentes indios a trabajar en esas minas, decidieron participar en la promisoriosa empresa. La Corona suministraría, además, el mercurio necesario para separar la plata de las toneladas de roca extraídas de las vetas.

Las magnitudes de la economía minera de la plata en Mariquita en sus años de esplendor (1625-1637, 1650-1655 y 1685-1692) resultan modestas si se comparan con las de Méjico (Zacatecas) y Perú (Potosí). En esta última ciudad el Estado colonial fue capaz de movilizar 13 mil indios mitayos por año, a finales del siglo XVI, para el trabajo en los socavones, los molinos y la labranza, mientras que en Mariquita excepcionalmente sobrepasaron los 500 indios traídos desde Tunja y Santafé.

En aquellos períodos, Potosí llegó a tener una población de cien mil habitantes. Mariquita a lo sumo, en épocas de auge y fiestas, tuvo diez mil habitantes. Sólo

una pequeña élite de hacendados-mineros se enriqueció con la plata de Mariquita. Durante los períodos de auge en la producción de plata, esta zona minera y su epicentro, la ciudad de Mariquita, se convirtieron en un mercado para la venta y consumo de ganado, mulas, miel, maíz, sebo —para las velas— y otros productos de las haciendas, e incluso de algunos resguardos indígenas de la periferia y de Neiva y Timaná.

En contraste con el auge minero de Mariquita, las minas de San Sebastián de La Plata (Huila) no prosperaron y debieron ser abandonadas en 1585. Sin embargo, durante el siglo XVII se registró una actividad minera de alguna importancia en los lavaderos de oro de las provincias de Neiva y Timaná, actividad que luego decayó.

Frente a las imposibilidades de surgir como región minera, al Huila se le abrió en cambio el panorama de la ganadería y la agricultura. El ganado vacuno encontraba en las llanuras huilenses, convertidas en haciendas, condiciones muy propicias para su libre expansión.

A mediados del siglo XVI Neiva se perfilaba como un importante centro ganadero y a comienzos del siglo XVII las haciendas del Alto Magdalena se constituyeron en la principal fuente abastecedora de carnes y cueros para los consumos de la Sabana de Bogotá.

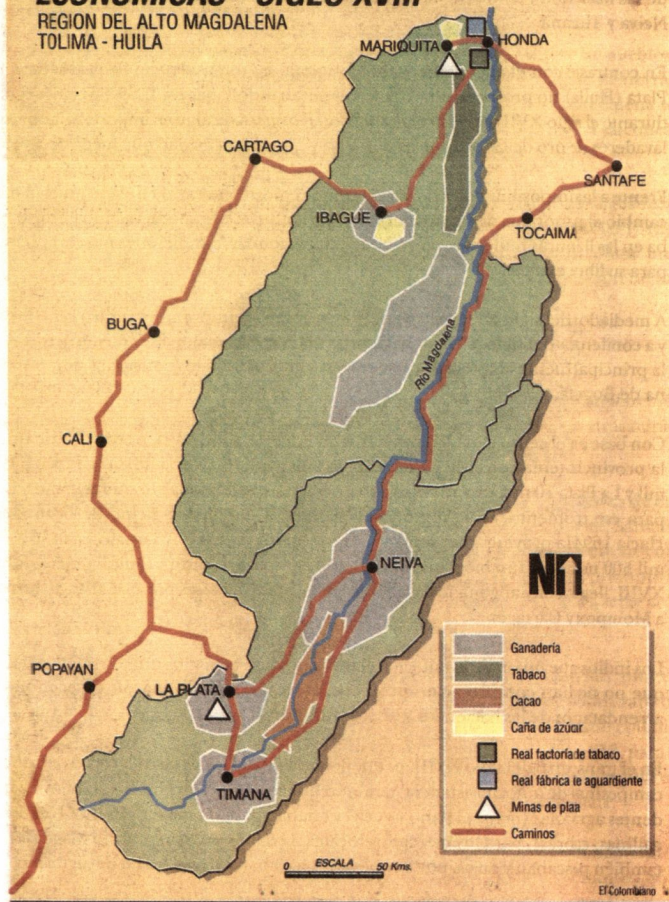
Con base en el censo ganadero efectuado a fines del siglo XVII, puede decirse que la provincia tenía cerca de 40 mil cabezas de ganado (Neiva 28.852, Timaná 10 mil y La Plata 10 mil, este último dato en forma aproximada) lo que la convertía, para ese momento, en la región más ganadera del Nuevo Reino de Granada. Hacia 1694 la provincia de Neiva se comprometía a enviar a Santafé, cada año, 4 mil 500 novillos. También enviaba ganado a Popayán, Pasto y Quito, y en el siglo XVIII, llegó a enviar ganado a Cali, e incluso, atado a balsas por el río Magdalena, a Mompo y Cartagena.

Los indios que huían de la mita, los blancos de clase baja y los numerosos mestizos que no podían convertirse en propietarios de tierras terminaron en pequeños arrendatarios de las haciendas y de los latifundios.

En el transcurso del siglo XVIII, pequeños arrendatarios desarrollaron economías campesinas de autosubsistencia; también hubo quienes producían algunos excedentes agrícolas (maíz, plátano y yuca) y criaban ganado mayor y menor (cerdos, gallinas, cabras), para los mercados locales. Los más próximos al río Magdalena también pescaban y otros, por temporadas, sacaban oro del lecho de algún río.

PRINCIPALES ZONAS ECONOMICAS - SIGLO XVIII

REGION DEL ALTO MAGDALENA
TOLIMA - HUILA



DE LA DECADENCIA MINERA A EXPANSIÓN AGRÍCOLA Y GANADERA

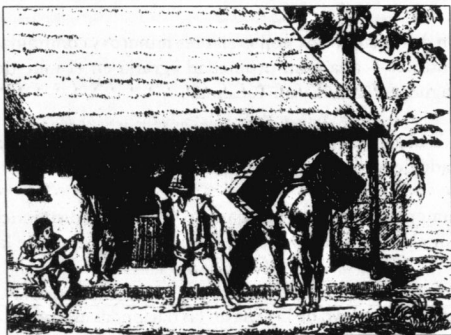
A finales del siglo XVII era evidente la decadencia de Mariquita como epicentro económico minero. Ese fenómeno acentuó la dispersión y privatización de la vida social en el mundo rural dominado por latifundios y haciendas. Desde entonces hasta 1750 aproximadamente, los cambios más notorios fueron:

1. la vinculación de funcionarios, comerciantes-mineros y comunidades religiosas —jesuitas y agustinos— a la gran propiedad agraria en el valle de Neiva y del Saldaña, en Ibagué, en Honda y en Tocaima;
2. la aparición de haciendas de cacao en las riberas del río Magdalena, que abastecieron el mercado de Antioquia y de Mompox-Cartagena;
3. el notorio aumento de criadores de ganado y la relativa disminución del ganado cimarrón por el incremento de vaqueros, corrales y control de las fieras y uso de la sal;
4. la concentración del cultivo de la caña en las haciendas esclavistas de Tocaima y Mariquita, en menor escala en Ibagué (San Luis), donde se producía miel para abastecer las fábricas de aguardiente; y,
5. la expansión del cultivo de tabaco entre un campesinado indio y mestizo en la margen occidental del río Magdalena, entre las poblaciones de Mariquita y Coello.

Todos esos cambios estuvieron acompañados de un relativo aumento de gentes, sobre todo mestizas. Con la monopolización del tabaco y del aguardiente a mediados del siglo XVIII, por parte de La Real Corona, los hacendados, productores de miel y los campesinos cultivadores de tabaco, dependieron para sus ingresos monetarios de la Real Factoría de tabaco y de la Real Fábrica de aguardiente con sede en Honda.

No obstante, el contrabando fue un fenómeno crónico entre campesinos y pulperos (tenderos), al punto de convertirse en un rasgo de su cultura frente al Estado.

Siglos XVIII y XIX UNA ECONOMÍA QUE MIRA AFUERA



Los sucesivos auges de la ganadería, el tabaco y el añil no alcanzaron para estructurar una región económica.

La decadencia de la minería de la plata acentuó lo que sería una característica bastante duradera de la economía en el Alto Magdalena: el aislamiento de las economías locales. Las haciendas a menudo estaban más articuladas a mercados de otras regiones que a los pueblos, villas o ciudades más próximos.

El Valle del Saldaña, por ejemplo, minero y ganadero, estaba más integrado a Honda y a Santafé que a Neiva o Ibagué; la zona de Chaparral —jurisdicción de Ibagué—, también minera y agrícola-ganadera, al menos durante ese siglo, vivió más ligada al Chocó y a Popayán que a Ibagué o Santafé. Llanogrande (Espinal) estaba más vinculado a Santafé que a Ibagué o Tocaima, de cuya jurisdicción hacía parte, y las villas de Timaná y de La Plata más articuladas a Popayán que a Neiva.

Sin embargo, por su estratégica ubicación, la Villa de Honda — principal puerto interior del virreinato— fue un epicentro interregional donde convergieron y se

abastecieron muchas economías locales de las provincias de Mariquita, de Neiva, parte de las de Popayán, Antioquia y Santafé de Bogotá, así como del comercio procedente del puerto de Cartagena.

El oro, el ganado, la pesca, el cacao, los cueros, el anís, las mercancías importadas de España (vino, telas y ropas de lujo, aceites, hierro), los lienzos y ropas de la tierra, el tabaco, la moneda, convergían en recuas de mulas, champanes y canoas en ese populoso puerto sobre el río Magdalena.

Honda desplazó a Mariquita en el siglo XVIII de su condición de centro económico y administrativo provincial, una vez que se establecieron en ella la Real Fábrica de aguardiente hacia 1780 y las oficinas del ramo de tabacos. Por entonces la villa pudo alcanzar más de quince mil pobladores sobre todo en los tiempos de San Juan y de Navidad; su vida urbana, comercial y política era de las más intensas del Nuevo Reino y se beneficiaba notoriamente del oro que fluía desde Antioquia durante todo el siglo XVIII por el camino que de Mariquita llevaba a esa provincia.

El impacto de las guerras de España con Inglaterra y con Francia y el cambio de las rutas comerciales por el libre comercio y el contrabando, principalmente, fueron procesos que hicieron decaer la importancia económica de la villa de Honda. La decadencia se agravó con el terremoto de 1805 y con las guerras de Independencia.

Sólo con el establecimiento de la navegación a vapor a finales de la década de 1830 y de las exportaciones de tabaco especialmente desde la década de 1840, Honda recuperó y amplió los beneficios de su privilegiada situación.

EL ABASTO DE GANADOS

Durante el siglo XVIII, la provincia de Neiva continuó enviando ganado a diversos mercados, especialmente a Santafé y Popayán. Hacia 1730, el reparto del abasto de ganado para Santafé le asignaba a la provincia 6 mil 500 novillos anuales. Este ganado era obtenido de las grandes haciendas que pertenecían a las élites criollas de Neiva, Timaná y La Plata, y también de los hatos que tenía la Compañía de Jesús y de las no pocas haciendas que poseían los curas en sus parroquias.

La expulsión de los jesuitas en 1767 y el posterior remate de sus haciendas (La Vega, Doima, Tena y Villavieja) a burócratas y terratenientes locales hizo que se modificaran la estructura de la propiedad y las relaciones con sus esclavos lo cual generó tensiones y conflictos sociales.



Durante la época colonial, los hacendados y campesinos del Alto Magdalena se vieron afectados por algunos problemas, a veces de efectos devastadores. Se trataba de las plagas de langosta y las bandas errantes de loros que devoraban en cuestión de días cultivos y cosechas dejando en la penuria a muchas familias campesinas.

Las sequías afectaban por igual cultivos y ganados, aunque el mayor problema que enfrentaron los hacendados era el abigeato; al punto de constituir un mal crónico a la vez que un rasgo de la cultura de ciertos sectores populares.

LA ECONOMÍA FUMA TABACO

A la recuperación económica luego de las guerras de Independencia contribuyó la exportación de tabaco a Europa y la consiguiente expansión de su cultivo, hecho que ocurrió desde mediados de la década de 1830.

La provincia de Mariquita, en la zona comprendida entre los pueblos de Guayabal y de Coello, con epicentro en Ambalema, tuvo la más grande participación en estas exportaciones hasta la crisis de 1857, cuando comenzó a disminuir al parecer como resultado de la pérdida de calidad y de la fuerte inestabilidad política.

La vinculación de la región al mercado mundial mediante este ciclo agroexportador tuvo un significado trascendental en el cambio agrario y social e incluso mental y político en las gentes que directa o indirectamente participaron en el cultivo y comercio de la estimulante hoja.

Durante la década de 1850 hubo en el distrito de Ambalema un crecimiento inusitado de los valores de la tierra, los salarios y los precios; así mismo, se introdujeron exóticos patrones de consumo y nuevos modelos de relación social; en cambio las zonas de Purificación, Neiva y Peñalza —un poco al sur de Girardot—, no lograron incorporarse al auge exportador dado el fracaso de las factorías allí establecidas en 1847-1848.

La economía tabaquera estimuló fuertemente la ganadería de la región, tanto por el crecimiento del consumo de carne y la demanda de cueros para enfardejar las mercancías como por la oportunidad de introducir cambios técnicos —formación de potreros de pasto artificial— y mejoras en la administración de los hatos, acorde con los costos de la cría y ceba. Estos cambios no fueron generalizados ni suficientemente intensos como para modernizar el conjunto de la ganadería en la región.

El hecho más notorio fue la expansión de la hacienda ganadera en tierras de antiguos resguardos indígenas (Coello, Piedras, Natagaima-Coyaima).

El cultivo de la caña y la producción de aguardiente, sobre todo en haciendas tabacaleras con numeroso campesinado de cosecheros apareció desde finales de la década de 1850, como una actividad complementaria una vez las firmas exportadoras de tabaco —como la Fruhling y Goschen, la Compañía Anglocolombiana y otras— se convirtieron en terratenientes y controlaron el proceso productivo. No obstante, la destilación de aguardiente fue, luego de la guerra civil de 1860-1862, una industria predominantemente popular.

Con la decadencia de las exportaciones tabacaleras y de la participación de *empresarios* colombianos en ellas, unos cuantos tendieron a desplazar sus inversiones hacia sectores productivos con oportunidades transitorias en el mercado mundial, tales como el añil.

Desde finales de la década de 1860 se dio este nuevo ciclo exportador, sobre todo en haciendas ribereñas al río Magdalena entre los sitios de Peñaliza y Neiva. Este ciclo fue muy breve. Algunos de esos empresarios sufrieron considerables pérdidas por los altos costos de producción y por la recuperación de los tradicionales productores a mediados de la década de 1870.

DE UNA FIEBRE A OTRA FIEBRE



Una artesanía lujosa, auge de la quina y el caucho, de nuevo la minería, pero la economía regional no pudo despegar.

A los efectos de las guerras de Independencia se agregaron las repercusiones del terremoto de 1827 que represó el río Suaza, y su posterior avalancha arrasó con un millón de árboles de cacao, afectando las haciendas y cultivos de Guadalupe, Garzón y Gigante.

Empero, para las primeras décadas de la segunda mitad del siglo XIX, en la provincia de Neiva la producción de cacao se había recuperado. De tal manera que se estimó la producción de cacao, para toda la región del Alto Magdalena, en \$600 mil y sus mercados de consumo se localizaban en el interior, la Costa Atlántica, Antioquia y Cundinamarca. Hacia 1874 se calculaban dos millones de árboles y una producción de 42 mil arrobas de cacao en la zona de Neiva.

Durante todo el siglo XIX la economía huilense continuó siempre definida por el predominio de las ganaderías vacuna, caballo y mular, que abastecían diversos mercados del país. En 1887 se observaba que en las llanuras del Alto Magdale-

na pastaban más de 500 mil reses y contingentes apreciables de caballos y mulas, producción que surtían el comercio interior y las provincias de Bogotá, el Socorro y Cúcuta. La mitad del ganado que se consumía en Cundinamarca provenía de las dehesas del Alto Magdalena.

LOS SOMBREROS DE PANAMÁ ERAN DE SUAZA

Durante el siglo XIX, la artesanía de exportación más importante de Colombia fue la representada por los sombreros de paja. En el Huila se producían sombreros en el distrito de Suaza, Timaná, Elías, Naranjal y Guadalupe. Los sombreros de paja eran conocidos en el país bajo diversos nombres: de jipijapa, de nacuma, de iraca, de Suaza, de murrapo, entre otros. En el exterior se los conocía como *sombreros de Panamá*.

También se los producía en Santander y Antioquia. Los huilenses eran los de mejor calidad y los más caros, seguían los antioqueños y finalmente los santandereanos, que eran de consumo popular. En Santander se ocupaban en la fabricación de sombreros algo más de 40 mil personas, en el Huila de 10 a 12 mil y en Antioquia una cantidad algo menor.

La producción se hacía en las condiciones de una artesanía familiar, en donde trabajaban primordialmente las mujeres y los niños. Los sombreros del Huila, dado su alto precio, en general eran adquiridos por las clases medias y acomodadas. En 1868 esta región producía 120 mil sombreros, por un valor de \$250 mil lo que representaba el 12.5% de la producción nacional. La mayor parte se exportaba.

Los principales mercados interiores que demandaban el sombrero huilense eran los del Tolima, Cundinamarca y Costa Atlántica. Los mercados externos para la producción nacional eran Brasil, Estados Unidos, Venezuela y todas las Antillas. Los sombreros del Huila y Antioquia se enviaban de preferencia a la Habana. En 1887 se observaba que los sombreros de paja habían decaído, pues no resistieron la competencia de los sombreros de seda, de fieltro y de paja de arroz, más ligeros y baratos, que se producían en Europa.

QUINA Y CAUCHO

Entre 1867 y 1873 se produjo en el Alto Magdalena el auge de la quina de exportación, que imprimió un efímero dinamismo a la economía regional. La principal empresa exportadora de quina era **La Compañía de Colombia**, la cual llegó a ser considerada en su tiempo como la más importante empresa del país.

La Compañía se fundó en 1863, en Colombia (Huila) y extendió sus actividades a los Llanos de San Martín; fundó varias haciendas, diversificando sus actividades con la cría de ganado y el cultivo de plátano, caña de azúcar, cacao y café. Para el control y vigilancia de sus actividades productivas la empresa organizó patrullas de hombres armados con la protección del gobierno.

Hacia el sur, desde la hoya de San Agustín hasta el valle del Suaza, operó la Compañía **Lorenzana** (Cuéllar, Durán, Angel y Co.) dedicada primero a la extracción de chinchona y luego a la de caucho.

Atraídos por el negocio de la quina y posteriormente por el del caucho, llegaron a la región de San Agustín centenares de indios procedentes del Cauca y Nariño y también colonos blancos y negros. Esta inmigración revivió viejos conflictos de tierras en la región y originó nuevos. Los recién llegados invadieron el resguardo de la Ceja y ocuparon algunas tierras de la enorme hacienda Laboyos. En este latifundio se desencadenó un largo y dramático conflicto entre los poseedores de parcelas y los administradores de la hacienda, conflicto que unido a otra serie de factores, produjo con el tiempo la fragmentación de la inmensa propiedad.

Una de las consecuencias de la extracción de quina fue la apertura de la colonización hacia la región selvática del noroccidente amazónico, abierta por el hombre huilense y tolimense y que continuaría luego con la economía extractiva del caucho.

En la última década del siglo XIX entró en apogeo la región cauchera del sur del país, cuyo centro era el Caquetá. Si bien el Huila no tuvo mayor importancia en cuanto a la existencia y explotación directa del caucho o *árbol vaca* en su territorio, se relacionó en cambio con la economía cauchera del Caquetá.

Entre el Huila y el Caquetá se abrieron caminos por donde transitaban caucho, mercancías, mulas y personas. El caucho del Caquetá —del cual una buena parte tomaba el rumbo del Amazonas y del contrabando— llegaba a Neiva y de aquí seguía con destino a la exportación. El Huila proveía de mercancías a las zonas caucheras y era sitio de tránsito para el caucho de exportación. Así mismo, en la explotación del caucho participaron directamente algunos empresarios huilenses. Hacia aquellas zonas emigró un apreciable contingente de opitas.

Durante los primeros años del siglo XX, al impulso de la economía cauchera, continuó la migración de huilenses al Caquetá; cuando se produjo la declinación del caucho, hacia 1912, muchos regresaron, pero un buen número se quedó, convirtiéndose plenamente en colonos.

DE NUEVO LA FIEBRE MINERA

Un proceso paralelo al ciclo tabacalero en su última fase —década del 70— fue el renovado interés por la minería del oro y de la plata en la cordillera Central del Tolima desde Herveo hasta Ibagué, sobre todo en los ríos Sabandija, Las Animas, Bermellón, Anaimé y en el sitio de Frías. Colonos antioqueños y compañías extranjeras y mixtas reactivaron estas explotaciones, algunas veces con innovaciones tecnológicas como ocurrió en la década del 70 con el uso del monitor californiano y los molinos metálicos hidráulicos en las minas de Frías (plata) y Malpaso (oro).

No obstante el calificado escepticismo en sectores políticos y empresariales, el interés por la minería se acentuó en los años 80 con la crisis económica suscitada por el agotamiento de los ciclos agroexportadores y por el aparatoso cambio institucional de la república. El auge de la minería, en el Tolima, anterior y paralelo al surgimiento de la bonanza exportadora de café desde 1887, tuvo mucho de fiebre especulativa. A la que no fue ajeno el gobierno regenerador del Tolima, el cual quiso emular a Antioquia creando una infraestructura que propiciara el imaginado auge: intentó crear una escuela de Minas, inauguró una casa de fundición y ensayos en Ibagué y financió un estudio científico de las minas conforme lo aconsejaron Salvador Camacho Roldán y la casa Enrique Cortés y Cía. de Londres.

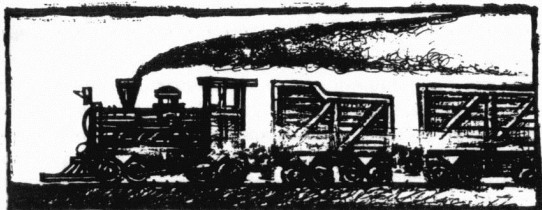
De este artificioso auge minero la experiencia más significativa fue la **Compañía Minera de La Plata**, organizada en 1886 con el liderazgo del antioqueño Vicente Restrepo, funcionario regenerador. Esta Compañía encargó de los trabajos de explotación al ingeniero norteamericano John F. Randolph. Después de cinco años de trabajo y la inversión de \$150 mil pesos de ley, los resultados no pudieron ser más desastrosos.

Algunas de las más notorias excepciones del auge especulativo de la minería fueron las minas de Frías, Malpaso y Calamante, beneficiadas por compañías inglesas cesionarias de privilegios que el gobierno colombiano había otorgado desde 1824 en contraprestación a los créditos ingleses para financiar la guerra de Independencia. En dichas minas llegó a haber poco más de mil trabajadores y empleados.

Los ingleses no hicieron montajes de maquinaria para procesar los miles de toneladas de mineral de plata que extraían. Este lo exportaban a su país. La región y el gobierno colombiano sólo se beneficiaban de los pagos de jornales y la demanda de productos primarios y de unos pequeños capitales invertidos por ex-administradores de la empresa (Green, Jones) en activos agrarios y almacenes.

Otras excepciones notorias fueron las ricas minas de la compañía **El Cristo**, cerca de Frías, las minas aluviales de los ríos Bermellón, Anaime, Amaya y Saldaña. Antes de la Guerra de los Mil Días el gobierno departamental se percató del conflicto entre hacendados y compañías mineras a raíz de la contaminación de las aguas de los ríos, con perjuicio de la ganadería y cultivos como el cacao y el arroz.

Siglo XX COMENZOS DE LA AGRICULTURA COMERCIAL



La superación de los estragos de la guerra fue difícil. Luego de 1930 el Tolima avanza hacia una nueva agricultura.

Empresarios bogotanos y en menor medida tolimeses se lanzaron a las antiguas montañas quineras de Cunday, Chaparral y Alpujarra. Fue el impulso colonizador de las últimas décadas del siglo XIX que forjó haciendas con bosques de quina, minas de aluvión y, sobre todo, centenares de miles de caños, con su infraestructura de beneficio, empaque y transporte.

Girariot se convirtió, entonces, en el nuevo y próspero epicentro demográfico y comercial de las economías locales del suroccidente de Cundinamarca, centro y sur del Tolima, a través de caminos y de los ríos Saldaña y Magdalena. Por éste navegaban vapores, canoas y champanes que iban y venían entre Honda y Neiva. Cabe precisar que salvo los intentos de 1873-74 y 1884, la navegación a vapor hasta Neivano logró establecerse de manera regular debido a dificultades técnicas y a los altos costos por falta de suficiente carga y tráfico de retorno.

A nivel estatal uno de los efectos de este auge económico en la región fue el lento pero significativo progreso en la red ferroviaria —ferrocarriles de la Dorada y de

Girardot— y, a nivel departamental, el aumento de los ingresos fiscales especialmente por la renta de licores, que se tradujo en un incremento de las inversiones en obras públicas —puentes de hierro sobre varios ríos importantes, caminos—, por lo menos hasta la guerra civil de 1895.

En este período (1880-1899) comienza a preocupar a ciertos sectores de la élite tolimense la modernización del sector agrícola mediante la irrigación, el cambio en las técnicas de cultivo y el uso de maquinaria.

Al finalizar el siglo XIX la región padeció los efectos de las crisis de la economía cafetera (1897-1898) y de la cacaotera en el Huila, por causa de la plaga de *la mancha* y las repercusiones de la Guerra de los Mil Días. La región vivió un dramático estancamiento económico del cual tardó en recuperarse.

LOS EFECTOS DE LA GUERRA

Las consecuencias morales, sociales, económicos y culturales que ocasionó la guerra de los Mil Días en el Gran Tolima fueron notables. La desolación y la perplejidad se prolongaron con las noticias sobre la expansión norteamericana en Panamá, el envilecimiento de la moneda, la restauración y centralización de los monopolios del aguardiente, del tabaco y del degüello, medidas sentidas como un bloqueo de las posibilidades de recuperación de los ingresos para el campesinado y los hacendados del valle y las cordilleras.

El protagonismo de la Iglesia y del gobierno en reparar los destrozos de la guerra se concretó inicialmente en la realización de viejas ideas sobre escuelas de artes y oficios, granjas agrícolas (salesianos), como también en el reinicio de la construcción de ferrocarriles (Dorada-Ambalema; Girardot-Espinal) y de la navegación por el río Magdalena, en el estímulo a cultivos nuevos como el algodón, el arroz y la subvención a las exportaciones de café.

Sin embargo, la recuperación económica en el valle del Tolima, en particular, se dio espontáneamente en la actividad secular de sus haciendas, la ganadería, con algunos casos aislados de mejoramiento de razas y controles veterinarios.

Con la guerra de los Mil Días la economía huilense también se vio afectada, aunque en menor grado que la del Tolima, Cundinamarca y Santander, departamentos que se involucraron más de lleno en el conflicto bélico. Las contribuciones a los fondos de guerra, los empréstitos forzosos, los impuestos de guerra, las cuotas de ganado para la *Carnicería Oficial* con destino a la manutención del ejército, las

requisitorias de bestias, las cuotas de mercancías como telas, machetes y otros implementos para el ejército, etc., todo lesionaba la economía de la región. Empero, es de observar que estos requerimientos gravaban en mayor medida a los liberales más pudientes de la provincia.

Entre las producciones más quebrantadas por la guerra estaban la ganadería vacuna y caballar. Si en 1882 el total de ganado para el Huila y el Tolima era de 320 mil 128 cabezas, para 1916 —14 años después de la guerra—, apenas ascendía a 212 mil 79, suma de la cual 66 mil 123 correspondían al Tolima y 146 mil 626 al Huila. Mientras en los años siguientes la ganadería del Tolima exhibió un rápido crecimiento, para el Huila en cambio la recuperación fue bastante lenta. Sin embargo, con pocas excepciones, era una ganadería de mala calidad, popularmente simbolizada en la expresión *sólo cachos y güevas*.

HACIA EL CAPITALISMO AGRARIO

El notable crecimiento urbano en epicentros económicos y demográficos —Girardot, Armero/Líbano, Ibagué y Chaparral— y el nivel de ingresos durante el auge económico de 1917 y 1927, favorecieron la ampliación y tecnificación de los cultivos de arveja escala comercial en haciendas de los valles del Lagunilla y del Saldaña.

Con excepción de la destilación de aguardiente y de otras bebidas el vacío de experiencia industrial propia fue un rasgo de la economía tolimense y más intensamente de la huilense hasta bien entrados los años 60. En 1927 fue creada la cervecera de Honda con un capital de 200 mil pesos. Dos años después fue aumentado a 700 mil por la participación de firmas alemanas (Handel).

En la décadas del 10 y del 20, hubo reiterados esfuerzos institucionales por la modernización de la agricultura en el Tolima.

En efecto, la creación de la escuela de agricultura tropical, de granjas agrícolas, escuelas agronómicas, bancos de crédito agrario, proyectos de ley sobre la irrigación de los llanos del Tolima como parte integral de una reforma agraria con crecimiento económico, muestran un momento del interés público por el desarrollo regional desde una perspectiva no cafetera, el cual solo empezaría a cristalizar en el gobierno de Ospina Pérez.

Entre tanto, se dio un extraordinario crecimiento de la colonización cafetera en las montañas orientales y en la cordillera Central al sur de Chaparral —23.4% del incremento total del país.

Este crecimiento, combinado con la prohibición del cultivo y comercialización directa del café por los campesinos dependientes de los hacendados, originó un movimiento de los trabajadores agrarios muy fuerte.

En la década de 1920 —participando del crecimiento económico nacional—, el despertar a la vida moderna en el Tolima se expresó también en la ampliación del transporte ferroviario hasta Ibagué y posteriormente hasta Neiva y la construcción de la carretera Ibagué-Armenia y Girardot-Neiva.

Sin embargo en las décadas del 30 y 40 se afianzó el proyecto modernizador del sector agrario en las tierras planas desde Purificación hasta Mariquita, con la fragmentación del latifundio, la construcción de sistemas de irrigación, el crédito estatal a los cultivadores, el uso de semillas seleccionadas, fumigación aérea y maquinaria en los cultivos de arroz, algodón y ajonjolí, incrementados de modo extraordinario a partir de los años 50. Los avances hacia una revolución agrícola fueron patentes desde entonces.

SALINDO DEL LETARGO



En el hila el despertar fue morrongo, en el Tolima convulsionó la sociedad.

Durante la primera mitad del siglo XX, la economía huilense se caracterizó por su bajo ritmo de desarrollo, por su retraso frente a la modernización, por su relativo confinamiento y su lenta articulación a los centros de la economía nacional.

La gadería vacuna, que constituía el renglón más importante y tradicional, después de la guerra de los Mil Días, presenta un lento crecimiento hasta los años 40, mateniéndose prácticamente estacionaria su participación porcentual en el total nacional.

El degneramiento de las razas (criolla, antioqueña y llanera), las plagas, las enfermedades y la escasez de pastos nutritivos no colaboraban con el desarrollo de la ganadería huilense. No obstante, en los años cuarenta se puede apreciar un aumento importante: de 272 mil cabezas en 1935 se pasó a 429 mil en 1945 y a 608 mil 60 en 1947.

EL HUILA A PASO DE TORTUGA

La trayectoria de los principales productos agrícolas, en ese mismo lapso, fue la siguiente:

El cacao, un renglón de vieja data, presentaba en las primeras décadas del siglo evidentes síntomas de decadencia; en 1919 se decía que la producción del grano no alcanzaba para el consumo interno departamental y las plagas arruinaban los cacao-tales; empero, en el primer lustro de los años 30, se registró un aumento, para declinar luego. Entre las causas de este decaimiento se aducía en 1935 el envejecimiento de los árboles —la mayoría de los cuales pasaba de 60 y de 100 años—, el ataque de enfermedades y plagas y la ausencia de métodos apropiados de cultivo. La mengua del cacao se prolonga hasta los años 50 cuando nuevamente se recupera.

A diferencia del cacao, el arroz adquiría un ritmo de crecimiento sostenido, sobre todo a partir de los años 30, si bien su participación porcentual en el total nacional era poco importante. Para la economía regional esta expansión abría perspectivas a un producto que pasando el tiempo tendría presencia significativa en la economía huilense. En los años treinta el principal centro productor era Campoalegre, en donde se empleaba maquinaria moderna para su explotación y uno de los primeros sitios del país donde se empezaba a aplicar la tecnificación agrícola. Luego surge otra zona arrocera, Palermo, y el cultivo continúa expandiéndose, de tal manera que el Huila en 1958 era el segundo proveedor nacional de arroz, después del Tolima.

El maíz, que se había extendido en forma notable entre 1925 y 1934, entró a partir de este último año en un estancamiento que se prolongó hasta fines de los 40 ó comienzos del 50.

En cuanto al trigo, el anís y el tabaco, se puede decir que estaban en la categoría de cultivos menores, pues su peso en la economía regional era muy reducido. En lo que respecta al algodón, apenas comenzaban las campañas en los años 30 para fomentar su cultivo, siendo todavía insignificante su producción. Se expandió en las décadas subsiguientes y en 1958 ya el Huila enviaba 1.811 toneladas métricas al consumo industrial.

El café, pese a los esfuerzos por fomentarlo, tampoco fue significativo dentro de la producción nacional del grano. Según el censo industrial de 1945, el Huila ocupaba el último lugar, con 81 establecimientos que representaban el precario porcentaje del 1,0% del total nacional. De ellos, la mayoría se dedicaba a la producción

de alimentos, siguiendo luego los cueros y las bebidas. También en la cantidad de personal ocupado y en las cuantías del valor de la producción y del valor agregado, el departamento ocupaba la última escala a nivel nacional con magnitudes ostensiblemente ínfimas.

Todo ello nos permite apreciar que durante la mayor parte de la primera mitad del siglo XX, el desenvolvimiento de la economía huilense, no conseguía obtener en forma sostenida ritmos perceptibles, sino que, por el contrario, en su rigidez y lentitud, tendía a quedar rezagada respecto del desarrollo y la modernización económica que se registraba en otras regiones del país.

LA AGRICULTURA ATROPELLA

La inversión estatal en la adecuación de la llanura tolimese desde el río Saldaña hacia el norte y su incorporación a la economía nacional buscaba hacerla productora de aceites y de materias primas para la industria textil, y proveedora de alimentos para la población urbana.

Las relativas ventajas arancelarias para la importación de la maquinaria requerida para la mecanización y, sobre todo, el papel del crédito estatal para financiar la conversión de los propietarios de tierras, de clases medias urbanas (arrendatarios) en empresarios agrícolas, determinan el rápido proceso de modernización del Tolima en las décadas de 1950 y 1960 en medio de la Violencia. Hacia 1960 el Tolima era el primer productor nacional de arroz, algodón y ajonjolí.

Correlativa de ese proceso fue la masiva expulsión del secular campesinado arrendatario de las haciendas ganaderas, sobre todo en el centro y norte del valle del Tolima y su consecuente proletarianización. A ésta se sumarían grupos de campesinos procedentes de las zonas cafeteras y de la zona indígena del sur, de los cuales algunos migrarían hacia los llanos orientales y el Caquetá, también hacia Ibagué y otras ciudades. Rafael Parga Cortés recordaba cómo fue la escasez de buenas tierras lo que en la década de 1960 impulsó a que agricultores tolimeses bajar a la costa, especialmente al Cesar a comprar tierras y a cultivar algodón y luego arroz.

La economía cafetera, dependiente del mercado mundial, la ganadería y la agricultura comercial, dependiente de la urbanización y la industrialización internas, así como la pequeña economía campesina, autosuficiente y articulada a mercados locales, singularizan la economía tolimese frente a otras regiones del país.

Una característica de la agricultura en el Tolima es la marcada especialización productiva de las subregiones que ha contribuido a su relativo aislamiento y, por ende, a la débil integración regional.

Otro rasgo es la estructura ocupacional del sector agropecuario, sobre todo de la agricultura capitalista, incluyendo la cafetera, caracterizada por concentrar la mayor cantidad del trabajo asalariado en el total sectorial del país. Este hecho laboral corresponde a una significativa concentración de la propiedad —el 9.6% de los propietarios posee el 64.9% de la tierra útil, en predios de más de 500 hectáreas. La zona más atrasada (Natagaima-Coyaima), de ancestro indígena, está dominada por el minifundio y es una reserva de mano de obra estacional (cosecheros).

¿LA MEJOR COYUNTURA?



Parecía que el Huila y el Tolima, por fin, despegan.

La articulación comercial del Huila, con base en la demanda de productos agrarios generada por los polos de la industrialización y la urbanización (Bogotá, Medellín y Cali), fue el fenómeno más importante de su evolución económica al comenzar la segunda mitad del siglo XX.

Los productos más importantes que en los años 50 se vinculaban a la demanda industrial eran el cacao: el 26,69% de la oferta nacional era huilense, ocupando el segundo puesto después del Tolima; el arroz, del cual el Huila producía el 10,6% de la oferta nacional, ocupando el tercer puesto después del Tolima y el Valle del Cauca; también ajonjolí, algodón, café y maíz, con destino al consumo industrial aunque en cantidades menos destacadas.

De estos productos, el arroz, el algodón y el ajonjolí se producían en empresas modernas de explotación, en tanto que el cacao, el café y el maíz seguían cultivándose en condiciones tradicionales.

Desde entonces, al lado de los sectores agrícolas tradicionales y de la secular ganadería se ha venido desarrollando una moderna agricultura comercial — localizada principalmente en la subregión del norte y oriente—, lo cual le ha otorgado un dinamismo significativo a la economía regional.

Entre los productos de la agricultura comercial los más importantes hoy son el arroz —de alto rendimiento—, el sorgo y el algodón. En el sector de la agricultura tradicional que tiende a predominar en la subregión sur y occidente del departamento sobresalen el maíz, el fríjol, el plátano, la yuca, el cacao y la caña panelera. El crecimiento de estos últimos productos ha sido en general lento. Buena parte de los mismos se envía a los mercados de Cali y Bogotá.

El café, que se cultiva en la ladera central de la cordillera Oriental, ha presentado cambios importantes a partir de los años 70. Sobre todo, ha aumentado su productividad en las áreas en donde se ha pasado al cultivo tecnificado.

La industria, en cambio, continúa siendo esquivada para la región huilense. Las demandas de la agricultura comercial, y en general de bienes manufacturados, sigue abasteciéndose en lo fundamental, de los productos procedentes de Bogotá, Cali y Medellín, y algunos del extranjero. Sin embargo, a nivel local, las empresas dedicadas a la industria de trilla y molinería —ligadas a la agricultura comercial— han presentado algún dinamismo; las otras industrias corresponden a la fabricación de licores —monopolio estatal— y a las firmas de gaseosas y cervezas —en su mayoría subsidiarias de firmas nacionales.

En el conjunto, el sector agropecuario es la base de la economía departamental, de cuyo producto interno bruto representó, para 1985, el 37,5%, mientras la industria manufacturera participó en el 8,2% y la minería en el 7,6%.

En el agro huilense vive el 48% de la población, en condiciones de una inequitativa distribución de la tierra: el 48,7% de los predios —inferiores a 10 hectáreas— cubren el 8% de la superficie, mientras el 0,5% de los predios (superiores a 500 hectáreas) ocupan 24% de la extensión territorial.

Definida la economía huilense por su adscripción básica a la producción de bienes agrícolas, su dinámica se encuentra sometida a la suerte de tales productos, con sus períodos de auge y crisis, lo que dificulta obtener un desarrollo sostenido.

Así mismo, la especialización agraria orientada a los mercados extrarregionales no ha permitido una articulación interna de los mercados locales de la región. A lo

anterior se agregan las distorsiones del cultivo ilegal de la amapola, el cual constituye también un rasgo del panorama agrícola del sur del Tolima.

Recientemente han surgido esperanzas acerca de algunos factores que podrían contribuir a modificar el modelo de desarrollo huilense, los cuales se refieren al sector de hidrocarburos, a la explotación de algunos minerales y a la política de gastos del gobierno departamental con base en las regalías del petróleo.

ENTRE LA AGROINDUSTRIA Y LA ENERGETICA

El caudaloso desarrollo industrial, la gran producción agropecuaria del Tolima y las complejas condiciones sociales resultantes de la violencia influyeron en la decisión de un grupo heterogéneo de veinte tolimeses —empresarios y profesionales— de constituir la Asociación para el Desarrollo del Tolima (ADT), el 23 de abril de 1964 como una entidad apolítica cuyo objetivo sería promover e impulsar el desarrollo económico y social del departamento enfatizando en su industrialización. Luego de 25 años de actividades había participado decisivamente en la creación de cerca de 20 importantes industrias y empresas de servicios entre las cuales se destacan Texpinal, Catsa, Aires, Coruniversitaria, entre otras. Por entonces estaba promoviendo otras 20 empresas al amparo de la ley 44 de 1987.

El potencial de la ADT como intérprete y motor del desarrollo integral de la región se hizo evidente con motivo de la catástrofe del volcán del Ruiz que ocasionó la destrucción de Armero. Esta tragedia maduró la pasmosa crisis de identidad, el lento crecimiento y la concentración del ingreso que había en el Tolima.

Las evaluaciones de los efectos económicos causados por la catástrofe de Armero estiman que los activos perdidos superaron la cifra de los 20 mil 300 millones de pesos (construcciones, sector agropecuario y servicios) y causan pérdidas anuales, por disminución de la capacidad productiva, del orden de los 12 mil millones de pesos, partiendo del nivel del producto existente en junio de 1986. Estas pérdidas se han compensado con los efectos de un ciclo de acelerada industrialización, iniciado al amparo de la citada ley.

En efecto, en julio de 1990 líderes del Comité intergremial afirmaban que el impulso a la industrialización en la región estaba representado en la constitución de 130 nuevas empresas que llegarían a hacer inversiones por cerca de 100 mil millones de pesos, generando en los próximos dos años 5 mil empleos directos.

Al finalizar el año de 1992 la inversión acumulada de los dos últimos años era del orden de 5 mil 523 millones, equivalentes a una variación porcentual de 77,5% en relación a los 3 mil 111 millones del año anterior. En 1990 la inversión había sido de 6 mil millones.

Por sectores, la mayor variación positiva ocurrió en el transporte 1.168%, seguida de lejos por el sector servicios, el agrícola y la construcción.

En 1992 fue inaugurada la fábrica textil Fibratolima con una inversión, hecha desde 1988, de 30 mil millones de pesos, destacando a Ibagué como la tercera ciudad textil de Colombia y colocándola en situación de contar en el futuro próximo con una gran industria de confecciones.

Esa transformación de la región y el creciente pragmatismo e integración de los sectores privado, público y político para continuar el desarrollo económico y social del Tolima, en el marco de la apertura económica, tiende a consolidarse mediante la integración regional con los departamentos de Caldas, Quindío, Risaralda y Huila.

Esta integración está impulsando proyectos eléctricos, de vías de comunicación, en televisión y muy especialmente, la irrigación de otras 67 mil hectáreas de tierra para proyectar la expansión y consolidación de la agricultura comercial mecanizada. La inminente realización de estos proyectos tendrán, entre otros efectos, mejorar la distribución del ingreso y la calidad de vida del tolimense, aprovechando las ventajas comparativas que tienen sus opciones agroindustrial y ganadera.

A diferencia del Tolima, el Huila no ha tenido una asociación de empresarios con interés en el desarrollo regional. Empero, dos vigorosos signos de progreso han contribuido recientemente a modernizar la región: las exitosas exploraciones petrolíferas que condujeron al establecimiento de un complejo petrolero de gran importancia para el interior del país, y la Hidroeléctrica de Betania.

Estos hechos revelan el papel estratégico de la política y de la inversión estatal en el reciente desarrollo huilense. Sin embargo, esos signos de progreso no han generado un avance empresarial apreciable ni en la agroindustria ni en los servicios.

Existe en el Huila preocupación por el destino de las regalías del petróleo. Si a comienzos de los años 70 tales regalías resultaban insignificantes para el presupuesto departamental, ya para 1981 representaban el 30% y para 1985 se habían

constituido en el principal ingreso departamental —el 61,4% del total—; en 1991 su participación ascendió al 68,4%.

Grandes esperanzas se han abierto, pues tales ingresos posibilitan la inversión en obras públicas, electrificación rural, servicios públicos, educación, construcción y apoyo a empresas de economía mixta. Sin embargo, no han resultado claros los conceptos de inversión que en algunos casos parece confundirse con gastos de funcionamiento y con otras destinaciones de gastos corrientes; preocupa, en este sentido, la frondosa burocracia de la esfera gubernamental.

El cuato de hora que se le ha presentado al Huila con el recurso no renovable del petróleo —cuyo impacto ambiental también preocupa— exige, por encima de la improvisación, la incuria y el parroquialismo, la puesta en práctica de una moderna política de desarrollo económico, social y cultural que permita el despegue de la región, lo cual continúa siendo un reto para los conductores huilenses.

**PRODUCCION DE PETROLEO
CRUDO Y REGALIAS PAGADAS AL
DPTO. DE HUILA 1980-1995**

Año	Producción (Miles de barriles)	Regalías (Millones de \$)
1980	6.236.7	43.5
1981	9.797.3	464.2
1982	12.359.6	774.8
1983	13.414.7	1.282.2
1984	13.853.3	1.493.2
1985	14.307.9	2.132.0
1986	17.211.7	3.008.9
1987	18.606.3	2.838.3
1988	21.238.7	4.575.8
1989	20.560.4	6.334.7
1990	20.017.8	10.189.2
1991	20.498.2	9.562.5
1992	20.374.1	11.101.4
1993	20.126.3	12.829.8
1994	22.567.7	14.476.6
1995	22.164.9	18.893.8

Fuente: Anuario Estadístico del Huila

BIBLIOGRAFIA

Academia Huilense de Historia. *Memoria del primer Congreso Departamental de Historia*, Neiva, 1987.

Academia Huilense de Historia. *Neiva al filo del Milenio. Historia de conquista, colonización e identidad*, Concejo Municipal de Neiva, 1992.

Anuario estadístico del Estado Soberano del Tolima, 1975-1882.

Anuario Estadístico del Huila.

Asociación para el desarrollo del Tolima. *Carta del Tolima*, 1965-1992.

Clavijo Ocampo, Hernán. *La formación histórica de las élites locales en el Tolima 1600-1930*, Banco Popular -Colciencias-Universidad del Tolima, Bogotá, 1993.

Departamento del Huila, *Estudio de la Comisión de Cultura Aldeana*, Imprenta Nacional, s.f.

Mosquera Mesa, Ricardo et. al. *Economía, política y cultura. Huila, años 80*, Universidad Surcolombiana, Neiva, 1986.

Plan de Desarrollo del Huila, Gobernación del Huila-Universidad de los Andes , 1983.

Rocha Ochoa, Cesáreo. *Prehistoria, Folclor del Tolima*, Imprenta Departamental, 2s edición, Ibagué, 1968.

Sánchez Valencia, Bolívar. *Memorias del Huila*, Ed. Colombo, Neiva, 1927.

Tovar Zambrano, Bernardo. *La región y sus mercados. Una aproximación a la historia económica del Huila*, (Mimeo, 1987).

Vargas Motta, Gilberto. *Breviario del Huila y otros escritos*, Ed. Los Cábmulos, Neiva, 1987.

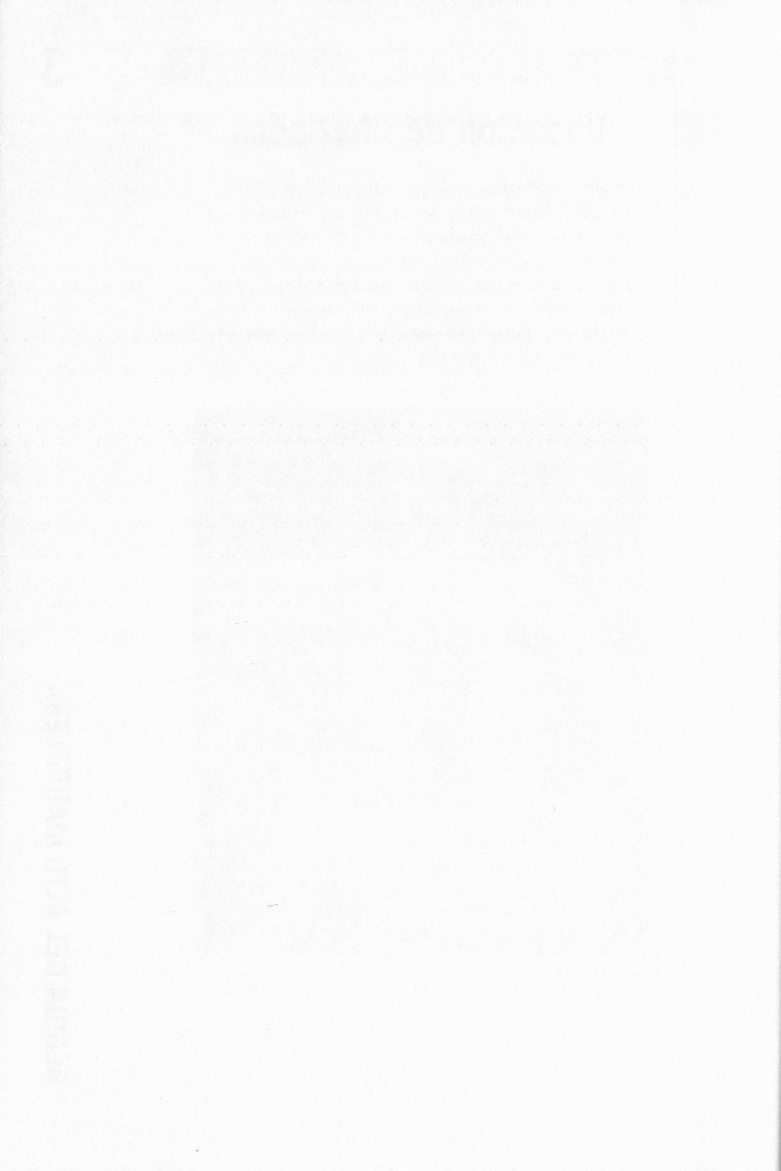
Vocación de libertades

Primera aproximación global a la constitución política del Tolima Grande, se describe la secuencia de momentos e intereses particulares y las fuerzas y relaciones de las comunidades locales. Aborda los principales esfuerzos por construir un orden social y presenta los rasgos comunes, las diferencias de ritmo, los tipos de procesos y la participación de las diferentes zonas y grupos sociales de la región.



Don José Miguel Lozano, Marqués de San Jorge.
Óleo de Joaquín Gutiérrez, s. XVIII, Museo de Arte Colonial, Bogotá

Reynel Salas: Presidente Academia Huilense de Historia. **Elsy Marulanda:** Investigadora CORPODEC. **Hernán Clavijo:** Profesor Universidad del Tolima.



Desencubriendo LA COLONIA



En medio del conflicto se construyó un precario poder patrimonialista

Timaná fue fundada por Pedro de Añasco en 1538. Previamente, Sebastián de Belalcázar había reconocido esa zona, uno de los más grandes núcleos poblacionales del Alto Magdalena. Tocaima, en el extremo norte de la región, fue fundada en 1544. Los dos hechos inauguran políticamente la primera etapa de la historia colonial en el Alto Magdalena.

Esta etapa termina con tres momentos complementarios:

1. El final de la guerra que el presidente de la Real Audiencia de Santafé, el capitán Juan de Borja (1605-1629), organizó y dirigió contra los pijaos en 1610;
2. la fundación definitiva de Neiva por el capitán Diego de Ospina en 1612 y el otorgamiento a éste del gobierno de las provincias de Timaná, La Plata, Neiva y Saldaña; y,
3. el poblamiento del territorio de los indios coyaimas y natagaimas en 1611-1613.

GUERRAS CONTRA LOS INDIOS

La etapa comprendida entre 1538 y 1619 se divide a su vez en dos fases: la primera, los asedios de los conquistadores contra los timanaes, yalcones, andakíes y pijaos, en el sur, y con menor intensidad y frecuencia contra los gualíes y marquetones en el norte. La segunda, la guerra contra los pijaos ante la frecuencia y amplitud de sus ataques desde Timaná hasta Buga, Cartago e Ibagué.

En la primera fase también se produjo la rebelión política del conquistador Alvaro de Oyón y su hueste que asesinó algunas autoridades de la Villa de la Plata, de Timaná y Neiva.

Es de este tiempo, igualmente, la rebelión de La Gaitana contra el fundador y principal encomendero de Timaná. Cuando el conquistador español distribuyó al nativo en encomiendas y exageró sus exigencias, la pacífica y recelosa hospitalidad se tornó en guerra total contra el intruso. En este proceso surgió La Gaitana —líder de los indígenas del sur y occidente huilense—, quien federando a todos yalcones y paeces vengó la muerte de su hijo, asesinado por Añasco para escarmiento de los rebeldes.

Vencido, el pueblo nativo se alejó y colocó como defensa la fragosidad del terreno y desde donde perdurará en su empeño de resistir por más de dos siglos. El valle del río Suaza y Tierradentro testifican esta gesta.

El contraataque de La Gaitana simboliza y funda una tradición viva aún en la región: la resistencia ardorosa y sutil contra la tiranía, la defensa de la libertad y del honor racial y la solidaridad guerrera contra la opresión y la injusticia. La guerra de los pijaos reforzó esta tradición.

El dominio español sobre las comunidades que lograron reducir a servidumbre a través del sistema de encomiendas fue cuantitativamente menor que en Pasto, Santafé y Tunja.

Buena parte del oro obtenido, lo invertían los españoles en las campañas militares contra los indios —*entradas*— para dominarlos y aumentar la mano de obra. Por lo anterior, los encomenderos debieron intensificar la explotación de los indígenas. Algunos de éstos para resistir, practicaron el mimetismo cultural: aprendieron las actividades económicas propias de los españoles, la ganadería y la extracción autónoma de oro, especialmente desde el establecimiento de los resguardos indígenas a comienzos del siglo XVII.

La fundación de ciudades implicaba al mismo tiempo la formación de las instituciones de poder y gobierno local: **cabildos** con regidores, más **alcaldes** (primera vara, segunda vara, de la Santa Hermandad) y **alguacil mayor**, decisivos en la organización y abastecimiento de los ejércitos.

PODERES PATRIMONIALES

No faltaron durante este período las disputas por límites territoriales —sobre todo cuando suponían el derecho al tributo de indígenas— y los líos entre autoridades y vecinos encomenderos por el control del poder local en tanto de él dependía el otorgamiento de mercedes de tierras, la fijación de precios, el abasto de la ciudad y hasta la venta de sus ganados en el mercado de Santafé.

El final de la guerra contra los pijaos dio comienzo al establecimiento de hegemonías familiares en el gobierno patrimonial de ciudades y provincias de la región. La más notoria fue la del capitán Diego de Ospina y Medinilla quien —como gobernador de las tierras al sur del río Saldaña—, tuvo facultad, igual que sus descendientes, para repartir tierras, minas, monopolizar el comercio, cobrar tributos e impuestos e incluso privilegio para capitular la fundación de nuevas poblaciones —como ocurrió en el caso de la villa de Purificación en 1664. Todo a condición de organizar y sustentar a su costa la campaña contra los andakíes, que hacia 1656 estaban atacando a Timaná y sus hatos-estancias en desmedro de la economía y el poblamiento locales.

De otra parte, la provincia de Mariquita, con frontera en el rico y legendario río Saldaña —integrada por las ciudades de Tocaima, Ibagué, Mariquita y la villa de Honda—, fue objeto de dominios patrimoniales más fragmentados, sin mayor sujeción en lo político-militar a un gobernador. Estas autoridades ni integraron ni expresaron los intereses políticos de las élites locales de la provincia como lo haría en Neiva la familia Ospina.

Desde finales del siglo XVII, el avecindamiento de comerciantes intermediarios y nuevos terratenientes inauguró nuevas hegemonías locales de familias como los Caicedo (Purificación), Los Messa y Armero (Mariquita), los Buenaventura (Ibagué) y los Cacho de Velasco y los Viana (Honda). En Neiva no fue muy nítida la hegemonía de una familia, durante el siglo XVIII.

La notoria pobreza de las rentas municipales —producto de los ejidos, los pontazgos y los pasos de los ríos, entre otros—, parece explicar la ausencia de los gobernantes para atender sus haciendas y los consecuentes descuidos de estas autorida-

des frente al gobierno. Este fenómeno trató de ser corregido durante el siglo XVIII por las reformas borbónicas.

No obstante la existencia de otras autoridades, los curas párrocos y las comunidades religiosas coadyuvaban en el gobierno. Con todo, una característica de la vida política local en esta época y todavía durante buena parte de la República, fue el progresivo debilitamiento de la autoridad fuera de los *centros urbanos*. A ello contribuyó a menudo la privatización de las relaciones sociales en el interior de las haciendas y latifundios. Empero, dicho modelo —sustentado en valores señoriales como el paternalismo, el compadrazgo, las lealtades personales y las retribuciones mutuas—, dio cierta cohesión social al mundo rural de la región.

UNA TRADICIÓN DE RESISTENCIA

Desde la guerra de los pijaos hasta el fin del dominio español encontramos una constante en la resistencia indígena a los intentos desintegradores de su vínculo cultural con la tierra ancestral.

Esa constante es notoria en los coyaimas quienes, según tradición oral, integraron a algunos pijaos que sobrevivieron a la guerra. La resistencia continuó con la derrota de uno de sus ex-encomenderos (Alonso Ruiz de Sabajosa) y con el enjuiciamiento que el tribunal de la Santa Inquisición hiciera de su cura doctrinero hacia 1645.

Luego, desde mediados de la década de 1750 hasta el año de 1770, los coyaimas sostuvieron el conflicto más fuerte y resonante de todos, esta vez con su propio corregidor, el capitán Miguel Correcha, quien pretendió rematar ante la Real Audiencia las tierras de Cucuana, que los coyaimas consideraban parte de su resguardo.

Los indios hostigaron al corregidor y ante su obstinación le quemaron la casa, lo mataron y arrojaron su cadáver al río Cucuana. También retuvieron al cura doctrinero y al teniente-corregidor. Como se levantaran en asonada, el gobernador de la provincia debió intervenir militarmente durante un mes. El propio Virrey falló en 1770, a favor de los indios por razones de orden público.

Al finalizar el siglo XVIII y en los primeros años del siglo XIX, los indios principales del pueblo Coyaima sostuvieron y ganaron pleito contra el cabildo de la villa de Purificación y su cura que pretendieron cambiar las tradiciones en materia de autoridades étnicas y del protocolo en las ceremonias religiosas.

Las provincias se tornan ESTADO SOBERANO



El regionalismo pasajero de la Patria Boba sólo tomó forma con el general Mosquera.

El movimiento comunero fue el acontecimiento político del siglo XVIII en todo el virreinato de la Nueva Granada. Luego de pactadas y traicionadas las capitulaciones de Zipaquirá, el valle del Magdalena —desde Caguán hasta Honda— fue escenario de protestas, saqueos, tumultos, liberación de esclavos e incluso asesinatos como los del gobernador de Neiva, Policarpo Fernández y del comunero Toribio Zapata.

LOS COMUNEROS DEL RÍO MAGDALENA

Desde mediados del siglo XVIII a raíz del establecimiento de los monopolios del tabaco y del aguardiente, las tensiones entre el campesinado y las autoridades virreinales ganaban intensidad. Al marginar éstas al campesinado *peujalero* —pequeños arrendatarios cultivadores de caña y productores de miel— a favor de los hacendados, produjeron resentimientos, frustraciones y reacciones que redundaron en el contrabando y la prevención frente a las autoridades.

El campesinado con ingenio asombroso eludía al Estado. Sus prácticas llegaron a ser constitutivas de su folclore y cultura política. Las actividades propias de las vaquerías, la arriería y el mazamorreo contribuyeron a ello.

El acoso de los oficiales de la Real Hacienda —funcionarios especializados en el cobro de impuestos y castigo de los deudores y evasores— jugó un papel significativo en aclimatar la protesta comunera.

Por su conducta ante los insurrectos, la mayoría de las élites locales de la región terminaron distanciadas en mayor o menor medida del pueblo. Sin duda la que más fuertemente actuó contra la insurrección fue la élite mercantil de Honda, principalmente la fracción de españoles recién avocados, liderada por el alcalde Joan Blas de Aranzazu. En cambio, en la provincia de Neiva el movimiento comunero tuvo el liderazgo de miembros de la élite de Neiva, como los Charro de Aipe.

EL DERRUMBE DE LA CORONA

Sin embargo, la diferenciación social entre y dentro de las élites se hizo mayor después de la insurrección comunera en virtud de la politización de sus contradicciones y sobre todo por la fuerte presión contra los deudores de los oficiales de la Real Hacienda quienes remataban, igualmente, los esclavos y las haciendas de los jesuitas.

Los principales hacendados de la provincia de Mariquita tenían parentesco o negocios con parte de la élite santafereña. Ello explica la formación de ciertos bandos entre las élites locales, indirectamente subordinados a ésta o sensibles a las relaciones del cabildo de Santafé con las altas autoridades virreinales.

Hecho notorio en Ibagué, Purificación, Mariquita, Chaparral y Neiva alrededor de la figura del marqués de San Jorge (Jorge Lozano de Peralta) y su pariente, el alférez real de la capital del virreinato, don Luis de Caicedo y Flórez, y partidarios de éste como don Manuel Torrijos, quienes simbolizaban una actitud crítica hacia el gobierno virreinal.

En el caso de Neiva, un grupo de españoles y americanos (quiteños) se avocaron en esta ciudad a finales del siglo XVIII en calidad de comerciantes y/o recaudadores de rentas fiscales de la Corona (alcabalas, correos, diezmos). Entre ellos se destacan los López, los Salas, los Tello y los Díaz, quienes también se relacionaron en asuntos de negocios con notables de la capital del virreinato (González, Acevedo).

Por último, activó la vida política local el cambio en los patrones de poblamiento y relación social en la región en la segunda mitad del siglo XVIII con el surgimiento de parroquias. Se destaca una tendencia a impugnar las conductas impropias de las autoridades, sobre todo de corregidores, alcaldes y curas, e incluso del poder de algunos *caudillos*. Esta actitud crítica revela una creciente politización de los vecindarios de estas jurisdicciones antes de la Independencia.

Un ejemplo de lo anterior es la resistencia de las élites locales contra los costos fiscales que impuso el corregidor de la provincia de Mariquita, Manuel Santiago Vallecilla y Caicedo, en su sorpresiva visita de *Tierras y Trapiches*, que concluyó en la devolución de los dineros recaudados por este en 1805.

LA REGIÓN NACE A LA POLÍTICA

Durante el siglo XIX, la pugna entre los modelos federalista y centralista —mezclada con el intento secularizador de cambiar la sociedad campesina y religiosa por una inspirada en los ideales del progreso económico— caracterizó la vida político-militar del país. La región del Alto Magdalena participó de manera intensa en dicho proceso.

Con las muertes de don Luis Caicedo y Flórez y de uno de sus mejores aliados en la provincia de Mariquita, don Ignacio Nicolás de Buenaventura, ocurridas en 1813, la causa del centralismo se debilitó. No obstante, fue grande el apoyo militar, económico y político al general Antonio Nariño en su campaña del sur.

Uno y otro acontecimiento favorecieron que los intereses particularistas y federalistas de sectores ilustrados de Mariquita y de Neiva se expresaran en la retórica constitucionalista.

Estos fueron más intensos en Neiva donde, en 1812, se expidió su constitución de provincia-estado, cuya independencia absoluta sería declarada en febrero de 1814. Don José León Armero, miembro de una familia esclavista hegemónica en Mariquita, concibió, redactó y promulgó la constitución política de esta provincia el 21 de julio de 1815. El 31 de agosto de este año Neiva expidió una nueva constitución de carácter federalista.

Estos aires regionalistas y libertarios pronto fueron reprimidos. El ejército de la reconquista española al mando de Pablo Morillo ordenó liquidar a algunos de los jefes patriotas de la región: miembros de las familias Salas, Tello, Díaz y Armero. Esta represión violenta y los atropellos a los bienes de muchas familias de las élites

de Mariquita, Ibagué, Chaparral, Purificación y Neiva, fomentaron sentimientos de cohesión antiespañola entre sectores de las comunidades locales que favorecieron redefinir ciertos liderazgos políticos y formar sentimientos republicanos más que regionalistas, que sólo aparecieron en el marco de la guerra de 1860 bajo la forma del Estado Soberano del Tolima.

Uno de los hechos sociopolíticos más significativos en la región, luego de la Independencia, fue la transformación de los principales comerciantes de Honda en el siglo XVIII, los Viana, los Diago y los Aranzazu en grandes terratenientes y su adscripción a lo que se denominó luego el partido conservador. Si asociamos este hecho con el dominio señorial que ejercían las familias Caicedo, Leiva, Camacho Torrijos en los municipios de Purificación, Guamo y Espinal podemos concluir que hasta la guerra civil de 1851 las provincias de Neiva y de Mariquita fueron de hegemonía conservadora con un fuerte centralismo, como lo revela su adscripción político-administrativa al Estado de Cundinamarca.

Esta hegemonía fue cuestionada por las transformaciones transitorias (migración, economía monetaria y liberalización) introducidas por el auge del tabaco en el norte de la región. En la década 1850-1860, Chaparral, Neiva, Ambalema, Honda e Ibagué encabezaron este cuestionamiento. A propósito de la revolución de 1854, las élites legitimistas del Alto Magdalena tuvieron ocasión de reconocerse solidariamente unidas contra la dictadura de un caudillo extraño a ellas, sin representatividad de sus intereses terratenientes y mercantiles, el general José María Melo, oriundo de Chaparral.

Con ocasión de dicha revolución la sede del poder constitucional de la República fue trasladada a Ibagué, capital política de Colombia entre septiembre y octubre de 1854, cuando sesionó el Congreso de la República presidido por el vicepresidente José de Obaldía y la protección militar del general Tomás Cipriano de Mosquera. Dichas sesiones se realizaron en el conventillo de Santo Domingo, sede del colegio San Simón.

La guerra de 1860-1862, fue muy popular en la región, sobre todo a partir del 12 de abril de 1861 cuando su caudillo, el general Tomás Cipriano de Mosquera — influido, entre otros, por el expresidente José Hilario López, a la sazón propietario de una gran hacienda cerca de Natagaima y por los doctores Manuel Murillo Toro, José María Rojas Garrido, Aníbal Galindo, Eugenio Castilla, Clímaco Iriarte y José María Samper—, decidió crear el Estado Soberano del Tolima, integrado por las antiguas provincias de Neiva y Mariquita, adscritas de nuevo en 1857 al Estado de Cundinamarca por iniciativa del doctor Domingo Caicedo Jurado, líder de los conservadores del Alto Magdalena.

La soberanía DE UN HIJO MENOR



El gobierno del Estado Soberano del Tolima (1861-1885) se vio interferido por los intereses extraños.

Una fuerte sequía de dos años agravó el impacto sobre la economía regional de la guerra civil de 1860-1862. De ahí la resistencia de los hacendados al impuesto directo y de los pequeños propietarios y campesinos al monopolio del aguardiente, que estableció el gobierno del Tolima en 1864.

Estas situaciones crearon una impresionante pobreza fiscal, que sumada a la división del liberalismo tolimense (mosqueristas y radicales), a la tenaz resistencia armada de las guerrillas conservadoras y las rivalidades localistas por la sede del gobierno federal generan la excepcional inestabilidad político-institucional del Tolima en el período 1861-1868: dieciocho presidentes y cuatro capitales diferentes (Purificación, Natagaima, Guamo y Neiva).

La alianza nacional entre conservadores y radicales (1867) para derrocar al presidente Tomás Cipriano Mosquera, se tradujo en lo regional, luego de una corta guerra civil, en la recuperación del poder federal por los conservadores.

Antioquia y Tolima fueron los dos únicos estados en poder del conservatismo durante la hegemonía radical vigente hasta 1876. No obstante el cambio en el gobierno ejecutivo federal, las elecciones presidenciales de 1869 arrojaron un sorprendente resultado en el Tolima: el candidato Tomás Cipriano de Mosquera obtuvo 2 mil 52 votos contra 775 del candidato electo, Eustorgio Salgar.

De nuevo las familias Caicedo y Leiva controlaron el gobierno regional entre 1868 y 1873. Desde 1870 rigió una constitución conservadora que combinó la tradición tomista y la opción radical —*En nombre de Dios y por autoridad del pueblo*. Sin embargo, la migración de jefes político-militares caucanos y antioqueños —de rango social inferior a las familias raizales que dominaban la política conservadora de la región—, principalmente del general Joaquín María Córdoba, quien dirigió con Pedro Justo Berrío el derrocamiento del gobierno liberal de Antioquia en 1864 y la rebelión caucana de ese año, hicieron que la toma del poder del Estado Soberano del Tolima por el doctor Domingo Caicedo Jurado estuviera rodeada de confusiones, pactos y negocios.

El más significativo de éstos fue el logrado por el general Mateo Viana y los doctores Gaspar Díaz y Carlos Holguín con el general Córdoba: una beca de 300 pesos anuales durante seis años para la educación de su hijo, Julio Córdoba, y el apoyo para su elección como presidente del Estado en el período 1874-1877.

Tal apoyo se debilitaría desde 1875 hasta culminar en la dejación del cargo al general Angel B. Cuervo para ir al Cauca en 1876, con motivo del estallido de la guerra.

De todos modos, a nivel regional, durante ese período uno de los aspectos de interés general más encontrados fue el debate sobre educación y religión. En Paicol, Garzón y Guamo se constituyeron Sociedades católicas con el propósito de enfrentar el proyecto político cultural de los *círculos oligárquicos y masones de descatalogar el país*. Incluso la convención conservadora de 1873 reunida en Guamo propuso fundar una Universidad Conservadora Católica en el Estado con las rentas de los colegios San Simón y Santa Librada.

De otra parte, en 1873 fracciones del partido conservador del Tolima intentaron ganar apoyo de los indígenas culpando a los liberales de la pérdida de sus resguardos y de explotarlos.

La guerra de 1876-77 —cuya batalla decisiva se libró en Garrapata, cerca de Mariquita—, significó para el liberalismo radical un período de dominio político del Estado Federal tolimense hasta 1884.

Dos hechos fueron notorios en este período: los avances en la cobertura de la educación primaria y la formación de maestros en las escuelas normales y, por momentos, el rígido control oficial a los cultos católicos. Algunos curas fueron desterrados.

En este período fueron particularidades de la política tolimense en su relación con la dimensión nacional, la gran influencia en la política federal de caucanos —en el sur— y antioqueños y cundinamarqueses —centro y norte del estado— que debilitó el liderazgo regional de las élites tolimenses y disminuyó al liberalismo independiente o nuñista. Respecto de este último punto cabe anotar que en las elecciones de 1879 el general Tomás Rengifo derrotó en el Tolima al doctor Rafael Núñez —1.853 votos contra 1.321. En las elecciones de 1881, el doctor Francisco J. Zaldúa obtuvo 3 mil 400 votos contra 11 del general Solón Wilches y en las elecciones de 1883 éste derrotó al doctor Rafael Núñez.

Finalmente, en 1884, la política tolimense resultaría crucial para el presidente Núñez. Entonces el presidente del Estado Soberano, Gabriel González, rechazó la secretaría de gobierno que Núñez le ofreciera y se comprometió en la declaratoria de guerra que se hizo desde Santander y que en el Tolima precipitó Ricardo Gaitán Obeso, un instrumento de la oligarquía radical de Bogotá.

EL FIN DE UNA ILUSIÓN REGIONAL

En la guerra de 1885 se enfrentaron conservadores e independientes contra radicales. En el Tolima, el adalid de los primeros fue el general Manuel Casabianca, quien con motivo de la nueva constitución debió superar la presión clerical que en 1886, ejerciera sobre su gobierno el combativo presbítero Esteban Rojas, señor junto con los Puyo y el general Joaquín María Córdoba de la mayor parte de la provincia del sur, la más pobre de las cuatro que constituían el Estado del Tolima.

Si Núñez quería ejercer un control más directo sobre Antioquia, Casabianca deseaba estar más cerca de sus bienes. Por ambas razones la capital del Estado se trasladó a Ibagué, a pesar de su hostilidad a la Regeneración. Tal decisión y la reimplantación del monopolio del aguardiente causaron descontento no sólo en los enemigos sino también entre los partidarios del nuevo gobierno, principalmente en la provincia del sur.

En otro sentido, el gobierno regenerador del Tolima se distingió por su espíritu progresista: intentó apoyar la minería y la agricultura, se comprometió en la obtención de rentas fiscales, el control de los gastos de gobierno y la inversión sin

precedentes en obras públicas (acueducto, panóptico, puentes de hierro y caminos). Estas realizaciones se vieron favorecidas por el ciclo de auge económico que suscitó la bonanza cafetera entre 1887 y 1897.

La división del partido nacional con motivo de las elecciones de 1892, el retiro de Casabianca del gobierno tolimense en 1893, su relevo por el doctor José Ignacio Camacho, la política populista de este en materia fiscal —remate especulativo de la renta de licores, alza de sueldos a los empleados del gobierno y celebración de un contrato para la construcción del ferrocarril del Tolima— así como la creciente influencia del radicalismo que concluyó en la sorpresiva guerra de 1895, fueron erosionando el apoyo regional a la Regeneración.

Un hecho marcó el final de la hegemonía de Casabianca en el Tolima: la derrota jurídico-política del millonario contrato del monopolio de las rentas de licores y de degüello con el empresario antioqueño José María Sierra, en 1898. Este hecho, ocurrido en el marco de las crisis cafetera, cacaotera y del comercio exterior y el desorden institucional del Estado, contribuyeron a desencadenar la guerra.

En el año de 1898, el desbarajuste del gobierno regenerador del Tolima se combinó con la acción separatista que en la Cámara de Representantes promovieron los conservadores históricos de Neiva, Arcadio B. Charry y Manuel A. Silva, apoyados por el tribunal superior neivano y el ahora obispo Esteban Rojas, que culminó con éxito después de la guerra con la creación del departamento del Huila.

Otro siglo, OTRO DEPARTAMENTO



La primera mitad del siglo XX fue para la región un período de intenso conflicto social e ideológico.

La separación de Panamá por la acción norteamericana, desvió la atención de los colombianos respecto de la guerra que hacía poco había concluido. La verdad que, al menos en el Tolima, relativizó la moral de los triunfadores y reavivó el sentido crítico del discurso de los vencidos.

Para la política tolimense, la convocatoria y realización de la Asamblea Constituyente que desmembró el departamento del Huila protocolizó su crónica debilidad.

El centenario de la Independencia estuvo matizado por sentimientos antiimperialistas y patrióticos tanto en el Tolima como en el Huila. El debate político e ideológico de los años siguientes giró en torno de la educación y de los proyectos de sociedad de liberales socialistas y/o masones y conservadores clericales.

En el Huila, el obispo Esteban Rojas Tovar lideró este litigio desde los púlpitos y la cátedra escolar, apoyado en una profusión de periódicos editados bajo la

inspiración de la cruzada de la prensa católica. En sus colegios (el Seminario Conciar, el de San Luis Gonzaga de Elías, la Presentación de Neiva, de Garzón, de Agrado, de Timaná y Pitalito, además de la intermitente Normal para Señoritas) se formaron varias generaciones de ciudadanos que dirigirían los destinos huilenses por más de medio siglo.

De otra parte, a través de la prensa, el obispo Rojas y otros escritores católicos luchaban contra el ateísmo de los liberales, la modernización sin valores éticos y la indiferencia religiosa. A su vez, la prensa liberal —en la cual se destacaron Ramón Alvira, Anselmo Gaitán Useche, Reinaldo Matiz y otros—, enfrentaba el poder autoritario y la influencia social del prelado utilizando la sátira aguda y virulenta.

En Ibagué la élite liberal resistió la influencia católica no sólo mediante el debate periodístico sino con la fundación del Colegio Manuel Murillo Toro para los liberales de clases medias.

La política fiscal del presidente Reyes —basada en el restablecimiento de los monopolios fiscales (aguardiente, tabaco y otros), su remate entre los círculos oligárquicos de Bogotá y Antioquia y, sobre todo, el drástico control del contrabando—, se convirtió para el campesinado en una fuente de malestar y migración, acentuada por los atropellos y arbitrariedades de los guardas de las rentas. Este descontento se sumaría a la corriente principal de la rebelión agraria, la del campesinado de las haciendas cafeteras.

Los líderes liberales sobrevivientes a la guerra se concentraron en las actividades cafetera y comercial. En ellas lograron acumular capital en cuantías más o menos extraordinarias. Su influencia social y política se ampliaba y profundizaba sin que se tradujera electoralmente pues en los años 20 campesinos, obreros e indígenas tendieron a apoyar al socialismo. A partir de la convención liberal de Ibagué en 1922 se diseñó la estrategia para la recuperación del poder estatal, triunfante en 1930.

LA LUCHA POR LA TIERRA Y EL AUGE TOLIMENSE

Justamente sobre la región del Alto Magdalena se desencadenaron las más amplias novilizaciones rurales, indígenas y campesinas y obreras, características del comienzo de la República Liberal en 1930, que condujeron a las diversas tentativas de reformulación política por parte del gobierno liberal.

Los indígenas del sur del Tolima estaban presionados a abandonar sus tierras, a través de diversos mecanismos expulsivos, entre ellos el homicidio y la *cuerada* —

entrega de una res muerta a cambio de toda la tierra que abarcaran los hilos de cuero sacados de ella.

La respuesta indígena fue la organización de la resistencia dirigida por Manuel Quintín Lame, quien en su lucha involucra a los indígenas del Huila y del Tolima. En consecuencia, durante los años 20 José Gonzalo Sánchez y Eutiquio Timoté adelantaron la organización de los indígenas del sur del Tolima (Natagaima, Coyaima, Ortega y Chaparral), y promovieron la creación del **Supremo Consejo de Indias** que agrupaba los resguardos de Coyaima, Yaguará, Caguán y comunidades del Huila y Cauca.

En 1931, los indígenas que invadieron la población de Coyaima y varias haciendas de la región, fueron atacados violentamente por los hacendados y sus bandas, presentándose 17 muertos y 37 heridos.

En 1938, los indígenas realizaron invasiones masivas en Ortega, Coello y Saldaña, obteniendo al año siguiente el reconocimiento oficial de los resguardos de Ortega y Chaparral, bajo el nuevo régimen de la Ley 200.

A finales de los años 20, al lado de los indígenas, los arrendatarios de las haciendas iniciaron la lucha contra los hacendados cafeteros para lo cual se negaron a pagar arriendo y *obligación*, invadieron tierras y solicitaron la adjudicación de los terrenos, organizaron huelgas y se opusieron a los desalojos masivos. A ello contribuyó el decreto 1110 de 1928 por medio del cual el gobierno nacional destinó varias zonas del país para la colonización, entre ellas algunas ubicadas en los municipios de Icononzo y Cunday (Tolima).

Entre tanto en el Huila, además de la movilización indígena, se presentaron conflictos entre colonos y supuestos propietarios de tierras a lo largo de la Cordillera Oriental, desde Colombia, al norte, hasta Guadalupe, al sur.

En su lucha por la tierra los campesinos conformaron ligas y sindicatos para reivindicar la propiedad de la tierra. Entre estas organizaciones se destacan las de Natagaima, Coyaima, Chaparral, Irco, El Limón, Ambeima, Baraya, Icononzo y Cunday.

Los colonos del oriente del Tolima y Sumapaz, por su parte, reclamaron el derecho a la tierra a través de colonias agrícolas y juntas de colonos, entre las que se destaca la **Colonia Agrícola del Sumapaz** organizada bajo la orientación del Partido Agrario Nacional, dirigido por Erasmo Valencia. En el año 1934 la Colonia se transformó en **Sociedad Agrícola del Sumapaz**, compuesta por 4 secciones, una de

ellas correspondía a Icononzo y Cunday, al frente de la cual estaban Fausto Cruz y Juan de la Cruz Varela, miembros del Partido Comunista.

Los hacendados contaron con la complicidad de las autoridades locales y de la guardia departamental para llevar a cabo lanzamientos arbitrarios y arrestar a numerosos campesinos.

La respuesta del gobierno a los conflictos agrarios de esta región fue siempre oscilante entre la represión y la parcelación de tierras.

Ejemplo de esta oscilación fue lo ocurrido con la hacienda **Tolima**, cerca al Bagué: en 1934, después de un enfrentamiento sangriento, murieron 14 campesinos y 3 guardias civiles; en 1935, la hacienda fue comprada por la nación y parcelada entre los 400 arrendatarios.

De hecho, la agudización y extensión de los conflictos agrarios y las necesidades de modernizar el campo, obligaron al gobierno liberal a expedir la ley 200 de 1936 o Ley de Tierras, donde claramente se expresaba que la propiedad debía cumplir una función social, exigía que la propiedad rural fuera explotada y determinaba las condiciones para que los colonos y arrendatarios obtuvieran el título de propiedad.

Sin embargo, el posterior desarrollo dejó en claro que la cuestión agraria no estaba saldada con la Ley de Tierras. Más allá de los alegatos judiciales, la brega continuaba en los diferentes enfrentamientos sociales por el control del poder local y regional.

El agotamiento de la Revolución en Marcha era cada vez más evidente y sus efectos sobre la suerte del movimiento social y sobre la estructura del poder, colocó al país entero a las puertas de una confrontación generalizada de incalculables consecuencias.

Cabe anotar que el ascenso al poder del doctor Alfonso López Pumarejo tendría un particular significado sociopolítico para el Tolima. En efecto, su gobierno y en general la República Liberal promocionaron el talento jurídico-político y administrativo de jóvenes que lograron construir buena parte del armazón constitucional y legal de la república, principalmente en materia agraria (ley 200 de 1936), laboral —sujeción de la United Fruit a las leyes colombianas— y en el derecho y las relaciones internacionales.

Entre esos jóvenes descollaron Darío Echandía, Antonio Rocha Alvira, José Joaquín Caicedo Castilla (presidente de la Corte Interamericana, miembro de la Cor-

te Internacional de la Haya y ministro de Relaciones Exteriores de Alberto Lleras), todos ellos oriundos de Chaparral. También se empezaron a destacar Rafael Parga Cortés y Alfonso Palacio Rudas entre otros. De otra parte, se integró a la Policía Nacional a muchos tolimenses de filiación liberal.

La Violencia Y SUS HORRORES



El 9 de abril de 1948 desencadenó un nuevo período de resistencia y violencia. En el Tolima los acontecimientos tuvieron una mayor cobertura.

Expresiones de venganza por el asesinato de Gaitán se vivieron desde Ibagué, capital del departamento del Tolima, hasta los pueblos más apartados. Hubo saqueos, incendios, fuga de presos y encarcelamiento de conservadores. También se constituyeron en varias localidades Juntas Revolucionarias que eligieron autoridades propias y crearon formas de vigilancia y policías cívicas para evitar el pillaje.

En Ibagué el pueblo saqueó los almacenes, incendió los talleres de los periódicos El Derecho y El Comercio, asaltó el Panóptico Municipal cuyos presos quedaron en libertad. Se organizó la Junta Revolucionaria del Tolima y bajo su orientación se crearon comités revolucionarios, encargados del almacenamiento de víveres y la organización de las milicias populares.

Igualmente, se constituyeron Juntas Revolucionarias en otras poblaciones: en Armero, la muchedumbre enardecida asesinó al sacerdote Pedro María Ramí-

rez, como consecuencia de la sospecha que tenían de que los conservadores estaban atrincherados en la Iglesia y que allí mismo se encontraba un depósito de armas. En El Líbano, fortín liberal gaitanista, se formó una Junta Revolucionaria que procedió a nombrar autoridades locales y organizar el cuartel general. En Chaparral, los gaitanistas nombraron alcalde civil y militar, apresaron a los conservadores para salvarles la vida, liberaron los presos, y los notables maniobraron para conciliar con los adversarios políticos. En Cunday, el levantamiento popular se dirigió contra los terratenientes conservadores y el clero. En Andalucía —hoy Villarrica—, se organizó la Junta Revolucionaria a la espera de órdenes de los jefes de Bogotá. La desmovilización de las juntas se produjo por órdenes impartidas por los liberales de Bogotá, ante el acuerdo logrado con los conservadores de constituir un gabinete de Unión Nacional.

GUERRILLAS CAMPESINAS

Al levantamiento popular siguió la retaliación oficial contra las poblaciones que se habían alzado contra el orden establecido. Para ello, el gobierno envió a la provincia la policía chulavita y con ella se generalizó la violencia. De hecho, la chulavita trajo al Tolima y al Huila el terror oficial, el sectarismo partidista, la intimidación a poblaciones enteras, el asesinato y la tortura.

Ante la represión oficial, liberales y comunistas iniciaron la organización para la resistencia de los campesinos del sur del Tolima. La resistencia liberal fue objeto de la arremetida de grupos conservadores armados que obligó a fortalecer la resistencia encabezada por Gerardo Loaiza y sus cuatro hijos *Punto Fijo*, *Agarre*, *Calvario* y *Veneno*.

La acción militar emprendida contra las autodefensas del sur llevó a más de 200 campesinos de Chaparral y El Limón a evacuar la zona hacia El Davis, para unirse al comando liberal de los Loaiza. Como respuesta a la agresión oficial en el sur y oriente del Tolima y Sumapaz, el movimiento agrario se transformó en guerrilla de resistencia. Los dos grupos, liberales y comunistas, unificaron sus comandos y constituyeron el Estado Mayor Unificado del Sur que realizó acciones conjuntas durante un año.

Luego los conflictos entre ambos bandos condujeron a la guerra entre *limpios* y *comunes* o *sucios*, que llevó a la pérdida de áreas de refugio para los comunistas y a la búsqueda de nuevas regiones.

El golpe militar del 13 de junio de 1953 acentuó más la guerra entre los dos grupos debido, entre otras causas, al efecto disolvente de la amnistía ofrecida por Rojas

Pinilla, que llevó a la ruptura total del Comando del Sur. En efecto, los comandos guerrilleros fueron inundados con volantes que les prometían *Paz, Justicia y Libertad*. En el Tolima, el general Alfredo Duarte Gil y el gobernador del departamento, coronel César Augusto Cuéllar Velandia, explicaron a los mandos guerrilleros los alcances de la política de pacificación.

Los Loaiza que comandaban las guerrillas liberales de Chaparral y Rioblanco se acogieron a los términos de la entrega convenidos con el gobierno militar. Los comunistas, ante la falta de garantías para sus vidas decidieron no entregarse en el sur y continuaron en busca de nuevos territorios en el Huila, El Pato y Guayabero.

En el Huila, operaron guerrillas liberales y comunistas; así mismo, diversas bandas de origen conservador disputaron muchos de estos espacios con liberales y comunistas.

En el norte del Tolima, la violencia tuvo su más clara expresión en la conformación de bandas liberales que vengaron sus muertos mediante el terror, el asesinato, el boleteo y el secuestro.

La región BUSCA OTRAS FORMAS



Son varios los factores de los actuales cambios. Estos están lejos de ser realidades definitivas.

Una vez culminó hacia 1952 la construcción de los distritos de riego de Saldaña y Coello con el uso de crédito externo, el desarrollo de la modernización en el Tolima continuó siendo iniciativa del gobierno nacional. En efecto, durante la dictadura del general Rojas la construcción de grandes obras públicas (puentes sobre el río Magdalena, edificios para el gobierno seccional) e incluso la creación de la Universidad del Tolima fueron un aporte sustantivo a la economía, el gobierno y la educación regional. Éntre tanto se reiniciaba la Violencia con el fulminante bombardeo a Villarrica (1955) que suscitó el éxodo de 5 mil campesinos.

Luego de este impulso a la infraestructura para el desarrollo económico y educativo, la presencia del Estado colombiano a través del gasto público se orientó hacia los aspectos militares sociales y agrarios con motivo de la agudización de la violencia y de la insurgencia guerrillera. Hacia 1965, los efectos de la amnistía decretada por el presidente Alberto Lleras y las campañas militares contra el bando-

lerismo y la insurgencia de las denominadas repúblicas independientes (Marquetalia, El Pato y Riochiquito) eran parcialmente exitosos. Empero, como resultado de los bombardeos militares se constituyeron ese año las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia, FARC.

A la estrategia de pacificación del país contribuyó la progresiva consolidación de las estructuras clientelistas del bipartidismo frentenacionalista. Los jefes políticos de entonces: Rafael Caicedo Espinosa, Alfonso Jaramillo Salazar y Rafael Parga Cortés en el liberalismo del Tolima, Jaime Pava Navarro, Guillermo Angulo Gómez y Maximiliano Neira en el conservatismo representaban distintas zonas y diversos intereses sociales, económicos y políticos así como variadas articulaciones a jefes nacionales de ambos partidos. Sólo hasta 1970 comenzó a producirse un relevo generacional aparatoso en el liberalismo tolimense con la elección de Alberto Santofimio Botero al Congreso.

Por su parte, en la década de 1960 aparecen en el Huila nuevos líderes políticos: Felio Andrade, Rómulo González, Alvaro Sánchez, Guillermo Plazas Alcid y el corajudo Rodrigo Lara Bonilla, aunque en el interior de sus partidos se percibía aún la marcada influencia de jefes veteranos como Rafael Azuero, Max Duque, Misael Pastrana, Alberto Galindo y José Domingo Liévano.

A diferencia del Huila, a comienzos de la década del 60 e interpretando la necesidad y posibilidad del desarrollo agroindustrial del Tolima, se formó la Asociación para el Desarrollo del Tolima constituida por una élite empresarial incipiente que a la larga consolidaría al sector gremial.

El partido conservador huilense encontró en la candidatura de Pastrana Borrero a la presidencia de la República, la ocasión de revitalizar los intereses regionales, concretados a la postre en el complejo petrolero y la hidroeléctrica de Betania. En los años 70 fue notorio el trabajo formativo de líderes agrarios hecho por la Iglesia, el Estado y la izquierda. A su vez, se activó la toma de tierras y la intervención del Incora.

Con probada eficacia los jefes políticos regionales del bipartidismo ampliaron y renovaron el sistema clientelista a tal punto que el Estado y la sociedad quedaron subsumidos en él, profundizando la herencia del manejo de los bienes e intereses del Estado como bienes patrimoniales con un criterio puramente electoral.

Este estilo alimentó la motivación de la subversión en busca de una efectiva democratización del sistema político y una renovación del Estado. No obstante debe

reconocerse que en ocasiones el caciquismo propició decisiones de inversión estatal para satisfacer necesidades de desarrollo regional o conservación de valores históricos principalmente en Ibagué, Neiva y Honda.

La tragedia que causó el volcán Nevado del Ruiz y la tendencia del gobierno a reducir la inversión del gasto público en el Tolima por debajo de su aporte al Producto Interno Bruto —en 1985 el 48,6 % de la población tolimense padecía de necesidades básicas insatisfechas sobre todo en Ibagué, Armero y la zona sur—, han venido a convertirse en motivo y fuente de argumentación para que líderes políticos y gremiales articulen un discurso sobre el desarrollo regional que les permita, a través del Estado y la empresa privada, renovar su hegemonía sobre la base del nuevo molde institucional del país y sobre todo, de la apropiación de las posibilidades abiertas por la Constitución de 1991.

La construcción de la nueva hegemonía se encuentra en un confuso momento de transición. Es notorio en la evolución reciente de la participación política de la sociedad regional y en el estado actual del problema guerrillero y del narcotráfico. En efecto, en las elecciones generales de este año, cuando se produce una sorprendente votación de la Anapo, la máxima votación en el Tolima sumó 169 mil 345 votos mientras que en las elecciones de 1991 —para Congreso y gobernaciones— con una abstención histórica del 67.87%, la máxima votación fue de 178 mil 088.

Es posible que estas cifras muestren más que una resistencia política de la sociedad, cierto desconcierto y sofoco con los reiterados llamados de las fuerzas políticas a manifestarse sobre los cambios institucionales teniendo en cuenta que:

1. en las elecciones presidenciales de 1986, bajo el impacto del holocausto del Palacio de Justicia y de la tragedia de Armero, los tolimenses aportaron la máxima votación de su historia 309 mil 146 votos, cifra que en las elecciones de 1990 para congreso apenas rebajó un poco;
2. el estratégico reconocimiento y representatividad político-electoral del M-19, a cuya desmovilización contribuyó con oportunidad el Encuentro Nacional por la Paz convocado por el senador Alberto Santofimio Botero (Ibagué, 1988);
3. el suspenso de los diálogos de paz con las guerrillas activas (Farc y Eln) y la persistencia de la guerra.

La situación del Huila presenta algunos rasgos comunes. Sin embargo, el hecho más destacado a partir de la elección popular de alcaldes y de gobernadores ha sido el notorio incremento del electorado liberal y de fuerzas políticas alterna-

tivas (M-19 y UP). No obstante, este fenómeno contrasta con la débil unidad entre la clase política y de ésta con los dirigentes económicos y sociales lo cual ha impedido la elaboración de un proyecto integral, ha empobrecido el protagonismo del Huila en la política nacional y ha contribuido a generar un desempleo del 21%.

BIBLIOGRAFIA

Clavijo Ocampo, Hernán. *De las élites locales en el Tolima. 1699-1930*, Banco Popular-Universidad del Tolima-Colciencias, Bogotá. En prensa.

Charry, Gabino. *Frutos de mi tierra*, imprenta departamental, Neiva, 1922.

Díaz Jordán, Genaro. *Proceso histórico de pueblos y parroquias*, Fondo de Autores Huilenses, Neiva, 1960.

García Borrero, Joaquín. *Huila y sus aspectos*, Empresa de publicaciones del Huila, Neiva, 1983.

García Borrero, Joaquín. *Neiva en el siglo XVII*, Empresa de publicaciones del Huila, Neiva, 1983.

Fajardo, Darío. *Violencia y desarrollo*, Suramérica, Bogotá, 1979.

Friede, Juan. *Los andoki. Historia de la aculturación de una tribu selvática*, F.C.E., México, 1983

Marulanda, Ely. *Colonización y conflicto: las elecciones del Sumapaz*, IEP U.N., Tercer Mundo, Bogotá, 1991.

Ortiz Vidales, Darío. *La historia por dentro*, Pijao Editores, Ibagué, 1990.

Salas Ortiz, Camilo Francisco. *Historia del periodismo huilense*. Mimeógrafo.

Tolima estadístico 1985-1990. Imprenta departamental del Tolima, Ibagué, 1992.

Tovar Zambrano, Bernardo. *La guerra de la Gaitana: historia, leyenda y mito*. En: Señales abiertas, No. 2, Bogotá, 1993.

Presencias y ausencias

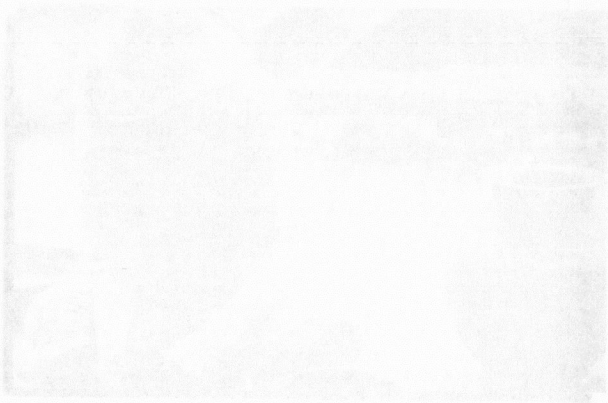
Se abordan rasgos centrales de la identidad y la cultura de los calentanos, los ribereños del Alto Magdalena. Sus fiestas, comidas y aspectos de sus mitos y leyendas. Estas realidades se entienden en el contexto de una sociedad rural. Perdida la base material de esta cultura, se discute la pertinencia de cultivar estas expresiones y la urgencia de su resignificación.



Ceramista de La Vega. Foto de Bernardo Solano. I.H. de C.

Presencias y ausencias

En el primer capítulo, el autor nos habla de la importancia de la presencia y la ausencia en el mundo. Nos dice que la presencia es lo que nos hace sentir vivos y que la ausencia es lo que nos hace sentir muertos. Nos dice que la presencia es lo que nos hace sentir amados y que la ausencia es lo que nos hace sentir solos. Nos dice que la presencia es lo que nos hace sentir seguros y que la ausencia es lo que nos hace sentir inseguros. Nos dice que la presencia es lo que nos hace sentir felices y que la ausencia es lo que nos hace sentir tristes. Nos dice que la presencia es lo que nos hace sentir libres y que la ausencia es lo que nos hace sentir presos. Nos dice que la presencia es lo que nos hace sentir vivos y que la ausencia es lo que nos hace sentir muertos.



La vida se hace buena Y ALEGRE EL EXISTIR



La gente de esta tierra si austera es alegre, tranquila casi siempre en sus explosiones de júbilo resulta incontenible.

Hasta el salto de Honda se extiende lo que se llama el Alto Magdalena. La gente que habita sus riberas es una sola, son los opitas o calentanos. Para ellos el río es la vida. El opita es reflejo de su río. Tranquilo, su temperamento es apacible como el agua de los remansos. El concepto que tiene sobre la bondad —ajeno totalmente a la bobería— se expresa en el decir que *quien es pendejo y al cielo no va/ lo joden aquí y lo joden allá*. Por ello también es iracundo como el río cuando crece.

En torno al río, la llanura árida y sedienta. Tanto que la descubierta que ordenó el licenciado Jiménez de Quesada la denominó Valle de la Tristura. Tierra exigente para quienes decidan habitarla, pues les demanda cualidades estoicas para soportar la canícula y ascetismo para sobrevivir.

Por el paisaje, los opitas son monjes laicos que ahorran las palabras y con cicatería se desempeñan en la ternura hasta el día de la fiesta, cuando despierta en ellos un

sustrato dionisiaco y se lanzan a la euforia hasta el desvarío: *en mi tierra todo es gloria/ cuando se canta el joropo/ cuando se canta el joropo./ Y si es que se va a bailar/ el mundo parece poco/ sigamos bailando, sigamos cantando/ sigamos bailando/ caramba, que me vuelvo loco.* La Conquista significó el despoblamiento de la región. Por poco durante un siglo se hizo imposible la ocupación española dada la alianza de la mayoría de los aborígenes, en particular de pijaos y paeces. Fue tanta la resistencia que la región casi se convierte en un desierto. Cuenta el padre Simón, por ejemplo, que de quince mil timanaes sólo quedaron 600.

Derrotados y diezmados, los aborígenes no se sometieron a las condiciones de los nuevos dominadores: ni se hicieron mitayos ni aceptaron reducirse a poblados. A lo largo de toda la Colonia, las llanuras ardientes del Alto Magdalena se dedicarán a la cría extensiva de grandes hatos que surtirán los mercados de Santa Fe y Popayán; en ellas los indios sobrevivientes y sus hijos mestizos trabajarán como peones. Los propietarios si ricos en tierras son pobres culturalmente. Las mayorías viven casi al margen de los beneficios del progreso.

El trabajo de la vaquería definirá a estas gentes. El rodeo de los ganados que han crecido lejos del contacto con el hombre, en estado prácticamente salvaje, les forja el sentido de la maña inteligente y recursiva. El traslado de los hatos a través de la llanura sin límites, vadeando ríos y soportando sedes y tormentas, les procurará la valoración del esfuerzo arduo y sostenido. En la doma de los potros el vaquero aprenderá el valor de la constancia y el sentido de la paciencia.

Se desarrollaron, así, valores y creencias surgidos en el contacto directo con la naturaleza y en medio del mundo del trabajo. Son los conceptos fundamentales del honor y la valentía y el principio de no ser los primeros en la ofensa. Es el ideal que se canta en la versión del Bunde de Nicanor Velásquez Ortiz: *Soy vaquero tolimense/ y en el pecho llevo espumas/ va mi potro entre las brumas/ con cocuyos en la frente/ y al sentir mi galopar,/ galopa el amor del corazón...*

Pero es también tierra de pescadores. El río crea las condiciones de la subsistencia. Cada año repite puntualmente el prodigio de la subienda: entonces, el cauce se hace estrecho para albergar capaces, nicuros y bocachicos, doradas y sardinatas, patalcos y bagres gigantescos. El pescador calentano dominará el arte de pescar con anzuelo y sabrá qué carnada usar para el pez que quiere obtener y dónde lanzarla e intuirá qué especie está próxima a caer. El pescador ribereño será ducho en colocar la nasa, ese cesto tramposo al que entra el pez buscando comida y del que sólo sale pescado. Son sus artes, igualmente, el chinchorro colectivo y la atarraya individual. Pero, sobre todo, es suyo el dominio de la aventura de la pesca nocturna.

Pocos años después de la Independencia, un súbdito de la Corona sueca se aventuró por el Alto Magdalena. Para Carl August Gosselman, que así se llamaba el viajero, son sorprendentes las condiciones elementales de su existencia: en la construcción de sus casas no emplean el hierro; no hay loza en sus cocinas y las vasijas las hacen del totumo; duermen en barbacoas o hamacas y el tener una cuja de cuero es ya manifestación de riqueza. "Ya he dicho —escribe— que a un nativo para vivir le basta tener su choza de palmeras y caña de bambú y sembrar algunas matas de plátano, que unidas a ciertos animales domésticos muy fáciles de mantener, constituyen la alimentación básica. Además el tronco de cedro le da la canoa, y la calabaza del árbol de Tutumba (totumo) le aporta sus utensilios de comida y cocina. Todo lo entrega la naturaleza que lo rodea, tan sólo le pide un poco de trabajo".

Hablando de los bogas, opina Gosselman que se podría pensar que son perezosos, pero precisa que sería mejor llamarlos indolentes, lo que tampoco sería justo pues le parece admirable esfuerzo hacer avanzar un champán contra la corriente, con un calor insoportable, de seis de la mañana a seis de la tarde. Recalca que esta gente siempre hace lo que le da la gana y no conocen el miedo. "No tienen respeto por sus superiores, a los que sólo envidian por tener el mando —anota—, y las relaciones que establecen con ellos son las de individuos obstinados..."

El boga puede ser el habitante tipo de la región. Si bien no tiene la sedentariedad del pescador en razón de su oficio. Los bogas que conoció Gosselman ejemplifican el talante moral de los ribereños. Describe, no sin cierto sesgo puritano, cómo "muchas veces se dan a la mala vida, consumen grandes cantidades de alcohol y desconocen lo que significa la monogamia, ya que es característico de un señor ser dueño de varias mujeres, incluidas las conocidas a lo largo del río. En lo referente a la religión, es exacto el bosquejo que de ellos hacen los ingleses al decir que *en general no tienen religión, ni creen en nada...*" Hay, pues, un significativo divorcio entre la moral católica de los blancos españoles y los comportamientos de estos zambos, mestizos y mulatos que sólo han asumido formas epidérmicas de la religiosidad impuesta.

Los bogas que estrenan por entonces la ciudadanía reprochan al sueco su condición de súbdito de una monarquía. A pesar de su existencia primitiva son orgullosos de sí mismos y celosos de su libertad, que "ni aún con oro se puede convencerles de dar un paso más allá del que ellos hayan decidido".

El calentano es ante todo ribereño. El río es su padre y maestro. Padre fecundo y generoso. Maestro que le enseña las artes del silencio. Para Nicanor Velásquez

Ortiz—ese campesino filósofo cuyas descripciones están cargadas de concepto—, el río es una vivencia fundamental que explica que "la vida es un cauce que se eterniza por el espíritu y que el hombre es una gota de agua y la humanidad es un río y el río mar y el mar armonía y la armonía luz y la luz equilibrio y el equilibrio fuerza y la fuerza sentido y el sentido plenitud inteligente".

Hemos hablado del estereotipo del ribereño. Y debe quedar claro que en él no se agotan todos los habitantes de los departamentos que hoy forman el Alto Magdalena. Con razón no se sienten incluidos los herederos de la colonización antioqueña que habitan el noroccidente del Tolima, tolimenses de corazón pero paisas de ancestro. Ni se reflejan a cabalidad, los nietos de los paeces que viven en los lomos de la cordillera. Ni es el tipo de los hijos de boyacenses a los que el minifundio lanzó a buscar nuevas tierras y que forjaron sus propios enclaves. Ni se sienten representados los actuales habitantes del extremo sur del Huila con sus cuyes y chirinías tan propias del suroccidente colombiano. Empero es el calentano el tipo mayoritario de la región, los mismos que cantan *soy del Tolima Grande/ (...) nacido en el lano grande/ soy de tierra caliente*. A ellos dedicaremos estas líneas.

SABOR & SAZÓN



En la diaria comida se sintetiza la historia de los pueblos.

Cosa extraordinaria es el alimento: al tiempo, producto que el medio ofrece y síntesis de las distintas vertientes que forman una cultura. Por un extraño prodigio que pocos advierten, el diario condumio materializa y reproduce el carácter de un pueblo. Así, la sazón del Alto Magdalena es asunto ante todo de justa cocción. En condimentos es austera: sal, cebolla, tomate, cilantro y algo de cominos. No se abusa de las yerbas aromáticas, usadas sólo en pociones de la medicina casera y en particular en las morcillas. Discreta en el uso de las grasas, la gastronomía de la región es sobria como el paisaje y el temperamento de sus gentes, lo que no significa insipidez o carencia de gracia.

Porque cuando las calentanas y los calentanos cocinan, componen. Hacen una obra de arte, como una pieza musical. Se dice, por ejemplo, componer un pescado. Lo que quiere decir descamarlo, lavarlo, sajarlo, salarlo, etc. Como si fuera decoración, las comidas se arreglan. De modo que hay una parte considerable de placer en su preparación de la comida y otra de gusto estético en su consumo. Uno más de los goces elementales del opita.

Hay una circunstancia extraordinaria en la que la sazón de nuestra gente se despliega con generosidad: el sancocho, más si es de pescado. El plátano, la tierna yuca, la mazorca y la papa se suman al bocachico o al nicuro para casi cocinarse en sus propios jugos. En las casas campesinas se lo sirve sobre hojas de plátano soasadas. Sobre ellas se vuelca pródigo el sancocho, como en gigantesca fuente, para que los comensales tomen lo que a bien tengan. Lo acompañan el arroz irrenunciable, el caldo del cocimiento y hogo para todos los gustos.

Aun más exquisito resulta cuando se ha cocinado en la tierra misma. En el playón arenoso se cava un hoyo de dimensiones apropiadas, se recubre con hojas de plátano y en el espacio así acondicionado se disponen los ingredientes tapados con más hojas de plátano y encima de todo una tendada de piedras sobre las cuales se organiza el fuego. Los alimentos se cocinarán en su propio sudor, una preparación que no es cotidiana sino propia de los paseos cuando la gente va a reencontrarse con sus ríos.

Acaso un vestigio de la época en que las comunidades indígenas, en una fiesta colectiva, partían a recoger el tributo. Lo describe sintéticamente don Basilio Vicente de Oviedo: "Si la gente de este reino fuera más unible y menos holgazana pues se ve que los indios de Coyaima y Natagaima, por modo de paseo, se van a los ríos cuando llega el tiempo de pagar sus tributos en oro, y sacan el que han menester y se divierten con sus pesquerías". Y precisa hablando de los coyaimas: "Y para sacar el oro que pagan se van todos de compañía al río Saldaña, que es un opulento río que lleva mucho oro y mucho pescado, y se están pescando dos o tres semanas, y en ellas lavan el oro que necesitan para sus pagas de tributos y obligaciones para su iglesia".

Una práctica hermana de la anterior, son los hornos labrados en la peña. Y es que el calentano tiene particular predilección por el horneado. Su bizcochería es variada y deliciosa. Los **bizcochos de achira**, delicado manjar que emplea la exclusiva e irremplazable harina de sagú; los **bizcochos de manteca** en los que las grasas porcinas y la harina de maíz se conjugan; los tiernos **bizcochuelos**; los **carmelitas**, por su color característico y los **bizcochos tostados**, también llamados **de cuajada o calentanos**, especiales para el chocolate tempranero o el tentempié entre comidas. Para no hablar de almojábanas y pandeyucas.

Productos del horno también son el asado y la lechona. Uno y otra derivados del cerdo. El primero huilense y la segunda tolimense en la actual división. Son los platos de las grandes celebraciones y en las que se despliega a plenitud el sabor de la región.

En el cerdo los cristianos viejos encontraban su toque de distinción. Señal de pureza de sangre frente a judíos y moros, debían consumirlo en público como prueba de no ser falsos conversos.

La preparación del cerdo lleva tiempo, al punto de constituirse en el comienzo de la fiesta. Limpiar el cerdo es todo un rito: chamuscarlo, afeitarlo, jabonarlo en profundidad para luego arreglarlo como conviene. Es una tarea de grupo sacrificar el animal, desangrarlo —para hacer las morcillas—, preparar las vísceras con las que se arreglará la chanfaina —plato compuesto de sangre, asadura picada y yerbas aromáticas— y si se trata del asado huilense, hacer el queso de cabeza. No todos pueden intervenir en este proceso, hay gente de mal humor —amargados, iracundos, envidiosos— que avinagran la preparación con sólo mirarla. Mientras los preparativos se van cumpliendo, el aguardiente o las mistelas adelantan el festejo.

Los asados tienen su propio envuelto, el **insulso**. En él lo definitivo es el punto de sazón, lo más sencillo es la forma de prepararlo: se hace una colada espesa de panela, maíz y canela que debe rebullirse de manera constante. Cuando al mover el mecedor se vea el fondo de la olla es el momento de envolverla en hojas de bihag y llevarlo al horno junto a la lechona o al asado.

La combinación del dulce insulso y la salada lechona, de la grasa del cerdo y la fécula del envuelto tiene una evidente función equilibradora, sabiduría acumulada desde tiempo inmemorial.

Hablando de insulsos es preciso reconocer la amplia gama de envueltos del Tolima Grande. La costumbre americana de cocer el maíz dentro de coberturas vegetales tiene diversos desarrollos en la región. Asados como en el insulso ya reseñado o en los **envueltos de maduro** o **estacas** —el plátano en su máximo dulzor se cierce y se mezcla con harina de maíz para imprimirle consistencia. Otros son cocidos como los salados **envueltos de mazorca**, elaborados en el amero con el maíz tierno. También se consumen los **subidos**: el maíz molido un tanto grueso se fermenta, por lo que debe *crecer* en el proceso de cocción.

Es el momento de hablar del rey de los envueltos, el **tamal**. Un plato para la cena del sábado o el desayuno del domingo, mientras los demás envueltos son del diario yantar. Se sirven, igualmente, en las grandes celebraciones: matrimonios, primeras comuniones y agasajos especiales. Y no puede ser de otra manera pues exige especial dedicación. A la práctica aborígen de cocinar el maíz envuelto se agregaron el cerdo, el pollo, las porciones de res, la zanahoria, el arroz y la alverja, para

producir un sabor único y mestizo. En el tamal tolimense hay más masa de maíz, mientras que en el huilense ésta es casi inexistente.

Asociado al festejo está el aguardiente anisado. Para las grandes fiestas se preparan las **mistelas**, alcoholes endulzados a los que se agregan yerbas aromáticas como la mejorana.

En las duras jornadas agrícolas, el trabajo se acompaña del **guarapo**, producto de la fermentación de la miel de panela. Más que vicio es un componente indispensable de la dieta del calentano: estímulo para el arduo trabajo, es un rehidratante que por su alto contenido en carbohidratos compensa el gasto de energías. Otro licor de la tierra es el **vinó de palma** producto de la fermentación de la palma real.

El maíz ha sido llamado el trigo americano pues sin él es imposible imaginar el desarrollo de estos pueblos. El Tolima Grande presenta una amplia gama de preparaciones: en sopa como cuchuco, en los envueltos ya señalados, en las arepas. De ellas resaltamos como propias las **arepas de mote**, preparadas con maíz pasado por lejía y aliñado con chicharrones molidos y las **arepas de arroz** que en realidad son de maíz, delicias para acompañar las carnes y pescados.

Es esta una gastronomía campesina —síntesis de un plurisecular proceso de transculturación—, en la que más importa el sabor que la presentación, pues le son ajenas las sofisticaciones de la alta cocina.

El alimento condensa una compleja red de relaciones sociales: las más inmediatas, las relacionadas con el comercio: la tienda, la plaza, la fama, el vendedor callejero. Tras cada producto hay un vendedor que establece relaciones personales con su clientela, que la mimó y consiente. Pero también hay relaciones más mediatas con los productores ignotos de ese mundo campesino que provee el pancoger. Esta compleja red se hace esencia en el sabor, en la sazón de una región —producto de lo que la tierra entrega y de los particulares procesos intelectuales y sensitivos que forman su idiosincrasia, como opina el doctor Juan Jacobo Muñoz.

En las sociedades urbanas, con la integración de la mujer al mundo del trabajo ésta dispone de menor tiempo para la preparación de los alimentos. La cocina tradicional pierde entonces a sus principales cultoras. Por ahora la industria familiar de los alimentos suple esta carencia. En las plazas de mercado es todavía posible encontrar una amplia oferta de alimentos de la tierra. Pero, ¿derrotará el supermercado impersonal y cosmopolita la plaza de mercado? ¿Con la imposición de los sabores internacionales, las comidas precocidas y los enlatados, morirá el sabor de nuestra tierra?

JUNIO FESTIVO para espantar los males



Expresiones católicas hispánicas y fuertes vestigios aborígenes se funden en la fiesta calentana.

De las estatuas de San Agustín la más hermosa, justamente, es la de la mujer que tañe una flauta. Otra corresponde a alguien tocando un caracol. Dos indicios que el salesiano Andrés Rosa recoge en su estudio del rajaleña para mostrar que los aborígenes del Alto Magdalena eran un pueblo musical. En este ritmo descubre el estudioso sacerdote el carácter de los primeros habitantes. En la agógica —manera de conducir la melodía— devela "un pueblo alegre sí, pero con la misma facilidad con que lograban el clímax del frenesí, se hundían en la tristeza o se enmarañaban en las cadenas del odio".

Esta alegría de los calentanos se torna colectiva en el mes de junio, cuando las fiestas se vienen en cascada y para las cuales se preparan con suficiente anticipación: el Corpus Christi, el San Juan y el San Pedro, en apariencia cristianas pero que tienen trasfondo indiscutible.

El Corpus se afianzó en la disputa con la reforma protestante. Para luteranos y similares la liturgia eucarística sólo era un recuerdo de la Última Cena y las

formas del pan y del vino apenas un signo de la presencia de Cristo en la comunidad. Los católicos —con más énfasis luego de Trento— afirmaban la transformación material del pan y del vino en la sustancia del cuerpo y la sangre de Cristo. Este misterio de la transubstanciación es el objeto de la fiesta del Corpus, afirmación católica al tiempo que diferenciación frente al hereje.

Tenía esta celebración un carácter educativo. Ocasión para los autos sacramentales en los que el brillo del espectáculo y la fuerza de la representación servían para edificar a los fieles. Nos cuenta fray Toribio Benavente Motolinía las fastuosas representaciones en los primeros años de la Nueva España, lo que hoy es México. Los edificados no eran solamente los espectadores sino los actores mismos, de manera que se formaban elencos multitudinarios en los que participaba casi toda la población. La tradición dramaturgica precolombina se ponía al servicio de la nueva doctrina.

Este uso también se estableció en el Nuevo Reino. Por él, en el aparente reconocimiento a la religiosidad impuesta pervivieron representaciones precolombinas. En el Corpus de El Guamo además de hacer demostración agradecida de la feracidad de la tierra mediante los llamados **paraísos**, desfilan matachines, indios, gallinazos y toda la gama de la mitología regional. Reaparecen, entonces, para el general regocijo los mitos del solar.

Mención especial merece una comparsa propia de estas fiestas: la familia Castañeda, el trasteo de una familia campesina con las trazas del éxodo forzado. En un comienzos representaba a los colonos, pero en los años de la Violencia mostraba a los exiliados y hoy se reedita en muchas partes de nuestra geografía como desplazados por la guerra. Un homenaje al tesón de quienes no se rinden ante la adversidad y reconstruyen su vida en parajes desconocidos, hostiles casi siempre.

Si el Corpus es una fiesta religiosa, San Juan es un pretexto para celebrar la fecundidad y alejar la mala suerte. En **La rama dorada** Frazer describe como toda Europa celebraba el solsticio estival. Por el 24 de junio al llegar el sol a su cenit empezaba a descender; las gentes consideraban su deber animarlo en este trance para que su luz nunca faltara. Con ello auguraban mejores cosechas y prevenían plagas y enfermedades. La víspera se hacían fogatas en todas partes de modo que "toda la mala suerte me deje y se queme aquí con esto".

Esta fiesta la compartieron los incas —según cuenta el Inca Garcilaso— "en reconocimiento de tenerle y adorarle por sumo, solo y universal Dios que con su luz y virtud criaba y sustentaba todas las cosas de la tierra".

Los chibchas por esta fecha recibían un nuevo sol. Era su año nuevo. Ritualmente, barrían la casa, quemaban las basuras y al niño más pequeño lo llenaban de ceniza para bañarlo en la madrugada en la fuente más cercana. Este uso pervive en los paeces de Calderas quienes comienzan esta fiesta con un baño (refresco) a las cuatro de la madrugada para evitar las llagas en personas y animales.

Hoy, a las cinco de la mañana se abre la fiesta con la alborada. El pueblo entonces se inunda de alegría de modo que nadie puede quedar indiferente. Si bien no es día de guardar, siempre hay matrimonios en San Juan porque trae buena suerte. En la mañana, la despescuezada del gallo y la ronda despreocupada de las comparsas porque en todas partes habrá aguardiente y comida donde se necesite. En la tarde toros y riña de gallos. En la noche jolgorio público con quema de pólvora incluida.

La fiesta no concluye el 24, ha de seguir el 25 con el día de San Eloy y el 26 con San Eloycito y el 27 con San Churumbelo y el 28 con san Churumbelito, hasta llegar a San Pedro el 29. Un santoral a la medida de los juerguistas y para su uso exclusivo.

Si San Juan era fiesta campesina, San Pedro era más festejo urbano. El primero se celebraba en las haciendas y veredas, en tanto que para el segundo la población se desplazaba a los poblados. Hoy, la diferencia se ha perdido y una y otra se celebran con la constante del grito jubiloso de ¡iiií San Juan! ¡iiií San Pedro!, acompañados de expresiones como ¡iiií San Pedro, que viva el mozo de mi mamá!!!, que ponen un toque de irreverencia.

Un aspecto central de estas festividades es la música. En los ritmos de bambuco o rajaleña la gente se da al duelo de coplas y a la burla de los defectos ajenos. Tienen el sabor picante de la desinhibición. Se canta en La Plata que *la mujer que vive sola/ vive llena de congoja/ no tiene palito'e leña/ ni tiene quien se lo coja*. Y también: *Las ovejas por la lana/ las mujeres por el "ese",/ la lana p'hacer cobijas/ y el "ese" por si se ofrece*. Va la última muestra de la picardía calentana: *Una mujer de aburrída/ se las arrancó al marido,/ las mangas de la camisa/ que se le habían descocido*.

Consciente del doble sentido de sus coplas, quien las canta advierte al empezar: *Permiso pido, señores,/ para ponerme a cantar./ Si alguna falta cometo/ me la sabrán perdonar*. Copla que puede ser complementada con esta: *Si quieres cantar conmigo,/ tienes que tener paciencia/ porque mi canto lo aliño/ con algo de repelencia*.

Para la interpretación de estos ritmos la fiesta se ha dotado de un conjunto específico: **la cucamba**, conformada por instrumentos indígenas como el chucho y la

flauta de queco, o criollos pero con su sello regional como la marrana, el cien pies y el carángano, o más universales como la tambora y el tiple. Un instrumento destacable es la hoja (de limón, naranjo, laurel o guayabo) que permite interpretar una amplia gama de melodías. Casi todos estos instrumentos son de fabricación doméstica.

Otro grupo musical importante en las fiestas es la banda. Tan famosa como la de El Espinal, ganadora de concursos, es la de Gigante. La mayoría de estos músicos son aficionados que viven de otras actividades, pero que participan por fiesteros y en un servicio cívico.

Una banda particular es la de Los Borrachos de La Plata, cuyos instrumentos han fabricado con materiales propios de la región. En la Plata "en el año de 1958 había secuelas de la violencia política —cuenta su fundador Carlos J. Ibatá— y organicé una fiesta sampedrino para unir a los hombres por medio de nuestro folclor: la música nuestra con sus coplas, rajaleñas, bambucos y torbellinos. Para lograr una armoniosa participación y hacer más grande la alegría de toda la región, se creó una organización musical que, plagiando a la banda de Santa Cecilia de la época, a la vez la pusiera en ridículo, por cuanto esa banda iniciaba las fiestas y llegaba a tal grado de borrachera, que las reuniones terminaban sin música por falta de intérpretes en sano juicio. De esta situación se desprende el nombre de banda de Los Borrachos...".

De la fiesta y la música se ha tenido en la región un claro concepto social, como se ve en el origen de esta banda. Tal vez porque como dice el viejo adagio *el que canta sus males espanta* o, como argumentaba el maestro Darío Garzón, porque "un pueblo que canta y baila es un pueblo feliz y un pueblo feliz no puede ser un pueblo violento".

MITOS, ESPANTOS Y HECHIZOS



El concepto de la vida y los valores sociales perviven en las leyendas y los mitos.

En torno al fogón, luego de la jornada, solían los viejos contar a su prole las tradiciones. Historias fantásticas aunque verosímiles porque les habían ocurrido a gentes con nombre propio cuando no al mismo narrador. Así el propósito pareciera trivial, matar el tiempo para llamar al sueño, reeditaban experiencias de terror y valentía, lecciones para la vida.

Estos relatos configuraron en nuestro país una de las mentalidades más ricas en seres míticos, espantos, trasgos y endriagos, indígenas unos, otros propios de la tradición católica, marcadas todas por el sello mestizo.

SÍMBOLO DE RESISTENCIA

Escribió el sabio sacerdote Ramírez Sendoya que sus similares **pijaos** eran llamados mohanes. Hoy, entre los paeces, **mojano** es el brujo que gracias a sus artes se convierte durante la noche en animal, con frecuencia en perro.

El Mohán pudo ser el sacerdote indígena que ante el hecho cumplido del dominio español se marginó de la sociedad y como muestra de resistencia llevó vida eremita. Y es que el Mohán vive en cuevas o en las profundidades del río: de vez en cuando se lo sale a tomar sol o a fumarse sus tabacos. Sus contactos son esporádicos, para raptar una lavandera o para hacer travesuras a los pescadores, volteándoles la canoa, enredándoles la atarraya o jugando a ahogarlos, porque el Mohán es un gran nadador. Con todo y eso, se cuenta de pescadores que lo vencieron y así pudieron contar la historia.

Es curioso, pero el Mohán no es el mismo en todas partes. En unas es una fiera, traidora y perversa, que verlo es desastre seguro: crecientes, terremotos, calamidades. En otras, es un hombre alto, hasta hermoso, de larga cabellera y luenga barba que enamora a las mujeres y las seduce con sus riquezas. Puede ser también pequeño y musculoso, compañero de los juerguistas que aparece en los pueblos comprando aguardiente y en las noches de tormenta, entre risotadas, se dedica a la pesca. En estas descripciones el Mohán no se viste de manera convencional. No es pobre, porque su cueva refulge de riqueza, acaso el oro que no se pudieron cargar los españoles.

La pervivencia de comunidades indígenas se explica en gran medida por la de sus sacerdotes. Ellos son la memoria viva de la raza, los depositarios de la cultura. Su discreta existencia, marginal a los valores y usos generales, logró preservar la identidad de su gente. Función parecida cumplió el Mohán, no sólo guardián de los ríos sino celador de su pueblo.

PRESENCIA CONSTANTE

La tenaz resistencia de yalcones, paeces y pijaos la simbolizó una mujer a quien los españoles llamaron Gaitana y de la cual tenemos noticia por las historias de Juan de Castellanos y fray Pedro Simón. El autor de las *Elegías de Varones Ilustres* describe con minucia la venganza de esta madre ante el sacrificio de su hijo. Fue tan admirable su valor que el mismo cronista acaba reconociendo lo legítimo de su actuación.

Tal vez por ello, no sólo la música sino la mitología exalta a la mujer. Ella es símbolo de la fecundidad y vitalidad de la estirpe. Si bien se elogia el carácter de un Tulio Varón, quedan en la memoria colectiva las acciones de aquellas Juanas, que dieron compañía y auxilio en los peores momentos a los combatientes de las guerras civiles.

Una de las figuras femeninas centrales de esta mitología es la Madre monte, espíritu del bosque. Se la representa como una hermosa mujer, cubierta de líquenes y

hojas, a quien nadie ha podido ver la cara, pero cuyo bramido sobrecoge a la distancia. Cuando la Madremonte se baña en los nacimientos de los ríos, estos se enturbian, crecen e inundan todo a su paso. Es una figura poderosa que ataca a quienes usurpan terrenos ajenos, a los que disputan por linderos o son irresponsables con el bosque. A sus enemigos los pierde en la espesura.

Otra representación femenina es la Madredeagua: una hermosa muchacha, hija de uno de los primeros conquistadores, se enamora sin prudencia de un cacique que ha caído preso, huye con él y llega a tener un hijo suyo. La persecución del conquistador tiene éxito y luego de torturar al cacique, manda ahogar en el río a este primer mestizo. La madre enloquece. Es la Madredeagua. La misma que cuando desespera al recordar a su hijo hace temblar las montañas y envenena las aguas trayendo peste y muerte a los ribereños. Su furia es mayor cuando las selvas vírgenes eran ocupadas por nuevos habitantes. Así ocurrió en 1847, cuando llegaron los primeros antioqueños a las vertientes del Ruiz, entonces el Lagunilla trajo muerte a las gentes del Llano.

Aunque expresan los valores impuestos, hay otras figuras significativas: La Patasola es la infiel a la que el marido llevado por intenso dolor amputa una pierna. Frente a ella, la víctima asustada debe recitar sin titubear: *yo como si,/ pero como ya se ve,/ suponiendo que así fue,/ lo mismo que antes así,/ si alguna persona a mí/ echare el mismo compás,/ eso fue de aquello pende,/ supongo que ya me entiende,/ no tengo que decir más./ Patasola, no hagas mal/ que en tu monte está tu bien.*

O es la impaciente mujer que cansada de esperar a su marido que ha ido a la guerra, resuelve darlo por muerto para reorganizar su existencia. Pero un día el Odiseo calentano vuelve y nuestra mala Penélope enloquece y en su locura pierde al fruto de su impaciencia, lo que hace aún mayor su delirio. Es la Llorona, presente a lo largo de todo el río Magdalena, porque "en una calle de Tamalameque dicen que sale una Llorona loca, (...) con un tabaco prendido en la boca".

Prototipo de proxeneta y mujer licenciosa, es la Muelona perseguidora de los jugadores de los cuales se burla con lustrosas monedas que los queman y baldan. Es claro que mediante estas figuras se presenta, por contraste, un ideal de mujer. Porque la leyenda tiene una función ética primordial. Por medio de las sensaciones fuertes, estos relatos fijan en los niños valores y conductas. Es lo que ocurre con los espantos. El Guando es un hombre insolidario que nunca acompañó a un vecino en un duelo. En su avaricia —porque ante todo era avaro— pidió que cuando muriera lo botaran al río. El día que lo visitó la señora Muerte, sus vecinos quisieron sepultarlo e hicieron una camilla para llevarlo al pueblo, pero el cadá-

ver pesaba tanto que debieron turnarse para cargarlo. En un descuido, al pasar un puente se les cayó al río y se les perdió. Lo único que quedó fue un cortejo fúnebre, que aparece para enseñar el valor de la solidaridad.

Otro mal ejemplo es el del Fraile. Un capuchino amigo del juego que perdió hasta el hábito en el vicio y del que sólo quedó el espanto deambulando sin cabeza por los llanos del Tolima Grande.

ENCANTOS COTIDIANOS

Este mundo encantado se hace cotidiano para enfrentar los despechos y los abandonos; entonces los conjuros logran lo que no consigue la seducción. La oración a Santa Helena, la madre de Constantino, hace que la persona ligada "no pueda comer, ni en cama dormir, ni en silla sentar, ni con mujer u hombre hablar, ni tenga momento de reposo, hasta que por vuestra intercesión se rinda a mis plantas". O la oración al Justo Juez que hace inmune frente a los enemigos a quien la reza con fe, de modo que "si tienen ojos no me vean; si tienen manos no me toquen. Así sea".

En estas prácticas se mantienen tercos conceptos precolombinos sin que quienes los viven sospechen si quiera su procedencia ni la significación que tienen. Así, el mal de ojo que tanto daño hace a los más pequeños, o el hielo que es llevado a los niños por quienes vienen de un cementerio o el efecto del sereno que *entluna* a quien lo recibe y ocasiona trastornos y dolores de cabeza.

Es un mundo que requiere ser permanentemente interpretado, porque todo cuanto ocurre esta en relación con algo en curso o por venir. El aparecer una mariposa es señal de muerte, o soñar con gatos indica perfidia de hombre o traición de mujer. Si se atraviesa un colibrí se debe esperar carta segura, si es un cucarrón ha de llegar una visita, pero si es un sapo lo que entra a nuestra casa no deberá esperarse nada bueno.

Blanca Alvarez, maestra por treintiún años en campos y ciudades del Tolima, fue guardando en registro prodigioso las leyendas, decires y costumbres de sus gentes. Uno de sus libros se titula **Bajo el cielo hechizado del Tolima**, y es que como lo hemos mostrado todo parece significar una realidad que es preciso descubrir.

EL RETO DE lo que somos



"En toda época ha de intentarse arrancar la tradición al respectivo conformismo que está a punto de subyugarla."

Walter Benjamin

Antes que Alvaro Hernández Vásquez se perdiera en el laberinto aburrido de la burocracia hizo cuentos. Con **El Libro Cantor** ganó el premio Enka en 1985. El relato que más gusta —y que no necesariamente es el mejor— es el titulado **Supermán vs. el Mohán**. En él dos niños alegan por la supremacía de uno u otro. Uno de los disputadores argumenta que las historias del Mohán son puros embustes de pescadores, "una invención de viejos analfabetas". Y la razón tal vez esté con Luciano Madrigal —el detractor del Mohán— porque ese mundo mágico ha desaparecido, y para siempre.

El proceso ha sido acelerado. A finales de los años 20 el ingeniero Alejandro López contrastaba la realidad de unas tierras casi incultas con su promesa: "esas tierras tolimenses tienen una ventaja que pocas regiones poseen en Colombia: una posición central, en medio de la zona más poblada de Colombia, con ríos navegables, ferrocarriles y caminos como ninguna otra; y, en suma, con merca-

dos fáciles para todos los productos en todos los ocho sentidos de la rosa náutica". Por lo mismo que las consideraba ideales para experimentos de reforma social para irradiar por todo el país.

El cambio se operó aunque no en el sentido en que el visionario antioqueño lo previera. No se reestructuró la tenencia de la tierra en un sentido democrático, aunque sí se modernizaron las formas de producción. Las combinadas y avionetas de fumigación, los tractores, ordeñadores eléctricos y el regadío le cambiaron la cara al agro tolimense. El decir de la llanura ilímite se volvió retórica por los trenes primero y luego por los carretables y las carreteras. El campo volvió a despoblarse porque sus moradores migraron a las ciudades. Ellas difunden por radio y televisión otros mitos y otras razones.

Agréguese a lo anterior que por efecto del desarrollo de las comunicaciones el Tolima Grande ha quedado irremediamente bajo la influencia poderosa de Bogotá. Y si antes esta ciudad era el sueño de los poderosos y los cultos que sólo allí triunfaban, hoy es la meca de todos por igual.

Se preguntan muchos en los medios académicos y en los ámbitos de la intervención social cuál es la identidad de la región. Perplejos constatan que ésta no es evidente. Hay una apropiación ostensible de modos y prácticas desabridas por tener el sabor de lo que no es de nadie al ser de cualquier parte. Cada vez los jóvenes saben menos de bambucos y torbellinos y no sólo en los centros urbanos. Cada vez los niños saben menos del Mohán y la Patasola que de los héroes que la televisión les prodiga.

En los festivales del Folclor y del Bambuco en que terminaron las fiestas de San Juan y San Pedro es donde más se aprecia esta contradicción. Cada día son más parecidas a cualquier feria con casetas y rumbas de club, con pasarelas, desfiles de carrozas y reinas coronadas. Empero hay quienes persisten en conservar el culto de lo tradicional y se empeñan en rebajarles el sabor fenicio.

La vieja identidad del calentano se ha quedado sin piso material, sostenida apenas por los cultores de la tradición por ella misma. Quizá el primero en advertirlo fue Daniel Samper. En polémico artículo denunciaba la inautenticidad de los bambucos que cantaban a un cisne más blanco que un copo de nieve y a bohíos inexistentes.

La verdad es que en los viejos odres se vierten vinos dudosos para que la gente los asuma como propios. Es el momento de preguntarse si tiene sentido mantener las

tradiciones a pesar del cambio del contexto. O de otro modo, si hay algo en ellas que merezca pervivir.

Pregunta similar se hizo el romántico Albert von Chamisso y la respondió con una parábola: la historia de Schlemihl, un ambicioso que pactó con el diablo a cambio de todas las riquezas. El comprador sólo exigió la sombra de Schlemihl. Pero en todas partes, las mujeres y los niños, los campesinos y las enfermeras rechazaban al hombre que había perdido su sombra, esto es, su identidad, la cultura popular. Al faltarle la raíz, lo acompañaba la desventura así poseyera toda la riqueza deseable.

La antropóloga Joanne Rappaport en trabajo etnohistórico sobre el territorio paez, desafortunadamente inédito, nos ilustra. Para ella la tradición es el conjunto de nociones y estrategias que definen la identidad, concepto dinámico relacionado con el pasado pero basado en la actualidad.

Retomando nociones de Shanklin, Rappaport insiste en que no puede entenderse la tradición como un rimero de vejeces, sino como una fuerza activa que se utiliza en situaciones de peligro, cuando es necesario poner énfasis en la identidad frente a amenazas que provienen de fuera. Así, concluye, la tradición se halla en la actualidad no en el pasado.

Todo un programa para los intelectuales del Tolima Grande, si para ellos la región debe mantener su identidad. Porque en opinión del ya citado Benjamin, el mundo espiritual es ante todo confianza, coraje, humor, astucia, denuedo que "actúan retroactivamente en la lejanía de los tiempos".

Como el río Magdalena, la riqueza económica y espiritual está siempre de paso por las sedientas llanuras. Pocas obras de consideración se han escrito sobre ellas. El poemario **Tierra de Promisión** de Rivera y los no muy conocidos cuadros de costumbres de Nicanor Velásquez Ortiz titulados **Río y Pampa**. Parecida situación se presenta en las artes plásticas. No por casualidad debió importarse a Arenas Betancur para hacer un homenaje a la Gaitana.

¿Pero es que no ha ocurrido nada significativo en las tierras del Tolima Grande? No resistimos una comparación. El nordeste brasileño atravesó un período similar al de nuestra Violencia. A principios de este siglo se llenó de yagunzos y cangaceiros y luego se convirtió en dominio de los coroneles. A diferencia nuestra hubo un hombre de la talla de Joao Guimaraes Rosa que hizo de la existencia de estos bandidos una saga universal, verdadera descripción etnográfica de su mundo, en el que el perpetuo duelo del bien y el mal lo libran los hombres de su tierra.

¿Por qué no ha habido un Guimaraes entre nosotros? Deben existir muchas razones. La ausencia de tradición literaria local tal vez. Esta carencia no se ha compensado por un grupo que asuma con disciplina la empresa de formarse para un proyecto similar y que se comprometa con visión de largo plazo. La politiquería que todo lo ha degradado ha distraído bienintencionados esfuerzos. Otra parte la ha puesto la ilusión del éxito fácil tan propio de estos tiempos.

Pero, por sobre todo, ha faltado una más justa valoración de la gesta de los hombres comunes de esta tierra. Alguna vez Leonel Arias, profesor de la Universidad Surcolombiana, se propuso la enjundiosa tarea de comparar las pasiones de los protagonistas de los tragedias griegas con las padecidas por los campesinos de su natal Santa Helena. Quién sabe qué tanto adelantó en este sentido. Pero no son menos universales. Sin embargo, hasta ahora sólo son expresión de la barbarie o de un indefinible atavismo.

Quizás el peso que alguna vez tuvieron los hombres del Tolima Grande en los destinos del país, se debió en buena medida al carácter definido de sus gentes. En esta era de lata de Fujimoris, Collores de Melo, Carlos Andreses, Enderas, Serranos y similares, los hijos del Gran Tolima pesan como plumas. Recuperar la entidad política dependería de un renacimiento que recree la identidad cultural y el carácter a las gentes de esta tierra. Tarea colosal para quienes hoy se den a la labor de pensar la región y su historia.

BIBLIOGRAFIA

Alvarez, Blanca. *Raíces de mi terruño*. Imprenta departamental Ibagué, 1990

Alvarez, Blanca. *Bajo el cielo hechizado del Tolima*, Tecnimpresos, Ibagué, 1992.

Friedman, Susana. *Las fiestas de junio en el Nuevo Reino*. Editorial Kelly, Bogotá, 1982.

Nueva Revista Colombiana de Folclore, Vol. 2 No. 8, 1990 (Número dedicado a la cultura popular huilense).

Martínez González, Guillermo. *Mitos del Alto Magdalena*. Trilce Editores, Bogotá-Neiva, 1993.

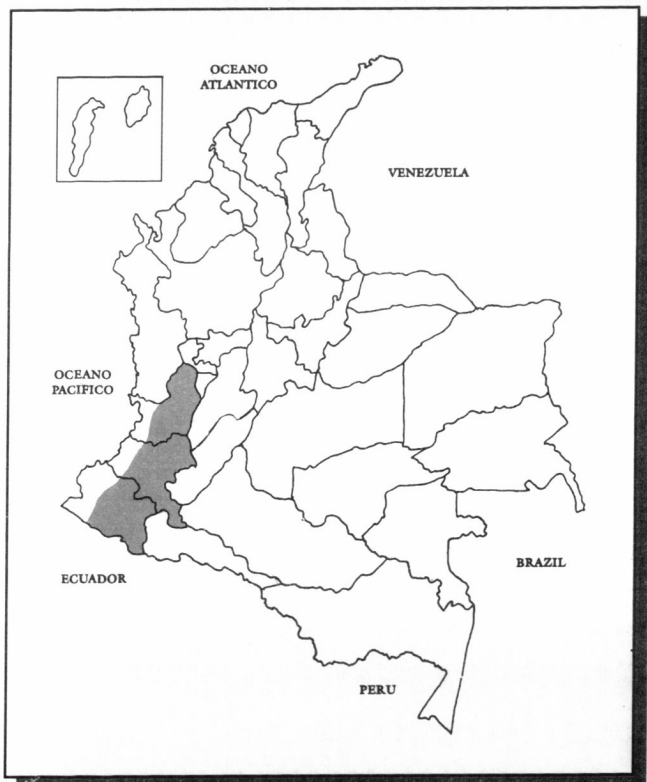
Ramírez Sendoya, Pedro José. *Diccionario indio del Gran Tolima*, Editorial Minerva, Bogotá, 1952.

Vargas Motta, Gilberto, et al. *Así es mi Huila*, Fondo de Autores Huilenses, Neiva, 1985.

Velásquez Ortiz, Nicanor. *Río y Pampa*, Imprenta Departamental, Ibagué, 1944.

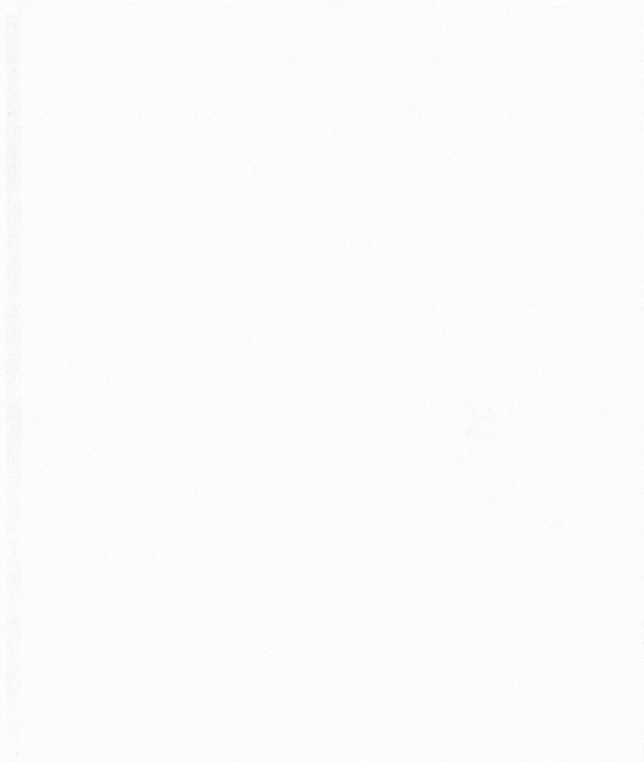
VI

REGIÓN SUROCCIDENTAL



VI

REGION
SUBORDINATA



Territorios Humanos

Se inicia el Suroccidente colombiano con el tema del poblamiento. Se muestra el origen de las dos subregiones que caracterizan históricamente la región y el desenlace que sus especificidades han propiciado en la ocupación y desenvolvimiento del territorio. Hay un énfasis importante en la acción de las gentes de todas las épocas como artífices de los cambios en el espacio.



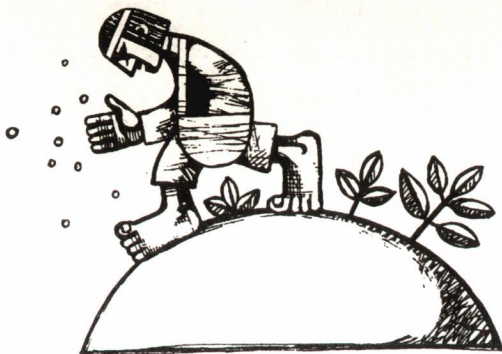
Fototeca Cinep

Francisco U. Zuluaga: Profesor titular Universidad del Valle. **Eduardo Mejía:** Profesor Universidad del Valle, secretario académico Facultad de Humanidades, Centro de Investigaciones Históricas del Suroccidente colombiano, región. **Diego Romero:** Profesor asistente Universidad del Valle.

Fronteras militares indígenas en la gobernación de Popayán siglos XVI - XVII



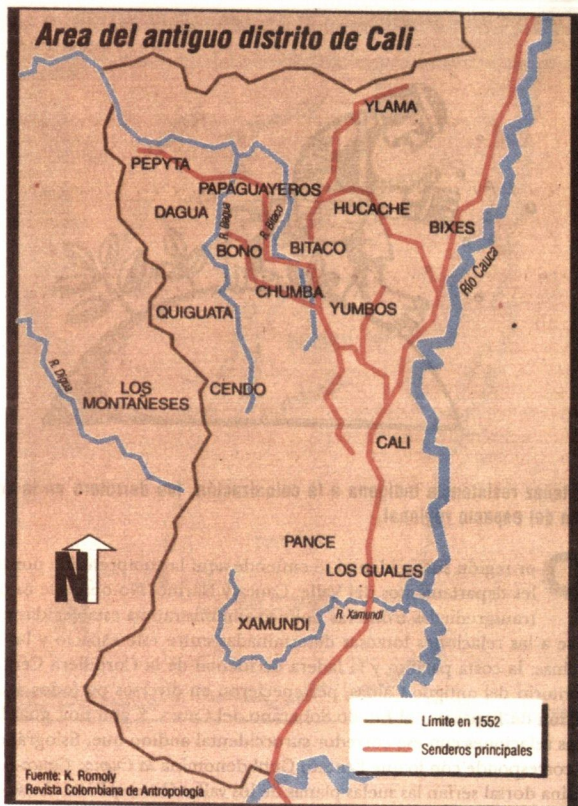
DE TAL CULTURA, tal conquista



La tenaz resistencia indígena a la colonización, fue derrotero en la configuración del espacio regional.

Por región suroccidental se entiende aquí la comprendida por los actuales departamentos del Valle, Cauca y Nariño. No obstante es necesario transgredir las fronteras político-administrativas establecidas para referirse a las relaciones forzosas determinadas entre este espacio y las regiones vecinas: la costa pacífica y la ladera occidental de la Cordillera Central en el territorio del antiguo Caldas, pertenecieron en diversos períodos a la Gobernación de Popayán y al Estado Soberano del Cauca. Y, aún hoy, guardan estrechas relaciones con ese corredor suroccidental andino que, fisiográficamente, se corresponde con lo que Ernesto Guhl denomina *la Cuenca Cauca-Patía*, cuya espina dorsal serían las suelas planas de los valles Cauca y Patía. A ese corredor corresponde la cadena de ciudades de mayor actividad en la región.

No podemos sin embargo renunciar a un concepto de región más articulado con la presencia humana, con las formas como los hombres se organizan entre sí y se relacionan con el medio natural en un espacio —entorno— para hacerlo suyo, comprometerse con él y entenderlo como su territorio. No son pues los linde-



ros físicos los que la definen: son las actividades de los hombres. Una región puede expandirse geográficamente cuando las instituciones, la economía y la cultura de una sociedad amplían su cobertura; o estrecharse si, en relación con otras sociedades, debe ceder espacio. También puede consolidarse mediante la colonización de espacios internos.

ASÍ ERA, A LA LLEGADA DEL ESPAÑOL

Los valles interandinos de los ríos Patía y Cauca tienen origen en la extinción de un gran lago que dasaguó hacia el Océano Pacífico por la Hoz de Minamá y hacia el Océano Atlántico por el cañón de la Virginia. Así lo indica la formación geológica. Las dos cuencas se independizaron. Hubo paisajes diferentes y diversos modos de ocupación y aprovechamiento del espacio.

Las comunidades indígenas situadas en el Valle del río Cauca y al norte de la desembocadura del río Ovejas, tenían formas de asiento, organización social y cultura concordantes con la *cultura Caribe*, al decir de los conquistadores. Mientras, los aborígenes localizados al sur del río Ovejas en territorio montañoso que comprende desde el alto Cauca, el altiplano de Pubenza, el Macizo Colombiano hasta el Valle de los Pastos, presentaban un alto grado de organización y rasgos de una sensible influencia incaica.

Los indígenas del Valle del Cauca —asentados al norte de la región— ocupaban una parte plana cubierta en su mayoría por ciénagas. Estas se originaban en el alto caudal y las crecientes de un río que frecuentemente formaba meandros y madre-viejas. La planicie, enmarcada por abanicos aluviales, presentaba un piedemonte de bosques y algunos pastos, y las faldas de la Cordillera estaban cubiertas por flora selvática.

El indígena prefirió el piedemonte: le ofrecía una vegetación benigna y fácil acceso al río y a las ciénagas para surtirse de pescado. A lo largo y ancho de los abanicos aluviales —que en ambos lados del río constituyeron el piedemonte— se situaron múltiples comunidades que, rebasando su condición de recolectoras, tenían como principal cultígeno el maíz, complementado por frijol, zapallo, batata y yuca dulce.

La producción del maíz —realizada con técnica de roza y quema que exigía la permanente rotación de suelos—, la recolección de frutas y la caza de especies menores, impusieron a los pocos habitantes indígenas la ocupación de grandes espacios: una población calculada, en 1559, de 14 mil 760 indígenas, cubría todo el territorio del Valle del Cauca en una franja de la ladera, sin avanzar

demasiado hacia la cima de las cordilleras y utilizando las ciénagas como fuente alimentaria.

Entretanto, los indígenas del sur del río Ovejas habían alcanzado un alto grado de organización social basada en una producción económica con sistemas agrícolas de rotulación de tierras relativamente intensos. Producían maíz, papa y el algodón, gracias al cual eran hábiles tejedores y podían proveerse del vestuario. La delimitación clara y específica del territorio de cada comunidad, lo mismo que la distribución de la tierra al interior de ellas, implicaban una estructura del trabajo con una jerarquización social relativamente compleja, y el establecimiento de un orden alrededor de una autoridad. Estas comunidades presentaban mayor densidad y concentración demográfica que las del Valle del Cauca. Se calculaba en 1559 para esta subregión, un número de 40 mil 229 naturales.

VA ADQUIRIENDO OTRO PERFIL

Después de la conquista del imperio Inca, los españoles entraron a la región en la cuarta década del siglo XVI. Buscaban oro y sometieron fuerza de trabajo. Fueron estableciendo un eje poblacional caracterizado por la fundación de ciudades que, rápidamente, adquirieron formas y roles específicos dentro de la región, de acuerdo con la población sometida, las posibilidades económicas y comerciales del asentamiento y la amplitud del espacio de su jurisdicción.

Correspondió a Cartago el establecimiento de un distrito minero ligado con Arma, Anserma y posteriormente Toro; Cali fue el primer centro administrativo para toda la región y la posibilidad de salida al mar; Popayán era productora de alimentos de tierra fría necesarios para el establecimiento español; Pasto, centro de aclimatación del trigo, servía de puente de comunicación con Quito y Perú.

La producción de oro de Cartago, iniciada hacia 1541, tuvo un comportamiento ascendente hasta 1545, cuando empieza a decaer hasta agotarse definitivamente en 1596. Este primer y único distrito minero de la Gobernación de Popayán, sustentó en el siglo XVI la dinámica económica de toda la región. Le dio a Cali el papel de centro administrativo y comercial por el tránsito del oro desde Cartago a la casa de fundición localizada allí de donde se trasladaba a la metrópoli.

A Cali llegaban también vinos, cera, ropa y todos los elementos necesarios —que entraban por la vía de Buenaventura— para el acomodamiento de los españoles a las condiciones americanas.

Popayán y Pasto también aclimataron productos agrícolas europeos como el trigo. Para ello se utilizó la numerosa población indígena que rápidamente se sujetó en encomiendas.

El Valle del Cauca, en cambio no poseía un número considerable de naturales. Debíó emplear entonces ganado como instrumento de colonización, poco exigente en fuerza de trabajo y rápido transformador de los bosques en praderas. Con él surgieron las primeras explotaciones pecuarias de la región: las estancias o hatos ganaderos que con muy pocos indígenas encomendados respondieron por la producción de maíz y el pastoreo de ganado, aunque buena parte de él se hizo cimarrón.

CIERTOS ORÍGENES

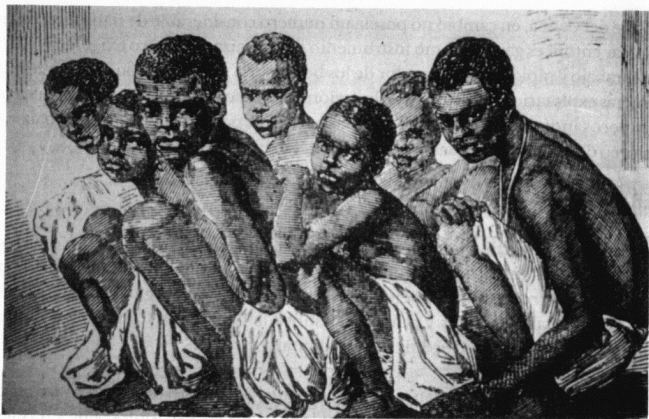
La obvia resistencia de los indígenas ante las modalidades de ocupación del espacio y el sometimiento a que fueron expuestos, fue más notoria en la parte norte de la región. Una frontera militar en forma de herradura congregaba –para fines del siglo XVI– a paeces, pijaos y quimbayas sobre la Cordillera Central, y a noana-maes y sindaguas en la Cordillera Occidental.

Los aborígenes se desprendían, en sus actividades bélicas, desde lo alto de las cordilleras hacia las partes bajas y planas donde estaban los españoles. Fue entonces cuando los conquistadores establecieron fuertes militares que dieron lugar a nuevas poblaciones como Almaguer, Caloto y Buga. El Valle del Cauca quedó encajonado ante la incomunicación que la resistencia imponía a Cartago con Mariquita y Santafé, por el camino de Herveo, y a Cali con Buenaventura –coincidiendo con el momento más difícil de la producción aurífera del distrito de Cartago.

Entretanto, desde Popayán se impulsaba la apertura de un camino por el páramo de Guanacas. La Gobernación de Popayán, entonces, empezó a mirar al sur buscando nuevos veneros auríferos. Se desarrolló la explotación de las minas de Almaguer y Chisquío y cogió impulso la salida al Pacífico por Pasto hacia el territorio llamado de las Barbacoas.

Con ello Popayán pudo ser la capital de la Gobernación en 1643. Resultó favorecida en la disputa con Cali para ser el centro administrativo, comercial, social y eclesiástico del suroccidente. Popayán se convirtió desde entonces en residencia de los gobernadores, sede diocesana, centro de recaudos fiscales con fundición, cajas reales y morada de los Oficiales de la Real Hacienda. Por su parte, Cali quedó dependiendo de Popayán, sumida en una crisis económica y sin comunicaciones propias con otras regiones.

REVUELTA ECONÓMICA del espacio



Haciendas, minas y sistema esclavista, fueron la impronta de la región durante el siglo XVIII.

Con el establecimiento de las estancias y la distribución de encomiendas— fundamento de dominio y uso efectivo de los hombres por parte de los españoles— se instauró la plataforma del desarrollo económico de las subregiones.

En el sur, a partir de la profusa asignación de encomiendas y de una restringida distribución de mercedes de tierra, surgió una hacienda serrana, con vocación agrícola, explotada con indígenas. Pero los aborígenes se resistieron a trasladarse ante la obligación de prestar su trabajo como tributo y persistieron entonces los pueblos de indios encomendados dando tributo en especie, tasado en mantas y gallinas que producían domésticamente en sus propias comunidades.

En el norte, frente a la escasez de indígenas, predominó la distribución de mercedes de tierra sobre las encomiendas. Hacia el centro del Valle del Cauca, los encomendados se dedicaron fundamentalmente al pastoreo de ganado y al culti-

vo del maíz. Los naturales de la parte norte fueron utilizados en la labor de minas y los de la falda oriental de la Cordillera Occidental, cercanos a Cali, como acémilas para transportar las mercancías entre Cali y Buenaventura. En el Valle se introdujeron tempranamente negros esclavos —nuevamente por el bajo número de indígenas— especialmente para el trabajo minero.

Para enfrentar la crisis minera del norte del Valle y su encerramiento por la resistencia indígena, la subregión creó instrumentos de supervivencia y adoptó estrategias para modificar su estructura económica.

Hacia el exterior, se buscó la participación de particulares en la apertura y mantenimiento del camino a Buenaventura, disponibilidad de embarcaciones en el puerto para su comunicación con Panamá, y la apertura de mercadeo de ganado hacia Antioquia y hacia el sur hasta Quito. Se exploraron y localizaron, además, placeres mineros en la costa pacífica, siendo los primeros los de **El Raposo**.

En el interior de la subregión —durante el siglo XVI— la población española se había concentrado en ciudades en respuesta al intenso comercio provocado por la producción de oro en Cartago y la resistencia indígena. En el siglo XVII y ante la crisis, se fueron modificando los sistemas de producción de las estancias. Los estancieros se trasladaron a sus mercedes de tierras, construyeron casas y dedicaron parte del terreno a la producción de artículos de pan coger, cuestión que unida al ganado comerciable generó unidades agropecuarias autosuficientes: las haciendas.

ENGRANAJE CLAVE

La coyuntura de surgimiento de la **hacienda** coincidió con la expansión de las explotaciones mineras del Pacífico. Las minas se abastecían con los productos de las nuevas unidades agropecuarias y se articularon minas, haciendas y comercio. El circuito económico se consolidó con la introducción masiva de negros esclavos, tanto para la producción minera como para la agrícola. Haciendas, minas y sistema esclavista, fueron la impronta de la región durante el siglo XVIII.

Mientras, los principales asentos españoles de la subregión del Valle del Cauca se consolidaron definitivamente. Eran los finales del siglo. Las ciudades de temprana fundación —Pasto, Popayán, Cali y Anserma— habían implantado sus términos sin necesidad de trasladarse a nuevos sitios; mientras que aquellas surgidas de la confrontación con los indígenas —Caloto, Buga y Toro— se replegaban cambiando su localización en una o más oportunidades, definiendo su territorialidad por su última ubicación.

La decadencia de la producción aurífera de fines del siglo XVI sumió a Cartago —ubicada en donde hoy se encuentra Pereira— en una crisis tal que sus vecinos, básicamente comerciantes, empezaron a construir hatos y haciendas en las orillas del río La Vieja y abandonaron progresivamente el casco urbano. Además con la apertura del Quindío terminó trasladándose al lugar que hoy ocupa, convirtiéndose en punto importante del Camino Real entre Santafé y Quito, y sitio de abastecimiento —de víveres, mercancías y esclavos— para el Chocó

Desde las ciudades se había sometido a los indígenas de las cordilleras. Sin embargo, habían quedado espacios con una población dispersa, escasa e institucionalmente olvidada. Por ello la distribución de las ciudades podría dar la idea de un área rural despoblada. Entonces las haciendas adquieren un papel importante: al consolidarse como unidades productivas, ya irrigaban una población de negros, blancos pobres, mulatos y mestizos por todo el valle, y ejercía una efectiva territorialidad a partir del poblamiento y ocupación del espacio de zonas en el interior de lo que nominalmente era propiedad de las haciendas.

Con el incremento de la esclavitud y su oficialización con los asentos de negros, las haciendas empezaron a producir, además de carne, aguardiente, mieles y tabaco para el abastecimiento de las minas.

A medida que se avanzaba en el siglo XVIII, el territorio minero —dominado por propietarios del interior tanto en el sur como en el norte— fue ampliándose a todo lo largo de la costa pacífica entre el bajo San Juan y Tumaco. Este proceso surgía de la propia dinámica de los pueblos e incentivó la necesidad de comunicación a través de los caminos.

CAMINOS Y DEFINICIÓN DE TERRITORIOS

La red de caminos públicos, o reales para la época, cubría casi la totalidad de la región. La conectaba con Santafé y Cartagena —por los caminos de Herveo— en el siglo XVII, y con Quindío y Guanacas en los siglos XVII y XVIII. Para la comunicación con la costa pacífica se usaban la vía que de Cartago conducía al San Juan, otra de Cali a Buenaventura y la de Pasto a Barbacoas. Dirigiéndose a Quito, hacia el sur, se conservaba el Camino Real establecido desde el siglo XVI. Estos constituían los caminos de los comerciantes que traficaban entre Cartagena y Quito.

Unidas a la red existían otras vías generadas en la dinámica de los poblados. En su afán de relacionarse con las comunidades vecinas, aparecen caminos alternos: el de

Barragán conducía hacia el Valle del Magdalena; el de Roldanillo enlazaba con el Pacífico en el norte, al igual que el de Micay en el centro de la región; el de Almaguer conectaba a Popayán con Pasto obviando el paso del Patía. Al interior de cada subregión había caminos cortos, nexo entre pequeñas comunidades de mulatos y mestizos, que configuraban una red de vías alternas al oficial Camino Real.

Los caminos se pensaron además como mecanismos de poblamiento en zonas aparentemente deshabitadas que separaban áreas productivas. Tal es el caso del camino de Cartago a Ibagué, propuesto como empresa colonizadora por don Manuel Antonio del Campo y Rivas, y aprobado en 1807 en concordancia con el proyecto presentado por don Ignacio Durán:

Principiará la medida del camino desde el confín del pueblo Los Cerrillos; allí se pondrá un término de piedra fijo a la milla otro con su marca primera milla, 2a., 3a. hasta la legua, y con el mismo orden hasta las tres leguas en donde se pondrá otro término. En el centro de las tres leguas se fabricará la iglesia, casa para el cura, vecino, hospedería, y tambo. Al cura se le dará una cuadra de solar con iglesia y casa, al vecino otra con casa, albergo para los pasajeros, y tambo para depositar cargas y bagajes. A más de la cuadra de solar se les concederá una legua de tierra cuadrada de labor, pero fuera del camino, tanto al cura, que al vecino. A la mitad de la primera, y tercera millas de la primera leguas se colocarán dos vecinos, a quienes se les harán el mismo reparto, y con este método se harán las distribuciones de parroquias y vecinos hasta los términos de Ibagué.

Dentro del espacio de cada tres leguas ejercerá el cura su jurisdicción espiritual. Todos los vecinos en su respectivo hogar harán un potrero, para encerrar las caballerías, que estén seguras, y tengan donde pacer. Para la detención del potrero cada par de caballería pagará un quartillo al vecino, y este mantendrá también en buen estado de la hospedería y tambo en beneficio de los pasajeros.

Toda esa profusión de caminos aceleró la dinámica social que imprimieron las haciendas. Un mayor contacto interpersonal volvió más laxa la pesada relación de la esclavitud y se promovieron encuentros entre personas de distintos colores y actividades. Sin duda, el mestizaje o mulataje para la subregión explican en buena parte el debilitamiento del sistema esclavista en el Valle del río Cauca.

El frágil SISTEMA COLONIAL



La decadencia trajo consigo nuevas ocupaciones del espacio con diferencias subregionales.

Para fines del siglo XVIII y comienzos del XIX, se percibe la formación de poblados alrededor de las haciendas: evidencia de la fragilidad del sistema de sometimiento. Los hacendados tuvieron pues que establecer nuevas relaciones de trabajo con la población libre, y surgieron el agregado, el cosechero de tabaco, el arrendatario, el terrazguero, en general las diferentes formas de colorato. En el siglo XIX confluyen la esclavitud, el trabajo libre y ciertas modalidades de servidumbre que favorecieron la conformación de pequeños núcleos de población semidispersa designados en los finales de la colonia como *sitios* o *viceparroquias*.

Algunas familias se establecieron, desde el siglo XVIII, en los linderos de las haciendas, en las orillas de las ciénagas y en los montes. Alternaban la limitada producción hortense con la cría de marranos y el aprovechamiento del bosque para la extracción de leña con la que se abastecían las ciudades y los nuevos poblados.

No obstante los cambios, las diferentes modalidades de hacienda se hacían presentes aún en el siglo XIX (Colmenares). En 1802 se aplicó un censo en 36 haciendas entre el río Amaime y el Bolo, perímetro que también contenía al pueblo de Llanogrande y 16 sitios o caseríos de población más o menos dispersa en pequeñas propiedades. Vuelto a mirar el censo hoy, se identifican haciendas de gran concentración de esclavos en una o dos casas, otras que sugieren una alta proporción de agregados, cosecheros o terrazgueros, pasando por las que presentan una buena cantidad de esclavos dispersos en casas unifamiliares.

En el primer tipo de haciendas está **La Concepción de Hatoviejo** donde habitan, en una sola casa, doña Margarita Barona (viuda) y su hijo don Francisco Cabal con 33 esclavos; similar era la concentración en la hacienda de don Miguel Barandica: en una casa vivían don Miguel, su esposa doña Manuela Cabal, sus hijas María Josefa y María Angela, amén de 34 esclavos. Otras haciendas presentaban el extremo opuesto: la de don Pedro de Velasco con 34 casas para 7 blancos, 27 negros esclavos, 4 negros libres, 2 pardos esclavos, 117 pardos libres y 3 mestizos; la de don Francisco Vaca donde había 55 casas para 11 blancos, 19 negros esclavos, 6 negros libres, 5 pardos esclavos, 124 pardos libres, 5 indios y 59 mestizos.

Entretanto en los caseríos se agrupaba la población semidispersa —diferente a la de Llanogrande— de acuerdo con el status. En ellos la tendencia era concentrar pardos libres y mestizos; la población esclava —negra o parda— era muy escasa y la relación esclavos/blancos, menor que en Llanogrande y, por ende, que en las haciendas.

ÍMPETU LIBERTARIO

Los caseríos regados por el valle y entre las haciendas —bien como fondas caminearas o en calidad de núcleos de pequeñas parcelas— son el origen de múltiples poblaciones con habitantes pardos y mestizos del Valle del Cauca. Eran grupos dominantes ya en los comienzos del siglo XIX, producto de una intensa mezcla entre blancos, mestizos y negros y se presentan como protagonistas de una decadente esclavitud.

Los caseríos fueron comunidades *de todos los colores*, es decir, entre mestizas y mulatas. Predominaron en el Valle desde el siglo XIX y dan razón de buena parte de los municipios actuales. Allí los esclavos eran escasos —5,8% de la población—, lo mismo que los blancos —13,19%—; y entre negros, pardos y mestizos libres hacían el 81,08% de la población: no eran, evidentemente, bastiones esclavistas.

Donde mayor peso tenía la esclavitud era en las haciendas. En ellas el 40% de la población era esclava —36,59% negros y 3,4% pardos—, mientras en el sector urbano —Llanogrande— sólo el 22,6% se encontraba en tal situación —19,51% negros y 3,13% pardos— y, como ya se ha visto, en los caseríos y sitios, los esclavos alcanzaban sólo al 5,8% —3,36% negros y 2,41% pardos. Es más notorio el decaimiento de la esclavitud si se observa que en las haciendas la población de negros, pardos y mestizos tiene un peso del 89.08%; en el sector urbano es del 85,63%; y en los caseríos y sitios es del 87%. Bien podría decirse que el ímpetu libertario de la población de color va unido a la conformación de nuevos núcleos urbanos o semiurbanos. El mismo Palmira surge como un poblado localizado entre la hacienda esclavista y el rededor de la capilla.

Otro tanto sucederá en el siglo XIX con Pradera. A partir de la fragmentación del **Indiviso de los Escobares**, un grupo de colonos inició el establecimiento urbano. Situaciones bastante cercanas a éstas vivieron en sus comienzos, Quilichao, Tuluá y La Unión.

LA ENCOMIENDA SE DESMORONA

Esos fenómenos sociales tenían lugar en el Valle del Cauca a finales del siglo XVIII y comienzos del siglo XIX. Mientras tanto en el sur, dos grandes núcleos presentaban evoluciones diferentes: las cordilleras y los altiplanos enfrentaban la decadencia de la encomienda en donde progresivamente, con título o sin él, el antiguo encomendero fue ejerciendo como propietario de la tierra, haciendo del indígena, en la práctica un terrazguero. Esta situación se reforzó durante el período de la independencia con el reconocimiento nominal de la ciudadanía del indígena, la extinción del tributo y la abolición de las parroquias doctrineras. Con ello se permitió la fragmentación del resguardo en propiedades individuales y la transformación del pueblo de indios en localidades o municipalidades con carácter eclesiástico de parroquia.

Por otra parte, en el Valle del Patía y desde los inicios del siglo XVIII, se fueron asentando muchos negros huidos. Provenientes en su mayoría de las minas de Barbaças, habían hecho su tránsito por el palenque del Castigo. Hacia 1749 existía un curato itinerante que cubría La Herradura, Guachicono, La Arrinconada y San Miguel de Patía. Desde entonces este último pueblo, donde se había fundado parroquia, se constituye en el centro de todas las actividades del Valle.

La unidad económica y de asentamiento en el Patía fue el platanal, constituido fundamentalmente por pequeñas parcelas localizadas en las orillas de los ríos y

quebradas y en los intersticios de las haciendas. Allí el negro y su familia constituyeron la célula básica de la sociedad patiana. Organizaron una producción de artículos de primera necesidad (plátano, maíz, yuca), complementada con la pesca, el mazamorreo y el ejercicio esporádico del peonazgo —en las haciendas vecinas— y el abigeato. Hubo entonces un poblamiento incipiente, origen de las veredas, constituido por la concentración de varios platanares generalmente en la confluencia de los ríos.

Los negros patianos conformaron grupos de bandoleros en el siglo XVIII para defenderse de la represión de las autoridades de Popayán. Con los acontecimientos políticos del período de la independencia se convirtieron en guerrilleros realistas.

Destrezas PARA EL CAMBIO



El afán por la pasividad frente a la economía y la colonización, signaron el destino del espacio en el siglo XIX.

En los levantamientos independentistas, iniciados con el de Quito, se enfrentaron en la Gobernación de Popayán dos regiones bien delimitadas: las Ciudades Confederadas del Valle del Cauca y las ciudades al sur del río Ovejas. La confrontación, aparentemente política e ideológica entre realistas y republicanos, traducida en una contienda tradicional entre Popayán y Cali: los rebeldes deseaban luchar contra la opresión económica y política a que habían sido sometidos por la capital de la Gobernación.

La fuerza y el éxito inicial de las Ciudades Confederadas hicieron que el Gobernador Taón buscara el apoyo de sus vecinos del sur, quienes veían en las Ciudades Confederadas el núcleo más fuerte de los señores esclavistas, propietarios de las minas de la costa pacífica y de las haciendas del Valle del Cauca. A esos lugares había huido la mayor parte de los pobladores del Valle del Patía. Pues bien. Durante todo el siglo XIX, las posiciones de una y otra subregión estuvieron determinadas por su secular contienda y cada una, en consecuencia, asumió actitudes diferentes.

El sur, con Popayán a la cabeza, estaba influenciado por el ethos político y por lo tanto acogía la personería de un Estado Soberano fuerte y unido para ejercer un liderazgo nacional; el Valle del Cauca, entretanto, se preocupaba por su propia consolidación interior y centraba sus esfuerzos en el desarrollo económico, sustentado en dos elementos: la búsqueda de un producto de exportación y la salida al mar, todo ello en medio de la inestabilidad social heredada del debilitamiento de la esclavitud y fortalecida por las nuevas instituciones republicanas.

LA SUERTE DEL NORTE

Los años veinte del siglo XIX, enfrentaban al Valle a las secuelas de la independencia. Las haciendas quedaron arruinadas por efecto de su rol como despensa agrícola para la guerra y los esclavos de las minas del Pacífico se habían levantado o eran renuentes a reconocer su condición, y explotaban las minas para su propio beneficio.

Había más. La profusión de fuerza de trabajo libre obligó a los hacendados a incrementar las formas de colonato ante la falta de metálico; la ausencia de mercado para los productos tradicionales creaba una abundancia tal que, en términos económicos, expresaba una situación ruinoso para las haciendas; las instituciones de la nueva república habían reconocido a los sectores populares una ciudadanía de la que se habían hecho concientes —buscaban participar en la definición de políticas locales— y la abolición de los mayorazgos permitió a los segundones de las familias y a sus allegados, reclamar sus derechos y solicitar la extinción de los indivisos originados en la sucesión de derechos de herencias sin solución de repartimiento jurídico.

Todo conspiraba contra la gran propiedad agraria. Se fragmentaban las antiguas haciendas y surgía la pequeña propiedad y posesiones de derechos de tierras en indivisos. Hubo un corto período de cierta democratización de la propiedad con una nueva dinámica social.

Los nuevos pueblos y municipalidades —entre ellos Palmira y Tuluá— habitados por pardos y mulatos, abrigaban el sentimiento republicano y esparcían los principios de igualdad, libertad y derecho a la tierra por todo el campo del Valle. Con ello se generó una ocupación del espacio en pequeñas fincas, un poblamiento disperso. Por otra parte, los antiguos propietarios —aristócratas de las ciudades coloniales— debieron buscar además de nuevas formas de vinculación de fuerza de trabajo, otra concepción de la economía con la cual reconstituir sus viejas posesiones.

Animados con la idea de la exportación y la presencia de algunos inversionistas extranjeros, los aristócratas construyeron compañías y empresas familiares. Ensayaron varios productos —quina, tabaco, café— como bienes exportables pero con todos fracasaron por sus características perecederas, la difícil colocación en el mercado mundial y la falta de vías de comunicación y de salida expedita al mar.

El tabaco, empero, permitió una relativa aunque corta estabilidad. Se explotó, debido a la situación regional, a través de pequeños cosecheros articulados al hacendado y no en grandes plantaciones. Procesado en los pueblos, abrió además una fuente de trabajo importante para las familias pobres, especialmente las encabezadas por mujeres. Todos los niveles sociales sintieron los efectos del éxito o fracaso del producto, con lo cual las expectativas de la región se dirigieron a la apertura de vías que permitieran el acceso al mercado internacional. Las esperanzas se cifraron inicialmente en el camino a Buenaventura, y a fines del siglo en la construcción del ferrocarril.

OTRA ÓPTICA

En su afán por la figuración que se había granjeado en la política nacional en la primera mitad del siglo XIX, la aristocracia de Popayán poco se preocupó por el desarrollo económico de la ciudad y de la subregión. Se contentó con mantener las relaciones económicas y sociales preexistentes.

Al finalizar el siglo XIX, cuando su liderazgo nacional es sustituido por Antioquia y Cundinamarca, Popayán y la subregión se percatan de que sus estructuras económicas y sociales se han inmovilizado de tal manera que no pueden enfrentar el proyecto que ya sugiere el Valle del Cauca, centrado en las ciudades de Buga, Tuluá, Palmira, Santander y Cali.

Una de las respuestas del sur a los proyectos del norte, fue la vinculación de sus gentes como trabajadores del ferrocarril. Los obreros se establecieron provisionalmente y finalmente se dedicaron a la producción agrícola sobre la Cordillera Occidental. Así, la misma empresa del ferrocarril fundó, con trabajadores nariñenses en 1913, *La Cumbre*.

COLONIZACIÓN EN ESPACIOS TÍMIDAMENTE OCUPADOS

A pesar de la escasa preocupación del Estado del Cauca por ejercer territorialidad en sus propias fronteras, en el norte del Valle, hacia la Cordillera Central,

desde el siglo XVIII y con centro en Cartago, se habían realizado esfuerzos tendientes a colonizar la ladera.

Sin proponérselo, las autoridades coloniales de fines del siglo XVIII, en su afán por implementar el comercio, pusieron uno de los elementos germinales de la colonización de la Cordillera Central en los términos de Cartago. Recordemos que para la apertura del camino del Quindío se dieron incentivos a los sectores populares de Anserma, Toro y Cartago, para que contribuyeran a su restablecimiento. Además, se fomentó el establecimiento de tambos, posadas y fondas, a lo largo de la ruta.

De igual manera, aunque sin tanta promoción, se actuó frente a la ruta que, atravesando el páramo del Ruiz, llegaba hasta Mariquita. Se pensaba entonces en facilitar la ruta al viajero y no en un proceso de poblamiento. Sin embargo, estas fondas y posadas serían el origen de los primeros intentos de colonización de la región, los que curiosamente no se originaron en Antioquia, sino en el propio Cartago.

En 1791 Don Sebastián de Marisancena obtuvo territorios en la vía del Quindío, en el sitio de Furatena, donde fundó un pueblo que denominó La Balsa. Hoy, este pueblo es el municipio de Alcalá. En 1789 el Señor Pereira litigaba por los impuestos de peaje en el camino, que pasando por Ansermanuevo y el pueblo de Cerritos se dirigía al Ruiz. En ambos casos se estaban estableciendo pequeños nuevos poblados, que sólo empezarían un desarrollo efectivo en el siglo XIX.

La presión económica y demográfica que se crea en Antioquia desde el siglo XVII encuentra ahora su solución en la ampliación de la frontera agrícola hacia el sur.

La ruta de colonización hacia el sur, seguida por los colonos pobres, parte en 1766 con la iniciación de la apertura del camino por la montaña de Sonsón para salir a Mariquita y seguir a Santafé; detrás de esta huella, campesinos pobres de Arma, Rionegro y Marinilla, penetraron las montañas abriendo la trocha, primero hacia la región cálida bañada por el río Arma y el camino de Supía, y más tarde a las tierras frías que les eran conocidas; dos años después optaron por fundar una colonia pidiendo tierras al gobernador y, aunque conocían los títulos de Villegas, alegaban que no estaban explotadas conforme a la nueva política de tierras.

Las autoridades de Cartago dando curso a una ordenanza de la Cámara Provincial del Cauca en 1848, contribuyeron a la fundación, organización y consolidación de la aldea de María, hoy Villamaría, entre los ríos Chinchiná y Campoalegre, a pesar de la fuerte oposición de ciudades del interior como Buga y Palmira.

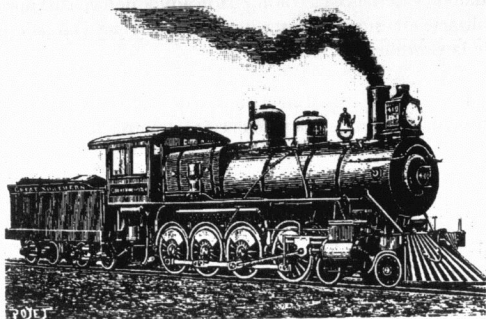
Efectivamente, la colonización antioqueña venía cubriendo territorios legalmente baldíos, pero que en alguna forma se encontraban escasamente poblados, sin título alguno, por caucanos.

Este proceso iría tomando cada vez mayor fuerza y transformándose en sucesivas oleadas de colonos que se dirigían al sur de Antioquia, y por tanto al norte del Cauca cuyo primer municipio era Cartago que hasta entonces había sido conocido como la montaña del Quindío.

Esta dinámica colonizadora así planteada, llevó la corriente migratoria hasta Manizales, al mismo tiempo que avanzaba hasta la región minera de Marmato, Supía, Ríosucio y Anserma; luego envolvió el Valle del Risaralda y se dirigió al Quindío, para cobijar más tarde la zona del nordeste.

Es dentro de este proceso que en el siglo XIX surgen múltiples ciudades dentro de los límites de la ciudad de Cartago de entonces. Manizales, Pereira, Armenia y todos los municipios comprendidos hoy por los departamentos del Quindío, Risaralda y Caldas desde el páramo del Ruiz hacia el occidente, se fundaron por entonces al calor de la municipalidad de Cartago; esto para no mencionar los municipios que hoy comprenden el norte del Valle.

Desplazamientos DE UN SIGLO



De Cartago a Palmira, del ferrocarril a las carreteras, de las laderas al valle. A la agroindustria. A Cali. Esos y otros cambios ha vivido la región en el siglo veinte.

Las grandes transformaciones regionales de la centuria que transcurre, guardan significados distintos en cada subregión. Nuevas poblaciones se crearon en el sur a lo largo de la construcción de la carretera panamericana: Mondomo, El Bordo, El Estrecho, y hacia ellas empezó a concurrir la producción de las zonas vecinas, generando una especie de cinta de comercialización y movilización de las gentes. Mientras, en el norte del Valle del Cauca, la multiplicidad de vías de comunicación (navegación fluvial, ferrocarril y carretera), las mutaciones de la unidad agrícola fundamental y los procesos de industrialización, produjeron masivos e intercalados movimientos de la población interior, y se convirtieron en un atractivo para las migraciones provenientes de varias regiones.

La navegación a vapor por el río Cauca es un intento de vincular el centro del Valle, específicamente Cali, con el centro del país a través de Cartago. Con ello

se logró también conectar y fortalecer una serie de poblaciones que adolecían de vías adecuadas para comunicarse entre sí, dada la existencia de ciénagas y meandros a lo largo del valle geográfico. Ellas atrajeron la producción de las cordilleras que ahora encontraban la posibilidad de circulación por los pueblos y ciudades del Valle. En este aspecto las ciudades más favorecidas fueron Buga, Bolívar, Roldanillo y Cartago. La colonización antioqueña tardía aprovechó esta vía para localizarse en estos puertos, y desde allí dirigirse a las laderas, especialmente las de la Cordillera Occidental.

Esa vía sirvió de paliativo regional en el tránsito del siglo XIX al XX; sin embargo, la esperanza seguía fincada en la vinculación al mercado mundial y en la vía férrea.

La construcción del ferrocarril fue lenta en el tramo de Buenaventura a Cali, como que se inició su construcción en 1871 y llegó a Cali en 1915. En cambio demoró sólo cinco años en el trayecto Cali-Cartago: la finalidad del ferrocarril en aquella época era sacar el café de Caldas y el Quindío hacia Buenaventura con lo cual Cartago quedaba en óptimas condiciones como lugar de necesaria confluencia de la mayor parte de producción cafetera del país. Así fue durante los primeros años.

EL POLO TAMBALEA

Pero esa bonanza tuvo una corta duración. En 1927 se produjo el gran despegue de Pereira, ciudad que emprendió una fuerte competencia por el monopolio del transporte y la penetración vial a los lugares de origen de la producción.

La expansión económica de Pereira reside en la facilidad de penetrar en otras regiones y de monopolizar sus mercados y sus productos agrícolas. Siendo cruce forzado de siete vías, vive en contacto con los abastecedores y los compradores. Es esta la red vial que asegura sus comunicaciones con el norte, el sur y el occidente de Caldas, con otros departamentos y con el exterior.

Con esta filosofía, Pereira incrementó el transporte de carga directo a Buenaventura por la carretera, y el tránsito de carga por ferrocarril a través de la vía Nacenderos - Armenia - Buenaventura, lo que disminuyó en mucho las posibilidades de Cartago.

Como si esto fuera poco, en 1944 se inició una campaña tendiente a favorecer la construcción de una variante carreteable Buga - Buenaventura que pretendía canalizar por allí todo el tráfico de carga señalando las mejores condiciones de

precio y rapidez que ofrecería esta vía. Ella favorecería a Buenaventura en desmedro de la vía carretable por Cali y la vía férrea desde Cartago. Se argumentaba con cifras como la siguiente: El flete férreo de Manizales a Cartago más los costos de carga y descarga en puertos internos y terminales por tonelada de café era de \$27.84; mientras que con los mismos items pero utilizando la variante carretable Buga-Buenaventura sería de \$24.41 con una diferencia favorable a la variante de \$3.43.

Las carreteras, y los caminos de herradura, eran los complementos indispensables del ferrocarril cuando buscaban confluir a este último, pero cuando se construyeron paralelas a él fueron sus más graves competidoras. Cartago entendió que sus esfuerzos debían dirigirse a la construcción de carreteras que vincularan las poblaciones de sus entorno con la estación ferroviaria, y en este empeño ha puesto algunos esfuerzos en lo que va corrido del siglo.

VIENEN BAJANDO

El proceso hizo de las estaciones del ferrocarril, un polo de atracción para la población de las laderas, la cual las ubicó como el lugar de comercialización de sus productos: construyó zonas mercantiles a su alrededor y a la vez provocó con ello el desplazamiento del crecimiento urbano hacia las estaciones.

Algo similar se ha dado primero con la construcción de la carretera panamericana y, luego, de manera más notoria, con la de las variantes que pretendían bordear los pueblos, pero cuyo efecto ha sido llevar el perímetro urbano hasta ella e incluso, sobrepasarla. Ejemplos típicos para el caso del ferrocarril son Cerritos, Bugalagrande, Zarzal y Cartago; y para las variantes, Palmira, Buga, Tuluá y Cartago. Claro que al tiempo otras poblaciones han perdido toda la dinámica comercial que les daba la carretera. Ha sucedido con La Victoria, San Pedro y, últimamente, con Guacarí.

SE VUELCA LA MIRADA

El desplazamiento urbano no fue el único efecto de las vías de comunicación. El ferrocarril —cuyo objetivo de vincular la producción del Valle con el mercado exterior impulsó la transformación de las haciendas— fue dando claridad en la búsqueda y hallazgo de un producto punta para la exportación.

Los nexos con el capital extranjero para la explotación de tabaco, quina y café, corrieron paralelos a un cambio en las haciendas. Ellas, aunque mantuvieron su

condición esencialmente ganadera y un área para la producción de pan coger, ensayaron productos que pudieran tener aceptación en el mercado mundial. El contacto con los extranjeros, el conocimiento de las condiciones comerciales de los productos agrícolas y de producir para el mercado exterior, hicieron aglutinar miembros de una familia, parientes y, en algunos casos, amigos para constituir compañías para la producción y comercialización.

Con la dinámica interna de las compañías se fue ampliando el área de las haciendas en detrimento de las pequeñas propiedades y de posesiones campesinas, y se aprovechó entonces la fuerza de trabajo disponible para desecar las ciénagas a través del cultivo del arroz. Posteriormente con la ganadería quedó la tierra lista para la producción potencial de cultivos altamente comerciados y exportables. Las relaciones de trabajo fueron cada vez más salariales. Las compañías entraban al tránsito de empresas agrocomerciales a empresas agroindustriales.

MODERNIZACIÓN Y DESARROLLO DEL CENTRO A LA PERIFERIA

Hacia los años treinta, esas compañías y su experiencia exportadora iban perfilando al azúcar como el producto de punta definitivo para la economía del Valle del Cauca. Las antiguas haciendas empezaron entonces a transformarse en ingenios.

El azúcar no permite mantener el régimen de aparceros ni agregados. Antes, cuando los productos eran el café, el tabaco, incluso el arroz, existía una cierta distribución de pequeños espacios dentro de la hacienda, en los que existía una casa donde vivía un agregado que, con su familia, cuidaba un determinado territorio. El cultivo de la caña de azúcar impone la siembra de grandes extensiones distribuidas por fuertes, y éstas no permiten que en medio de ellas exista una casita con unas matas de plátano, unas cuantas de yuca y unas gallinas. La progresiva mecanización de la nivelación de tierras, la siembra y la recolección de la caña, obligaron a que los ingenios desplazaran la fuerza de trabajo que habitaba dentro de los cultivos, buscando mantener a sus trabajadores dependientes de la empresa.

Hacia los años cincuenta se inició un proceso en el que varios ingenios, Manuelita primero y luego Riopaila, escogieron un terreno generalmente a la orilla de la carretera, y lo urbanizaron en pequeños lotes que los entregaron a crédito a los trabajadores para la construcción de sus viviendas. Surgieron entonces pequeños poblados como Amaime y La Paila; allí el trabajador empezó a ser completamente extraño a la explotación agrícola, como unidad social, al tiempo que se convierte en un ser plenamente asalariado.

La vinculación de los trabajadores de campo a los nuevos poblados, de sus obreros de industria y empleados a las ciudades vecinas, y la estrecha relación entre éstas y el ingenio, hicieron florecer un sector de servicios para el ingenio y las actividades concomitantes, generando nuevas fuentes de trabajo, especialmente en la mecánica, los transportes y el comercio.

El desarrollo urbano, el aglutinamiento de la población y la apertura de otros productos industrializables para el mercado nacional y externo, fundamentalmente las oleaginosas, obligaron a una industrialización más fuerte en el centro económico de la región de Cali, y a una cierta especialización de las ciudades.

Mientras el eje Cali-Yumbo dedicó todos sus esfuerzos a la implantación de la gran industria, Tuluá desarrolló un comercio que absorbe prácticamente toda la circulación de mercancía en el norte del Valle; Buga se transformó en el centro de la producción algodonera, arrocerá y oleaginosa, con sus respectivas industrias y Palmira llegó a ser el centro de la producción azucarera y de metalmecánica.

Al tiempo que esto sucedía en la parte plana, en las faldas de la Cordillera, grupos de migrantes, en su mayoría antioqueños y caldenses, habían logrado consolidar la ocupación de territorios y su explotación, inicialmente variada y, finalmente, ligada al cultivo del café. En esa dinámica se erigieron como municipios Alcalá, Ansermanuevo, Argelia, Caicedonia, Calima-Darién, El Aguila, El Cairo, El Dovio, Restrepo, Trujillo, Sevilla, Ulloa y Versalles.

Esos municipios florecieron hasta el período de la Violencia, entre 1948-1965, cuando los enfrentamientos partidistas provocaron la migración de una buena porción de la población –nuevamente de antioqueños, caldenses y tolimenses– hacia las grandes ciudades: Cartago, Tuluá, Buga, Palmira y, especialmente Cali; atraída además por el proceso industrializador y las nuevas relaciones de trabajo asalariado. Este fenómeno transforma la región de predominantemente rural en predominantemente urbana.

MIGRACIONES Y MARGINALIDAD

En el caso específico de Cali, su desarrollo y distribución urbana puede plantearse en tres momentos:

En la década de los cincuenta, se produjo el establecimiento de las primeras industrias en los barrios periféricos de entonces, como es el caso de San Nicolás con la industria Croydon; al mismo tiempo se produjo un amplio desarrollo

comercial en el centro. Todo ello provocó el desplazamiento de las antiguas familias hacia nuevos espacios, de tal manera que las familias de La Merced y Santa Rosa, tendieron a ubicarse al norte en los nuevos barrios de Granada y Versales, mientras las de Santa Rosa y San Nicolás, se desplazaron hacia San Fernando en el sur, dejando al centro para actividades comerciales y administrativas.

El segundo momento corresponde a los años sesenta. Es entonces cuando se fortalecen el eje Cali-Yumbo y la gran industria en este sector; la población inmigrante proveniente en su mayor parte de la costa pacífica, Nariño, Cauca y las cordilleras del Valle, empieza pues a ubicarse en el sector oriental en barrios de invasión.

Finalmente, hacia los años setenta y ochenta se fortalece el proceso de inmigración. Las gentes son atraídas por la actividad industrial y comercial. Aparece un cordón delimitador constituido por una cadena de multifamiliares para estratos medios a lo largo de la avenida Pasoancho, que sirve de frontera entre dos formas de ocupación u espacio urbano, producto social de una economía que se sustenta en procesos de marginalización.

En correspondencia con esa situación, el suroccidente colombiano presenta en Cali y en el centro del Valle un núcleo de alto desarrollo capitalista que se va diluyendo hacia la periferia, de la cual se nutre y a cuyas zonas más apartadas aún mantienen en completa marginalidad.

DISTRIBUCIÓN DE LA POBLACIÓN 1985 - 1993

REGION	POBL URBANA		POBL RURAL		POBL TOTAL	
	1985	1993	1985	1993	1985	1993
Valle	2'474.884	3'133.470	552.363	602.620	3'027.247	3'736.090
Cauca	297.140	391.934	560.611	735.744	857.751	1'127.678
Nariño	428.686	564.578	656.487	849.093	1'085.173	1'443.671

BIBLIOGRAFIA

Colmenares, Germán. Castas, patrones de poblamientos y conflictos sociales en las provincias del Cauca 1780-1830. En: *La Independencia, ensayos de Historia Social*, Procultura, Bogotá, 1986.

Guhl, Ernesto. *Colombia, bosquejo de su geografía tropical*, Vol. 2, Colcultura, Bogotá, 1978.

Mejía, Eduardo. *Origen del campesinado en el Valle del Cauca*, tesis magister en Historia Andina, Universidad del Valle, Cali, 1990.

Romero, Mario Diego. *El poblamiento negro en la costa centrosur del Pacífico colombiano, siglo XVIII*, Universidad del Valle, Cali, 1990.

Romoli, Kathleen. Nomenclatura y población indígena de la antigua jurisdicción de Cali a mediados del Siglo XVI. En: *Revista Colombiana de Antropología*, Vol. XVI, Bogotá, 1974.

Valencia Llano, Alonso y Zuluaga, Francisco. *Historia regional del Valle del Cauca*, Universidad del Valle, Ed. Facultad de Humanidades, 1993.

Zuluaga, Francisco. *Guerrilla y sociedad en el Valle del Patía. Una relación entre clientelismo político y la insurgencia social*, Universidad del Valle, Coicencias, Cali, 1987.

1990-1991

1990-1991

1990-1991

1990-1991

1990-1991

1990-1991

1990-1991

1990-1991

1990-1991

1990-1991

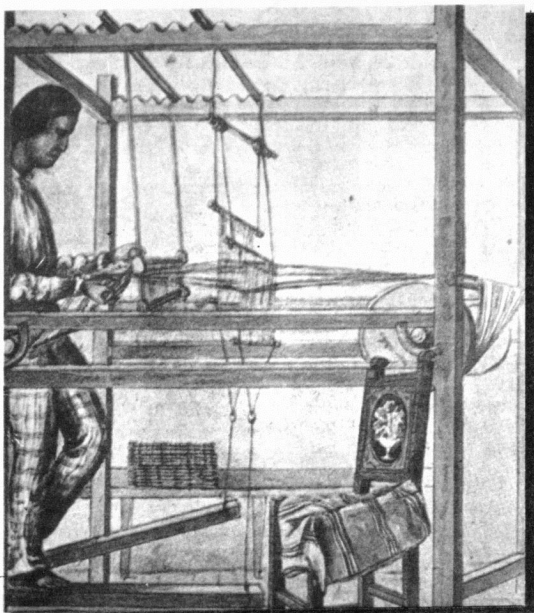
1990-1991

1990-1991

1990-1991

Artífices y artificios seculares

Se estudia la economía colonial y su papel en la consolidación de la economía agraria y minería en la Gobernación de Popayán. Sus períodos de crisis y el surgimiento de una economía campesina que sirve de soporte a la vinculación caucana en la economía colonial, mediante la exportación de productos de extradiación durante el siglo XIX. La agroindustria definirá el perfil de la región durante el siglo XX.

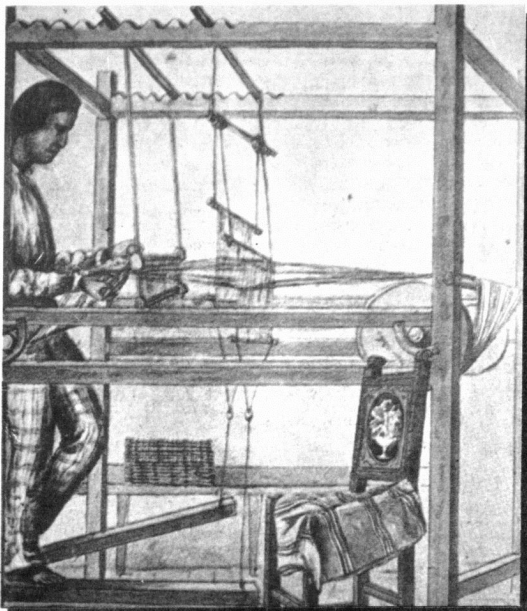


Tejedor de ruanas de Cali. Acuarela de M.M. Paz. Siglo XIX, B.N., Bogotá.

Alonso Valencia Llano: Profesor titular Universidad del Valle, Centro de Investigaciones Históricas del Suroccidente. **Jaime Eduardo Londoño:** Directivo Centro de Investigaciones Históricas del Suroccidente colombiano-región. **Edinson Granja Santibáñez:** Profesor asistente Universidad del Valle, Centro de Investigaciones Históricas del Suroccidente colombiano-región.

Artífices y artificios seculares

Se estudia la economía colonial y su papel en la consolidación de la economía agraria y minería en la Gobernación de Popayán. Sus períodos de crisis y el surgimiento de una economía campesina que sirve de soporte a la vinculación caucana en la economía colonial, mediante la exportación de productos de extradición durante el siglo XIX. La agroindustria definirá el perfil de la región durante el siglo XX.



Tejedor de ruanas de Cali. Acuarela de M.M. Paz. Siglo XIX, B.N., Bogotá.

Alonso Valencia Llano: Profesor titular Universidad del Valle, Centro de Investigaciones Históricas del Suroccidente. **Jaime Eduardo Londoño:** Directivo Centro de Investigaciones Históricas del Suroccidente colombiano-región. **Edinson Granja Santibáñez:** Profesor asistente Universidad del Valle, Centro de Investigaciones Históricas del Suroccidente colombiano-región.

Ciudades de la gobernación de Popayán Siglo XVI



En la Gobernación de Popayán UNA ECONOMÍA EN CONVULSIÓN



La especialización de subregiones y el desenlace de la mano de obra, marcaron la suerte de la región en los siglos coloniales.

Los repartos de indios y de tierras —las encomiendas— entre los conquistadores, originaron una economía diferente a la indígena y dieron paso a la consolidación de las ciudades: es el tránsito de la *sociedad de conquista* a la *sociedad colonial*. Los encomenderos vivirían ahora del tributo y con la mano de obra necesaria para las mercedes de tierra y las minas.

En Cali las encomiendas se situaron en la Cordillera Occidental, donde vivían los indígenas que sobrevivieron a la conquista: yanaconas, yumbo, los de Arro-yohondo y Roldanillo —ocupaban los valles interandinos cercanos al Cauca— y los de Vijes, los imbanacos, piles, chamuyes, lilíes, jamundíes, gorriones —que se encontraban en las cordilleras. Estos indios se dedicaban principalmente al oficio de tamemes (cargueros), fuente de grandes ganancias para los encomenderos.

En Cartago y Anserma ocurría algo diferente. Los indígenas eran numerosos, pero con las rebeliones y la guerra que libraban contra los invasores impidieron

que los llevaran a las minas. Más al norte, en las villas de Caramanta y Arma, la ocupación española era mucho más precaria. Entretanto, la situación en los repartos de los altiplanos de Popayán y Pasto, variaba con respecto al resto de la Gobernación. Había más indios y no eran tan belicosos. En Pasto se organizaron en cuatro provincias: la de los pastos, de los abades, de los quillacingas y la de Sibundoy. La población indígena de Popayán era menos numerosa que la de Pasto y relativamente pacífica. Pero en las ciudades vecinas de Almaguer, San Sebastián de La Plata, Timaná y Neiva, los indios crearon una frontera militar desde la cual enfrentaban a los españoles.

FUENTE DE MANO DE OBRA

No obstante la resistencia, la economía colonial seguía su curso. Cali lograba el acceso al puerto de Buenaventura por donde ingresaban las mercancías para la Gobernación y los indios fueron cargueros en ese tráfico. Además un gran número de aborígenes fue sacado de su *natural* y pobló las tierras adjudicadas a sus encomenderos: un uso nuevo de la encomienda utilizada ahora como fuente de mano de obra rural.

En efecto, ante la crisis demográfica indígena y la consiguiente baja rentabilidad de las encomiendas vinculadas a la tributación en especie, los encomenderos modificaron el rol de abastecedores de alimentos de los indígenas y tomaron ellos mismos el control del proceso productivo.

Esa modalidad de encomienda fue una experiencia importante en algunas conquistas tardías. La de Buga, por ejemplo: la provincia permanecía como una frontera que impedía la ocupación del valle. Hasta 1550 la región se encontraba dominada sólo en la banda occidental, la más angosta —con la ciudad de Cali— y en su extremo norte con Cartago que se localizaba donde es hoy la ciudad de Pereira; algo similar ocurría con Anserma situada en la Cordillera Occidental en el actual departamento de Caldas. Por tanto, todo el territorio de la banda oriental del río Cauca —la *Otra Banda* vista desde Cali—, permanecía como una frontera militar ocupada por indios pijaos, putimaes, paeces, chinchés, capacaríes, augíes, anaponimas y los bugas, conocidos más tarde con los nombres genéricos de bugas y pijaos.

Algunos vecinos de Cartago, capitaneados por Giraldo Gil de Estupiñán, fundaron en 1555 a Jerez de la Frontera, quemada por los indios. Fue entonces cuando, en 1559, Rodrigo Díez de Fuenmayor fundó la ciudad de Buga en la parte alta de la Cordillera, trasladada a su sitio actual en 1569. Las encomiendas de Buga no

siguieron, pues, el mismo proceso que las de Cali que pasaron del régimen de tributos en especie al de servicios personales. Los conquistadores de la Otra Banda, adscribieron sus indios a las tierras en un régimen de prestación personal, lo que los convirtió en mano de obra en las tierras de sus encomenderos. A ese proceso coadyuvó el hecho de que los indios pijaos y putimaes mantuvieron una guerra permanente contra los españoles y los indios sometidos, con lo cual éstos últimos sólo tuvieron seguridad habitando las estancias de sus encomenderos.

MERCEDES DE TIERRA

La explotación de los territorios se hizo a través de mercedes de tierra otorgadas por Belalcázar en la década del 40. Se situaron en Yumbo, Ocache, Mulahalá y Vijes y algunos vecinos intentaron crear allí estancias de ganados —principalmente vacunos y caprinos— sin mucho éxito; encontraron obstáculos en la escasez de agua y en los constantes ataques de los indios gorriones.

El resto de los territorios de Cali permanecía desocupado: los de la Otra Banda por ser una frontera militar y los de *La Montaña* por corresponder a territorio de comunidades indígenas; además, el número de españoles no era tan grande frente a la enorme disponibilidad de tierras.

En 1568 algunos vecinos de Cali lograron que el cabildo de la ciudad les adjudicara mercedes de tierra de una legua cuadrada en el sitio conocido como Llanogrande, hoy Palmira. Las solicitudes se hicieron considerando los éxitos obtenidos con la fundación de Buga. Poco después hubo otros propietarios con vecindades en Cali y Buga con tierras otorgadas en compensación por sus servicios en la conquista de esta última ciudad.

La adjudicación en los altiplanos ha sido poco estudiada. Se sabe que en Popayán, desde épocas muy tempranas del siglo XVI, se crearon estancias trabajadas con mano de obra indígena, en las que se aclimataron con gran éxito cereales europeos y especies ganaderas y caballares. En Pasto, los españoles desalojaron las comunidades indígenas situadas cerca a la ciudad y cultivaron trigo y cebada en lotes cuya extensión oscilaba entre una y quince cuadras. Las fértiles tierras de estas dos ciudades estuvieron siempre dedicadas a la agricultura.

Acerca del reparto de tierras en Cartago y Anserma también hay pocos datos. La zona, con una abundante producción aurífera, no parece seguir un proceso similar al de Cali, Buga, Popayán o Pasto donde las explotaciones agropecuarias se impusieron como medio de desarrollo económico. Se sabe que luego de la funda-

ción de ambas ciudades, Jorge Robledo repartió tierras para estancias y que se hicieron algunos intentos por establecer otras de ganados mayores sin resultados aparentes. Las ciudades entonces tuvieron que vivir a expensas de las comunidades indígenas y de los suministros que llegaban de Cali y Buga.

PECUALIARIDAD AGROPECUARIA

Unido al proceso de acaparamiento de las tierras, marchó pues, en el valle del Cauca, el de la conversión de los indios en mano de obra. Ahí surgieron *las estancias*, de la transformación de la frontera militar en frontera agraria. En ellas se aprovechaba el latifundio de frontera mediante la explotación rústica de ganado cimarrón, de yegüerizos dedicados principalmente a la obtención de mulas, de piaras de cerdos semisalvajes y, en contados sitios, de la explotación de caprinos que consumían las gramíneas nativas. En relación con especies vegetales, los estancieros explotaron en primer lugar la caña de azúcar para la obtención de mieles y la destilación de aguardiente; también cultivaron el maíz. Pero la mayor transformación fue el control de la producción en manos de los europeos.

En los altiplanos, Popayán y Pasto, el asunto fue un poco diferente. Los indios se mantuvieron por mucho tiempo adscritos al pago de tributos en especie, a pesar de que algunos encomenderos construyeron estancias para el cultivo de cereales europeos en lotes de *pan sembrar*.

Al calor de las estancias se establecieron circuitos comerciales importantes tanto con los distritos mineros de la Gobernación como con el exterior. El principal producto agrícola fue la miel, exportada a lugares distantes como Panamá; también las especies animales fueron de gran rendimiento económico: los mercados de carne cecina —salada— eran los distritos mineros, y, ocasionalmente, algunas manadas de animales eran llevadas a Ibarra, Quito, Antioquia y los valles de Neiva. Las regiones mineras constituyeron también mercado para los equinos, principalmente el mular, utilizado para el transporte de mercancías por los frágosos caminos de las vertientes andinas.

DISTRITOS MINEROS

Una tendencia a la especialización económica vivió desde el siglo XVI la Gobernación de Popayán: economía agropecuaria en el valle y los altiplanos del sur, y extracción de oro en minas de veta y aluvión en las ciudades situadas al norte —como Anserma, Cartago. Se pudo establecer así una economía complementaria que permitió crear circuitos comerciales dinamizadores de la economía regional.

Las fronteras agrarias y mineras se fueron ampliando sucesivamente. Las minas de Anserma, descubiertas en 1540, se convirtieron, junto con las de Cartago y Arma, en las más productivas aun con las frecuentes rebeliones de aborígenes durante los siglos XVI y XVII. La permanente ampliación de la frontera condujo a la fundación de Toro en 1573, en territorio chocono. La nueva ciudad no se pudo sostener ante la belicosidad indígena y se trasladó al sitio actual en 1587. Empero, la primera fundación mostró la abundancia del oro allí existente, y la necesidad de conquistar el Chocó, territorio ocupado tan sólo desde finales del siglo XVII.

La extracción de oro influyó en la forma en que se evaluaron los tributos indígenas. El visitador Tomás López, por ejemplo, permitió que, aunque tasaran en especie, pagaran en oro, buscando abolir los servicios personales. Sin embargo, habida cuenta de la necesidad de mano de obra para la producción aurífera, se impuso finalmente el tributo en *indios de minas*. En la ciudad de Cali se encontraron, en 1560, 320 indios en las minas, cuya producción permitió que se estableciera allí una Casa de Fundición.

En Cartago y Anserma la tasación de tributos en servicios personales en las minas fue más expresa: se señalaron 610 y 615 indios, respectivamente, número que se incrementó en ambas ciudades por estar situadas en el distrito minero más importante de la Gobernación: en Cartago se abrió otra casa de fundición.

DESANGRE Y PALIATIVOS

La extinción de la población aborigen en el Valle y en los distritos mineros del norte, fue uno de los problemas del desarrollo de la economía en la gobernación de Popayán. La crisis tiene diferentes causas: se mencionan el ataque continuo, de las comunidades no sometidas, a las estancias, el arrasamiento de los indios sublevados, las formas de explotación y la falta de defensas orgánicas contra enfermedades desconocidas. Los principales argumentos de los españoles eran las guerras intertribales —con el canibalismo como explicación de fondo— y las epidemias.

El visitador García de Valverde expuso sin embargo una opinión contraria en 1564: denunció ante la Corte que la causa de la mortalidad indígena era el trabajo para los españoles.

Aunque los datos no son absolutamente seguros, presentan la profundidad de la crisis en el período comprendido entre 1559 y 1582. En Pasto, de los 23 mil 634

indios que tasó López quedaban 8 mil; en Popayán había 4 mil 500 de 8 mil 659; en Cali de 30 mil sobrevivían 2 mil. La situación fue mucho más dramática en los distritos mineros: de 20 mil familias existentes en Cartago en 1540, se contaban 1500 para 1582; y en Anserma durante el mismo período las familias se redujeron de 40 mil a 800.

La solución al problema de la mano de obra estaba en la incorporación de los habitantes de las zonas de frontera, empresa bastante difícil por la fuerte resistencia indígena que duró en algunos sitios del valle hasta bien entrado el siglo XVII.

El paliativo consistió ahora —fines del siglo XVI— en vincular a la población flotante de indios y mestizos mediante conciertos. Conocidos como *forasteros*, unos y otros llegaban de sitios como el Nuevo Reino, Pasto o Antioquia y fueron atraídos a través del adelanto de salarios en dinero, en ropa y alimentos; eran obligados a trabajar por contrato cuyo cumplimiento vigilaban las autoridades. Su presencia fue importante. Empero, el desarrollo de la Gobernación exigía mayor cantidad de trabajo y resistencia superior frente a las duras condiciones laborales del siglo XVI. Los esclavos negros fueron el remedio. Su rendimiento era comprobado, así que la necesidad de introducirlos se hizo más patente a raíz de las prohibiciones acerca del servicio personal indígena en las minas.

Las soluciones parciales coincidieron con la disminución de la producción aurífera. Todos los sectores económicos complementarios se vieron afectados por ella, particularmente al agropecuario del Valle cuyos mercados más importantes se cerraron. Los vecinos entonces exigieron que el Estado colonial enfrentara la crisis mediante la importación masiva de esclavos que serían vendidos a los mineros con ciertas facilidades para el pago. Hubo pues préstamos para financiar la compra de negros y licencias para su importación: Fray Jerónimo de Escobar encontró en Anserma, en 1580, mil negros esclavos, número que continuó creciendo a lo largo de los siglos XVII y XVIII. La esclavitud se convirtió en la relación de trabajo característica del Valle del Cauca y de los distritos mineros de la Gobernación.

Crisis demográfica, aislamiento geográfico, rebeliones indígenas, agotamiento del primer ciclo minero, degeneramiento físico de las especies animales, todo ello llevó a que desde finales del siglo XVI se sintiera un desgaste económico que habría de afectar la región durante buena parte del siglo XVII y del que sólo se recuperaría en el siglo XVIII con la consolidación de la economía hacendaria y minera.

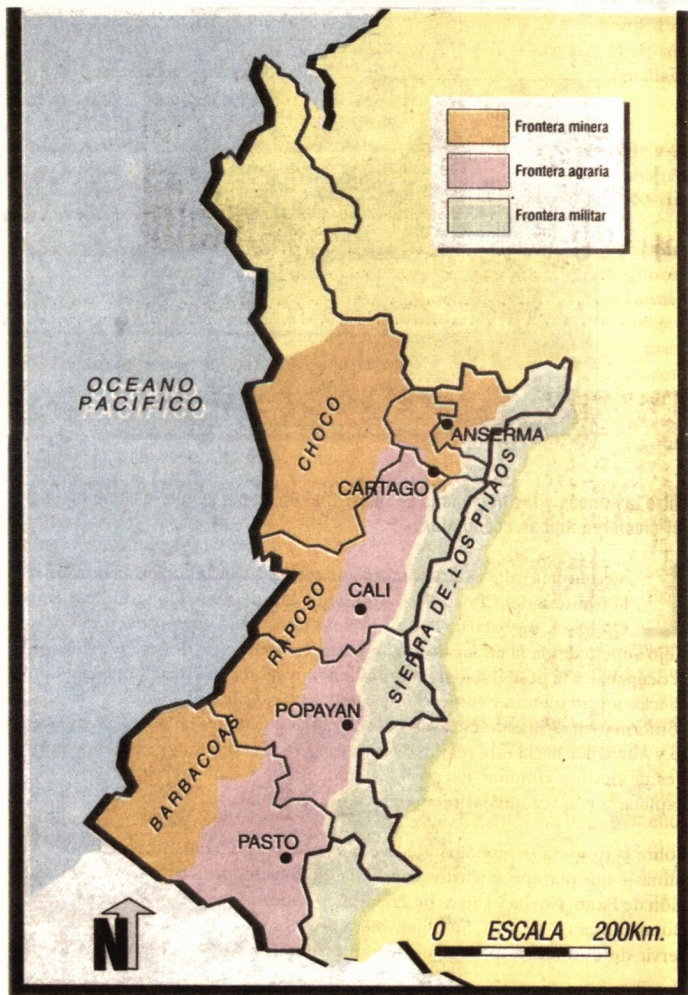
Siglo XVIII EN RECUPERACIÓN



Entre las minas y las haciendas se desarrolló un apoyo mutuo, y como en espiral crecieron ambas economías.

La economía minera se revitalizó a partir de 1680 con la incorporación de la frontera del Chocó —comprendida en una franja longitudinal entre Quibdó y Barbacoas. Por su riqueza aurífera, su incorporación era un viejo anhelo desde la época de la conquista. La reducción de los indígenas que la ocupaban y la posibilidad de evadir los controles fiscales de la Corona, impulsó a los terratenientes y comerciantes de Popayán, Cali, Buga, Toro, y Cartago a conformar cuadrillas de esclavos y desplazar las existentes en las minas de Caloto y Almaguer hacia esta región. El objetivo era monopolizar grandes extensiones de tierra y eliminar los posibles competidores, obteniendo reservas para explotarla una vez que las vetas y aluviones se agotaban.

Sobre la frontera se asentaban los *reales de minas* —poblamientos aledaños a las minas— que pertenecían a diversas ciudades del interior: Barbacoas era jurisdicción de Pasto, Nóvita y Citará de Popayán, y Raposo —conformado por Dagua y Buenaventura— de Cali. Su objetivo era proveer de alimentos a las cuadrillas y servir de dormitorio para sus integrantes. Estaban compuestos por viviendas



para los esclavos, la casa del minero, iglesia, fragua, sitios de almacenamiento y, en algunas ocasiones, cultivos de plátano y maíz. Regularmente estas construcciones eran transitorias: la apertura de nuevos cortes y la búsqueda de depósitos mayores obligaban a su traslado.

Entre cinco y quinientos esclavos conformaban las cuadrillas —las del Chocó y las del interior. El número dependía de la capacidad económica del propietario quien se denominaba a sí mismo *señor de minas y de cuadrillas de esclavos*, título que le garantizaba privilegios económicos y sociales.

Las explotaciones de los yacimientos mineros generaron un mercado de esclavos —procedente de Cartagena— en el Chocó (Novitá y Tadó), en Popayán y en menor escala en Cali y Buga. Los negros eran destinados a engrosar las cuadrillas de los reales de minas y, en menor medida, al trabajo en las haciendas. La trata estuvo controlada por comerciantes de Cartagena, Mompox, Honda, Santafé y algunos vecinos de Popayán, que actuaban individualmente, o en representación de compradores de otros sitios del virreinato o del extranjero.

El auge de la minería originó un segundo ciclo de oro en el virreinato de la Nueva Granada, consolidando a la hacienda en calidad de unidad económica complementaria de las explotaciones auríferas. Las cifras de producción de oro en la Gobernación comprueban un aumento durante buena parte del siglo XVIII. El crecimiento promedio anual del 2%, influye en el desarrollo de la economía, especialmente en el sector agropecuario.

La recuperación minera venía operándose desde mediados del siglo XVII. En 1680 se quintuplicó la producción con la incorporación de los nuevos yacimientos. El crecimiento continuó hasta la década 1740-1750, disminuyendo con cierta estabilidad hasta 1770. A partir de este año, se incrementa de nuevo hasta lograr niveles muy altos en el último decenio de la centuria.

EN MOVIMIENTO

La lenta formación de las haciendas se intensificó en la centuria del XVIII: el auge de la minería las transformó en unidades productivas proveedoras de carne de res y de cerdo, miel, azúcar y otros productos alimenticios para las zonas mineras y las ciudades.

A partir de la segunda mitad del siglo XVII, las estancias y los grandes latifundios de frontera se descompusieron por efectos de las sucesiones patrimoniales, la crisis

económica y la puja permanente de mineros y comerciantes por comprar terrenos para destinarlos a la producción y obtener prestigio social. Mineros y comerciantes desplazaron con la compra de tierras a la vieja capa de terratenientes quienes, para evitar ser desalojados de su preeminencia social, establecieron alianzas matrimoniales con los nuevos poseedores y diversificaron sus actividades económicas hacia el comercio y las explotaciones auríferas. Surgió entonces un nuevo tipo de propietario que combinaba todas las actividades, y la diversificación permitió la transferencia de recursos derivados del comercio y la minería hacia la hacienda: los capitales fueron utilizados en su montaje y en mano de obra esclava proveniente del traslado de cuadrillas del Chocó hacia el interior.

NECESIDADES ESTIMULANTES

Con la conformación de la hacienda, el ganado dejó de ser cimarrón. Era controlado por medio de acequias para evitar el daño a los cultivos. La ganadería se especializó en la ceba de novillos destinados al abastecimiento de carne de las ciudades, y de las cuadrillas de esclavos de las minas, y en menor medida a la producción de leche para la fabricación de quesos. La producción ganadera, incentivada con la consolidación de los centros mineros, siguió un ciclo similar al del oro: una rápida expansión hasta mediados de siglo (1747-1751) y luego un estancamiento hasta 1780.

A su vez, la demanda de alimentos —motivada por la incorporación de los nuevos yacimientos mineros y el desplazamiento de las cuadrillas de esclavos hacia las haciendas— estimuló la actividad agrícola. Se intensificó la explotación de las áreas cultivadas, ampliadas con nuevos desmontes y roturaciones y hubo en ellas más utilización de bueyes. La extensión de los cultivos variaba de acuerdo al número de personas que debían alimentarse y a la importancia de la hacienda. Se cultivaron la caña de azúcar —cuyos sembrados ocupaban una fracción mínima de las tierras disponibles y que era utilizada en la elaboración de mieles y aguardiente—, el plátano y el maíz, productos complementarios de la dieta de los esclavos basada en carne, frijoles y arroz.

TRADICIÓN CAMPESINA

El trabajo esclavo había sido la forma dominante de la explotación de las haciendas. No obstante, desde principios de siglo existieron campesinos en áreas marginales interiores, en calidad de agregados o arrendatarios, quienes junto con blancos pobres, mulatos, montañeses, mestizos y libres —que habitaban en los eji-

dos de las ciudades, la vera de los caminos, los indivisos, las ciénagas y orillas de los ríos—, configuraron finalmente un campesinado dedicado al pastoreo de ovejas, cabras, cerdos y un pequeño número de vacunos, y al cultivo de especies de pan coger cuyos excedentes comercializaban en los mercados aldeaños.

La vinculación de los arrendatarios a las haciendas no contemplaba solamente una forma de trabajo: más bien una amplia gama de modalidades como el alquiler de potreros o parcelas a cosecheros —destinados al cultivo del tabaco— y, en algunos casos, permisos para dejar pastar algunas reses en su propiedad. Los habitantes de los ejidos también fueron considerados arrendatarios. Los terrenos donde habitaban eran otorgados por el cabildo local a vecinos sin tierra y a artesanos, quienes instalaban galpones y talleres en sus parcelas, cultivaban plátano, maíz y otras especies y criaban cerdos y vacunos.

Los habitantes de los indivisos adquirieron sus tierras por herencia o por compra. Lograron construir con trabajo familiar parcelas altamente productivas. Entretanto, los pobladores de las orillas de los ríos y ciénagas y de la vera de los caminos, eran propietarios sin título cuyas parcelas contaban, además del rancho o vivienda, con un platanal, árboles frutales, aves de corral y, en algunos casos, con una o dos reses; participaban también en el trabajo todos los miembros de la familia. Durante los primeros 50 años del siglo XVIII dedicaron parte de su tiempo a la cría de cerdos aportados por los grandes propietarios; posteriormente se independizaron de los hacendados criando sus propios marranos. Todos estos campesinos lograban excedentes que eran comercializados.

A lo largo del siglo el campesinado experimentó un amplio desarrollo demográfico. Los cabildos entonces dictaron medidas de control político, judicial e ideológico, disposiciones con un carácter ambiguo: por un lado, reconocen su existencia y por otro lo reprimen, suscitándose fuertes conflictos. El resultado fue su incorporación en calidad de mano de obra cautiva a las haciendas en forma de arrendatarios, agregados o terrazgueros, hasta convertirlo en la mayor fuerza laboral del siglo XIX.

La segunda mitad del siglo XVIII marca el inicio de la crisis del sistema esclavista.

Estado Soberano del Cauca TRE GUERRAS



El Cauca soportó durante el siglo XIX, una serie de trastornos civiles que afectaron su desarrollo económico.

Sí. Era el más extenso de los Estados que conformaron los Estados Unidos de Colombia. 666 mil 800 km². Sin embargo, sólo estuvieron ocupados 63 mil por una población que no alcanzaba el medio millón de habitantes y que se encontraba concentrada en unas pocas ciudades del Valle del Cauca y de los altiplanos de Pasto y Popayán. Fue el producto de un siglo trastornado.

Pero no hubo únicamente problemas políticos o de baja población. Lo más grave era que hasta 1860 el Cauca se encontraba incomunicado. Las rutas eran prácticamente las mismas de la época colonial.

Un camino entrelazaba las poblaciones del Sur (Pasto, Ipiales) con Popayán y Santander, en donde se bifurcaba, avanzando un ramal por el valle del Cauca hasta Candelaria y Palmira, continuando hacia las demás poblaciones del norte (Bugá, Tuluá, Cartago) hasta unirse con el camino del Quindío que conducía a los vecinos Estados de Tolima y Cundinamarca; el otro, el de Occidente, llegaba a

Cali avanzando por el piedemonte de la Cordillera Occidental, comunicando con Roldanillo, Toro, Anserma y Cartago, para continuar por el distrito minero de Supía y Marmato hasta llegar Antioquia. Desde Túquerres salía una trocha hasta Barbacoas y de allí se podía ir por río hasta Tumaco. De Popayán salía otra que comunicaba con el Tolima por Guanacas, y desde Cali el camino de Buenaventura llevaba al mar Pacífico.

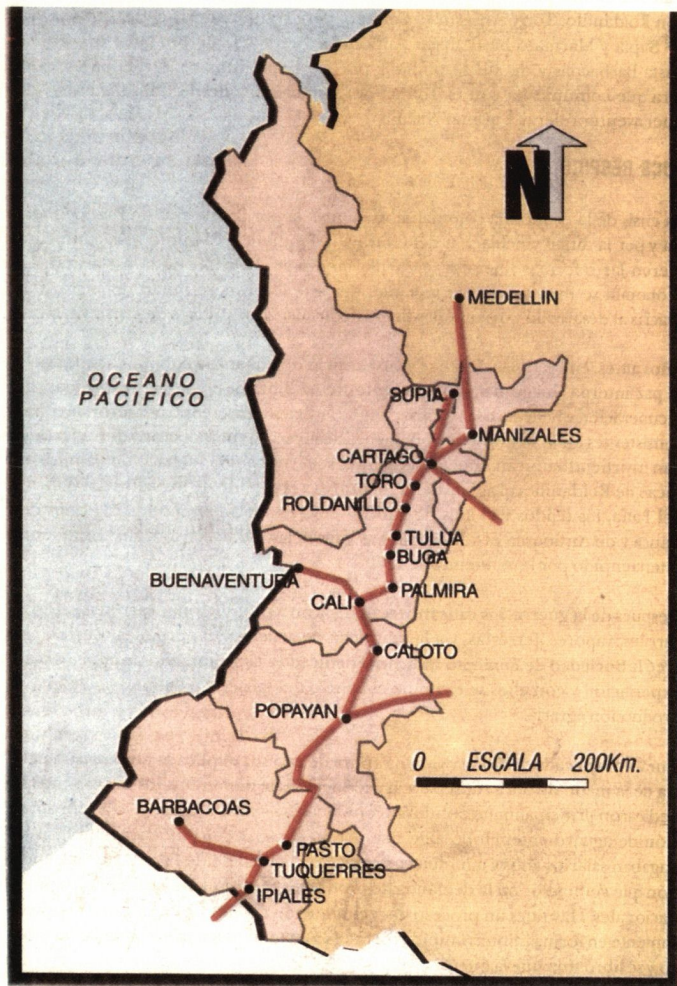
POCO RESPIRO

La crisis de la economía colonial se vio agravada por las guerras de Independencia y por la difícil vinculación del Cauca a la República. El punto más conflictivo fueron las reformas liberales, particularmente la abolición de la esclavitud. La economía se mantuvo precariamente, durante la primera mitad del siglo XIX gracias al desarrollo de pequeñas fincas dedicadas a los cultivos de cacao y tabaco.

Años antes, entre 1854 y 1860, se vivió un ciclo de bonanza económica asociado a la paz interna, luego del sometimiento de los liberales. La gran capacidad de recuperación obedecía a la reactivación de las haciendas: se introdujeron mejoras consistentes en la siembra de dehesas artificiales, y los empresarios del agro estaban invirtiendo únicamente en renglones seguros como el tabaco de Palmira, el cacao de Roldanillo, el aguardiente, azúcares y el ganado de los valles del Cauca y del Patía, los tejidos y el anís de Pasto —cuya exportación a otras regiones del Cauca y de Antioquia producía buenas ganancias. Todo se vio transitoriamente interrumpido por la contienda de 1860.

Después de la guerra, los caucanos se dedicaron a promocionar carreteras, ferrocarriles, vapores, ferrerías, y a la búsqueda de artículos exportables. En 1869 se creó la **Sociedad de Fomento Industrial** dedicada a la promoción de cultivos para exportación y con ellos se estimuló el cultivo del tabaco de Palmira y se elevó la producción agraria.

Durante la década del 70 se vivió una época de carestía explicada por la insuficiencia de la mano de obra rural para la producción de alimentos: los campesinos se dedicaron principalmente a cultivos comerciales —tabaco, cacao— o a la producción de aguardiente. Hubo algo más. En la construcción de obras públicas se pagaban salarios altos y también competía en el mercado de fuerza laboral, cuestión que coincidió con la demanda de productos caucanos en los mercados internacionales. Hay pues un proceso de recuperación económica que marchó prácticamente en forma ininterrumpida hasta 1875 cuando cayeron los precios del tabaco y se libró una nueva guerra civil.



Por efecto de las expropiaciones, los empréstitos forzosos y la destrucción de los cultivos por la guerra, los hacendados invirtieron sólo lo necesario para sostener un lánguido comercio; también los campesinos sembraban únicamente las plantas requeridas para cumplir con los contratos firmados con los comerciantes.

La limitación de los cultivos provenía además, de la falta de demanda comercial: la reactivación económica de los años sesenta se debió a la actividad de comerciantes que encontraban demanda para sus productos en Antioquia y Tolima o en la República del Ecuador. Ahora la situación era diferente. Si bien en el Cauca la guerra había finalizado, en el más importante mercado caucano —el conservador Estado de Antioquia— la confrontación continuaba y existía una particular animadversión contra los caucanos *liberales* y *ateos*. Algo similar ocurría con el Ecuador, donde el presidente Gabriel García Moreno ofreció asilo político a los conservadores caucanos. En tales condiciones la demanda de la producción se restringía al espacio interno, creándose dificultades adicionales dada la frugalidad de los consumos.

Para complicar las cosas, 1877 y 78 fueron años de sequía y en el 76 y 78 se produjo una invasión de langostas que acabó con los pocos cultivos de maíz, plátano y cacao existentes en el Patía y el Valle. En 1878, con el abandono de los campos y la emigración a las ciudades, el hambre hizo estragos en la población produciendo la muerte a 51 personas.

BUSCANDO CAMINOS

La crisis hizo entender a los caucanos que sus problemas económicos no serían solucionados si no se superaba el aislamiento geográfico regional. En 1878 y a pesar de las dificultades económicas, se inició la obra más ambiciosa: el Ferrocarril del Pacífico. Además ya desde finales de la década anterior se venían construyendo los caminos Cali-Buenaventura y Cali-Palmira, y se hablaba del establecimiento de la Empresa de Vapores del Cauca; se había instalado el telégrafo, obra de comerciantes que invirtieron en empresas viales —adjudicadas por concesiones de privilegio— al ver cerrado el comercio.

Ante la quiebra de los precios internacionales para el tabaco, los caucanos se dedicaron a buscar los productos que pudieran reemplazarlo. Iniciaron para ello una campaña de promoción y estímulos al café, al cacao, el añil y la coca, educando a los agricultores sobre las técnicas de cultivo, cosecha, posibilidades de mercadeo, etc.

El comercio se restableció finalmente gracias a la prolongación del período de paz iniciado en 1879. También se reactivaron la cría de ganados —estimulada por la exportación de cueros— y la búsqueda de nuevos yacimientos mineros.

Así, a partir de 1878 se exportaron principalmente productos agropecuarios hasta antes de la guerra de 1885.

POSTRACIÓN SIN REMEDIO

La nueva contienda detuvo la recuperación: la destrucción produjo un período de escasez con su correspondiente alza de precios. Como en ocasiones anteriores, a la guerra se unieron la langosta, el insuficiente sistema vial, la falta de capitales y técnicas de cultivos, la acción de los acaparadores y la presencia de la epizootia.

El invierno también hizo su parte: las inundaciones de 1887 acabaron con grandes plantaciones de cacao y de café que estaban a punto de cosecharse. Eustaquio Palacios encontró como única solución seguir el ejemplo de los colonizadores antioqueños: cultivar los piedemontes cordilleranos que rodean al Valle "Hay que volver los ojos a las montañas, decía, allá está la esperanza de la generación presente; allá el porvenir del hombre laborioso."

La única inversión de cierta importancia que se percibe en esta época se dio en la minería. Se introdujo maquinaria moderna en Cali y la fiebre de oro provocó el descubrimiento de las minas en Papagayeros, Dagua y Cali, para cuya explotación se esperaba la vinculación de mineros y capitalistas americanos.

Pero la crisis no afectó a todas las municipalidades por igual. Decayeron el Valle y las subregiones que subsistían gracias a su comercio mientras en el sur se desarrollaban las industrias artesanales y la producción de alimentos.

Una nueva guerra, la de 1895, profundizó aún más los problemas. Tratando de sacar al Cauca de su postración económica, la Asamblea Departamental intentó subsidiar algunos cultivos como el algodón, pero el deterioro del clima político y la consecuente guerra de los mil días postraron definitivamente al Cauca.

Siglo XIX LA SUERTE EN RENGLONES



El agro, la extracción, la ganadería. Sus circunstancias de auge y declive.

Después de los conflictos por las reformas liberales, en 1854, la **ganadería** volvió a aparecer como la principal actividad agropecuaria. El ganado cebado, alimentado con pastos introducidos, tenía mejores precios que el cimarrón de las haciendas tradicionales.

Con la ampliación del hato ganadero se expandió la frontera agraria al derribarse los bosques y establecer cultivos de pancoger que precedían las siembras de pasto. Además, el ganado valluno volvió a ser demandado por los habitantes de los distritos mineros del Chocó, Supía y Marmato, por los colonizadores de la frontera del Quindío y por los habitantes del vecino Estado de Panamá. Aparte de ello, en la década de los setenta empezaron a exportarse los cueros.

No fue sencillo. Quienes más sufrían durante las guerras eran los ganaderos: se decomisaban reses o había obligación de abasto a precios fijados por las autoridades. Pero mucho más grave fue la presencia de la epizootia que acabó en

1887 con unas 30 mil reses. Además con su ignorancia, los ganaderos culparon a los nuevos pastos de todas las desgracias: al pasto pará se le adjudicaban muchas enfermedades, entre ellas una falsa gordura llamada *gordura de pará*.

Empero, la ganadería caucana con su dinamismo salía rápidamente de las dificultades. Se superó la desconfianza hacia los pastos y gracias a ello hacia 1891 se construyeron cebaderos en el Quindío y el Tolima, con pará y guinea para el ganado introducido desde el Valle. Además se contó con el empuje de empresarios recién llegados al sector como don Elías Reyes, quien llevó el pasto Micay y lo sembró en su finca La Elvira desde donde se extendió hasta el Quindío.

Los caballos y en especial las mulas del Cauca eran muy importantes para los hacendados. Igual los cerdos. Las mulas movilizaban las mercancías por los pésimos caminos y constituyeron un renglón de exportación sobre todo para las municipalidades del sur que las enviaban al Ecuador. Con su diversificada economía, las haciendas aprovechaban los subproductos de los trapiches para engordar los marranos y llevarlos al Quindío.

La caña no era un cultivo exclusivo del Valle. Existía prácticamente en todas las zonas templadas y cálidas del Cauca. Su repunte se sintió en la producción de aguardiente cuando las haciendas pudieron superar el problema laboral e inyectaron capital en modernos alambiques trabajados con mano de obra concertada. Se dinamizó entonces la comercialización del anís de Pasto.

El aguardiente fue quizás el renglón principal por encima de las mieles. Incluso constituía una de las fuentes rentísticas más importantes del fisco caucano.

La expansión cañera sólo encontró un problema: mediante el establecimiento de dehesas para el ganado y el proceso continuado de producción de mieles y guarapos, se eliminaron paulatinamente los bosques, privando a los trapiches del combustible necesario para sus labores. Los trapicheros tuvieron que comprar entonces *derechos de bosques*.

Tabaco. Fue conocido en el Valle desde la Colonia cuando el estanco restringió las zonas de cultivo a la joven ciudad de Palmira. Su calidad, mencionada por visitantes nacionales y extranjeros, le generó una demanda preferencial en los mercados europeos aunque su participación en las exportaciones nacionales no superó el 10% en promedio. Revisió importancia desde 1851-52 cuando se exportaron 155 toneladas por Buenaventura, cantidad que creció a partir de 1865 hasta

alcanzar su nivel más alto en 1874. Siete años después vinieron su depresión y desaparición de los cuadros de exportación.

El cultivo era en 1869 casi la única industria de Palmira y se prefería en los mercados de Londres y de Hamburgo. Para estimular y mantener su calidad se fundó la Sociedad de Fomento Industrial de Cali, que formó semilleros y distribuyó sumas de dinero entre vecinos laboriosos y conocedores del negocio.

Los altos volúmenes de tabaco muestran un hecho incontrovertible: la hoja se destinó mayoritariamente al consumo interno. Aun con esto, las casas comercializadoras se dedicaban principalmente a financiar siembras para la exportación. Hubo precios bajos en 1872-73, cuando justamente estaba alcanzando el nivel exportable más alto y era prácticamente el responsable de la llegada de buques al puerto de Buenaventura. Los errores en su manejo —por el agotamiento de los campos que carecían de rotación en los cultivos y un buen beneficio— tuvieron incidencia; pero lo que más afectó fueron las fallas de comercialización —mala clasificación de las hojas, descuido en el embalaje de los zurrones, intentos de fraude por parte de los transportadores—, algo que hubieran podido evitar fácilmente los empresarios.

Con todo, para 1891, el consumo interno seguía siendo bastante generalizado, y continuaba exportándose el producto a Antioquia.

Entre los productos de más alta comercialización de las haciendas se encontraba el **cacao**. Se destinaba principalmente al consumo interno y al comercio interregional, aunque se exportó en algunas ocasiones. Sembrado en todas las vegas del Cauca, era Cartago uno de sus principales centros comerciales y aunque cultivado en buenas cantidades por los hacendados, fue prioridad agrícola de los campesinos en sus pequeñas propiedades y posesiones.

Había cacao en todas las tierras calientes del Cauca, pero existían zonas con una mayor dedicación, especialmente la municipalidad de Tuluá y los distritos cercanos a Roldanillo. Allí los campesinos poseían pequeñas porciones de terreno con una producción relativamente diversificada que incluía productos comerciales —como el cacao y el coco—, de subsistencia —como el plátano—, materiales de construcción, potreros con pastos artificiales, siembras de caña y trapiches artesanales para la obtención de mieles.

Unas pocas cantidades de cacao se destinaron a la exportación. La demanda en los mercados externos empezó en 1868 pero no se obtuvo una colocación muy

amplia por la poca capacidad para competir con los cacao del Guayas en la vecina República del Ecuador.

Los caucanos invirtieron en **productos nuevos**: el cultivo de **café** se adaptaba a casi todo el territorio, particularmente a los altiplanos de Pisojé, Popayán y El Tambo, a las tierras templadas de Pavas, Dapa y Pichindé, y a las costas de Patía y de Tumaco. Las vías de comunicación y el mal sistema de empaque dificultaban la exportación del grano; no obstante en periódicos locales se anunciaba, en 1874, que había buena demanda. Con las expectativas despertadas, la legislatura de 1879 retribuyó monetariamente a los caficultores: 50 pesos por cada 500 árboles sembrados. Desde este año el café empezó a considerarse de clase superior en los mercados extranjeros.

Una verdadera sorpresa causaron las exportaciones cafeteras caucanas de los años setenta: el grano se producía en las pequeñas fincas del Valle. Sólo se sabe de un intento por levantar cafetales a gran escala, el de Santiago Eder en la Hacienda La Rita.

La importancia del café se vino a medir en 1882, a partir de la inauguración del ferrocarril, cuando empezó a ser exportado en volúmenes realmente importantes. Llegó a convertirse, durante la época de La Regeneración, en el sustituto de otros productos exportables caucanos; esto tuvo profundas repercusiones internas al transformar las fincas autosuficientes del Quindío en unidades productivas con altos índices de comercialización.

Amplias perspectivas de exportación tuvo también **el añil** por la demanda de colorantes que existía en Europa. En 1869 se organizaron compañías para su cultivo en el Valle, en Pasto y en el Patía. Inicialmente obtuvo una buena colocación en los mercados externos y su existencia en los puertos se agotaba, pero rápidamente la demanda cayó.

A la vez la **hoja de coca** fue promocionada por su fácil cultivo y cosecha y, además, por su potencial demanda. "Su mercado lo forman todas las repúblicas del sur y su precio es fabuloso; apenas puede creerse. En Lima es de 1 peso la libra y en Bolivia \$1.20 a 1.40 la libra; e igual si no mayor es el que tiene Chile y las repúblicas del Plata." La hoja empezaba además a ser conocida en Europa de tal manera que se podía asegurar "que dentro de pocos años, será un artículo de comercio europeo".

EXTRACCIONES

La extracción de **quinas** en el Cauca se localizó en Santander de Quilichao: se explotaron los bosques de los distritos de San Francisco, Tacueyó y Toribío donde

los empresarios tuvieron que contratar con las comunidades indígenas la explotación de la corteza. Es el caso de Ernesto Cerruti & Cia. que en 1873 consiguió que los cabildos de Vitoncó, Mososcó, Lame, Calderas, Huila, Tóez y Talaga, le arrendaran los bosques.

Por su parte, Rafael Reyes emprendió en 1874 la exploración de las tierras de Caquetá y Putumayo donde estableció una ruta de vapores por los ríos Amazonas y Putumayo utilizando a los indios como abastecedores de leña, quina y caucho. La empresa —Compañía del Caquetá— se anotó algunos éxitos iniciales: los cargamentos de quina produjeron más de cien mil dólares en 1876; pero debió suspender temporalmente las actividades por persecuciones políticas que sufrieron los socios. Su actividad se prolongó hasta 1884, año en el que el precio de la quina decayó.

Aparte de haber dinamizado la economía caucana al permitir el ingreso de mercancías y facilitar la financiación de otras actividades productivas, la quina no produjo transformaciones profundas en los centros de acopio. Sólo elevó coyunturalmente los ingresos de cascarilleros e inició unos tímidos procesos colonizadores en las montañas del centro y sur del Cauca; también permitió un mayor conocimiento del Caquetá y facilitó la penetración de las compañías caucheras que se encargarían de explotar el producto en las primeras décadas del siglo XX.

La minería de oro sostuvo la economía caucana a principios del siglo XIX, gracias a la introducción de tecnología y capitales ingleses y franceses y a la presencia de mazamorreros independientes que continuaron la labor de los señores esclavistas de la Gobernación de Popayán.

Los avances de un principio, aunque bastante tímidos, fueron suficientes para que en las fronteras mineras se ampliara la demanda de alimentos. Para 1866, César Velasco, Secretario de Hacienda del Cauca, informaba a la Legislatura que esta industria "se desarrolla de una manera fabulosa" no precisamente por mineros independientes, sino por representantes de grandes compañías. Esto llamó la atención sobre las minas del Cauca y produjo fiebre de oro con la consecuente emigración de mineros de California a los aluviones de Barbaocoas.

A pesar de las esperanzas que tenía puestas el gobierno del Estado en la minería, su intervención, en la práctica, se limitó a la concesión y al registro de títulos: sus políticas tenían que adecuarse a la legislación nacional sobre la materia y su interés no podía ir más allá de estimular la búsqueda de minas y registrar las encontradas puesto que se hallaban en baldíos nacionales. Al Cauca sólo le quedaron los veneros y aluviones en tierras de las municipalidades o los aluvio-

nes que estuvieran en ríos no nacionales —como el San Juan o el Patía— o en los ríos y quebradas menores.

En el distrito minero más famoso del Cauca, el de Marmato, Supía y Riosucio, la situación era bien diferente: aunque las minas no estaban situadas en territorios nacionales, el gobierno del Cauca no podía intervenir en su administración porque el gobierno central lo venía haciendo desde los orígenes de la República y en tal virtud las había alquilado a los señores B. A. Goldschmidt desde 1825 por un término de 25 años forzosos y 50 voluntarios. Ante esta situación, el gobierno caucano pidió que se indemnizara a su Estado por lo que había dejado de percibir en el arrendamiento de dichas minas; que se declararan de su propiedad y que en lo sucesivo le correspondieran los derechos de que, hasta el momento, gozaba la Nación. Este problema continuó vigente por muchos años. En 1887 el gobernador Juan de Dios Ulloa reiteró su solicitud ante el Ministro de Fomento.

La producción de oro fue importante durante el período de la Federación, para las actividades comerciales y porque los mineros financiaron con sus capitales parte de las obras públicas caucanas.

En 1895 se exportaron 25 mil pesos mensuales de oro en polvo en promedio, sin incluir las remesas que comerciantes y otras entidades particulares hacían directamente, sin el debido registro, a Panamá, Guayaquil, España, ni las grandes cantidades que negociantes de Guayaquil y Quito venían a comprar directamente.

Después de la guerra de 1895 la situación cambió radicalmente con el deterioro del orden público que produjo la guerra de los mil días. Desde Barbaças se anunciaba que se beneficiaban pocas minas y que no había más oro que el que lavaban los negros, pues "la mayoría de los buenos mineros han emigrado a Ecuador donde hay minas bien montadas".

Siglo XX A TODO VAPOR



Con las glorias de unos y la pobreza de otros, en suroccidente se ha vivido un siglo de contrastes en medio del crecimiento económico.

La consolidación de la agroindustria —ligada a la industria azucarera— y la ganadería, identifican la economía del Valle del Cauca en el siglo XX. La región se especializó definitivamente: el cultivo de la caña de azúcar caracterizó al Valle hasta el actual municipio de Zarzal, combinándose con la producción campesina; mientras, la zona norte —con poblaciones que en buena parte se originaron en la denominada *migración antioqueña*— centró su vida económica en la producción de café.

PUGNAS POR LA TIERRA

A lo largo del siglo, la expansión de los cultivos destinados a la producción industrial fueron menguando paulatinamente las economías campesinas generándose grandes conflictos. Mientras en el Valle la agroindustria se convierte en soporte de la prosperidad capitalista, en los departamentos del Cauca y Nariño la concentración de la tierra explotada irregularmente y la ambición de los terratenien-

tes —manifiesta en el asalto a las tierras de los resguardos— propiciaron una lucha con los indígenas que se convirtió en escollo para el proceso de consolidación de formas de tenencia y de explotación de la tierra acordes con las características de la explotación capitalista.

Hubo muchos enfrentamientos por la propiedad de la tierra en el Valle. Se originaron fundamentalmente alrededor de derechos en indivisos, cuyos poseedores reclamaban la propiedad que generalmente era impugnada por los hacendados; esto fue constante en los primeros treinta años del presente siglo. En el Cauca, donde no existían indivisos, la presión se ejerció sobre los resguardos y las tierras de los terrazgueros.

DERROTOS DEL CRECIMIENTO

La formación de la burguesía azucarera estuvo enmarcada en las relaciones familiares que con el tiempo se desarrollaron entre los diferentes grupos. Con ello se constituyeron un capital y unos intereses comunes, aunque con algunas diferencias internas. La controversia económica más álgida en el sector cañero se suscitó entre quienes se dedicaban a la explotación panelera y los sectores azucareros. La reanimación del precio del azúcar fundado en las políticas de Estado —alzas permanentes del precio interno y limitación de las importaciones—, provocaron la reacción de los paneleros quienes exigieron para su actividad las mismas prerrogativas. Este conflicto se zanjó en el momento en el cual ambos grupos diversificaron sus actividades y se dedicaron a la producción de azúcar y panela indistintamente.

La constitución de la industria en general no fue sólo obra del empuje empresarial. El crecimiento del consumo, la disponibilidad de capital privado y el apoyo de entidades oficiales —la Caja Agraria y el Instituto de Fomento Industrial, IFI, permitieron que la producción de bienes —aceites, velas, productos alimenticios— también se consolidara. Se incrementó el patrimonio de la fábrica de jabones de Ulpiano Lloreda y se montaron la fábrica Grasas S.A. de Buga y la sociedad Molino El Triunfo Ltda.

Hubo entonces un auge de la inversión como fruto del esfuerzo empresarial, de nacionales y también de extranjeros que a nivel familiar e individual se vinculaban a la región —A. Dishington, noruego fundador de La Garantía, K. F. Jenssen, danés, fundador de Cementos Danés, Leo Feldsberg, americano, fundador de Fruco. El refuerzo llegó con la penetración del capital internacional en el sector de los laboratorios químicos: Squibb S.A., Hoechst S.A., Home Products Inc. y Colgate Palmolive; en el de los cauchos: Uniroyal, Croydon S.A. y Goodyear S.A., y en el de la celulosa: Cartón Colombia y Propal.

La expansión se vio complementada con el desarrollo infraestructural de la industria y el urbanístico, según lo muestran la inversión extranjera y la consolidación de las industrias cañera y cafetera. El Valle se convirtió en una región de ciudades intermedias, con la consecuente concentración de mano de obra y de demanda.

TODO POR LA INTEGRACIÓN

Fue grande el interés por crear una red de comunicaciones que integrara el territorio en los albores del siglo XX. Se fomentó la navegación a vapor por los ríos Cauca y Atrato mediante la subvención por parte del Estado, y hubo auxilios específicos para vías de comunicación, como en el caso de la construcción del camino Cartago-Roldanillo-San Juan.

En el suroccidente colombiano, la comunicación postal que se amplió por Nóvita, Quibdó e Itzmina hasta Túquerres, la construcción de la carretera central en los años veinte y la de Buenaventura en 1926, y el fortalecimiento de la red ferroviaria a partir del Gobierno de Rafael Reyes —que llevó a la creación de la Compañía Nacional del ferrocarril del Pacífico— permitieron la creación de una infraestructura vial que soportó el crecimiento económico de la región.

ALTERNATIVAS DE CULTIVOS COMERCIALES

La orientación hacia cultivos comerciales se hizo en detrimento de la producción campesina. Hasta 1950 —según cifras de la Secretaría de Agricultura— los cultivos alimenticios —arroz, papa, fríjol y tomate— se mantenían relativamente constantes y cubrían el 23.5% del área sembrada en el departamento. Nueve años después, se contaba con 5 mil 177 fincas dedicadas a la explotación del cacao, alrededor de 30 mil al café y aproximadamente 60 mil mantenían frutales.

La distribución de los cultivos, especialmente en el norte del Valle, se sostuvo hasta 1965 gracias a la explotación de parcelas con una extensión promedio de tres hectáreas. Pero con el desarrollo del sector industrial hubo demanda de soya, maíz, tabaco, arroz y cacao, a partir de lo cual surgieron empresas dedicadas a la comercialización y trilla de granos. Esto consolidó una economía comercial en ciudades como Tuluá, Buga y Palmira mientras que Caicedonia y Sevilla quedaron definitivamente adscritas a la economía cafetera.

Es preciso anotar que el desarrollo económico del Valle ha estado ligado en buena parte a misiones técnico científicas de carácter internacional —la Misión Charodon y el denominado Plan Lilienthal que dio origen a la Corporación del Valle

del Cauca, CVC. El proyecto R.U.T. a su vez, permitió el acondicionamiento de tierras en la zona central del departamento y la construcción de hidroeléctricas (Anchicayá, Calima y Salvajina) coadyuvaron en la consolidación de la región y la modernización del campo.

BIBLIOGRAFIA

Colmenares, Germán. *Historia económica y social de Colombia, 1537-1719*, Tercer Mundo, Bogotá, 1983.

Historia económica y social de Colombia, T.II. Popayán una sociedad esclavista 1680-1800. La Carreta, Bogotá, 1979.

Cali: terratenientes, mineros y comerciantes. Siglo XVII. En *Sociedad y economía en el Valle del Cauca*, T.I. Banco Popular, Bogotá, 1983.

Melo, Jorge Orlando. *Producción de oro y desarrollo económico en el siglo XVIII*. En *Sobre historia y política*. La Carreta, Bogotá, 1979.

Mejía P., Eduardo. *Origen del campesinado vallecaucano siglo XVIII y siglo XIX*. Univalle, tesis de maestría en Historia andina (Inédita), Cali, 1990.

Díaz del Castillo, Emiliano. *San Juan de Pasto, Siglo XVI*, Fondo Cultural Cafetero, Bogotá, 1987.

Valencia Llano, Alonso. Encomiendas y estancias en el Valle del Cauca. En: *Historia y espacio*, No. 10, Universidad del Valle, Cali, 1987.

Resistencia Indígena a la colonización española. Universidad del Valle, Cali, 1991.

Empresario y políticos en el Estado soberano del Cauca, 1860-1895. Univalle, Cali, 1993 (en prensa).

Valdivia, Luis. *Economía y espacio en el Valle del Cauca, 1850-1950*. Ed. Facultad de Humanidades, Cali, 1993.

Rojas, José María. *Empresarios y tecnología en la formación del sector azucarero en Colombia, 1860-1880*. En *Sociedad y economía en el Valle del Cauca*, Banco Popular, Bogotá, 1983.

Cultura política: un claroscuro

Se trata de la cultura política de la región; los conflictos de la sociedad colonial, la consolidación del Cauca después de la Independencia, la confrontación de las fuerzas políticas caucanas con las de Nueva Granada y la afirmación del Estado soberano del Cauca. Además la pugna región-nación que condujo a la disolución del Estado, los rasgos de la violencia partidista y los comportamientos electorales mas recientes.



General José María Obando. Oleo de I.C. Valencia Siglo XX.

Margarita Garrido: P.h.D. Historia Moderna, profesora Depto. de Historia, Univalle.
Aimer Granados García: Docente, investigador, Maestría en Ciencia política, U. Javeriana. Cali. **Humberto Vélez Ramírez:** Profesor titular, Depto. Historia, Univalle.
Lenín Flórez Gallego: Profesor, Depto. Historia Univalle. **Adolfo Atehortúa Cruz:** Licenciado y Magister en Historia, docente-investigador, maestría en Ciencias Políticas, U. Javeriana, Cali.



Sociedad colonial ORDEN Y CONFLICTO

Margarita Garrido



Diferentes tipos de sociabilidad, interacción y resolución de los conflictos. Algunos casos muestran la cultura política caucana en el atardecer colonial.

Amplia y diversa fue la región. En el siglo XVII, Popayán ya era la cabeza de la Gobernación. Los descendientes de los primeros fundadores — Belalcázar, Cobo, Delgado, Mosqueras, Velasco y Campo Salazar— habían formado linajes fuertes, reforzados con las familias de comerciantes llegados a mediados del siglo —Arboleda, Hurtado del Aguila— y estaban ligados a los poderes locales y provinciales. La apertura de la frontera minera del Chocó a finales del XVII revitalizó la precaria economía regional. En el siglo XVIII mineros y comerciantes compraron tierras y pusieron las bases para unidades productivas, las haciendas de trapiche, donde con mano de obra esclava producen mieles y aguardiente, carne de ganado mayor y menor para surtir las minas del Chocó.

CONTROL DEL PODER Y DE LAS LEALTADES

Las ciudades de fundación española —Pasto, Popayán, Caloto, Cali, Buga, Anserma y Toro— eran los centros de la competencia por el poder. Sus plazas

eran el asiento de los poderes de *la república* y donde se cumplía el reconocimiento social. Aunque sus cabildos tenían una autoridad limitada y vivieron una persistente crisis financiera, los linajes viejos y nuevos se repartían y disputaban los cargos en dichos cuerpos. Los méritos para estar en el cabildo, parece, debían tener dos sentidos: su nobleza, generalmente asociada a las más altas virtudes morales, y su interés por el bien común.

Por eso, vemos repetidas veces a grupos familiares enfrentados por el control del cabildo de una localidad, gozando del apoyo de sectores del pueblo y a éste intervinendo sobre las elecciones de alcaldes que tenían lugar en enero de cada año.

A mediados del siglo, los Caicedo, quienes frecuentemente habían ocupado los cargos, vieron realmente confrontada su hegemonía en el cabildo de Cali por los recién llegados comerciantes españoles liderados por Gaspar de Soto y Zorrilla, apoyados por algunos criollos como los Garcés de Aguilar. Al salir elegidos para el cabildo por segunda vez en 1743 los miembros del grupo español, algunos familiares y partidarios *caicedistas* concitaron a la mayor parte del pueblo e hicieron un motín, sacaron a los presos, despedazaron la picota, y vituperaron a los alcaldes gritándoles *mueran los perros chapetones*. Los recién llegados significaban una amenaza a la posición de los notables criollos —no por ser españoles, ni por ser comerciantes— pues les disputaban el poder local, el cual les daba una disposición que consideraban derecho heredado.

Ambos grupos —el liderado por Don Nicolás de Ospina, Alférez Real, y el de Don Joaquín Fernández de Soto, alcalde ordinario de primer voto—, enfrentados en Buga en 1798 por la elección de alcalde, alegaron que sus miembros eran de familia noble y se desvelaban por el bien de los pobres, y que sus adversarios tenían espíritu de discordia y deseo de perpetuarse en el poder local como grupo.

En Cartago, en 1776, los vecinos principales se quejan por la elección de Don Nicolás de Perea como alcalde. Estaba implicado de alguna forma en un crimen cometido por su sobrino y no se eligió. La sola sospecha exponía el honor del cargo a *menosprecios y vilipendios*. Los vecinos de Supía acusan en 1791 de nepotismo a los hermanos José Pablo y Esteban de Castro y de abusos de la justicia, sobre todo con los pobres.

Aunque los jueces tuvieran un poder limitado, las elecciones cadañeras marcaban el ritmo de la vida política de las localidades. La asociaciones se hacían alrededor de notables que tenían en su patrimonio el derecho a ejercer el poder y el deber de ser moralmente sin mácula.

CONTRA LAS NOVEDADES

En la segunda mitad del siglo XVIII, las protestas se encaminaron principalmente contra las innovaciones hechas por los Borbones en materia de impuestos: cambiaban lo establecido y sancionado por la costumbre o el pacto social, por lo cual eran percibidas como injustas, inconsultas, abusivas. Las maneras de protestar y las de resolver estos conflictos tienen unas características regionales particulares.

Cuando en la década de 1760-70 se instauran los estancos de aguardiente, los sectores de cosecheros se ven afectados y protestan. En Cali en 1766, la plebe hizo tumulto contra el estanco y un año más tarde en Cartago, los mulatos recurrieron al uso de pasquines, los insultos y la amenaza de incendio si no se quitaba el estanco. Los alcaldes tuvieron que ir a Santa Ana, donde estaban reunidos, y entenderse con los mulatos en una especie de cabildo abierto. La situación se puso al punto de que el estanco tuvo que ser suprimido y las acciones de castigo pensadas no se realizaron a pesar de las sugerencias de los funcionarios de Chocó y Popayán.

Las más estrictas órdenes del visitador Gutiérrez de Piñeres en 1778 sobre el cultivo y producción de tabaco y la destilación de aguardiente, se unieron a la orden del virrey de que el vecindario de Buga concurriera a la apertura del camino al Chocó. Ello produjo una fuerte protesta en varios lugares. El cabildo de Buga se reunió y mandó delegados a Llanogrande —principal centro de agitación— y al partido de Tuluá, y después de oír la quejas y algunas amenazas, el cabildo dispuso suspender los trabajos y apresar a los cinco cabecillas en espera de lo que decidiera el virrey.

En Hato de Lemus —hoy La Unión— el 19 de agosto de 1781, 300 ó 400 personas armadas con lanzas, espadas, sables, machetes, y escopetas, acudieron *al estanquillo* y *derramaron los aguardientes* y *despedazaron los tabacos*, y el 20 pasaron a Toro e hicieron lo mismo. No robaron la plata del estanco. Fueron las mujeres las que sacaron el aguardiente y lo derramaron. Los sublevados fueron finalmente indultados.

En esos casos se combinaron la expresión de respeto a las justicias junto con la amenaza de sublevación de los de abajo, y la disuasión, la tolerancia y el arreglo directo por parte de los gobernantes locales.

En las otras provincias fue diferente. La lectura del decreto sobre estanco del aguardiente produjo en Pasto en 1780, la protesta de los indios que terminó con el asesinato del doctor José Ignacio Paredo, encargado por el visitador general. Parece los vecinos temieron una sublevación general de los indios; no hubo castigos sino exhortaciones al orden y sermones.

En 1800 se presentó en Túquerres una de las protestas más violentas del período colonial motivadas por una de las situaciones más extremas de abuso y extralimitación de las reglas del pacto colonial. Los indios de Túquerres y Guaitarilla se rebelaron contra los hermanos (Rodríguez) Clavijo —corregidor y asentista de diezmos—, quienes les cobraban y exigían más de lo normal y de quienes se habían quejado formalmente en varias ocasiones. La lectura del último recudimiento exaltó a los indios. Entonces quemaron la fábrica de aguardiente y persiguieron a los Clavijo hasta darles muerte en la Iglesia donde se habían refugiado, y al día siguiente los enterraron y pidieron un juez para esclarecer los actos. A pesar de las explicaciones del gobernador y de los principales del pueblo de Túquerres, en este caso no hubo clemencia sino castigo ejemplar. Los tres inculpados fueron ejecutados el 22 de noviembre de 1802.

POR EL HONOR Y LA JERARQUÍA

Puesto que cada población tenía un lugar en un orden jerárquico, sus habitantes derivaban su posición y su dignidad, al menos parcialmente, de su pertenencia a ella. La importancia de este sentimiento de pertenencia local y de la identidad que de él se derivaba, puede verse en los conflictos ocasionados por la aparición de nuevos poblados.

En el Valle del Cauca —escenario privilegiado de aparición de nuevos pueblos durante la segunda mitad del siglo XVIII y todo el XIX— las nuevas poblaciones del centro y norte, aparecen alrededor de capillas doctrineras de las haciendas o en tierras cedidas por los terratenientes para los pobladores con el ánimo de garantizar mano de obra para el cultivo de sus tierras. Son los casos de Llanogrande —cosecheros de tabaco—, Tuluá —capilla doctrinera de indios—, Cerrito, Bolo, Florida —cosecheros—, La Victoria, Naranjo y Hato de Lemus.

Al principio los asentamientos se calificaron como de gentes de mala vida y recibieron todas las degradaciones étnicas. Empero con el tiempo, algunas comunidades se fueron organizando económica y políticamente hasta ser reconocidas por las autoridades virreinales, primero como viceparroquias, luego como parroquias y finalmente en calidad de villas o ciudades. Los hacendados aceptaron las ventajas de tener arrendatarios de tierras y posibles jornaleros ocasionales.

En Quilichao, en cambio, los nuevos pobladores lograron sólo temporalmente su reconocimiento. Los terratenientes calotoños, muchos de ellos vecinos de Popayán, se opusieron tenazmente.

La rivalidad entre Cartago y Buga, ambas ciudades viejas, se reprodujo entre esta última y Llanogrande, y sería aprovechada por Tuluá para ganar el apoyo de Cartago en su reconocimiento, como una forma de oponerse a Buga. De todas maneras Llanogrande y Tuluá sólo lo lograrían en cuanto villas con el apoyo de Cali y al calor de la *libertad* en 1813, mientras Florida (Perodias), Candelaria y Pradera, continuaron sujetas a Llanogrande por más tiempo. Las seis de temprana fundación —Anserma, Buga, Cali, Caloto, Cartago y Toro—, unidas como **Ciudades Confederadas del Valle del Cauca** desde 1811, lideraron la oposición al gobernador Miguel Tacón de Popayán.

Así en el Valle, los blancos pobres, mestizos y mulatos concentrados, lucharon por salirse del control patrimonial sobre recursos naturales y laborales de las ciudades tradicionales. Hicieron de la autonomía la base de su identidad y de su dignidad frente a la pretensión de las grandes ciudades de convertirlos en *pecheros*, tal como lo expresaron en las protestas contra los estancos y la apertura del camino al Chocó. Aun los esclavos fugitivos —según lo contaron los catorce huidos de Cartago en 1785— planteaban entre sus aspiraciones convertirse en parroquia.

ASIMILACIONES DIFÍCILES

En un proceso largo, el Patía se convirtió en lugar de asentamiento de cimarrones —esclavos huidos— y de resistencia a la formas culturales propias del patrón colonial. Los criollos propietarios optaron por tolerar el abigeato y trabar relaciones más bien afables con los cimarrones. Los lazos de parentesco y compadrazgo propiciaron la estabilidad de la sociedad patiana y el contacto entre criollos y negros. En la Independencia estos grupos de patianos logran legitimarse como realistas.

El caso de los indígenas fue diferente. Los paeces lograron sostenerse en una situación de semi-integración que les permitió defenderse parcialmente del sometimiento. No obstante su dispersión, a principios del siglo XVIII logran el reconocimiento de cacicazgos y resguardos por parte de la Corona. Ello no los salvó de sufrir la presión de algunos jueces sobre sus tierras. En varias ocasiones los pueblos indígenas supieron hacer uso de las leyes que los favorecían. Al final del período colonial, se dieron procesos de recuperación demográfica y reconstitución de bases sociales.

Hasta mediados del siglo XIX UN LAPSO DE DESACATOS

José Escorcía



Las provincias del Cauca tuvieron un papel definitivo en la Nueva Granada, por las diferencias con el conjunto de la República y sus pugnas internas.

El orden colonial tenía dos pilares ideológicos, dos lealtades: al rey, y a la Iglesia que se identificaba íntimamente hasta entonces con la causa de la monarquía. La Independencia derrumba la primera y en su lugar se habla de una nación basada en formas republicanas de gobierno.

Empero, en un buen número de provincias no era tan clara su integración a la Nueva Granada. A la Convención que redactó en 1832 la primera Constitución de la Nueva Granada, no concurrieron las del Cauca por encontrarse en un estado de *conmoción interior*, uno de cuyos aspectos protuberantes era el surgimiento, en todas ellas, de movimientos que querían incorporarlas al Ecuador —ambición que acabó el ejército de la Nueva Granada.

El ejemplo más notorio en la región y en toda la república fue la provincia de Pasto, convertida en escenario de endémicas revueltas realistas. Con ello y con las ocasionales guerrillas también realistas en otras partes, se creó una situación verdaderamente crítica a finales del año 1822 y comienzos del 23.

UN ROL CONTUNDENTE

Los *pastusos* cortaron las comunicaciones por tierra entre el Ecuador y la Nueva Granada. Santander entonces tronó con nuevos decretos contra los *conspiradores internos*, y los oficiales del ejército colombiano iniciaron una política de virtual arrasamiento en la provincia.

Pasto se mantuvo como escenario de revueltas contra distintos gobiernos de la Nueva Granada, expresión a veces de tendencias separatistas en tanto había sectores de la población que se sentían, ya por intereses económicos ya por identidad cultural, muy cerca del Ecuador. Tal fue el caso del intento separatista vivido durante la Guerra de los Supremos —1839-1842— que comenzó como una asonada promovida por frailes en Pasto; o en la guerra de 1851, comenzada por los hacendados esclavistas de Cali y Popayán contra el gobierno liberal de José Hilario López.

En otras oportunidades los tintes eran religiosos o sociales: esa sociedad de pequeños propietarios y de comunidades indígenas no sentía simpatía por los proyectos políticos de la élite criolla de las otras provincias de la Nueva Granada.

Lo cierto es que en las provincias del Cauca se incubaron casi todas las guerras civiles del siglo XIX: el conflicto armado de 1828 cuyo centro fue Popayán, la Guerra de los Supremos, la guerra civil de 1851, la guerra de 1860-63 contra la Confederación Granadina y, por último, la guerra civil de 1876 que tuvo como uno de los focos principales la Guerra Religiosa en el Cauca y el saqueo de Cali.

TRAS EL VELO

La complejidad de los conflictos tiene detrás de sí la pluralidad de relaciones en estas sociedades multiétnicas. En Pasto las haciendas alternaban con comunidades indígenas y con pequeñas propiedades que generaron una estructura especial: se basaba en la evolución del trabajo indígena iniciado con la encomienda y la mita, seguido por el concierto para terminar con la agregación permanente de peones en las haciendas.

En Popayán entretanto, hubo mano de obra indígena y esclava en las haciendas y allí el contacto con las comunidades indígenas fue complejo y difícil. En el Valle del Cauca, en cambio, eran escasos los aborígenes en la banda más ancha del río, con lo cual los únicos límites para que los propietarios individuales se apropiaran de la tierra fueron los obstáculos geográficos naturales y el uso mano de obra esclava.

En este escenario, la fricción entre los blancos y los pardos, mestizos y libres *de todos los colores* —el primer tipo de conflicto que se presentó en toda la Nueva Granada— se agravó con la esclavitud en suroccidente, empeño de los grandes propietarios de haciendas y minas que mantuvieron hasta 1851.

En otra forma de pugna, la eminentemente política, afloran los resentimientos sociales por la discriminación y la exclusión. Se desarrolla entre la élite de propietarios y un estrato social con ansias de un espacio político, estimuladas por la guerra de independencia: no era propiamente una clase social pero sí constituía, para la década de 1840-1850, un segmento definido dentro de la sociedad criolla.

Había en el estrato mencionado, blancos, mestizos e incluso pardos que se hicieron militares de oficio desde las guerras de independencia; y abogados y letrados que ocupaban posiciones de funcionarios antes reservadas a los peninsulares. Para 1840 conformaban círculos que se veían excluidos por la oligarquía propietaria.

ADHESIONES Y OPCIONES

La pugna social se expresaba en la época, bajo los discursos vigentes del liberalismo republicano, como un antagonismo político: mientras la élite propietaria se identificaba con la causa conservadora y gobiernista —en las provincias de Cauca, Popayán y Buenaventura, durante la guerra civil de 1839-1842—, el grupo de políticos y militares pobres se unió al caudillo militar José María Obando. Este conformaba la mayor parte del núcleo rector del liberalismo del suroccidente.

El segundo grupo fue derrotado, marginado y hasta desterrado de la vida política después del 42. No obstante creyó que con el triunfo liberal nacional detrás del gobierno del General José Hilario López en 1850, tendría la oportunidad del desquite: identificados los grandes propietarios de la región con el conservatismo, la religión y la esclavitud, el gobierno liberal nacional se vería obligado a conformar los gobiernos locales con líderes de su sector social. En efecto, luego se convirtieron en dirigentes abiertos o soterrados de la presión popular contra la élite.

Fue precisamente entre 1850 y 1854 que volvió a manifestarse la inestabilidad del Cauca. La conmoción nacional por la llegada al poder del primer liberal, López, se convirtió en el Cauca en confrontación explosiva. Para el patriciado de la región, acostumbrado al mando, los resultados de la elección causaron profunda sorpresa.

El poder ejecutivo nacional utilizando las ventajas que le otorgaba la todavía vigente Constitución de 1843 —hecha por conservadores—, nombró agentes de la rama ejecutiva, es decir gobernadores y jefes políticos de cantones, entre personajes adictos al régimen. Las élites de Cali y Popayán, enceguecidas por su cerrada defensa de la esclavitud y su viejo odio a José María Obando, no se precavieron de repartir a sus integrantes entre ambos partidos políticos y para formar los gobiernos locales el gobierno liberal tuvo entonces que apelar a grupos cuyo denominador común era, por no pertenecer al cerrado círculo de la élite, estar tradicionalmente excluidos del poder.

UN ASUNTO DE FONDO

La intensidad del conflicto obedecía al hondo abismo social existente entre las fuerzas y no solamente a sus diferencias políticas. Lo más preocupante para la élite caucana era la conjunción entre los liberales y los sectores populares, libres o esclavos, lo que reavivó la agitación sobre candentes problemas regionales como la abolición definitiva de la esclavitud y el asunto de los ejidos en Cali.

Es curioso que mientras en el resto de la república la dirigencia criolla pudo lanzarse a la ofensiva ideológica promulgando ideas republicanas de libertad e igualdad ante la ley, las élites de Cali y Popayán entraran a la vida republicana a la defensiva. Es que detrás de su adhesión a la República estaba siempre latente el temor al desorden social y a la guerra de castas.

La documentación de la época está llena de alusiones a grupos de hombres *alzados en armas* que se lanzan en abierto desafío a las autoridades. Su existencia, casi endémica, obedecía a un complejo haz de circunstancias sociales, políticas y geográficas —las montañas y bosques les servían de refugio—: por un lado, representaban un bandolerismo de grupos que no encontraban ubicación fácil en la sociedad civil que los criollos pretendían organizar. Por otro, eran expresiones políticas ante la ausencia de partidos que sólo se consolidarían más tarde: el pronunciamiento armado se les aparecía como la única forma de hacer oposición política.

El enfrentamiento a escala nacional, se sabe, se resolvió con el triunfo de la coalición de liberales gólgotas y conservadores contra el liberalismo draconiano. En el Cauca, ante la fortaleza de draconianos y obandistas, la tarea de dismantelar al liberalismo draconiano y a la Guardia Nacional obandista fue labor de una alianza del liberalismo gólgota de afuera con el conservatismo de adentro. Concluyó así una etapa en la vida política del Gran Cauca para dar comienzo a otra de características diferentes.

1880-1909

DESINTEGRADO EL GRAN CAUCA

Humberto Vélez Ramírez



Las enconados esfuerzos por conservar el territorio, fueron finalmente acallados en el gobierno de Reyes.

La Regeneración fue primero, y principalmente, un fenómeno asociado a la constitución de un centro político, con base territorial en la Sabana de Bogotá. Así la concibieron don Miguel Antonio Caro, su máximo arquitecto normativo, y don Rafael Núñez, su más destacado líder político.

Así tuvo que ser. En un país sin realidades nacionales que trascendiesen las regiones —quizás con las excepciones de la iglesia católica y de un incipiente ejército único—, no se encontraban otras fórmulas para atar la población y el territorio a la nación, que el universo de lo jurídico-constitucional.

El Gran Cauca —donde la Regeneración se anticipó desde 1879— participó con Juan de Dios Ulloa y Rafael Reyes en el Consejo Nacional de Delegatarios de 1885 que daría origen a la Constitución de 1886. Ambos —más el primero— se destacaron en la construcción tesonera de un centro político, pero se opusieron con vigor a toda medida que debilitara el estatuto territorial del Gran Cauca.

ca. Para salvar la esencia del proyecto regenerador, aconsejó Núñez la máxima prudencia. Por eso en materia de división territorial todo quedó reducido a dos puntos bastante desteñidos, si se los confronta con los afanes centralistas de Núñez y de Caro: a un cambio nominal, de *Estados Soberanos* a *Departamentos*; y a la fijación de requisitos altamente rígidos que, en la práctica, imposibilitaban la creación de nuevos departamentos.

SOLO UN INTENTO DE REFORMA

El 20 de julio de 1887, don Juan de Dios Ulloa se posesionó como primer gobernador del departamento del Cauca con competencias jurisdiccionales en regiones geográficas y económicas tan amplias como el Valle del Cauca, Chocó, la Hoya del Quindío, Popayán, Pasto, Túquerres y la Amazonía. Desde un principio, leal y entusiastamente identificado con los regeneradores que hegemonizaban el centro político, Ulloa se dedicó a buscar fórmulas que facilitasen el manejo de la difícil situación fiscal, al impulso de las comunicaciones, al fomento de la educación y a la apertura de nuevos caminos. Además, utilizó la Ley 61 —la famosa *Ley de Los caballos*—, el instrumento más eficaz para reprimir y acallar a la oposición.

Impero, el regenerador caucano se distanció, con iras no disimuladas, del gobierno central en el tratamiento de la política territorial. En 1889 se opuso al proyecto de reforma constitucional presentado por Carlos Holguín, el cual facilitaba la creación de nuevos departamentos. En carta dirigida a un amigo antioqueño, don Marceliano Vélez le manifestó que la oposición de Ulloa había irritado tanto a Holguín que éste pensaba separarlo de la Gobernación.

En adelante las relaciones de Ulloa con los dirigentes nacionales de la regeneración se deterioraron en tal forma que escribió en 1891: "No es de ahora, hace mucho tiempo que desconfío de Núñez, de Holguín y de ese enjambre de farsantes que administran la nación y dirigen la política".

Para evitar el desmoronamiento ideológico, político e institucional de la regeneración, Núñez le aconsejó a don Carlos Holguín en 1898 retirar del Congreso el proyecto.

LA SUERTE POR PARTES

Comerciantes, hacendados y políticos vallecaucanos fincaban en la obra del ferrocarril Cali-Buenaventura, desde la década del 70, todas las esperanzas de redención económica. Pensaban que la agricultura se transformaría con los

estímulos del comercio exterior. Pero fue la región de frontera cafetera, instalada en el sur de Antioquia y en la Hoya del Quindío, la que verdaderamente incidió: se incrementó aceleradamente la demanda de alimentos producidos por las haciendas vallunas (carne, miel, panela y cacao).

El Valle entró al siglo XX al ritmo de nuevas tendencias económicas, demográficas, sociales y políticas asociadas a la transformación capitalista de su agricultura y a la creación de nuevos grupos sociales y de poder. Las restantes regiones del Gran Cauca vivían otro proceso y esa diferenciación se hizo evidente cuando se acentuó la centralización del poder: durante el modernizante, reformista, autoritario y personalista gobierno de Rafael Reyes (1904-1909).

Haba llegado la hora, pensaba Reyes, de subordinar efectivamente la dirigencia regional al centro político. Hubo entonces decisiones que lesionaron el estatuto territorial de Antioquia y que desintegraron con radicalidad al Gran Cauca, por tradición los mayores y más fuertes émulos del Estado central.

Los primeros pasos se dieron en 1905. Se crearon 6 nuevos departamentos, dos de los cuales formaban parte del Gran Cauca: Caldas —Manizales— y Huila —Neiva. En 1908 se vivió una fase más radical de desintegración: el país quedó descuartizado en 34 departamentos y un distrito capital, y el Gran Cauca se fraccionó en ocho departamentos con capitales de igual denominación: Túquerres, Pasto, Popayán, Cali, Buga, Cartago y Manizales.

Mediante la Ley 65, en 1909 se regresó a nueve departamentos y en ese mismo año el cabildo de Cali aceptó la restauración del Gran Cauca, pero bajo su liderazgo; a esa posición adhirieron los cabildos de Caloto, Pradera, Florida, Guacarí y Tultá. Los dirigentes bugueños, a su turno, reiteraron sus pretensiones autonomistas, mientras el cabildo de Palmira volvía a pensar en Popayán como capital. En 1910 se expidió el Decreto 340 que creaba al departamento del Valle.

El nuevo departamento del Cauca se quedaba en el siglo XIX con su problema agrario sin resolver. Que a los caucanos les habían quitado la hacienda y que sólo les tejaron *el mangón de sus terrenos*, declaró gráficamente el maestro Valencia al evidenciar los efectos de la desintegración territorial del Gran Cauca en el siglo XIX y que el Cauca había quedado reducido a *un cerco de cordilleras inexploradas* escribió más tarde don Diego Castrillón.

Primeros años del XX MOVIDAS Y PELIGROS DE LA HEGEMONÍA

Lenín Flórez Gallego



Las marcadas diferencias departamentales tuvieron un denominador común: los movimientos sociales.

Valle, Cauca y Nariño tuvieron procesos sociopolíticos y económicos bien diferenciados en las primeras décadas del siglo XX. En el Valle se vive con euforia la creación del departamento y se elabora una idea de progreso y civilización en las élites, las que, en medio de las contiendas bipartidistas, se ponían de acuerdo para construir el ferrocarril del Pacífico, la carretera central, los acueductos, disponer de luz eléctrica, elaborar proyectos agropecuarios de exportación, utilizar el canal de Panamá y tener alguna iniciativa industrial y bancaria.

En el Cauca —particularmente en Popayán— se prolonga el duelo de la desintegración territorial. Nostalgia y depresión sufre la élite payanesa hasta el punto de emigrar un gran número de sus componentes. Se llegó a olvidar la consigna *¡Reintegración o muerte!* y la expectativa eran sembrar café y trigo más que tener ganado. En las haciendas se producía tabaco, frutales, mieles y caña de azúcar y las industrias se reducían a los molinos, destilería de licores y cervecería y se en-

contaban algunas fábricas —en 1926— de baldosas, teja, tubos, ladrillo, concreto, joyería, vinería y artesanía de alguna importancia.

Sólo hasta 1926 llegó el ferrocarril, casi 15 años después de estar en el Valle Nariño entretanto mantiene cierta reclusión conservatriz.

SALTA LA LIEBRE

Variados fueron en el Valle los conflictos políticos durante estos años: por la entrega de los colegios a los hermanos maristas y la creación del departamento del Valle en Buga; alrededor de la polémica entre los franciscanos e Ignacio Palau en 1915 en Cali; en Yotoco, Guacarí y Cali hubo zambras en 1911 con motivo de las elecciones; y en casi todo el Valle los rumores de levantamientos liberales, entre 1915 y 1913, provocaron tensiones y el movimiento de tropas.

Sinenbargo, fue la bolchevización del país, y ya no el Partido Liberal o las amenazas yanquis, el peligro para la hegemonía conservadora y la nación. En 1920 la gubernación expidió una circular sobre orden público por los sucesos del Horigal —problemas de tierras—, Cartago —luz eléctrica—, Puerto Tejada, Palmira, Pradera y Florida —contra abastecedores de carne. Se habló de introducción de armas para preparar el golpe de cuartel que darían los liberales y socialistas en Pasto, Popayán y Cali.

Además, surgió un fenómeno nuevo entre 1915 y 1930: el de las huelgas. Hubo 17 organizaciones obreras en 15 poblaciones y sobresalían los activistas Miguel Olave y Laurentino Castillo en Cali, Nepomuceno Benítez en Bolívar, Salvador Rodríguez en Florida, Ramón Ureña en Jamundí, Agustín Morales en Buenaventura, Lisímaco Espinosa en Pradera, Luis C. Santacoloma en Tuluá, Emilio Bejarano en Buga, Salvador Barbosa en Dagua, Abraham Jiménez en Cerrito y Nefulí Arce en Palmira. Contra el peligro comunista, se creó en 1928 en Cali la Junta de Defensa Social encabezada por José Manuel Saavedra Galindo, Mariano Córdoba, Fray Tomás Becerra y Manuel J. Gutiérrez; es decir, por liberales, conservadores e Iglesia.

INTINGULIS ELECTORALES

En la campaña para suceder a Abadía Méndez hubo desde un principio mucha incertidumbre. Carlos Holguín Lloreda y José María Otoyá candidatizaron a Ignacio Lengifo pero sus antecedentes como gobernador y ministro de guerra le restaron fuerza. Después se definieron los bandos Vasquista y Valencista.

La mayoría optó por Alfredo Vásquez Cobo, más aun cuando Luis Adriano Díaz, obispo de Cali, recomendó votar por él en circular de enero de 1930. El grupo de Primitivo Crespo y Rodríguez Diago estuvo con Valencia de quien decía Rengifo que *representaba el conservatismo de pálidos tintes, indeciso, vacilante y liberalizante*. Peor que Olaya, comentaban otros conservadores.

Entre los liberales la dirigencia nacional creó indecisión. Que era impropio tener candidato propio: así opinaban con el general Cuberos Niño el periódico El Relator y Mario de Caicedo, presidente del directorio. Definida la candidatura de Olaya Herrera, la mayoría optó por su apoyo. Doce mil personas concurrieron a la manifestación en Cali el día de su proclamación y el día de su posesión 30 mil.

PUNTO APARTE

En el Cauca la historia política estuvo marcada por las dos candidaturas presidenciales de Valencia y por el gran movimiento social de Quintín Lame. En esos sucesos se definen las relaciones Estado-Iglesia y sociedad-Estado, en una región donde pesaba lo tradicional en las costumbres políticas.

La fiesta del centenario y la campaña presidencial de Guillermo Valencia movieron la sociedad política; pero el candidato no contó ni con el apoyo oficial ni con el de la iglesia. Por estos mismos años (1915-1918) entraron en polémica Guillermo Valencia, Jorge Ulloa y Laurentino Quintana —liberal que dirigía el periódico Opiniones— alrededor del tratamiento a los indios y a Quintín Lame. Desde el periódico Cauca Liberal también intervino Teófilo Sarria.

El problema religioso se agitaba por momentos: para detener la presidencia de Valencia —apoyado en un principio por el Arzobispo Crespo de Popayán— o en debates —como el de 1920 entre el presbítero Laureano Mosquera y el *liberal-socialista* Marcelino Valencia o entre el periódico La Unión Conservadora y Juan de la Cruz— acerca de la reforma de la instrucción pública y las pautas del concordato en 1923; o por la venta de biblias protestantes en 1924.

Pero nada causó tanto descontrol en la sociedad caucana dominante como el movimiento de Quintín Lame, entre 1915 y 1930. Siempre fue parte del desenvolvimiento del sistema político la historia de los indios. También desde 1915 —y durante todo el período considerado— se encuentran movimientos de comunidades negras en Puerto Tejada. A eso se suma el quehacer del Partido Socialista Revolucionario que llegó a tener en el Cauca, en 1928, cuatro organizaciones obreras y 16 activistas en Popayán y Puerto Tejada. Se expresaban en los periódicos

cos Opiniones y Bandera Roja. El clima de tensión se alimentó con la crisis mundial de los años 30. *"Nada por acá de particular que merezca contarse fuera de la política cada día más agitada —decía Carlos Holguín a Ignacio Rengifo en ese año—. Todo está paralizado por completo. Se esperan muchas quiebras. La crisis ha llegado a su colmo, y no se le ve remedio por lo pronto"*.

GRAMÁTICA DE UN SIGLO

Adolfo Atehortúa Cruz



Paz: un vocablo que espera nuevas páginas.

Los términos **conflicto**, **política** y **violencia** definen el carácter de la relación política entre ciudadanos y entre éstos y el Estado a lo largo del siglo XX. Mecanismo preferido en la resolución de los conflictos, *la violencia*; una alternativa tras el desborde o fracaso de la violencia, *la política*; *conflicto* como búsqueda permanente de ubicación-reubicación en los procesos de reconocimiento y construcción de lo estatal-nacional. Ahora una mirada desde los años 30.

1930-1948 AÑOS PROLEGOMENOS

Dos tipos de conflicto son notorios la región a esta altura del siglo. El primero, la disputa ardiente por la tierra hecha por ramajes de la colonización antioqueña en el norte-centro del Valle e incluso en el norte del Cauca; por los indígenas caucanos en el macizo y las cordilleras, o por paupérrimos colonos y peones en Nariño. Entre el 15 y el 31, se viven agudos enfrentamientos en Silvia y Buenos Aires (Cauca), Barbacoas e Ipiales (Nariño) y Caicedonia, Riofrío, La

Cumbre y Roldanillo (Valle). La construcción del canal de Panamá —1914— y de una red ferroviaria que une a la región del Pacífico con el interior del país, el auge de la tierra y las primeras industrias en Cali, revitalizan la región.

La política coloca el otro tipo de conflicto, tal vez no tan crudo en Cauca y Nariño como en el Valle. En este último departamento, las bases partidistas de muchos municipios se trenzaron en contienda por la apropiación de la maquinaria electoral y el poder municipal.

Los enfrentamientos se iniciaron a piedra en Cali y Palmira y se extendieron con disparos aislados a Tuluá, Zarzal, Bugalagrande y Buga. *Relator*, decano de la prensa liberal en la región, dio a conocer "atropellos ejecutados contra colonos" en el Valle y publicó repetidas notas en su apoyo.

Los conservadores presentaron desde Bolívar numerosas quejas contra empleados oficiales que impulsaban colonizaciones e invasiones con interés electoral. Parecía un desquite: el 12 de septiembre de 1930, *Relator* denunció "graves delitos cometidos por el cuerpo de detectives de la pasada administración" y "hogares allanados y ataques a mano armada, pérdida de armas, requisas en las cuales se perdía dinero y alhajas, correspondencia violada...". Los mismos corresponsales atribuían a Hernando Navia un discurso en el cual instaba a los conservadores a prepararse para *reconquistar las posiciones perdidas*. "Si es necesario derramar sangre, habría dicho Navia, la derramaremos. Por encima de todo y de todos ganaremos las elecciones venideras en todo el país."

La situación era cada vez más tensa. En Yotoco se recuerdan los letreros que aparecieron en la plaza una semana antes de la posesión de Olaya: *Godos hijueputas: les llegó la hora! Quemaremos sus casas de paja y le meteremos dinamita a las de teja*. Se sembraron así, imperceptiblemente, los estallidos de la Violencia en el 48.

1948-1966 EL TERROR Y SUS SECUELAS

El 9 de abril sorprendió a Nariño con una mayoría conservadora y cómplice del frustrado golpe militar del 44. En manos de una gobernación férrea, el orden público apenas se inquietó. A tal punto que, incluso después del nuevo acuerdo capitalino de unidad nacional, el gobernador se negó a cumplirlo objetando cualquier nombramiento liberal para sus alcaldías.

El norte del Cauca y el Valle entero fueron, en cambio, escenario de conmoción popular. Valientes pero desorganizados caleños atacaron *La voz del Valle* y

el *Diario del Pacífico* —expresiones de prensa conservadora en la capital—, se tomaron la estación del ferrocarril y saquearon almacenes, estancos y ferreterías. Antes del amanecer, sin embargo, el comandante de la Tercera Brigada, Gustavo Rojas Pinilla, logró controlar la situación desbaratando las efímeras juntas revolucionarias. Buga, Zarzal, Caicedonia, Riofrío y otros municipios, corrieron una suerte similar.

Tuluá observó, con el calor de los hechos, el surgimiento de León María Lozano, el famoso *Cóndor*, célebre cabeza de los *pájaros* en la *conservatización a bala* de los campos. Puerto Tejada se levantó airado hasta que lo derrotó el Ejército. Poblaciones del norte del Cauca, como Corinto y Santo Domingo, trabaron entre ellas acciones de toma y retoma.

En algunos sectores del macizo nariñense, a lo largo de la Cordillera Central en Cauca y Valle y en la margen montañosa occidental del río Cauca en el Valle, la Violencia se extendió con terror inusitado. La misma Casa Liberal en Cali fue escenario de masacre, al igual que las poblaciones de Ceylán, Andinápolis y Betania, entre muchas otras. Tuluá vio crecer al *Cóndor* como Trujillo a su *último gamonal*.

Testigo de una y otra masacre, Pedro Antonio Marín —Manuel Marulanda, Tirofijo— tomó en el Valle la decisión de alzarse en armas. A la región de Corinto (Cauca), empezaron a llegar guerrilleros que huían del Tolima. Allí se radicaron *Tijeras* y *Aguillita*, con quienes Antonio Larrota pretendería conformar luego el brazo armado de su movimiento insurreccional universitario, el Moec. A la bota caucana llegarían finalmente *Mariachi*, *Richard* y el mismo Marulanda, hasta Río Chiquito.

Llegarían también los bombardeos y los bandoleros: *Asombro*, *Candadito*, *Corocito*, *Barrilito*, *Arbolito*, *Patemico*, quienes extendieron su radio de acción por la Cordillera Central hasta Florida, Palmira e incluso Tuluá en el Valle. Por el extremo norte de este último departamento, se hicieron célebres también *Zarpazo*, *El Vampiro* y *Lamparilla*.

1960-1990 NUEVAS VIOLENCIAS Y ATISBOS DE PAZ

Al final de los años sesenta, pero sobre todo en las dos décadas siguientes, el nuevo movimiento guerrillero busca implantarse a toda costa en la quebrada geográfica del Cauca y el occidente del Valle. Fracasaron Antonio Larrota y Francisco Garnica pero no las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia, Farc, ni, posteriormente, el Movimiento 19 de abril, M-19, y el Quintín Lame.

Asoman con auge los movimientos sociales: la Asociación Nacional de Usuarios Campesinos, Anuc, los trabajadores agrícolas, los estudiantes, el Consejo Regional Indígena del Cauca, Cric y los movimientos cívicos locales. Cartago y Tumaco, en cada extremo de la región, protagonizan vigorosos paros.

Entretanto, la política del Frente Nacional es monótona, aunque en Cali y muchos municipios de la región se apoya al Movimiento Revolucionario Liberal de López y a la Alianza Nacional Popular de Rojas. La normalidad se rompe. Los paros cívicos se repiten en Nariño y columnas del M-19 intentan penetrar por su extremo sur. Cauca se encuentra sitiado por ambas cordilleras y su situación se agrava con el terremoto payanés. Los gremios del Valle sienten la problemática.

Escenarios de guerra, el Valle y Cauca lo fueron también de paz. Corinto, en el proceso iniciado por Betancur, y Santo Domingo, en el culminado por Barco, marcan una senda. Los indígenas avanzan en su reconocimiento y obtienen espacio definitivo en la Constituyente. Los niveles de organización social participativa en Nariño se superan. Sin embargo, falta mucho camino por recorrer. Otras violencias, como la mafiosa, la común y aun la guerrillera, continúan cobrando víctimas. En este terreno, restan páginas de historia por escribir.

1930-92 RADIOGRAFÍA ELECTORAL

Hernando Llano



Reza el refrán que la democracia comienza cuando en lugar de cortar cabezas, ellas se cuentan. Aquí, un análisis circunscrito en las polémicas pero siempre factuales cifras.

El Departamento existe como una entidad territorial con una representación propia en la conformación del poder político nacional o regional. Se quiere presentar de él un cuadro detallado del comportamiento electoral por lo cual el análisis se centrará en el municipio como pieza básica en este rompecabezas.

LO REGIONAL

En el suroccidente, exceptuando el Cauca, los departamentos de Nariño, Valle, Risaralda y Quindío cuentan con una historia electoral propia a partir del este siglo. La referencia son las elecciones presidenciales competitivas —1930, 1942 y 1946—, luchas abierta y de resultados inciertos por el poder ejecutivo central; las fuerzas electorales de los Partidos Liberal y Conservador en los departamentos existentes —Cauca, Nariño y Valle— se expresaron así en 1930:

Dpto.	P.Liberal	P.Conservador		Total Conservador
	Olaya H.	Valencia	Vásquez	
Cauca	14.220	13.055	4.106	17.161
Valle	33.046	9.528	13.088	22.616
Nariño	9.907	5.330	9.849	25.179

En 1935 el Partido Conservador convoca a sus electores a no votar, quedando el candidato liberal, Alfonso López Pumarejo, sin adversario real: Eutiquio Timoté alcanza a nivel nacional 1.974 votos contra 938.908 de López. La votación liberal en el Cauca fue de 42.958, en el Valle de 67.750 y en Nariño de 26.791. Impresiona el aumento de la votación del Partido Liberal en un 300% en Cauca y Nariño, departamentos conservadores, y la dobla en uno liberal, el Valle.

En 1938 vuelve a abstenerse el Partido Conservador y triunfa Eduardo Santos, con los siguientes resultados: Cauca: 24.637, Nariño: 23.225 y Valle: 47.525. Es notoria la disminución del 70% de votos liberales en el Valle y del 57% en el Cauca.

Para las Elecciones Presidenciales de 1942, el candidato liberal López, mide sus fuerzas frente al candidato Carlos Arango:

Dpto.	A. López	C. Arango
Cauca	22.820	27.170
Valle	59.271	60.021
Nariño	26.052	22.511

Sorprende su derrota por escasos 750 votos en el Valle (lib), y su victoria, por 3.541 en Nariño (cons). El Cauca continúa fiel a su estrecha mayoría conservadora de 1930, ampliándola ligeramente en 1.413 votos. Ya en 1946, cuando el Partido Liberal se presenta dividido con las candidaturas de Gabriel Turbay y Jorge Eliécer Gaitán, el Partido Conservador surge unificado con Mariano Ospina Pérez y obtiene los siguientes resultados:

Dpto.	TOTAL			
	G.Turbay	Gaitán	Liberal	M.Ospina
Cauca	16.031	17.055	33.086	22.758
Valle	40.077	45.809	85.886	58.042
Nariño	20.613	6.811	27.424	29.683

En virtud de la división, los candidatos liberales pierden individualmente frente al conservador. Pero también gracias a ella obtienen la más alta votación liberal — en conjunto— durante el período estudiado, en los 3 departamentos, ganando incluso en el Cauca (cons) por 10.328.

De este período, particularmente intenso, se concluyen varias cosas: 1. unas elecciones en verdad disputadas, y controvertidas en su clima de transparencia y garantías: el Partido Conservador se abstuvo en dos ocasiones —1935, 1938. Disputado, pues es a partir de sus divisiones internas que cada partido se alza con la victoria sobre el otro: el Partido Liberal en 1930 y el Partido Conservador en 1946. Pero también, por cuanto el primero desafía con éxito la mayoría conservadora en el Cauca, potenciando creadoramente su propia división interna de 1946. Con la misma fórmula le disminuye la ventaja en Nariño: de 15.272 votos en 1930 la reduce a 2.199 en 1946;

2. el predominio del Partido Liberal en la región: sumando sus votos en los tres departamentos aventaja en 1946 a su rival en 35.973 votos. A nivel nacional entre 1931 y 1949, de los 638 municipios con tendencia tradicional en el voto, el 68% votan liberal y el 32% son de mayorías conservadoras (Patricia Pinzón). Predominio que, al no reflejarse en el Ejecutivo Nacional, agudizará notablemente la violencia política entre el 49 y el 53. Por ello precisamente se abstiene el Partido Liberal en los comicios de 1950 y 1952.

FRENTE NACIONAL

En virtud del compromiso previo, sólo entre los dos partidos, de la alternancia presidencial y la paridad en todas las corporaciones públicas hasta 1974, no hay competencia.

Surgen con vida electoral propia Risaralda y Quindío, legalmente constituidos como departamentos en 1966. No obstante estar determinados todos los car-

gos, los procesos electorales mantuvieron su dinámica. Así, no afectaron la composición del Estado.

Pero el clima aséptico de moderación y tolerancia, es desafiado por disidencias como el MRL de López que en 1962 obtuvo 624.863 votos y por Gustavo Rojas Pinilla con 54.557 para la misma fecha. La Corte Electoral no computó esos votos por considerarlos nulos frente a las disposiciones constitucionales de alternancia.

Durante el Frente Nacional se decantan en el país las pautas electorales. La tendencia tradicional se consolida: de 973 municipios, 882 votaron mayoritariamente por el mismo partido y sólo 91 cambiaron en más de una ocasión su votación mayoritaria —considerando todas las elecciones celebradas durante el período. Lo anterior significa que el 91% de los mpios entonces existentes eran tradicionales y sólo el 9% era no tradicional. De los tradicionales, 481 eran liberales y 401 conservadores.

Pero el Frente Nacional favoreció electoralmente al Partido Conservador: su votación pasó de un 32% a un 45% a nivel nacional, lo cual se explica en gran parte porque muchos municipios no tradicionales evolucionaron hacia el conservatismo, especialmente en Nariño: Pasto, Túquerres, Linares, Ancuyá, Sapuyes, Funes, Iles, El Tambo, Santa Cruz, Samaniego, Cuaspud, Guaitarilla y Buesaco, se conservatizaron después que eran no tradicionales durante 1931-1949.

Igual ocurrió en mpios del Valle del Cauca —Vijes, Bolívar, Bugalagrande, Caicedonia, Ulloa—, del Quindío —Finlandia— y de Risaralda —Mistrató, Pueblo Rico, Apia, Belén de Umbría y Marsella.

En la EP más controvertida del período —el 19 de abril 1970—, Rojas Pinilla gana en el Valle, en donde 15 de los municipios tradicionalmente conservadores respaldan la Anapo. En Nariño, Cauca, Quindío y Risaralda gana Misael Pastrana gracias a la lealtad de la mayoría de municipios conservadores.

Concluido el Frente Nacional, la balanza se inclina a favor del Partido Liberal. En el Valle, los municipios no tradicionales —Tuluá, El Cerrito, La Cumbre y Pradera— se liberalizan. Sucede lo mismo con Argelia, Patía y Almaguer en el Cauca, y en Nariño con Sandoná, Consacá y Colón. En Quindío no se producen cambios mientras que Balboa, en Risaralda, se liberaliza.

1988 PRIMERA ELECCIÓN POPULAR DE ALCALDES

Novedosos fueron en Cauca el triunfo conservador en Popayán, el giro de municipios que entre 1972 y 1982 fueron liberales y viraron hacia el conservatismo —Cajibío, la Vega y Patía—, y la victoria de movimientos cívicos en los municipios de Almaguer, Bolívar, Timbiquí y Totoró.

Pero es en Nariño donde más avanzan los candidatos de los movimientos cívicos. Ganan en Albán, Colón, Ipiales, La Florida, La Unión, Mallama y Leiva. En el Valle, triunfan en Buenaventura, Calima (Darién), Pradera y Florida. Entretanto en Quindío el liberalismo pierde, frente a los cívicos, los mpios de Circasia y Salento, y Pijao abandona su afiliación conservadora del período 72-82 y se inclina también por el movimientos cívicos. En un estilo nuevo, una coalición del liberalismo, conservatismo y la Unión Patriótica, respaldó al alcalde de Risalda. Sólo varía su afiliación partidista, liberal, el mpio de Marsella, y gana el candidato conservador.

DE 1990 A 1992

La Elección Popular de Alcaldes de 1990 da al Partido Liberal en toda la región, el mayor número de alcaldías, 76, y la más alta votación: 774.896. Sin embargo en el 92, *otros partidos* —categoría general y globalizante en las estadísticas— conquistan el mayor número de alcaldías, 69, y la más alta votación: 535.591, frente a 51 liberales y 410.861 votos.

No es tan claro sinembargo, que sea un canto de cisne del bipartidismo: bajo la categoría *otros partidos* hay diversos intereses, muestra, más bien, de una especie de alquimia política que transforma con éxito el sentimiento ciudadano liberal o conservador, pero bajo banderas *movimientistas* de carácter suprapartidista o cívico que diluyen el desprestigio de la clase política tradicional y sus etiquetas ya anacrónicas.

BIBLIOGRAFIA

Moncayo, Víctor Manuel. La Constitución de 1886 y la transición al régimen de descentralización territorial. En *Estado y economía en la Constitución de 1886*, Oscar Rodríguez (Compilador), Contraloría General de la República, Bogotá, 1986.

Valencia, Alonso. *Estado soberano del Cauca. Federalismo y Regeneración*. Banco de la República, Bogotá, 1988.

Vélez, Humberto. La regeneración y el Gran Cauca: de la autonomía relativa a la desintegración territorial. En: *Estado y economía en la Constitución de 1886*, Oscar Rodríguez (Compilador) Contraloría General de la República, Bogotá.

Alape, Arturo. El 9 de abril en provincia. En: *Nueva Historia de Colombia*, V. II, pp. 57-80, Planeta, Bogotá, 1988.

Legrand, Catherine. *Colonización y protesta campesina en Colombiana. 1850-1950*, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, 1988.

Sánchez, Gonzalo. La Violencia: de Rojas al Frente Nacional. En: *Nueva Historia de Colombia*, Vol. II, pp. 153-178, Planeta, Bogotá, 1989.

Pinzón de Lewin, Patricia. *Pueblos, regiones y partidos*, Centro Interdisciplinarios de Estudios Regionales (CIDER) y Centro de Estudios de la Realidad Colombiana (CEREC) de la Universidad de los Andés, Bogotá, 1989.

Días hechos a mano

Se delinea la historia de la vida cotidiana desde finales del siglo XVIII. De aquí a las primeras décadas del XX es la época llamada de tránsito entre el antiguo régimen y la modernidad. Se resaltan aspectos de la familia, los ritos de sociabilización, las fiestas, las devociones, las diversiones, la comida y el vestido, sugiriendo la permanencia de algunas tradiciones y los cambios de otras.

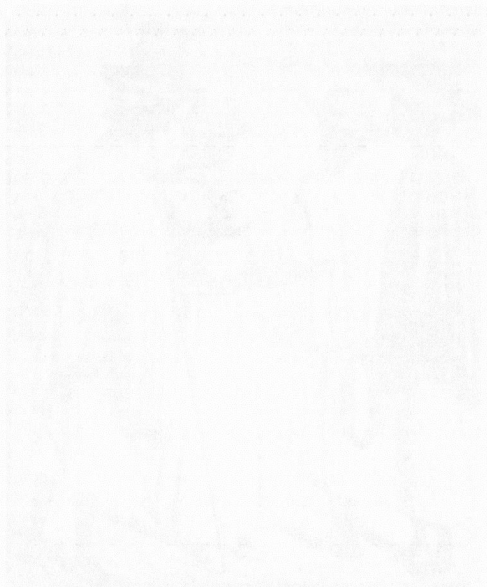


Indios del Puracé. Acuarela de M.M. Paz, Siglo XIX, B.N. Bogotá

Beatriz Castro: Antropóloga, magister en Historia. **Pablo Rodríguez:** Historiador, profesor titular de la Universidad del Valle

Physician's Role in Health Care

The physician's role in health care is a complex one, involving not only the diagnosis and treatment of disease, but also the prevention of disease and the promotion of health. The physician must be able to communicate effectively with patients, families, and other health care professionals. The physician must also be able to work in a team, and to be a leader. The physician's role is constantly evolving, and it is important that we continue to re-examine and re-define it.



Continued on page 9

VIDA EN ARCOIRIS



Fines del siglo XVIII. El perfil social de la región contrasta asombrosamente con el de las dos primeras centurias de vida colonial.

Al declinarla Colonia, las principales ciudades de la región dejaron de ser simples aldeas. Cali, Buga, Pasto y Cartago enseñaban una arquitectura lustrosa y animaban actividades de variadísimo orden. La población, crecida en número y condición, se había concentrado en las ciudades y en nuevos poblados de gente libre. En el campo, las haciendas ganaderas o de trapiche constituían los parajes más visibles. En poco tiempo se convirtieron en asiento de formas de vida social sumamente complejas.

Basada en la esclavitud, la vida en las haciendas era un crisol de relaciones interétnicas —de las que no estaban ausentes los peones indígenas—, de procesos de aculturación y de búsquedas, no siempre felices, de opciones de vida individual y familiar. En conjunto la región alcanzaba, al final del régimen colonial, los rasgos que identificaban el barroco hispanoamericano: sociedades en proceso de masificación, multiraciales y estamentales.

De Cartago a Pasto se delineaba un corredor, nada monótono y quien iba de un extremo a otro de la región, debía recorrer valles de diversa altitud, ascender mesetas de incontables montañas, seguir las vegas de caudalosos ríos y soportar el cambio del clima. Si el paisaje era variado en color y textura, no menos lo era la gente que lo habitaba. Un mayoritario grupo de pobladores mulatos, pardos, zambos y negros, habitaba los campos y las goteras de las ciudades. A los indígenas, desplazados de los valles hacia las tierras altas de la cordillera Central, se los advertía sólo en forma estacional en las haciendas. Los blancos criollos y los peninsulares, de escasísima presencia en la región, tenían su asiento en las ciudades y, en forma secundaria, vivían temporadas en sus haciendas administrando e imponiendo orden.

Pero, ¿quiénes fueron estos hombres y mujeres que nacieron y murieron en la región?, ¿qué formas de vida familiar atemperaban sus afectos?, ¿cómo vivieron sus vidas, qué ritos, ceremonias y festejos marcaban sus días y cuáles palabras daban tonalidad a su característico lento hablar?

POBLACIÓN Y MESTIZAJE

Antes de iniciar la comprensión de los tipos y las formas familiares que se forjaron en la región, conviene tener en cuenta algunas cifras generales de su demografía. De acuerdo con el primer Censo General del Virreinato de la Nueva Granada de 1779, la Provincia de Popayán contaba con 100 mil 290 habitantes, de los cuales el 64,26% eran mujeres. Desde el punto de vista racial, los libres —gente mestiza, parda, mulata o negra libre— comprendían el 32,67% de la población; los esclavos el 18,64%, los indígenas el 27,68% y los blancos el 20,49%. En este mismo censo se señala que en la Provincia había 510 religiosos monjes, clérigos, frailes y legos.

Para entonces, la base racial era de color mezclado. Así lo muestra cristalina-mente la composición de la población de Popayán y Cali: en Popayán, de los 7 mil 74 habitantes que había en 1807, 3 mil 5 eran mestizos, 354 indios, 1.218 mulatos, 120 negros libres, 1.359 esclavos y 1.018 blancos nobles. Cali por su parte poseía, en 1797, 6 mil 693 habitantes. De ellos, 2 mil 493 eran pardos, 1.218 mestizos, 1.120 esclavos, 256 mulatos y negros libres, 26 indios, 658 montañeses y 665 blancos y nobles.

Un cuadro similar se daba en poblaciones menores como Cartago, Buga y Caloto. En otras recientes como Tuluá, Santander de Quilichao y Mercaderes, el elemento mulato era mucho más dominante. El fenómeno del mestizaje —que para la región es más acertado definirlo como mulataje— constituye uno de los elementos sociales

y culturales distintivos de la región. De la manera particular como se forjó el ser mulato, surgen las claves para comprender la mentalidad caucana y valluna.

Todo eso se inició con el traslado masivo de esclavos africanos para la explotación de las minas de oro de la región, entre las últimas décadas del siglo XVII y la primera mitad del siglo XVIII. Para sorpresa de los esclavistas de por allí y de todos los empresarios del Antiguo Régimen, las economías mineras eran marcadamente efímeras. Al sobrevenir la crisis de rentabilidad de la minería del Pacífico, muchos propietarios no tuvieron otra opción que trasladar sus cuadrillas de esclavos a las haciendas del Valle y del Cauca que, sin embargo, no eran industrias: no vivían un régimen de plantación en el que la disciplina de trabajo y el ordenamiento de la vida diaria impidieran la expresividad de los esclavos.

Antes que operarios de una factoría, los esclavos se fueron convirtiendo en una especie de servidumbre y peonía. Incluso los viajeros y novelistas de la época no dejan de sorprenderse con la presencia pintoresca, pero también imprescindible, de los mulatos, pardos y esclavos negros en las haciendas.

El mulataje es un fenómeno histórico sumamente complejo. Los férreos prejuicios raciales propugnados por el Estado colonial y por la Iglesia, obligaron a la clandestinidad de las relaciones entre gente de color opuesto. Por ello, en cierto sentido el mulato fue visto como ilegítimo. Empero sería ingenuo suponer que todo el origen del mulataje estuvo en las relaciones sexuales opresivas y violentas que algunos hacendados impusieron a sus esclavas. Por debajo de la delgada capa social de la élite regional, existía un vasto conjunto de gente de condición mediana y pobre que compartía sus días por igual. Fue en este grupo de blancos pobres, de montañeses, de mulatos, de pardos y de negros donde el mulataje se consolidó como forma cultural.

De otro lado, la presencia de la Iglesia en el suroccidente colombiano fue muy débil. Se remitía a las principales ciudades y, aunque en el siglo XIX incrementó sus parroquias y sacerdotes, nunca cubrió las diversas áreas de la región. Las visitas pastorales a las haciendas y a los pueblos de gente libre eran escasas. Así, la prédica eclesiástica sobre el sacramento matrimonial y sobre la sexualidad se reducía a la población urbana. Sin embargo, aun allí se notaban sus limitaciones para contener las *conductas desviantes* de la población. En 1797 había en Cali 794 madres, de las cuales 199 eran solteras con 386 niños.

El viajero norteamericano Isaac Holton —de religión presbiteriana— advertía con estupor a su paso por el valle del Cauca, que el matrimonio católico en los caseríos

no era una norma y que con frecuencia hallaba mujeres con hijos de distinto color de piel. Su puritanismo se vio sacudido cuando acudió a un matrimonio en La Paila y observó que la novia se hallaba embarazada. La ilegitimidad parecería no haber constituido un drama social y psicológico para muchos individuos. Lo era sí, la miseria en que vivieron estas comunidades a lo largo del siglo XIX.

No obstante, no debería olvidarse que en los ámbitos de la política y de las alianzas sociales de las élites, la legitimidad y la pureza de sangre actuaban como mecanismos de exclusión. Los casos de David Peña, Manuel María Victoria y el Negro Tejada, en el siglo XIX, revelan ejemplarmente esa velada discriminación.

Siglos XVIII y XIX EN FAMILIA



Compañía y soledad, respeto o abandono, ritos sociales. Rasgos de una institución que se va moldeando con los años.

Las familias de Popayán y Cali no constituían una unidad. Por el contrario, en ellas coexistía, desde el siglo XVIII, un conjunto sumamente variado de formas de vida colectiva. Fueron excepción familias con 12 y 14 hijos: lo corriente era la familia reducida compuesta por los padres y, máximo, cinco hijos. Aquellas muy numerosas eran eminentemente urbanas, es decir, habitaban en el marco de la plaza y pertenecían al círculo de los beneméritos. En los barrios más pobres, de mestizos y mulatos, el número de hijos sólo alcanzaba a tres.

Por lo pronto es difícil decidirse por una sola hipótesis acerca del factor que las hacía más prolíficas: si su condición económica les permitía salvar de la muerte a sus bebés, si se hallaban psicológicamente con mayor confianza para la procreación, o si su catolicismo les impedía practicar una sexualidad no reproductiva.

Un hecho que llama la atención es la existencia de un tipo muy particular de grupo doméstico en nuestras ciudades: los solitarios. Al menos en Cali, el 18,24%

de los hogares estaba compuesto por personas mayores que no conformaban una estructura familiar: dos o tres mujeres adultas que se acompañaban en la vejez, una viuda anciana que convivía con una esclava, dos hermanas o hermanos solteros.

De interés resulta también la convivencia de varias familias en una misma residencia a comienzos del siglo XIX. Fenómeno asociado grandemente con la pauperización y la migración hacia las ciudades modernas, ya traía una significativa importancia. El 11% de las residencias de Cali y Popayán albergaban dos o más familias.

Una forma familiar imperfecta resultaba de la temprana muerte de los maridos. Luego de una corta vida conyugal, un grupo notable de esposas encontraba la viudez. En Cali, 106 hogares estaban compuestos por viudas con hijos, mientras en Popayán existían 291 hogares de idénticas características. Aunque las segundas y aun terceras nupcias no eran desconocidas en los siglos XVIII y XIX, éstas no se presentaban para la totalidad de las viudas. La mayoría quedaban en la indigencia, obligadas a buscar el sustento para sus hijos.

Asimismo, un tipo de familia bastante frecuente era la dirigida por una madre soltera. El amancebamiento y el concubinato constituían formas familiares no legitimadas que tenían su duración y procreación. Es difícil determinar la fragilidad de estas relaciones o los estados psicológicos que vivían sus miembros; o qué experiencias emocionales mantenían ellos con la comunidad. Existen fuertes evidencias de que hasta comienzos del siglo XIX, ni en el Valle, ni en el Cauca, existieron persecuciones sistemáticas contra los amancebados o los concubinos, como sí las hubo en otras regiones colombianas.

AFECTOS, DESAMORES Y ABANDONOS

La imagen de la vida familiar que ofrecen los registros históricos y que observaron los viajeros en el siglo pasado se asemeja más a los contrastes de una pintura cubista que a la placidez de un cuadro renacentista. Los ideales de respeto y amor que la Iglesia y la literatura romántica pregonaron en el país, calaron profundamente en los sectores sociales más acomodados de la región.

Los visitantes sajones y franceses, se sorprendían del trato respetuoso de los cónyuges en los campos y ciudades, aunque deploraron la falta de caricias entre los esposos. Y de besos, al menos públicamente. El trato de los padres con los niños era completamente austero. No existía el mimoseo. Y cuando los niños besaban al padre, lo hacían en la mano.

Las nociones de respeto y deferencia eran ley entre los esposos. Cierta manto de religiosidad católica las cubría. No obstante, en muchos casos, parecían alcanzar rasgos de supremo sentido de la autoridad. Holton, por suerte, no olvidó consignar en su cuaderno de notas que, en el campo, los hombres se sentaban a comer primero, mientras las mujeres observaban. Después, lo hacían ellas.

Pero las familias sufrían desgarramientos motivados por factores diversos. Uno de ellos era el ausentismo de los maridos en los hogares. Se dedicaban ellos al comercio o a la agricultura y habitualmente establecían un segundo hogar con una mujer del campo o de algún paraje. Se forjaba entonces un clima de tensión emocional paradójico. Cuando las esposas los acusaban de infidelidad, ellos le inventaban tratos con algún vecino, las azotaban o amenazaban. En muchos casos esta situación concluía en un claro abandono. En el nombrado censo de Popayán, 68 madres son definidas como *abandonadas*; otro tanto debía ocurrir con las llamadas *madres solteras* de Cali.

Asimismo, las mujeres de Popayán expusieron reiteradamente el persistente alcoholismo de sus maridos —a lo largo del siglo XIX ellas solicitaron amparo a la justicia. Según alegaban, el aguardiente era el causante de sus desdichas, sus esposos se volvían torpes e irracionales. En los sectores populares de Palmira, en la segunda mitad de la centuria, los alcaldes debieron prestar especial atención a una costumbre de castigo para las esposas denominada *el vapuleo*, que se ejercía por causas aparentemente insignificantes. Castigo que si bien no ponía en riesgo la vida de la víctima, le dejaba marcas irreparables. Tal parece, esta violencia era vista equivocadamente como el derecho a corregir a la esposa, extensión simple de una autoridad natural.

NACER, CASAR, MORIR

Han existido tres *ritos de paso* obligados en todas las culturas. No menos en la nuestra. El nacimiento era celebrado fastuosamente en familia el día del bautismo. El festejo del niño-muerto o de los angelitos, una fiesta ya perdida, estaba muy emparentada con el rito del nacimiento.

Según el doctor Saffray, viajero francés del siglo pasado, al morir un niño en los sectores populares, "los padres le visten con sus mejores ropas, cúbrele de alhajas y le depositan en el centro de una pequeña capilla improvisada con cortinas, imágenes, espejos, inscripciones doradas, cintas y flores. Recomiéndase a los amigos la asistencia; pero la reunión no tiene nada de fúnebre: no se asiste a un duelo sino a una fiesta; la muerte, al hacer un vacío, deja en pos una alegría; hay un

niño de menos y un angelito más. La madre misma, no llora, no mira el ataúd, sino el altar del querubín; su presencia es una bendición, la alegría debe reinar bajo el techo que le cobija, y de consiguiente se ríe y se canta, y lo que parecería una profanación, expresa aquí una idea religiosa".

Las nupcias no tenían mayor ostentación. Para la misa debía irse de vestido oscuro, y las mujeres con un manto que les cubriera el cabello. No había un traje que distinguiera a la novia de las demás mujeres de la ceremonia. A no ser que se tratara de gente prestante, todos iban descalzos. El sermón de los sacerdotes, insistía siempre a los novios en la obligación de procrear. Ellos, tomados de las manos, también eran unidos al cuello por dos cadenas de oro enlazadas con cintas. Sobre la cabeza de la novia y los hombros del novio, extendían yardas de mantilla blanca con flecos.

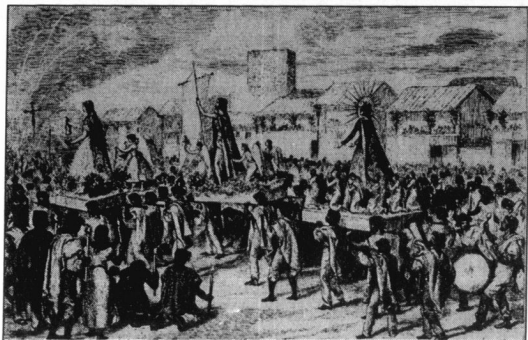
Al término de la misa nupcial, las mejores viandas esperaban en casa. Los novios, el cura, los amigos y los vecinos, se reunían a festejar. Comían cerdo, pollo y se bebía aguardiente. Normalmente, el baile de valeses y bambucos, amenizados con tambores, flautas y viñuelas, duraba hasta el día siguiente.

La muerte, el tercer rito, no era extraña. Por elementales que fueran, las enfermedades hacían presa fácil a esta gente carente de médicos y de conocimientos. Sin embargo, no existía una industria del féretro. En las haciendas se improvisaban cajones de guadua y en las ciudades, los carpinteros, de acuerdo con la calidad del cliente, apuraban durante el día el pulimento de sus mejores maderas. Los cadáveres eran ataviados con la indumentaria que se les reconocía en vida, menos su sombrero. Sus mejillas eran rasuradas y empolvadas.

Durante el siglo XIX era de rigor en Popayán que quienes arrastraban el duelo de un ser querido, y los amigos, asistieran al entierro con sombrero de pelo y levita. También era costumbre, dar las manifestaciones de pésame el domingo inmediatamente siguiente en la casa del difunto y su familia. Debía vestirse en la forma ya indicada y con guantes negros de piel, puestos y no sostenidos en una mano. Las salas de recibo exteriorizaban de alguna manera el dolor de la casa; se adherían crespones a los muebles, cuadros y adornos.

El historiador Gustavo Arboleda, indicó en un curioso libro, que en nuestra región hacia 1870 surgieron las esquelas de invitación a honras fúnebres. Asimismo que, aunque desde antes se conocían las coronas fúnebres, fue en esta época cuando se generalizaron.

ORA GOZAR, ORA REZAR



Sólo la historia ha permitido un abanico tan variado de celebraciones.

Un juego de fuerzas étnicas, culturales y sociales se deja ver en la conformación de las fiestas regionales, combinación de elementos paganos y espirituales, que revelan en su origen un complejo proceso de aculturación y las visiones delirantes de indígenas y negros recientemente evangelizados.

Fueron numerosas las festividades durante la Colonia, y tenían un carácter comúnmente religioso. Cubrían todo el año, pero se concentraban en los épocas de pascua, resurrección y natividad. En ellas se manifestaban expresiones propias de cada comunidad, su integración y cohesión, a través de cofradías y grupos de custodios.

ARRAIGOS

Las procesiones de **Semana Santa de Popayán** aparecieron desde las primeras décadas de vida colonial. Ya en el siglo XVI había tres: el Viernes Santo salía del

primitivo Templo de La Ermita, el anda o misterio con la imagen del Amo Jesús acompañada por San Juan, el Cristo y la Virgen; el Jueves y Sábado Santo partían de la Catedral las mismas andas de La Ermita y a ellas se unían la Cruz a Cuestas y cofradías de penitentes vestidos de animasolas. Por aquella época las procesiones ya eran costumbre arraigada en el corazón español de los encomenderos. En la pompa del ritual católico tenían el medio más propicio para ganar prestigio o status, exhibiéndose ante la comunidad durante los desfiles al lado de las autoridades principales. Les daba también oportunidad de hacer penitencia por sus pecados, llevando palio o cargando las andas arregladas con elementos regionales e imágenes traídas de España.

En el siglo XVII la Semana Santa comenzó a tomar las características de autenticidad y a convertirse en la celebración más suntuosa del año. Pero fue en el XVIII cuando ganó la riqueza y ostentación religiosas que la distinguen hoy. No de otra manera se explica que la mayoría de las imágenes daten de entonces. Artesanos y artistas de Quito fueron traídos a la región. Formaron escuelas con los maestros, a quienes encargaron la talla de las más hermosas imágenes de santos, de retablos y pedestales de plata, vasos sagrados y coronas de oro con piedras preciosas.

La permanencia y trascendencia de la Semana Santa en Popayán se deben probablemente a que esta ciudad fue el centro urbano regional más importante del período colonial. En ella, la Iglesia y la élite regional alcanzaron la prosperidad que les permitió consolidar las tradiciones hispánicas, fomentar y sostener la continuidad de este ritual religioso.

LA ANTESALA

Las **carnestolendas** eran los últimos momentos de regocijo antes de entrar al reposo y la meditación propios de la Semana Santa Su origen era igualmente español. Comenzaban el domingo anterior a la cuaresma y concluían el miércoles de ceniza. Se festejaban como carnavales, con bailes y disfraces, y fueron convirtiéndose en fiestas de carácter popular, con la participación destacada de indígenas, negros y mestizos. Se incluyeron riñas de gallos, corridas de toros y competencias de arcos y parece que bajo esta modalidad existieron hasta mediados del siglo XIX.

MÚSICA, POLVORA, AGUARDIENTE

En los primeros meses de cada año los pobladores negros de muchas localidades del norte del Cauca y del sur del Valle, celebran la **Adoración del Niño Dios**, la manifestación más importante de la población negra de la región.

Nunca coincide con la navidad. Se realiza principalmente en febrero y marzo, quizás porque, como algunos ancianos señalan, durante la época de la esclavitud los negros tenían que asistir a las celebraciones organizados por sus amos, y sólo podían dedicar algún tiempo a sus propias festividades cuando habían cesado en las haciendas toda celebración conmemorativa del nacimiento de Jesús. Otros cuentan que las Adoraciones coincidían en el pasado con épocas de cosecha, el momento propicio, pues se disponía de dinero, para celebrar con decoro.

Probablemente las Adoraciones se fortalecieron cuando los esclavos se consolidaron como campesinos libres, cuando ya no tenían la mirada fiscalizadora de los curás doctrineros y de los hacendados. El resultado ha sido la producción de un ritual que dramatiza el legado lírico del romancero, enriquecido con la danza, el canto responsorial, elementos profanos y una coreografía revestida de formas rítmicas de la lejana tradición africana.

En esta fiesta son imprescindibles los músicos, la pólvora y aguardiente. Lo demás corre por cuenta de las *dueñas* de la fiesta o *síndicas*, quienes aportan su conocimiento de las loas, de los versos o coplas de las *jugas*, y quienes enseñan a los niños las danzas y las vueltas; y de los jóvenes, adultos y ancianos que participan en los bailes y los cantos.

Para propiciar el robo del Niño Dios, el viernes hay un apagón premeditado en la vivienda de la *síndica*, donde ha permanecido todo el año. Salen a buscarlo de casa en casa, aprovechando para hacer visita y tomar aguardiente.

El Niño aparece el sábado y lo empiezan a adorar. Se inicia un desfile o procesión: adelante va una niña vestida de blanco, con alas y corona y lleva en la mano una vara que tiene una estrella grande y dorada. Tres niñas de blanco la siguen, portando el pabellón nacional. A continuación van los reyes, niños entre diez y doce años de edad, que visten capas de colores y coronas. Un estandarte con un abanico dorado lleno de festones blancos, en cuyo interior marchan la primera madrina y el primer padrino. La madrina lleva una canastilla que servirá de cuna para el Niño Dios. En seguida, el segundo estandarte con flores rojas y festones azules y en el centro, la segunda madrina con el segundo padrino. Desfilan los gitanos, las indias, los soldados y toda la gente de la población con velas y al final los músicos.

De pronto, surge una niña vestida de blanco, alas y corona dorada sobre un anda con arco blanco y la transportan dos hombres a una altura de dos metros y medio. Es el ángel de las nubes. Todos aplauden, y entre pólvora y música sigue la

procesión hasta llegar al patio de una casa donde se encuentra un pesebre rústico con la imagen del Niño Dios, acompañado por los demás personajes en vivo. Y entonces comienzan las recitaciones. Todos los personajes van diciendo sus loas, y entre una y otra hay música, piden nuevas *jugas*, cantan, bailan y beben. Después de varias horas de dramatizado algunos se retiran, mientras las capitanas y las cantoras seguirán bailando hasta el amanecer.

DÍAS MERECIDOS

La **Fiesta de Negros y Blancos** se celebra todos los años en Pasto y en las principales ciudades nariñeses. Se remonta al año de 1607, cuando los negros huidos de la población antioqueña de Remedios, indultados por Cédula Real, siguieron hacia el sur. En Popayán se enteraron de lo sucedido en Remedios y los esclavos en masa se presentaron a las autoridades coloniales para solicitar que se les concediera un día totalmente *libre de verdad*, en recompensa por el trabajo de doce meses. La solicitud fue a España y retornó con la declaratoria del día 5 de enero, vísperas de los Reyes Magos, como el día de los negros.

En el día libre todos los negros del Gran Cauca se lanzaban a las calles, revivían su música ancestral, vestían trajes de colorines y tiznaban a todos los blancos que se encontraran en el camino.

"Todos se vuelven locos —dice en 1854 Cordovez Moure acerca del festejo en Pasto— y las mujeres no reparan en medios para embadurnar a los hombres sin que en aquellas bacanales se ofenda el pudor de nadie". A finales del siglo pasado los hacendados escogían los mejores caballos para el desfile en que competían las cuadradas de Pandiaco, el Potrerillo, la Josefina, Pucalpa, los Lirios. El día cinco todos se tiznan de negro y el día seis de blanco, con polvos de talco. Hasta los años veinte de la actual centuria se realizaba **el curso de las flores**, actividad en la que los caballeros esparcían pétalos de flores a las damas pastusas y obsequiaban ramilletes a la elegida.

Hoy por hoy el festejo se abre el día 4 con un desfile a pie con ancianos, niños, jóvenes, caballos, burros, gallinas y carretas, acompañados por el cura, el barbero, el boticario, el curandero y la banda de música. Son recibidos con un discurso al que debe responder Papá Castañeda. Es un carnaval donde eligen reina y hay un sinnúmero de bailes y diversiones. Resulta curioso que esta fiesta se conserve únicamente en Pasto, donde precisamente la población negra no fue, como sí en otras regiones del Gran Cauca, la predominante: en ocasiones, la *ausencia* es quizás lo que permite que la expresión perdure.

LA TRADICIÓN RELATA

Fue la piedad humilde de una india lavandera, la que alcanzó el milagro del **Señor de Buga**. Hacía ella su oficio al pie del río Guadalajara, cuando pasó un escolta de alguaciles, conduciendo a la cárcel a un padre de familia pobre, acusado por deudas. Como averiguara a los gendarmes la causa de la detención, dejó su afán, se dirigió a su choza y allí, deshecha en llanto, sacó de su alcancía los ahorros con los que compraría un crucifijo que había soñado durante muchos. De regreso entregó sus dineros al inflexible oficial, quien devolvió sin más la libertad al prisionero.

Transcurrido el tiempo y hallándose un día dormida, la piadosa mujer despertó sobresaltada por repetidos golpes en el lugar donde estaba un cofrecito de madera; encontró en él la imagen de Jesús. Se levantó al instante y observó que tanto el cofre como el Santo Cristo, habían tomado dimensiones mayores. De allí en adelante no cesó de crecer el crucifijo, hasta que un tiempo después alcanzó la talla de un niño de siete años.

Paulatinamente se hizo público el milagro reconocido por el cura párroco y muchas personas empezaron a ir a la cabaña de la india. Pensaron entonces construir una capilla para que reposara la imagen, lo que significaba trasladar el Cristo atravesando el caudaloso río Guadalajara. Según cuentan, la noche en que estaban discutiendo el cambio, hubo una creciente y el cauce del río cambió, facilitando la tarea. Se construyó entonces La Ermita, de la que se conserva la torre. Luego, para finales del siglo XIX, la Basílica.

La devoción por el Milagroso de Buga se ha extendido a otras regiones del país e, incluso, a otros países. Cada siete años se festeja, en forma especial, en una procesión con la imagen.

POR QUE IR

La romería a la **Virgen de Nuestra Señora de Las Lajas**, de Ipiales, reviste igual magnitud. El motivo, su milagrosa aparición, data de finales del siglo XVIII.

Según las crónicas una indígena de la población de Ipiales, María Quiñones, salió un día de su casa para visitar a sus familiares. Cuando pasaba por las peligrosas laderas cercanas al puente sobre el río Pastarán, se desencadenó una fuerte tempestad y fue a refugiarse en una cueva natural. Asustada, invocó el auxilio de la Virgen del Rosario, devoción propagada por los Dominicos en esa zona. Sintió

que la tocaron en la espalda, volteó pero no vio nada; entonces salió corriendo hasta llegar a Potosí, su destino.

Días después venía de regreso con su hija sordomuda de nombre Rosa a sus espaldas. Paró a descansar en la misma cueva. La niña se acercó a la roca y le dijo: "Mamá, vea esta mestiza que se ha despeñado con un mesticito en los brazos y dos mestizos a los lados". Atónita María al oírla hablar por primera vez y puesto que no veía ninguna mestiza, siguió su camino hasta Ipiales. Un día Rosa desapareció y la encontraron en la cueva; esta vez María sí vio la imagen.

Estas visiones se conservaron en secreto, hasta cuando la niña murió; su mamá decidió enterrarla en la cueva y allí solicitó el milagro de la resurrección. Cuando esto sucedió María se dirigió a Ipiales y a la madrugada del día siguiente tomaron camino algunos vecinos junto con el párroco del pueblo. Al encontrar la imagen enmudecieron y a mediodía del 15 de septiembre se ofició la primera misa en el sitio de Las Lajas. Desde entonces ha sido sitio de permanentes romerías.

JUEGOS, CHANZAS Y DIVERSIONES

La Pelea de Gallos, tradición que se remonta al período colonial, se realizaba en los solares de las casas, con la autorización de los funcionarios de la época. Ante una demanda en Cali, don Agustín Caicedo manifestó en un memorial que "en consideración a que el ejercicio de tales riñas juiciosamente ejecutadas no sólo puede concurrir como lícito divertimento a la sociedad de la nobleza, sino distraer a la juventud de los entretenimientos tal vez nada decentes en que podría ocuparse no habiendo otra pública diversión suplico reverentemente a V.S. se sirva concederme que pueda mantener por año forzoso un patio para riñas de gallos que se hayan de jugar todos los días de fiesta...".

Para fines del siglo XVIII se tiene evidencia de la creación de las galleras como sitio exclusivo para las apetecidas peleas de gallos. Algo más: en informes de la tesorería municipal de Cali, del año 1850, se puede constatar que luego del impuesto por degüello de ganado mayor, el más importante ingreso a la ciudad era la tributación que pagaba la gallera, lo que nos muestra que esta forma de diversión prosiguió a lo largo del siglo XIX, hasta hoy. Es más, la actual carrera 3a. se llamó hasta hace poco la Calle de la Gallera.

Otra forma de diversión importante fueron y siguen siendo los **toros**. De obvia raíz española, también se remonta a los tiempos coloniales. Según lo señala Andrés J. Lenis en sus crónicas, en el año de 1892 vino a Cali la primera cuadrilla de

verdá. El circo fue construido de guadua en la margen izquierda del río Cali, un poco más adelante del puente Ortiz. Las corridas se celebraban en la mayoría de los centros urbanos de la región. Por el contrario, el juego de dados, bastante difundido, era considerado como un vicio.

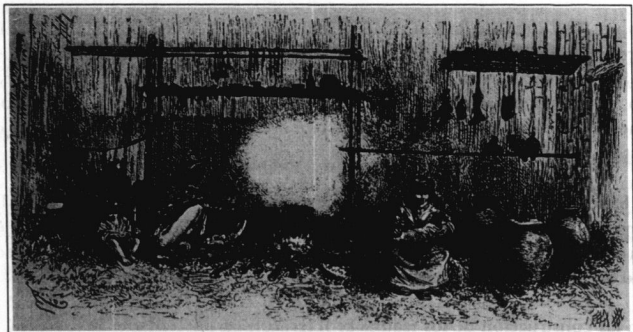
Hoy por hoy, durante las festividades de diciembre hay una serie de formas de entretenimiento muy sencillas que contienen cierto humor y algo de coquetería. Son **las inocentadas, las adivinanzas y los aguinaldos** —*pajita en boca, hablar y no responder, dar y no recibir, estatua*. Estos pasatiempos que vienen de tiempos remotos, se encuentran mencionados como evocaciones en las memorias de Gustavo Arboleda.

Los **bailes de gala** surgieron hacia fines del siglo pasado y principios de éste, en los nuevos clubes sociales. Inicialmente se realizaban en las casas. El Gran Club de Cali contaba con cantina, billares, restaurante y salón de música, y era lugar predilecto para las actividades de la élite, especialmente las de los hombres.

Con la construcción de los teatros proliferaron en las ciudades la zarzuela, el teatro y los conciertos, espectáculos que se tenían que ofrecer antes en escenarios improvisados como la casa del Cabildo —posteriormente Casa Municipal.

Los **carnavales** con reinados de belleza, se iniciaron en Cali en 1922. Lo principal en ellos era el desfile de carrozas adornadas con alegorías y acompañadas de personajes locales y de comparsas. Las reinas provenientes de todas las partes del país eran el orgullo de estos carnavales.

FOGÓN, MESA Y CONFITES



Una rápida mención al gusto culinario, preámbulo a mayores deleites.

Al igual que en toda la cocina colombiana, la del suroccidente se deriva de tres fuentes: la indígena, la española y la africana. La primera dejó el maíz, la papa y el chocolate; especias, plátano, caña de azúcar, animales domésticos, algunas verduras y el hábito de comer frutas, la segunda; y la tercera, más que elementos, introdujo costumbres de cocinar lo que se encontrara en el medio.

Hoy se distingue el claro sabor hogareño en la comida regional: ha sido típico lo hecho en casa, sencillo en condimentos y más bien modesto. El mundo gastronómico era de puertas adentro y es muy reciente la costumbre de salir a restaurantes. "Sea dicha la verdad —se cuenta en **La María**—: en el almuerzo no hubo grandezas; pero se conocía que la madre y las hermanas de Emigdio sabían disponerlo. La sopa de tortilla aromatizada con yerbas frescas de la huerta; frito de plátanos, carne desmenuzada y roscas de harina de maíz, el excelente chocolate de la tierra, el queso de piedra, el pan de leche y el agua hervida en antiguos y grandes jarros de plata, no dejaron que desear."

El viajero francés André, quien describe una pulpería de Cartago, nos ilustra acerca de los alimentos de consumo corriente: confituras, artículos de mercería, tabaco, maíz, sal, chocolate, ron, chicha, anisela, queso, canela, espejos, quincaillería, candela y betún. Comúnmente se distribuía a los esclavos carne, maíz y plátano con adiciones de aceites y azúcares para sus mujeres embarazadas.

¡SABORI

Diferentes son las maneras de preparar el plátano, el maíz y el azúcar. El variadísimo plátano se prepara verde, maduro, frito o en forma de masa. Combinado con otros alimentos se puede degustar en sancocho o como deliciosos aborrajados. Pero es el maíz la esencia del famoso pandebono —tan despreciado por los viajeros extranjeros que atravesaron la región en el siglo XIX—, de masas y bebidas como la mazamorra y el champús; puede también simplemente cocinarse.

Sin duda la presencia de los trapiches a lo largo del valle del Cauca desde el período colonial, alimentó la creatividad alrededor del azúcar y la panela. Alrededor de Buga, principalmente, ha tenido gran prestigio la dulcería en general, confitería de alfeñique, de azúcares, de alfandoque, los postres y el *manjar blanco*. Los panderos, las polvorosas, las lucas, las caspiroletas, las melcochas, las gelatinas de pata y las macetas, regalo para el día de los ahijados, continúan también presentes en las dulces costumbres de la región.

Con la destilación del azúcar se pudo festejar y celebrar desde muy tempranas épocas con *aguardiente*.

El chocolate es otra bebida sobresaliente, de muy agradable preparación según dicen los viajeros. Es más reciente el gusto arraigado por los jugos de fruta, de lista interminable.

ESE DELICIOSO RINCÓN

Las cocinas estaban localizadas por lo general en un ala de las casas, aisladas de la zona de dormir. Los fogones de leña daban un especial sabor a las comidas. Los hornos, construidos en los solares de las casas y a las afueras de las haciendas, eran de arcilla, de forma redondeada sobre una base de madera para ser utilizados con leña. Los enseres para cocinar eran de madera, arcilla o de mate. A medida que los españoles se fueron estableciendo llegaron otros materiales como la loza, el cristal, el hierro, el cobre y el acero, con los que podían elaborar utensilios de

cocina y mesa como ollas, pailas, sartenes, bandejas, jarras, platos, tazones, pocillos, cuchillos, cucharas, tenedores, morteros, cedazos, molinos.

Los hábitos de comida —horario, normas de comportamiento en la mesa, reglas de aseo, ayunos y elaboración de comidas especiales, para celebraciones como la navidad— fueron paulatinamente impuestas por los ibéricos. Se conservaron especialmente en los centros urbanos y en las clases más prestigiosas. Una rutina que se extendió hasta entrado este siglo fue la de las cinco comidas diarias: desayuno, media mañana, almuerzo, comida y cena.

Las comodidades derivadas de la energía eléctrica y el acueducto significaron cambios notables en la cocina regional. Hubo quienes se dieron a la tarea de introducir mejores utensilios de cocina y de popularizar las maneras de mesa. Con todo, las costumbres en la alimentación se conservaron en el cotidiano vivir de este siglo y algunas perduran sin mayores variaciones.

LA PINTA NO ERA LO DE MENOS



Imágenes casi visuales y de una especial riqueza acerca de la vestimenta nos ofrecen los viajeros del siglo pasado.

La pulpera no se atrevería a usar zapatos o botines —decía Saffray—, y paréele la alpargata la más adecuada para su rango". Este y otros viajeros escritores nos permiten, con sus descripciones acerca de la forma de vestir, vislumbrar las más sutiles diferencias sociales.

El atuendo variaba de acuerdo con el clima, los grupos sociales y la ubicación urbana o rural. "Cuando la ciudad de Cali era villa —escribe Evaristo García—, el vestido popular de los jornaleros se componía de pantalones de género a listas denominado amotape, camisa de tela a cuadros, poncho de algodón tejido con hilos de colores y sombrero de junco o de paja de palmas llamadas raspones. Pero había una clase de artesanos leídos que gastaban una indumentaria mejor: pantalón de paño oscuro, camisa blanca con pliegos aplanchados, ruana fina de paño encima de la camisa, sombrero de paja blanca, muy limpio, con cinta negra angosta en la base de la copa, calzado de alpargatas atadas con rebordes del corte de paño. Poco a poco se abandonó esta indumentaria y han desaparecido

por completo la ruana y el poncho, reemplazados por el saco y el pantalón de dril o de paño, pero con el pie descalzo. Las mujeres de antaño vestían con faldas de zarzas vistosas y usaban pañolones de hilo o de merino adornados con guardas estampadas de colores y dibujos variados. Sin sentir cuándo ni cómo abandonaron los pañolones para vestir blusas y gasas ligeras sobre el busto. Las mujeres de cierta educación social vestían ñapangas... Asistían a los templos con saya negra de seda y mantilla de merino bordadas con dibujos. Sujetaban la abundante caballera con peinillas de carey, colgaban en el cuello cintillo de oro y se adornaban con aretes y anillos de oro con diamantes y esmeraldas, calzaban zapatillas negras de tafetán sobre medias de colores." Aquella era sin duda la vestimenta de todos los pueblos de la región a fines del siglo XIX (revista Cromos).

El atuendo rural era diferente. Holton describe a los hombres del campo como "vaqueros montados sin cojines, sin cabestro, sin zamarros, ni alpargates, con la espuela en el talón desnudo y los pantalones remangados para que no se embarran. Veremos a más de uno con solo sombrero, ruana, pantalones y espuelas, los pies metidos en estribos de madera o simplemente apoyados en un pedazo de madera suspendido de la montura con una tira de cuero".

El traje de los esclavos también variaba con el clima del lugar. En la hacienda de Coconuco se hizo necesario abrigar a los esclavos con manta y ruana. En otra, Las Piedras de Timbío, de clima templado, se entregaba cada año lo mínimo a los criados para tenerlos vestidos y abrigados: una cobija de jerga, camisa y calzón de lienzo y dos capisayos, a los hombres; a las mujeres, cobija, bayeta para envolverse y cobijarse y una camisa de lienzo. En Japio, clima cálido, según la descripción romántica de Hamilton, "encontramos al llegar doce negras bonitamente vestidas de falda blanca con adornos azules y tocadas con sombreros de anchas alas que se hallaban atareadas lavando en sus bateas en la tierra extraída". Contrasta con la información de Holton para las haciendas del norte que describe a las negras con faldas ligeras y a veces raídas, algunas destapadas la parte de arriba y sin calzado alguno.

La mayoría de los materiales para el vestir eran importados, aunque la costura podía ser elaborada en la región. "La mayor parte de las mercancías —contaba André, quien pasó por allí hacia finales del siglo XIX— se importan desde Estados Unidos y Europa, por el puerto de Buenaventura, Dagua y Cali. Consiste principalmente en algodones blancos y crudos, indianas de diversas clases, ponchos rayados, muselinas bordadas, pequeños chales cuadrados de algodón o lana, que hacen las veces de mantilla en la clase media, sederías y merinos negros, chales de

seda, mantillas de franela roja y azul, paños, cutis rayados". También se traían de fuera los instrumentos de costura —agujas de coser o de labrar, tijeras, hilos de diversas calidades.

Pero en la región no se desarrolló una costura sofisticada y sólo en Pasto, la tradición del tejido trascendió la localidad y su producción se distribuyó a otras regiones, particularmente las telas de lana con las que se elaboraban tapices y ruanas. Estas tenían rayas de vistosos colores que eran teñidas con plantas de la zona. En Cartago, según André, "las mujeres... hacen bonitos bordados multicolores en el tambor... Las (ruanas) de las fiestas... abiertas holgadas sobre el pecho y atadas a la cintura por medio de un cordón, están adornadas con estos bordados lo propio que las imágenes de los santos y los ornamentos sacerdotales".

El viraje en la moda empezó a advertirse en la década de los veinte de este siglo, especialmente en las mujeres de las clases altas de las ciudades, influenciadas por las modas de Europa y Estados Unidos. En las fotografías de los carnavales, *la moda de los años 20*, de vestido suelto y talle largo, sombreros, adornos y medias de seda, fue desplazando los vestidos tradicionales. Fueron cambios que tardaron mucho en llegar a las zonas rurales.

POR EL PLACER Y LA VIDA



Ligados están con la sensualidad y el disfrute del cuerpo, los elementos que definen nuestra cultura. Aquí se retoma esta sugerencia del maestro Edgar Vásquez.

RÍO Y RUMBA

Tal vez a ninguna otra región del país la continúen distinguiendo dos vivencias tan hedonistas. El baño en el río es, a la vez, un paseo. Pance en Cali, Mondomo en el Cauca, Cuancua en Tuluá, son disfrutados por millares de grupos de amigos o de familiares, los domingos y días festivos. Empero, no es un goce reciente.

En 1851, Holton participó de un paseo familiar cerca a Roldanillo. Comenta que las mamás no se bañaron y las señoritas se introdujeron en el río vistiendo unas batas largas, abiertas en la espalda. Varios de los paseantes no sabían bañar y se habían dedicado a conversar sentados en unas piedras espaciosas. Los bañistas en juego los salpicaban. El cronista resalta lo inolvidable de la tarde. Después de vestirse, disfrutó mucho viendo de soslayo a Virginia peinar su extendida cabellera.

Meses más tarde, el mismo Holton observó algunas diferencias en la forma de bañar en un río de Bugalagrande. Advirtió que allí los hombres no usaban más que un pañuelo de bolsillo como traje de baño. Las mujeres usaban una enagua y un pañuelo que anudaban en su cuello. Nadie usaba el lugar donde había otro bañista, se conservaba siempre una distancia de cinco metros y ninguno de los grupos trataba de invadir el terreno de los demás. ¡*Upa, San Juan!* era la expresión con la que se lanzaban en conjunto al agua.

El paseo del domingo, después de la parranda del sábado, se hizo norma. Era conocido como *paseo de olla*. El tradicional sancocho de gallina prosperó más en las riberas de los ríos que en las cocinas caseras. Todos ayudaban, muchachos y muchachas. Los hombres departían un aguardiente y las hijas hacían su escuela culinaria.

Aquí el traje de playa fue traje de río. En algunos lugares llegó a adquirir formas de estricta etiqueta francesa. Un estudiante payanés de historia, ha descubierto que los paseos al río Cauca se hacían en forma engalanada. "Más de 150 personas —registró un periódico local en 1912— de lo más selecto de nuestra sociedad con elegantes trajes de playa, a la última moda de París, diseminados o en grupos sobre el césped florido, bajo toldas de campaña o a la sombra de los árboles, conversando los unos, bailando los otros, brindando más allá por el placer y la vida."

En fin, el agua, el baño, el paseo, han sido en la región más que simples deleites. Han constituido formas de sociabilidad.

El baile, a su vez, es un distintivo de los hombres y mujeres de toda la región. Esa disposición sólo es comprensible por la mixtura racial y cultural de su población. En él los mulatos, pardos y mestizos, encontraron el fundamento de su expresividad. Su goce hasta el alba, es una manera de ser, de encontrar una identidad.

Tampoco es sólo una diversión juvenil. Desde el siglo pasado, en lugares cerrados o a cielo abierto, los adolescentes, jóvenes y los ancianos, han bailado con frenesí bambucos, valeses, boleros, fox, pasillos, guaracha, salsa y pachangá. Del baile, se sorprendía Holton, no se excluían ni los curas, a quienes encontró en distintas ocasiones arremolinados en fandangos.

LAS FLORES SON COMO ELLAS

La belleza femenina regional era ya exaltada en el siglo XIX. Los calificativos de *bellas, divertidas y coquetas*, eran dirigidos a las *ñapangas*, mujeres de condi-

ción popular, casi siempre dedicadas al oficio de cigarreras. "...es joven y encuentra muy natural que le digan que es bonita —decía un viajero de alguna de ellas—; tiene ojos negros con largas y sedosas pestañas; dientes blanquísimos y cabello que se creería demasiado hermoso para ser natural; es airosa en el andar, y hay en ella cierta viveza y atractivo que seduce a primera vista." Un mito creado con sus llamativos rasgos.

Las ñapangas vestían, en forma sencilla y coqueta, "una muselina de color blanco o rosado con bordados; calzan alpargatas; llevan un cinturón de colores vivos; el busto está cubierto por una muselina de color vivo, que deja desnudos el cuello y los brazos. Para salir a la calle, se ponen un pañuelo que sujetan ligeramente en la cabeza y cruzan después sobre el pecho. Se adornan con pendientes de filigrana de oro, en el cuello llevan un rosario del mismo metal y en los dedos ostentan alguna sortija con esmeraldas". Se decía además que les gustaba hablar y escuchar, eran la diversión en los bailes y vivían atrapadas siempre por una pasión amorosa.

Las damas blancas de las familias hacendadas, poseían también atractivos especiales. Sin ser ilustres, sus rostros, porte y gracia para montar a caballo, eran valores que animaban a propios y extraños. Es obligado nombrar a Isabel Gamba Cabal, a Manuela Pinzón y a Joaquina Borrero, por sus atributos y por el recuerdo que dejaron sus vidas.

El viajero André rememora a Joaquina: "Son las dos, y hostigado por el hambre tomo una vereda que conduce a una risueña casita medio sepultada entre el follaje. Una muchacha de unos dieciocho a veinte años sale a la puerta y se pone a mis ordenes: sú porte es gracioso, negra su cabellera, blanco y fino su cutis y al entreabrir sus labios para sonreírme, muestra unos dientes incomparables: añádase a esto que lleva un holgado vestido de percal claro y ¡quién lo creyera! limpio y aseado hasta el exceso. -Apéese V., señor, y entre a descansar. -Mil gracias, bella muchacha; pero es el caso que quiero llegar a Cali tempranito; lo único que deseo es que me proporcione V. un par de huevos y un vaso de agua. La encantadora joven entra en la casa para reaparecer en breve con una fuente llena de nata, huevos y unos pastelillos muy sabrosos. No pude lograr que aceptara retribución alguna, por ser yo extranjero. -Yo quiero mucho a Francia —dijo— por tanto cuando regrese V. a su país, no se olvide de Joaquina Borrero."

BIBLIOGRAFIA

Abadía M. Guillermo. *Compendio general de folklóre colombiano*. Biblioteca Básica Colombiana, Colcultura, Bogotá, 1977.

André M. E. *América equinoccial*, Montaner y Simón Editores, Barcelona, 1884. Edición facsimilar, Carvajal S.A., Cali, 1982.

Arboleda, Gustavo. *Evocaciones de antaño*. Arboleda Imp., Cali, 1926.

Castrillón Arboleda, Diego. *Muros de papel*, Banco Central Hipotecario, Editorial Universidad del Cauca, Popayán, 1986.

Hamilton, J.P. *Viajes por el interior de las provincias de Colombia, 1827*, publicaciones del Banco de la república, Archivo de la Economía, Bogotá, 1981.

Mejía y Mejía, J.C. Pbro. *Tradiciones y documentos. Apuntes relativos a la historia de Nuestra Señora de Las Lajas*, Editorial Pax, cuarta edición, Bogotá, 1950.

Patifio, Germán. *Herr Simmonds y otras historias del Valle del Cauca*, Corporación Universitaria Autónoma de Occidente, Centro de Investigaciones, Cali, 1992.

Rivas, Andrés (director). *Album del departamento del Valle del Cauca*, Editorial Aro, Bogotá, s.f.

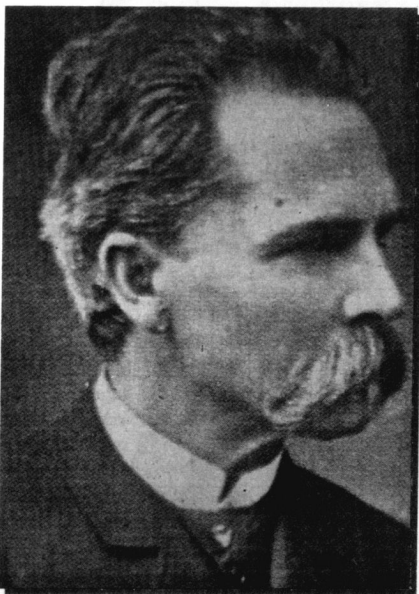
Saffray, Charles. *Viaje a Nueva Granada, Editorial Incunables*, Bogotá, 1984.

Vásquez, Edgar. *Particularidades culturales del caleño*, mecanoescrito, Cali, 1992.

<p>Das Institut für...</p>	<p>Das Institut für...</p>
<p>Das Institut für...</p>	<p>Das Institut für...</p>
<p>Das Institut für...</p>	<p>Das Institut für...</p>
<p>Das Institut für...</p>	<p>Das Institut für...</p>
<p>Das Institut für...</p>	<p>Das Institut für...</p>
<p>Das Institut für...</p>	<p>Das Institut für...</p>
<p>Das Institut für...</p>	<p>Das Institut für...</p>
<p>Das Institut für...</p>	<p>Das Institut für...</p>
<p>Das Institut für...</p>	<p>Das Institut für...</p>
<p>Das Institut für...</p>	<p>Das Institut für...</p>

Memorias de por aquí

Se atiende al acontecer literario desde el siglo XVIII y a las manifestaciones músico-danzarias de los principales grupos humanos del Gran Cauca. En las letras se presenta una relación entre la época y los autores. El folclor de los indígenas y los negros es dibujado con la insinuación de ver en él, fuentes importantes de la cultura vallecaucana actual.



Jorge Isaacs. Fotografía de D. Paredes, colección B.L.A.A., Bogotá.

Julián Maltesta: Poeta, Universidad del Valle. **Rocío Cárdenas:** Musicóloga, Universidad del Valle

Memorias de los años

El mundo de la memoria humana es un mundo de misterio y de maravillas. La memoria es el tesoro más preciado que tenemos y sin ella no podríamos vivir. Sin embargo, a veces la memoria nos juega malas pasadas y nos hace olvidar cosas importantes o nos trae recuerdos que no queremos recordar. En este artículo vamos a explorar algunos de los aspectos más interesantes de la memoria humana y cómo podemos mejorarla.

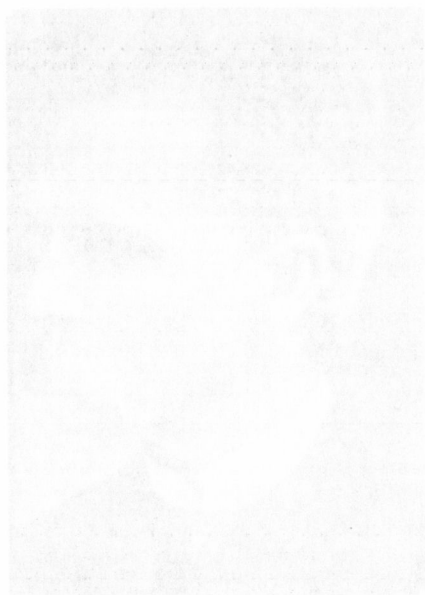
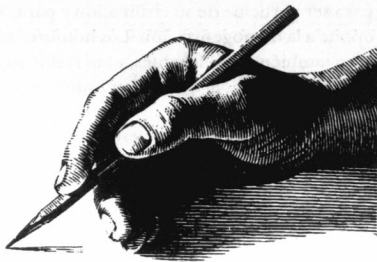


Figura 1. Ejemplo de un artefacto de escaneo en una imagen de memoria.

© 2000 American Academy of Child and Adolescent Psychiatry. Todos los derechos reservados.

BREVES NOTICIAS DEL ACONTECER LITERARIO

Julián Malatesta



Las huellas del romanticismo, los poetas y primeros novelistas:

Es mitad del siglo XVIII. La Gobernación de Popayán alberga a los escritores y poetas Francisco Antonio Rodríguez, José María Grueso y Mariano del Campo Larrahondo. Este último, conocedor de las Odas de Fray Luis de León, trató de emular a su maestro y de conducir su poesía por los caminos formales de los poetas del Siglo de Oro, sin mucho éxito para alcanzar tan elevadas cimas. Rodríguez se introduce en los caminos de la picaresca, ajeno a cualquier capricho o disquisición filosófica, pues en este campo sus construcciones jocosas no pasan el nivel de la ingenuidad ni se desprenden del anecdotario local y provinciano.

En compañía de Larrahondo y Rodríguez don José María Grueso funda, a fines del siglo XVIII, la Tertulia Eutropélica en la ciudad de Santa Fe de Bogotá, que habría de durar hasta comienzos del siglo XIX. Su acuciosa formación intelectual lo pone en contacto con las mejores expresiones literarias de su tiempo. Fue un gran lector de Byron y de Shelley, estudioso de Víctor Hugo y conocedor cercano de las obras de Espronceda. Esta vinculación temprana con lo mejor del ro-

manticismo, abre un sendero seguro para la literatura que habrían de recorrer nuestros poetas y narradores.

SER UN DISIDENTE

El espíritu romántico propone la búsqueda del individuo, la dura lucha interior que el hombre vive para ser partícipe de su civilización y para, al mismo tiempo, amar la libertad. Se opone a la homogenización. Los hombres son libres e iguales en tanto humanos, pero también son diferentes, y ahí reside su capacidad creativa. Recordemos la frase de Thoreau: "Si quieres ser hombre, sé un disidente".

Bajo la influencia del movimiento romántico nuestros hombres de letras acuden a las más peligrosas citas con la historia. El proceso de construcción del Estado nacional se ha iniciado en medio de acechanzas y traiciones. La influencia de los filósofos de la Ilustración y los enciclopedistas contribuyen a la formación intelectual de los activistas de la Independencia.

Para el año de 1817 nace en Timbiquí el poeta-soldado Julio Arboleda. A la edad de 13 años fue enviado por su padre a estudiar a Europa de donde regresa en 1838. Toma parte en las guerras civiles, especialmente en la encabezada por el general Mosquera contra el gobierno de la confederación. Muere en una emboscada en la montaña de Berruecos en 1862.

"Fue poeta de alto vuelo —dice Baldomero Sanín Cano, de Arboleda—, su inspiración tiene todos los caracteres del gusto predominante en Europa, en los días de su actividad literaria. En su poema "Gonzalo de Oyón", es perceptible la influencia de Byron, cuyas obras sin duda conoció durante sus años de estudio en Europa. Hay también en este poema indicios de las tendencias románticas francesas del año de 1830 y del gusto español contemporáneo."

El poema **Gonzalo de Oyón**, de carácter épico, narra la conquista española del cacicazgo de Popayán y su eje dramático está constituido por la rivalidad de dos españoles que se disputan la hija del cacique. El es quizá la muestra fehaciente del gran ímpetu romántico de su pluma.

LOS SIGNOS DEL SIGLO

Las condiciones locales en que se desenvolvía la intelectualidad caucana de la época, estaban ligadas a la dinámica de la educación y a todo el espectro de discusión y ambiente de ideas que ella generaba.

En 1640 se había establecido el Real Colegio Seminario con la orientación de los Hermanos Jesuitas; fue reestructurado en 1777 y dio origen a la Universidad del Cauca en 1827, fundada por el general Santander. La Universidad es entonces un centro motor de la actividad literaria del gran Cauca en el siglo XIX. Para este período nacen las tertulias literarias —*La escuela literaria*, *El Puracé*, *El Esfuerzo*, *La aurora del siglo XX*, *Telémaco*, entre otras— y el primer periódico literario en términos estrictos —*La Matricaria*, 1855.

Es notoria, empero, la ausencia de la narrativa y específicamente de la novela. Nuestros escritores practicaban el difícil oficio de la poesía y sólo se inicia el género novelístico con la presencia de Jorge Isaacs. Afirman diversos estudiosos que Isaacs nació en Cali el 1º de abril de 1837. Su gran obra *María*, se publicó en 1867. Participó él en las encendidas luchas políticas, ocupó cargos de renombre y fue capitán de los ejércitos liberales en la batalla de Los Chancos durante la guerra civil de 1876.

Su obra poética está unida a sus impresiones personales de las regiones que visitaba. Es una poesía de carácter intimista, con delicada elaboración y buen manejo del lenguaje. Isaacs como poeta se dio a conocer en 1864 en la tertulia El Mosaico, integrada por Vergara y Vergara, José María Samper, Ricardo Carrasquilla, Salvador Camacho Roldán, Eugenio Díaz y otros.

María lo colocó en el reino de los grandes escritores. Es una novela de costumbres, escrita en un lenguaje sencillo donde se narra el amor de adolescentes y se da cuenta de las vicisitudes cotidianas del Valle del Cauca en esos días. Las descripciones del paisaje con la calma y paciencia de un oriental que contempla su entorno y se regocija de los cambios, colocan esta obra entre las grandes de la literatura. Eustaquio Palacios —Roldanillo, 1830— fue también un destacado novelista. Ocupó diversos cargos en Cali, fue rector del colegio Santa Librada y fundó el periódico *El Ferrocarril* en 1878. Un poema suyo, *Esneda*, le dio la fama con un premio obtenido en Santiago de Chile. Con *El Alférez Real* penetra en el concierto de la literatura colombiana. Se trata de una novela histórica que relata crónicas de Cali en el siglo XVIII y diversos sucesos de la familia Caycedo.

UN BUEN CAMINO

El género de la literatura de costumbres ha sido de gran utilidad en la comunicación de los pueblos. En épocas de poco desarrollo económico, de ausencia de ágiles caminos y buenos sistemas de comunicación, los habitantes de un país toman conciencia de la nacionalidad a través de estos relatos.

En él se destaca el nombre de Luciano Rivera y Garrido —Buga, 1846-1899. Fundó *El Observador* en 1881 y una década después *El Rumor*. Publica ensayos literarios y una colección de narraciones cortas, en 1871. En 1880 es editada su obra capital **Impresiones y Recuerdos** y la novela **Un sentenciado a muerte**. Utilizó en varias ocasiones el seudónimo de Rivas Gallardo.

Impresiones y Recuerdos narra las costumbres del Valle en la segunda mitad del siglo XIX, las ceremonias y fiestas dentro de las viejas haciendas, donde amos, siervos y esclavos mezclan sus costumbres, sus tradiciones religiosas, musicales, etc. La capacidad para describir los paisajes y dejar que su pluma transcurra lenta y minuciosa en la captación de los cambios que el tiempo impone en la naturaleza, aún nos llena de asombro.

Del siglo pasado fue también César Conto —Quibdó, 1836, Guatemala, 1891. Obtuvo desde muy joven el respeto y admiración de sus contemporáneos, no sólo por su cultivada formación intelectual, sino también por sus dotes de repentista, oficio que practicaba con cáustico humor e ironía. La poesía de César Conto de construcción fácil, pero siempre buscando los cauces de un sentido más profundo, íntimo e irónico, lo colocan en un lugar apreciable en la historia regional de nuestra literatura. Fue además un brillante político, ardiente defensor de las ideas liberales. En su condición de Presidente del Estado Soberano del Cauca (1875-1877) le tocó enfrentarse a las autoridades eclesiásticas y actuar con firmeza frente a las presiones de los caudillos conservadores en la guerra de 1876.

Siglo XX

NOMBRES Y ESCENARIOS

Julián Malatesta



Insertas en los avatares de las épocas, las letras regionales han logrado, más tarde o más temprano, el eco merecido.

Con María de Jorge Isaacs y el Alférez Real de Eustaquio Palacios, surge en el siglo XIX *la novela*. La tercera de la que se tiene noticia fue escrita hacia 1880 y, según dice Ignacio Bustamante, "...publicada en 1898 y reeditada en 1949 (Editorial Igueima, Bogotá)": su título, **El hijo natural**, y su autor, Daniel Mosquera, quien en su época sufrió el oscuro manto del anonimato.

La obra de Mosquera se ocupa de un problema moral, resuelto con una narrativa sencilla pero acuciosa en la captación de los detalles que edificaban la cotidianidad de finales del siglo pasado. Luego viene **Marbella**, novela costumbrista escrita por Octavio Valencia en 1910. Habla de una mujer cuya condición romántica y erótica la convierte en una heroína, atrapada en las más ambiciosas y antagónicas pasiones.

Para la década del 40, la novela en el Cauca hace presencia con las obras **José Tombé** y **Sol en Tambalimbú**, de don Diego Castrillón Arboleda, y **Ciudad Perdida** de Enrique Arroyo.

MUTACIONES

La confluencia de varias corrientes literarias, para finales del siglo XIX y comienzos del XX, suscita la aparición de una nueva perspectiva en el campo de la escritura. Se trata del *Simbolismo* y *Modernismo* que recoge la corriente parnasiana de la mitad del siglo y que de una u otra manera significó una reacción contra los excesos del romanticismo del 30.

El simbolista, dice Andrés Holguín, "buscará la pureza expresiva, la música...". Hay en él un retorno a la subjetividad pero despojando a la poesía de sus atavíos locales y anecdóticos e introduciéndola en una dimensión universal.

Sin embargo, en el continente americano opera una metamorfosis muy particular: por un lado, se recoge el espíritu parnasiano que conserva de la mejor manera la gran fuerza de los románticos, y por el otro, se vincula la poesía al movimiento simbolista produciendo así lo que iríamos a conocer en el curso de nuestra historia literaria como *Modernismo*.

Uno de sus primeros representantes fue Rafael Maya —Popayán, 1897. Aunque es muy difícil asignarle un lugar preciso en la literatura nacional y latinoamericana, se le encuentra al inicio del movimiento modernista y protagoniza así el surgimiento de una generación de poetas orientados por esta nueva perspectiva. En su poema **La crucifixión del poeta**, constituido por una serie de voces que intervienen a la manera de los poemas griegos de la tragedia, identificamos fácilmente su definido acento modernista:

El Hombre (Fragmento)

Hemos llegado a la tostada cumbre
del monte. Sólo el trueno
domina estas alturas silenciosas.
Aquí la misma luz es un castigo,
y esta roca es estéril como el llanto.

Maya integró el grupo de *Los Nuevos* —con León de Greiff y Germán Pardo García— que se levanta contra los valores que edificaron el siglo precedente; pero a nuestro juicio continúan siendo cultores, quizá más especializados y cuidadosos, de las audacias, trucos y habilidades modernistas.

Guillermo Valencia —Popayán, 1873— es el poeta con mayor impulso renovador. Se ocupa en la lectura de los románticos y simbolistas europeos y al mismo tiempo habita la atmósfera literaria de Darío y Silva. Su aporte a las letras colombianas estriba, quizás, en que siempre buscó liberarse de los lazos dogmáticos de una escuela. Formado en el gusto clásico y en la lectura de los románticos, fue construyendo su propio devenir.

Sin embargo, podemos señalar que Valencia pertenece a la renovación modernista: en él también se conjuga esa metamorfosis que produjo el parnasianismo con los simbolistas. Publicó dos volúmenes de versos: el primero en Bogotá en 1897 y el otro en Londres en 1914, con el título de **Ritos**, quizá la obra de mayor importancia.

Valencia fue un político fogoso y un gran orador. Su personalidad contradictoria oscila entre las concepciones materialistas del positivismo y una especie de atavismo religioso a veces involuntario que lo asalta y confunde en sus convicciones. Tenía las características de los viejos anarquistas, con los cuales solía identificarse y a los que rindió homenaje en muchos de sus poemas, entre ellos uno de amplio y reconocido elogio: **Anarkos**.

...por donde quiera que mi ser camine
Anarkos va, que todo lo deslustra;
un rito secular que no decline
ante el puño brutal de Bakunine,
y el heraldo feroz de Zaratustra!
(Fragmento)

LOS MENORES

Ricardo Nieto —Palmira, 1879, Cali, 1952— es considerado un poeta principal en su época. Todavía subsistía la tradición un poco ridícula de las coronaciones, cuando le entregaron a él la corona el 31 de mayo de 1930.

Nieto colaboró en varios periódicos donde utilizó los seudónimos Romeo Madrid y Juan Servien. Hizo estudios en torno a Jorge Isaacs y a Bolívar; publicó un libro de cuentos, **El fardo**, **Cantos de la Noche** y **La oración de Rocío**.

La poesía le otorgó a Carlos Villafañe —Roldanillo, 1882— un lugar privilegiado en nuestra región. Con sus poemas **Tierra del alma** y **Vía dolorosa**, consiguió el reconocimiento. Villafañe es un maestro del soneto; laboró en él, con singular

genio, versos sencillos, sin afeites retóricos quizá pinceladas capaces de mostrarnos súbitamente un paisaje con una profunda emoción.

El Vacío

Unos se van y vuelven y, al regreso
encuentran en el punto de partida,
un amor que les da la bienvenida
con un abrazo o con la miel de un beso.

Otros vienen y van y, bajo el peso
infausto de su cruz ensangrecida,
no encuentran sombra ni descanso en eso
que llaman la corriente de la vida.

Y yo, pobre viandante, en el camino,
cuando a mi propia soledad me entrego,
pienso que en el vaivén de cuanto existe,

no encuentra mi ilusión de peregrino,
ni quien, cuando me voy, se ponga triste,
ni quien me abra los brazos cuando llego.

Carlos Villafañe

Se integra a este grupo Cornelio Hispano —Buga, 1880. Su nombre de bautismo fue Ismael López, y se especializó en Derecho y Ciencias Políticas. Su obsesión, manifiesta en su obra, es la cultura griega. En **El jardín de las hespérides** se encuentra el amplio conocimiento que Hispano tenía de la antigua hélade. El académico Manuel Antonio Bonilla —la Victoria, 1872, Bogotá, 1949— es nuestro primer filólogo consagrado. En su poesía se presiente un fino entusiasmo clásico, aplicado en el manejo de las formas; ejerció el soneto con maestría. Es posible captar en sus versos ciertos excesos retóricos que aun así no menguan la calidad de su obra. Escribió crítica literaria y crónicas en diversas revistas y periódicos del país, utilizando alternativamente los nombres de Empédocles, Lope de Almeida, Atahualpa Pizarro, Américo Mármol, Pedro el Leñador, El padre Jerónimo, etc, etc; seudónimos utilizados en una picaresca periodística donde libró los más encarnizados enfrentamientos verbales con algunos de sus contemporáneos, entre ellos el novelista y poeta José Eustasio Rivera.

Desde una óptica mística se vincula Mario Carvajal —Cali, 1896. Publica en 1935 su libro de poemas **La escala de Jacob**. Conservador en sus costumbres, desarrolla una poesía consagrada a la devoción y el éxtasis religioso.

NUEVAS EXPRESIONES

Los acontecimientos políticos y la influencia de los agresivos movimientos literarios y filosóficos ocurridos en Europa a principios de siglo, produjeron algunos cambios en el destino aparentemente ya edificado de nuestra literatura. Sin embargo en los primeros 50 años persisten nuestros poetas en el camino iniciado en el siglo XIX.

Aurelio Arturo —La Unión, Nariño, 1906—, poeta de un refinado corte modernista a la altura de Lugones y Julio Herrera, dejó una obra pequeña titulada **Morada al sur** y otros poemas. Es quizá el más importante en esta región del país. Su nombre fue vinculado al movimiento Piedra y Cielo que entre 1940 y 1950 suscitó un importante episodio en las letras colombianas.

En las noches mestizas que subían de la hierba,
jóvenes caballos, sombras curvas, brillantes,
estremecían la tierra con su casco de bronce.
Negras estrellas sonreían en la sombra con dientes de oro.
Después de entre grandes hojas, salía lento el mundo.
La ancha tierra, siempre cubierta con pieles de soles.

*Reyes habían ardido, reinas blancas, blandas, sepultadas dentro de los árboles gemían
aún en la espesura.*

Morada al Sur (Fragmento)

La grandeza de Arturo siempre fue reconocida por las siguientes generaciones incluyendo la más iconoclasta, *los nadaístas*. Sus primeros poemas fueron publicados en *Crónica Literaria*, revista dirigida por Rafael Maya.

De otro lado, se ha dicho de manera muy ligera, que el poeta Antonio Llanos —Cali, 1905— integra el movimiento Piedra y Cielo, grupo que se propone conquistar una especie de perfección y pulcritud verbal excesiva, convirtiendo la elaboración poética en un asunto de orfebres, quienes deben moldear su materia prima con precisión y cálculo.

Sin embargo, la poesía de Llanos, que conquista altos niveles de esa perfección, se produce con antelación al grupo piedra-cielista integrado por Jorge Rojas, Eduardo Carranza y Arturo Camacho Ramírez. En 1942 edita su libro de sonetos **Temblor bajo los ángeles**, poesía de condición mística mas no religiosa, si entendemos por esto la ausencia militante de un culto determinado.

Antonio Llanos dirige a la edad de 25 años la Revista de Occidente, la cual cumple un papel protagónico en el impulso y promoción de los nuevos valores de las letras en el Valle del Cauca. Luego, preso de sus propias obsesiones, es recluido en el sanatorio de Cali donde pasa el resto de sus días. Con Gilberto Garrido y Mario Carvajal conforma *La trilogía lírica del Valle del Cauca*.

Gilberto Garrido — Supía, Cauca Grande, 1887— labora en una poesía naturalista afectada por una preocupación intimista existencial. En ella se descubre la naturaleza observada por los ojos de una sensibilidad atormentada y ansiosa de hallar nuevos sentidos. Sus poemas están contenidos en los títulos **Azul y Romance de mi solar y de mi gente**.

PERLAS DEL PACÍFICO

La costa pacífica entrega al concierto de las letras al poeta Helcías Martán Góngora —Guapi, Cauca, 1920-1984. Ocupó múltiples cargos oficiales, fue condecorado con la Cruz de Alfonso X el Sabio y la cruz de Constantino el Grande. En 1980 el Frente de Afirmación Hispanista le otorga en México, el Premio Vasconcelos.

"Martán fue hábil en el manejo de diversos metros y estrofas —dice el poeta Humberto Senegal—. No eludió los recursos concretistas del poema, o la síntesis del Hai kú, a pesar de su equilibrada y académica disposición para versificar desde el pentasílabo hasta el hexámetro y desde el cuarteto hasta la clásica lira, pasando por la elegía y la copla, el soneto, el madrigal, la balada o el lied. En su extensa obra abundan poemas que pueden clasificarse dentro de la versificación amétrica, la acentual, la de imitación clásica y la silábica."

Quizás Martán no conozca el hai kú por una vertiente estrictamente japonesa: a él pudo haber llegado por el camino del poeta mexicano José Juan Tablada. Sin embargo practicó esta delicada y rigurosa propuesta poética con maestría. Posee hai kus dignos de los viejos poetas que en el siglo XVI recorrían el Japón de aldea en aldea grabando con el pincel de las palabras sus impresiones del camino.

Dormida o despierta
su pijama luce
la cebra.

El humo
epitafio del bosque
moribundo.
Para la mar
el pez aguja borda
líquido ajuar.

Helcías Martán Góngora

Emula con el poeta Helcías Martán un contemporáneo suyo, natural de Nariño, quien cultivó el hai ku con igual devoción; se trata de Víctor Sánchez Montenegro, poeta coloquial, poseedor de un fino sarcasmo que a veces aparece en sus pictogramas.

Viejo molino
con tus aspas estás
moliendo brisas

En esa gruta
la noche se ha dormido
y no despierta

Víctor Sánchez

GOLPES DE CREACIÓN

Julián Malatesta



Hemos estado siempre aquí haciendo el mundo cada vez y deshaciéndolo.

inevitablemente, la literatura se vincula a los enormes conflictos sociales y políticos que vive la nación en la década del 50. Daniel Caicedo, en su novela **Viento seco**, describe minuciosamente los procesos de migración campesina hacia la ciudad, los enfrentamientos entre liberales y chulavitas y la opción guerrillera de corte revolucionario. Igual hace Fernán Muñoz.

Caicedo y Muñoz son, en el género de novela, los importantes antecedentes de lo que 20 años después haría Gustavo Alvarez Gardezabal —Tuluá 1945. Aunque inició su producción narrativa en torno a la violencia de mitad de siglo y desarrolló una novela de tipo rural, Alvarez es el novelista de mayor importancia en nuestro medio. Ha escrito también novelas urbanas donde propone estructuras que integran diversos géneros de la narrativa. En **El títritero**, obra llena de hilaridad y calumnia sobre las gestas estudiantiles del 71 que suscitó enconadas disputas y polémicas, Alvarez Gardezabal integra la crónica, el teatro y una especie de subnovela corta en su interior.

En otra perspectiva, Fernando Cruz Kronfly —Buga, 1943— interroga el ser en su condición más íntima. Intenta construir una perspectiva ética para la vida. Sus personajes aparecen desprovistos de las cadenas que las circunstancias imponen, son movidos más bien por designios interiores y recorren desoladas regiones, pueblos sin fisonomía preguntando *el porqué* de su destino mas no *el para qué* de las cosas. Su obra se centra en los problemas esenciales de la humanidad, las pasiones primordiales: el amor, el odio, la muerte, y logra un alto nivel poético con una profunda dimensión romántica.

ENTRE LA CIUDAD Y EL DRAMA

En las tres últimas décadas hay un desarrollo importante de la novela con escritores como Rodrigo Parra Sandoval y Oscar Collazos —Bahía Solano, Chocó, 1942.

"En este grupo incluimos —dice Alejandro Ulloa ubicándose en el contexto de una sociedad urbana en desarrollo— cuentos y novelas de Oscar Collazos (son de máquina); [de] Umberto Valverde (Bomba camará, Celia Cruz reina rumba)...; [de] Andrés Caicedo (Que viva la música)...; [de] Alberto Esquivel (Acelere); la poesía de Tomás Quintero y más recientemente los relatos de Fabio Martínez (Fantasio) y Medardo Arias (Está risa no es de loco). En ellos, mejor dicho en su narrativa, la música adquiere otra dimensión, y aunque algunas veces aparece también como fondo y coreografía es ante todo un personaje central, protagonista del relato." (**Literatura y música popular en el Valle del Cauca. Una relación histórica**).

Explica así que la literatura de los años 60, está vinculada a la problemática de barriada. Una mitología diferente conforma la ciudad: un imaginario del cuerpo le otorga un traje y le impone un ritmo especial: el de la música que le evoca permanentemente al ciudadano su propia cotidianidad.

Harold Kremer incursiona en otro terreno. Es él un joven escritor nacido en Buga (1955), con una amplia proyección. En uno de sus libros de cuentos, **La noche más larga**, trabaja sus personajes a través de una cadena de acontecimientos que en el curso del relato se hacen cada vez más complejos y donde ellos se crean y realiza como personalidades totalizadoras.

Hay cierta vocación trágica en la obra de Kremer. Allí uno tiene la impresión de partir de un estado ideal, casi ascético, incorrupto, pleno de salud, que paulatinamente va enrareciendo su atmósfera hasta, lógicamente, enfermar al personaje, agobiarlo con el peso de las acciones y condenarlo a la fatalidad.

Quizás Enrique Buenaventura —Cali, 1925— se encuentre en el origen de todo lo concerniente al desarrollo cultural de nuestro país. El género dramático tiene en él a su más grande exponente.

Ensayista, dramaturgo, director de teatro, narrador, pintor y poeta, Buenaventura es conocido ampliamente en el movimiento teatral latinoamericano y mundial. Sus aportes al desarrollo de la dramaturgia nacional permitieron el nacimiento del movimiento del **Nuevo teatro** en la década del 70. En casi 50 años de trabajo ha estado muy cerca de los conflictos políticos y sociales del país, participando crítica y creativamente en la construcción de una identidad nacional. La historia de Buenaventura está íntimamente ligada a la del Teatro Experimental de Cali, organización que actualmente dirige.

CONTRA EL MUNDO

El nadaísmo nace en los inicios de la década del 60 y empieza a decaer en las postrimerías del 70. Es un movimiento iconoclasta, transgresor de las viejas normas establecidas en la literatura y el arte. Inspirado en las doctrinas del existencialismo francés y en los preceptos surrealistas, los nadaístas se enfrentan al grupo Piedra y Cielo, el blanco más próximo de lo que para ellos representa la tradición.

Uno de sus agitadores es Jota Mario Arbeláez —Cali, 1940. Su libro "Mi reino por este mundo" recoge toda su producción poética entre 1958 y 1980.

Día gnóstico

Si sale el sol es para arruinar la cosecha
 Si se presenta la lluvia se desbordan los ríos
 Si encendemos la chimenea se quema la casa
 Si abrimos la ventana se nos entra un murciélago
 No es que el Señor haya perdido el control del planeta
 Es que mi amada está enferma.

Jota Mario Arbeláez

Armando Romero, otro caleño de estirpe nadaísta —1944—, es cuentista y poeta. Sus libros de relatos llevan por título extraños y sugestivos enunciados: **La casa de los vespertilos** (1982), **El demonio y su mano** (1984). En él se reconoce fácilmente una clara orientación surrealista. Recordemos el verso "extrañas mañanas ha repartido el lechero", una construcción típica de la escuela de Breton.

JOVENES HUELLAS

Tomás Quintero —Cali, 1945-1978— y Julio Arenas —1943-1973— son las pérdidas más sensibles y tempranas de la poesía vallecaucana. Tuvieron una gran formación intelectual y una sentida vocación literaria; sin caer en el panfleto o en la pancarta, tentación en los alegres y dolorosos días de las justas callejeras, lograron una penetrante y expresiva producción poética y se mantuvieron de frente a la sociedad, actuando como militantes en las ideas revolucionarias del momento. Contemporáneo suyo es Harold Alvarado Tenorio (Buga 1945), quien publicó recientemente una antología de los poemas de amor de la antigua China, con traducción y compilación propias. Hizo también una traducción de los poemas de Eliot y una —de la versión inglesa— de los poemas de Kavafis.

Tenorio ha publicado varios libros de poemas y ensayos que han sido traducidos al inglés, francés y griego. Su poesía no posee artificios, es cruda, elemental —en el buen sentido oriental del término—, es decir sin el cálculo de la retórica, con la palabra al servicio de la imagen que busca interrogar el lado siempre oculto de las cosas.

Entre los poetas actuales se destacan además, Antonio Zibara, Horacio Benavides, Aníbal Arias, Augusto Hoyos, todos con libros publicados y en una permanente búsqueda estética. Javier Tafur, es autor de una poesía breve, Hai Kus, Tankas y minicuentos.

Se agitan las hojas
también se emociona
el recio tronco del árbol.

En su huella
un peso de más: el fusil.
¡Triste verlos partir así!

Javier Tafur

Esta exigente poesía, obliga a establecer la síntesis sin perder ese hábito perdurable que es la memoria de la emoción.

LAS MUJERES POETAS

Calidad literaria y un oficio permanente: es lo que expresan nuestras mujeres poetas. El paso de las referencias personales —ese lugar donde se hallan los íntimos objetos y recuerdos cargados de efímeras mitologías— al amplio mundo de las

preocupaciones colectivas, de las circunstancias y eventos de la historia, de los anhelos del género humano, está presente en sus poemas.

Orietta Lozano —Cali, 1959— ha tenido un amplio reconocimiento en las letras nacionales. **Fuego secreto** (1980), **Memoria de los espejos** (1983), **El vampiro esperado** (1986) son los títulos de sus libros.

La última reflexión literaria de Angela Tello —Santander de Quilichao, Cauca, 1959— está orientada a la ecología y ha escrito un libro de poemas que titula **Ecopoemas**. Con ella se inicia un tipo de poesía épica aún no visible en la producción femenina.

Ana Milena Puerta, Realiza también una poesía breve y llena de sugerencias:

Ortografía del agua
La piedras
modulan
el lenguaje
del río.

La poesía de Elvira Alejandra Quintero —1956— es intimista, evocativa de las razones que edificaron la infancia, de esas imágenes iniciales que el tiempo nunca puede borrar de la memoria. En tanto la de Lucy Fabiola Tello —Cali, 1947— es de una gran madurez expresiva; se descubre en ella una dimensión filosófica que intenta retornarle al arte poética su oficio primordial; interrogar el tiempo y el ser, su verdad, desde y para el lenguaje:

Hemos estado siempre aquí
haciendo el mundo cada vez y deshaciéndolo.
Un instante de la eternidad es la vida
o la que construye el mar para morir en la playa.

De Los días de la Tierra

Folclor musical del Gran Cauca SE BAILA DESDE LA VÍSPERA

Rocío Cárdenas



Tres grupos del Gran Cauca, decisivos en la síntesis vallecaucana: los indígenas páez y guambiano, y los negros nortecaucanos. Aquí, su folclor musical danzario.

TOQUE PAEZ

Resistieron a la conquista española, incluso al dominio de la República aunque los gobernantes republicanos han respetado la organización que les dieron los españoles estableciendo con ellos un resguardo que mantenía más o menos su cultura: hablamos de los páez.

Habitan la hoya caucana del río Páez, las vertientes occidental y oriental de la cordillera Central y los páramos de Guanacas, Delicias y Moras que, desde el Puracé, se jalonan hacia el nevado del Huila. Avirama, San Andrés, Lame, Huila, Vitoncó, Santa Rosa, Tálaga y Cohetando, sus principales centros de población, están situados en tierras frías y templadas, de terreno quebrado y surcado por muchos torrentes. Viven de la agricultura y venden los productos en los centros urbanos.

Folclor músico danzario. Sus grandes festejos, los Vicha Kui, la Mesada, Matrimonio y Cosecha, revelan su cultura. Los **Vicha Kui** son los cantos y danzas llamados *del pajaritos*. Los ejecutan las muchachas solteras a la alborada, siempre que se va a suceder una ceremonia.

El festejo más representativo de los páez es **La Mesada**. Se inicia el 23 de junio por la noche, víspera del día de San Juan. Comienza con una melodía, *La Mesada*, seguida por un aire musical llamado *Bambuco* y finaliza con otro toque sin título. En la procesión del 24 por la mañana, se ejecuta una música que acompaña la vuelta a la plaza. Su orden es: Kuiya, Himno de Calderas, *Bambuco Amanecer*, la Despedida y varios otros toques de flautas y bombo. Luego viene un encuentro entre el albacero con el fiestero, llevando cada cual su conjunto musical. *La matanza del toro*, otro momento importante del festejo, es acompañado del canto **Kula ik kui**.

El Matrimonio. Entre los indígenas hay dos uniones o matrimonios, cada uno con su fiesta. El primero se celebra en edades muy tempranas con la aprobación de los padres. Se festeja con bebezones de chicha, y comilonas al ritmo del canto **Chi chi pikue kui** mientras pican la carne. Es el **amaño**, con un tiempo de un año para que marido y mujer se conozcan, prueben mutuamente sus habilidades para el trabajo y experimenten su carácter. Si da buenos resultados se casan de nuevo celebrando otra vez con bebidas y comida. El segundo matrimonio finaliza con otro canto: **Tunzi kamba kui**.

Existen también —y son muy importantes— los cantos de cosecha, de los cuales no tenemos su nombre indígena, acompañados por los toques de caracol —la concha del caracol como instrumento musical, es una constante entre los diferentes grupos indígenas de América, son diferentes tamaños y sonidos— que llaman **Sitako**.

LLEGANDO A LOS CUCHOS

Desde sus orígenes, los guambiano habitan el municipio de Silvia, a lo largo del río Piendamó, en el páramo de Las Delicias. Poco antes de la conquista, vivían —según su antigua tradición oral— en tierras más al norte del lugar que hoy ocupan; pero los continuos ataques de sus enemigos pijaos los obligaron a tomar camino al sur por la cordillera Central. En la huida llegaron por el páramo de Isabelilla, situado sobre Jambaló, al lugar llamado Calhuache y por fin se establecieron en la región de los Cuchos que en lengua quechua equivale a *rincón*.

Folclor músico danzario. La música interviene en tres de sus festejos: en *La Ofrenda*, en la *fiesta de San Isidro Labrador* y en *El Matrimonio o Novios*, con el *Bambuco* guambiano.

La Ofrenda se remonta a los primeros tiempos de la evangelización y es un sufragio por el alma de los parientes muertos. Se sucede en noviembre y para el día señalado, la iglesia se colma de indias que llevan cada cual una mochila pequeña, muy blanca y limpia, llena de productos que cosechan en sus huertas a los que agregan grandes panes especiales. Colocan las mochilas en el suelo y encienden sobre cada una de ellas velas que dejen consumir. Los hombres van desfilando delante del improvisado altar colocando en una bandeja monedas por cada uno de los difuntos. Los más viejos repiten en coro, cada vez que cae una moneda, *ánimas benditas*, con un canto hablado a manera de salmodia.

San Isidro Labrador. Ese día consagrado al santo, llegan las familias con sus animales y productos de la tierra para darlos en ofrenda. El atrio de la iglesia está preparado para ello con corrales de diferentes tamaños. Se celebra una misa y después los indígenas salen de la iglesia precedidos por el sacerdote, llevando en andas la imagen de San Isidro que luego colocan en sitio de honor. Terminada la procesión vuelven a la plaza, presencian la bendición de las donaciones y participan de la subasta de las mismas con música de flautas y tamboras.

Matrimonio o Novios: Es la manifestación músico danzaria más conocida de esta comunidad. Consta de dos momentos: la ceremonia religiosa católica en la iglesia, y en segundo lugar, la fiesta profana en la cual se baila, se toca música, se bebe y come. El canto no es distintivo y sólo se les escucha ejecutar melodías con flautas y acompañamiento percusivo de tambores.

Para la danza de los novios, se colocan frente a frente ocho mujeres y ocho hombres. Con la mirada fija en el suelo y los sombreros tirados hacia adelante, realizan ágiles movimientos de pies con un paso adelante, otro a la izquierda y otro a la derecha, retrocediendo a la posición inicial. Los hombres exteriorizan su alegría con gritos cortos y penetrantes. Llama la atención la uniformidad con que ejecutan la danza.

La música para la danza de los Novios o Bambuco guambiano, es un antecedente fundamental del bambuco de chirimía vallecaucano: al escucharla, parece oírse un conjunto de chirimía caucana; en realidad es que en éste se evidencia la influencia del bambuco guambiano.

El guambiano se asemeja también al bambuco páez. Lo cierto es que ambos han tenido que ver en el desarrollo del vallecaucano.

No siendo esto lo último, festejan también con nosotros los nortecaucanos. Enseguida.

Nortecaucanos y su folclor NEGRO ES MI VIVIR...

Rocío Cárdenas



...es mi vivir como el alma, como el ritmo, como la libertad: "Después de que el alma se despena, ya descansa y no vuelve."

En norte del departamento del Cauca, parte del valle geográfico del río que lleva ese mismo nombre, fue escenario de haciendas esclavistas hasta mediados del siglo XIX. A ellas fueron vinculados esclavos de origen africano desde las últimas décadas del XVII, origen de los negros nortecaucanos de hoy. La esclavitud fue de alguna manera sinónimo de cimarronismo, es decir, de búsqueda de libertad a través de la fuga.

Actualmente este conglomerado negro se esparce por la zona limítrofe entre los departamentos del Valle y el Cauca, cobijando las poblaciones y veredas de Jamundí, Puerto Tejada, Santander de Quilichao, Caloto, Villa Rica, Villa Paz, La Dominga, Robles, Mingó, Santa Rosa y otras veredas aledañas. Subsiste vendiendo su fuerza de trabajo y el cultivo de sus parcelas amenazadas constantemente por la expansión del cultivo de la caña de azúcar. La próspera economía campesina, hoy desgarrada, se aferra tercamente a su supervivencia en pocos lugares de la región, en medio de un mundo rural afectado por los problemas del monocultivo.

LOS COLORES DEL FOLCLOR

A su cultura ancestral africana, los negros sumaron la impuesta por los colonos criollos, predominando la de estos últimos. En la región se destacan tres rituales acompañados de formas musicales y coreográficas claramente diferenciables entre sí: las adoraciones del Niño Dios, el Bunde del Angelito y las Novenas.

A la vez, el pasado se recuerda en ocasiones especiales —fiestas patrias, eventos escolares y espectáculos populares— dando lugar a otros géneros músico danzarios no religiosos: el Torbellino caucano, el Bambuco'e Plaza y La Moña.

Las Adoraciones del Niño Dios. En los primeros meses de cada año los pobladores de muchas de estas comunidades conmemoran el nacimiento de Jesús. Las Adoraciones constituyen la manifestación religiosa más importante de la población negra de la región, por su arraigo en la tradición y la connotación social que tienen.

Las Adoraciones, de origen europeo, fueron apropiadas, enriquecidas y transformadas por los negros. Y había razones para ello: eran una fiesta ligada a la vida, a la celebración del nacimiento de Jesús, de la llegada de un niño; de otra parte invitaban al júbilo y aportaban alegría dentro del cautiverio; además, su ritual no requería de un sacerdote y cualquiera podía liderarlo.

Eran también un homenaje a la maternidad, circunstancia que facilitó su apropiación por las mujeres quienes, especialmente en comunidades matricentradas, se encargaron de transmitir fielmente la tradición. Actualmente, en cualquier sitio donde se celebre la fiesta, ellas cumplen un papel primordial. Son a la vez organizadoras y cantoras, se les dice capitanas y deben conocer además los textos, la música y el baile de las jugas.

Las Jugas acompañan las Adoraciones y están emparentadas rítmicamente con la joga de la costa pacífica colombiana: podrían ser una consecuente de ésta debido a las interinfluencias musicales entre las dos regiones. La de la costa lleva textos en su forma religiosa, alusivos al nacimiento de Jesús.

Estas jugas se suceden con un verso entonado por las cantoras y un estribillo como respuesta. El estilo responsorial o dialogado es una característica de la mayoría de las formas musicales surgidas en América donde hay presencia significativa de la población negra. Musicalmente, se desenvuelven dentro de la melódica europea. Son acompañadas con tamboras, fliscornos, tubas y clarinetes.

Area de los negros nortearaucanos



Bunde del Angelito. Es el velorio de un niño menor de siete años quien al morir, según la creencia, pasa directamente al cielo por su inocencia y pureza. Tiene rasgos muy particulares, derivados de la despedida alegre de un niño que abandona la dura realidad terrenal para convertirse en angelito. En el ceremonial se canta, se juega y se baila, y a la par se consume licor; es decir, se *bunde* al niño durante la noche que sigue a su muerte.

En los bundes encontramos las mayores posibilidades creativas —dice Heliana Portes. Algunos se refieren a reminiscencias de un pasado común: *Mi amo me manda para el Chocó/ que vida es ésta válgame Dios!* Otros son expresiones eróticas o tienen textos fiesteros. Y éste, por ejemplo, está relacionado con la vida y la muerte: *uno por uno se me van muriendo/ dos por dos los voy reponiendo.*

Los bundes son cantos con solo y coro entonados por mujeres, y se acompañan con un instrumento de percusión —bombo o tambora. Por su denominación y compás se pueden asociar con los de la costa Pacífica, presentes también en los velorios de niños y adultos. En esta región costera existen bundes con textos alusivos a la navidad.

Las Novenas son rogativas hechas durante nueve días después del fallecimiento de un adulto. Se cantan himnos y se rezan oraciones para que su espíritu sea recibido en el cielo.

"Durante los días de la novena se reza el rosario y se cantan unas tres o cuatro salves —cuenta doña Zulma—. Con los nueve días que uno reza y canta, va a asegurarse que descanse el alma. La presencia del alma durante esos días se siente, porque prácticamente uno no muere sino el cuerpo. Pero entonces el alma queda viva en la casa o sea que queda pendiente aunque a la persona ya haiga enterrado. Por eso es que uno la siente por ahí buscando cosas que haiga guardado. El último día, todos asisten a la novena, también los niños. Se pasa aguardiente, bananas, pan, café. El día del último o sea, el terminal de la novena, se viste mejor la tumba que es como un altarcito que se ha hecho en la casa del finado, con flores y adornos para que la gente admire. Hacia la madrugada se canta el Ave María, se desbarata la tumba, se abren las puertas y se hace que la gente se quite de ellas para que salga el alma y así despena. Después de que se hace la novena y el alma se despena, ya descansa y no vuelve." (Doña Zulma Mejía, de la vereda de Mingo, entrevistada por Heliana Portes en 1986.)

Los cantos en las novenas son las Salves. Se ejecutan a capella —sin acompañamiento instrumental—, con voces femeninas, y rememoran los himnos cristianos traídos por los misioneros católicos en la época colonial.

Torbellino caucano. *Torbellino* designa —en el folclor colombiano— una tonada, canto y danza de Boyacá, Cundinamarca, Caldas, Tolima y el Huila. Se acompaña con cordófonos. No se conoce el origen del caucano aunque pudo ser traído del Tolima: en algunos aspectos musicales coinciden los de los dos departamentos.

Al escucharlo y verlo bailar, se asocia, de manera interesante, con el pasillo. Tal parece un pasillo abambucado. Sabemos ya de la cercana influencia de los indígenas guambiano y páez en esta región. Los grupos negros no son ajenos a ello y lo evidencian —como en muchas manifestaciones de su folclor— en el **torbellino caucano**.

Bambuco'e Plaza. Las bandas lo dieron a conocer en la región, y era en los parques y plazas donde hacían sus retretas. De ahí su nombre. Al escuchar la banda, los habitantes bailaban este aire de bambuco (entrevista Cylena Arroyave, Puerto Tejada, 1987) que hoy vemos ejecutado por grupos folclóricos. Su paso básico es el del pasillo, con el carácter negro en los movimientos. Se baila en pareja agarrada, forma que no se da en el bambuco del resto del país. Se acompaña con clarinete y bombo.

La Moña: toque y baile heredado de la Costa Pacífica. Es un juego coreográfico de parejas en el cual el hombre persigue a la mujer para agarrarle una moña grande de seda que se ha colocado en la cabeza. Mientras ella baila y huye va cantando: *a la moña jugando a la moña/ que no le ponga la mano a la moña*. Se acompaña con clarinete, platillos y bombo.

BIBLIOGRAFIA

- Abadía Morales, Guillermo. *Compendio general de folklor colombiano*, Banco Popular, Bogotá, 1973.
- Instrumentos de la música folklórica de Colombia*. Colcultura, Bogotá, 1980.
- Arango Cano, Jesús. *Aborígenes legendarios*, Editorial Plaza y Janes, Bogotá, 1978.
- Bastide, Roger. *Las Américas negras*, Alianza Editorial, Madrid, 1969.
- Bermúdez Silva, Jesús y Abadía Morales, Guillermo. *Aires musicales de los indios guambianos del Cauca*, Universidad Nacional, Bogotá, 1970.
- Bustamante, José I. *La poesía en Popayán*, 2a. ed. Universidad del Cauca, 1954.
- Cárdenas, Rocío. *Entrevista a Cilena Arroyave*, Puerto Tejada, Cauca, 1987.
- Entrevista a Lorenzo Muelas*, Silvia, Cauca, 1990.
- Castellanos, Isabel y Atencio, Jaime. *Raíces hispánicas de las fiestas religiosas del norte del Cauca, Colombia*, Latin American Research Review, Vol. 19, USA., 1969.
- Forster, Norman. *Panorama de las letras norteamericanas*, ed. Norma, Cali, 1957.
- Holguín, Andrés. *Antología crítica de la poesía colombiana, 1874-1894*. Biblioteca Central del Banco de Colombia, 1974.
- Kremer, Harold. *Antología del cuento vallecaucano*, Universidad del Valle, 1992.
- Martínez, Guillermo E. *La poesía en el Valle del Cauca*, Imprenta Departamental del Valle.
- Popayán*. Órgano de la Academia de Historia del Cauca, Año LXVII, No. 296, 7 de octubre de 1974.
- Portes de Roux, Heliana. *Música de negros norte-caucanos*, Folleto de impresión discográfica, Cali, 1985.
- Zibara, Antonio y Lozano, Orietta. *Poesía del silencio*, Antología, Alcaldía de Cali, 1990.
- Sanín Cano, Baldomero. *Letras colombianas*, México, F.C.E., 1944.

Name	Address
Mr. J. H. Smith	123 Main St., New York, N.Y.
Mrs. A. B. Jones	456 Elm St., Chicago, Ill.
Mr. C. D. Brown	789 Oak St., Los Angeles, Calif.
Miss E. F. Green	1011 Pine St., Philadelphia, Pa.
Mr. G. H. White	1313 Maple St., Boston, Mass.
Mrs. I. J. Black	1615 Cedar St., San Francisco, Calif.
Mr. K. L. Gray	1917 Birch St., Washington, D.C.
Miss M. N. Hall	2219 Spruce St., Denver, Colo.
Mr. O. P. King	2521 Ash St., Portland, Ore.

La impresión de esta obra se terminó
en el mes de abril de 1998
en los talleres gráficos de

EDICIONES ANTROPOS LTDA.

Carrera 100B No. 74B-03
Tels: 228 2784 - 431 4075 - 433 7701/03
Fax: 433 3590
Santafé de Bogotá, D.C., Colombia

